L A E N E I D A

V I R G I L I O

Ediciones el**aleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

© 1999 Copyright www.el**aleph**.com
Todos los Derechos Reservados

LIBRO PRIMERO.

I.
Canto asunto marcial; al héroe canto
Que, de Troya lanzado, a Italia vino;
Que ora en mar, ora en tierra, sufrió tanto
De Juno rencorosa y del destino;
Que en guerras luego padeció quebranto,
Conquistador en el país latino,
Hasta fundar, en fin, con alto ejemplo,
Muro a sus armas, y a sus dioses templo.

II.
De allá trajo su ser el trono albano,
Su nombre el pueblo a quien el orbe admira,
Roma de allá su cetro soberano...
Mas tú a mi osado verso, Musa, inspira!
Abre de estos sucesos el arcano;
¿Qué ofensa suscitó la excelsa ira
Que a la errante virtud sigue y quebranta?
¿Cupo en celestes pechos furia tanta?

III.
En frente, aunque a distancia, de la riba
Donde el Tibre en el mar su onda derrama,

Tiria de origen, opulenta, altiva,
Alzóse la ciudad que Juno ama.
Más que a Sámos la Diosa vengativa
La amó: Cartago la ciudad se llama:
En ella la armadura pavorosa,
El carro en ella estuvo de la Diosa.

IV.
Y ya anhela ÉI Juno y pretendía
Hacer del orbe a esta ciudad señora
Si consintiese el hado. Oido habia
Que, corriendo los tiempos, en mal hora
Para alcázares tirios, se alzaria
De troyana raíz, dominadora
Nación potente, en los combates fiera,
Que así lo urdido por las Parcas era.

V.
Eso la Diosa recelaba; y luego
De irritantes recuerdos ocupada,
Ella no olvida que a vengar al Griego
Fue la primera en desnudar la espada:
Del troyano pastor el fallo ciego;
Su ofendida beldad, la raza odíada,
El alto honor a Ganimédes hecho,
Memorias son para afligir su pecho.

VI.
Por eso avienta a términos distantes
Del ítalo confín, a los que a vida
Dejó incendio voraz, salvados antes
Del acero de Aquíles homicida.
Por largos años sobre el ponto errantes,
Cerrando el paso a su virtud sufrida

E1 hado vengador ¿dónde no asoma?
¡Fue empresa colosal fundar a Roma!

VII.
Haciendo nueva tentativa ahora
De la orilla zarpando siciliana,
Ya a la vela se daban; ya la prora
cortando iba veloz la espuma cana.
Mas la llaga cruel que la devora
Guardaba fresca la deidad tirana
En el fondo del alma; y sin testigo
Así comienza a razonar consigo:

VIII.
»¿Y será que vencida retroceda
En la intentada empresa? ¿y que al troyano
Aborrecido príncipe no pueda
Lejos tener del límite italiano?
¿Conque adverso el destino me lo veda?
Pálas un día, del insulto insano
Tan sólo de Áyax ofendida, airada,
¿No hundió a los Griegos y abrasó su armada?

IX.
»Ella misma del cerco nebuloso
Vibró de Jove la veloz centella,
Y alteró de los mares el reposo
Y dispersó los navegantes; ella
En torbellino súbito, furioso,
Arrebatando al infeliz, lo estrella,
Cuando aun abierto el pecho llameaba,
Contra un agrio peñon, y allí le clava.

X.

»Y yo, que entre los Númenes campeo
De los Númenes todos soberana;
Yo, que los altos títulos poseo
De consorte de Júpiter y hermana,
Ya tantos años ha que en lid me empleo
Con solo un pueblo, y mi insistencia es vana!
¿Y habrá de hoy más quien me venere? ¿alguno
Que humilde ofrende en el altar de Juno?»

XI.
Tal medita la Diosa, y sus sollozos
Ahogando en su furor, a Eolia vuela,
Región, nublada en lóbregos embozos,
Región que aborta la hórrida, procela:
Eolo allí en inmensos calabozos
Las roncas tempestades encarcela
Y los batalladores aquilones,
Y hace pesar su imperio en sus prisiones.

XII.
Ellos dentro la hueca pesadumbre
Ruedan bramando, amenazando estrago;
Él, cetro en mano, sobre la alta cumbre,
Resuelve, en aire el comprimido amago,
Que si aquella legión de servidumbre
Salir lograse, por el éter vago
La tierra el mar, el ámbito profundo
Rauda barriera aniquilando el mundo.

XIII.
El alto Jove recelando eso,
Al ejército aéreo abrió esta sima,
Y ahí en tinieblas le envolvió, y el peso

De altísimos collados le echó encima;
Y un rey impuso al elemento opreso
Que con tacto severo, ya reprima,
Ya dé medida libertad. Ahora
Juno ante él llega, y su favor implora:

XIV.
»Éolo, a quien el Rey de cielo y tierra
Calmar concede y sublevar los mares,
Oye: aquel pueblo a quien juré la guerra
Surca el Tirreno, y sus vencidos lares
Lleva, y su imperio, a Italia. Desencierra,
Eolo, tus alados auxiliares,
Y envíalos con ímpetus violentos
A romper naves y a esparcir fragmentos.

XV.
»Catorce Ninfas sírvenme doncellas,
De hermosura dotadas milagrosa;
La que en encantos sobresale entre ellas,
Deyopeya gentil, será tu esposa:
Eternas gozarás sus gracias bellas;
Yo te la doy, porque de prole hermosa
Afortunado fundador te haga;
Y así el favor mi gratitud te paga»

XVI.
Éolo reverente la responde:
«Reina, escudriña cuanto ansiar pudieres,
Dí cuanto oculta voluntad esconde,
Pues son tus voluntades mis deberes.
De ti no fuesen dádivas, ¿de dónde
Mi cetro, mi privanza, mis poderes?
Tú en las mesas olímpicas me sientas;

Rey por ti soy de rayos y tormentas!»

XVII.
Dice; y la hueca mole con el cuento
Hiere del cetro, y la voltea a un lado;
Y al ver el ancha puerta, cada viento
Quiere salir primero alborotado;
Y Noto a un tiempo, y Euro, y turbulento,
Abrego con borrascas, monte y prado
Corren, barren el suelo, al mar se entregan,
y ondas abultan que la playa anegan.

XVIII.
Y remueven el ponto, el ponto gime;
Y silban cuerdas y la gente clama;
Roba las formas y la luz suprime
La oscuridad que en torno se derrama;
Noche tremenda el horizonte oprime;
El éter cruza intermitente llama;
Truena el polo, y suspenso el navegante
La pompa del terror tiene delante.

XIX.
En este instante de la muerte el hielo
Siente Enéas que embarga sus sentidos,
Y entrambas manos extendiendo al cielo,
Clama con voz ahogada entre gemidos:
¡Dichosos, ay, los que en el patrio suelo,
Al pie del alto muro, en liza heridos,
A vista de sus padres espiraron,
Y allí cual buenos su misión finaron!

XX.

»¡Oh tú entre aquivos héroes el primero,
Diomédes esforzado! ¿que ímpia suerte
Me negó bajo el filo de tu acero
En los campos de Troya hallar la muerte?
Do al ímpetu de Aquíles Héctor fiero
Cayó; do el grande Sarpedon; do inerte
Tanto noble adalid, rota armadura,
El Símois vuelca en su corriente oscura!»

XXI.
Cállale aquí borrasca bramadora
Que hosca en las velas da, la onda agiganta;
Quiébranse remos, tuércese la prora,
La onda el costado del bajel quebranta:
Alzase el agua en cimas y a deshora
R6mpese: quién en vago se levanta;
Quién la ola henderse ve que lo encadena,
Y ve el fondo mostrarse, hervir la arena.

XXII.
Noto tres buques a su cargo toma
Y en adustos escollos los estrella
(Cuya espalda a flor de agua inmensa asoma,
Y ara el nauta la nombra, y huye de ella).
Sobre otros tres rugiente se desploma
Euro (¡escena de horror!), los atropella,
Y dales, entre puntas destrozados,
Tumba de arena en los hirvientes vados.

XXIII.
Al bajel que a los Licios aportaba,
El mismo en que el leal Oróntes iba,
Súbito hiere en popa una ola brava
Descargada con ímpetu de arriba.

Enéas el embate viendo estaba
Que de un vuelco el piloto al mar derriba;
Tres vueltas da el bajel, la angustia crece,
Y el vórtice lo traga, y desaparece.

XXIV.
Vense dispersos que en lo inmenso nadan;
Maderos y reliquias de combates,
Y troyanas riquezas sobrenadan.
De Ilioneo, aunque fuerte, a los embates
La nave ya, y las de Abas se anonadan,
Del viejo Alétes y el valiente Acátes;
Que, hondas las grietas, desligado el brío,
Abren su seno al elemento impío.

XXV.
En tanto los rumores, los bramidos,
La inmensa agitación Neptuno siente;
Siente los hondos sótanos movidos,
Y alza alarmado la serena frente
Por cima de las ondas. Esparcidos
Los buques ve de la troyana gente,
Por todas partes maltratada y rota,
Que el cielo la acribilla, el mar la azota.

XXVI.
Ni ya de Juno se ocultó al hermano,
Industrioso el rencor que horrores trama;
Y al punto con acento soberano
Al Céfiro y al Euro a cuentas llama;
«¿Y así,» les dice, «os ciega orgullo vano?
Ya hundís los cielos sin mi venia, y brama
El agua en cerros que encrespais gigantes;
¡Guay!... Mas el mar apacigüemos antes.

XXVII.
¡Huid, vientos! ¡huid avergonzados;
Ni esperéis de piedad segunda muestra;
Y a vuestro Rey decidle que los hados
No el tridente pusieron en su diestra:
Los reinos de la mar son mis estados!
Riscos él tiene allá, guarida vuestra;
Que respetoso a ajenos elementos,
Reine guardián de encadenados vientos! »

XXVIII.
Dice; nubes disuelve, el sol desnuda,
Y pone en paz las olas que batallan:
Cimotoe y Triton de roca aguda
Los míseros navíos desencallan;
Con su tridente él mismo les ayuda,
Las sirtes abre, y cielos y aguas callan;
Y por cima del mar, que apenas riza,
En levísimo carro se desliza.

XXIX.
¿Quién vio tal vez con la rabiosa ira
Que la plebe en motín ruge y revienta?
Teas, guijarros por el aire tira;
La fuerza del enojo armas inventa:
Mas si a un prócer piadoso alzarse mira
Se contiene, se acalla, escucha atenta;
Sola esa voz los ánimos ablanda,
Lleva la paz, y la obediencia manda.

XXX.
Neptuno así de una mirada enfrena
Del pielago insolente los furores,

Y gira por la atmósfera serena
Dóciles sus caballos voladores.
Entre tanto, de la áspera faena
Cansados los troyanos viadores,
A las vecinas, líbicas orillas
Vuelven prudentes las cascadas quillas.

XXXI.
Vese allí en una cómoda ensenada
Formando puerto, una isla: a sus costados
Del pielago se rompe la oleada.
Y rota, entra a morir por ambos lados.
Guardando opuestos émulos la entrada,
Dos peñones, remate de collados,
Torvos se empinan: plácidas, a solas,
Tiéndense al pie las sombreadas olas.

XXXII.
Luego, al entrar, divísase eminente,
Del sol quebrando el trémulo destello,
Hórrido bosque, y negro, y grande; en frente
Cóncava peña cierra un antro bello.
Y allí hay bancos de piedra; allí una fuente
De agua dulce; es de Ninfas gruta aquello!
No aquí el cansado esquife ata la amarra;
No del áncora el garfio el fondo agarra.

XXXIII.
Saca Enéas, en suma, a salvamento
Siete naves. La gente, que desea
De la tierra el materno acogimiento,
Salta al césped que el céfiro recrea,
Y allí a los miembros húmidos da asiento.
Acátes hiere el pedernal; chispea;

Hoja menuda allega, adusta, rama,
Y, el fómes atizando, arde la llama.

XXXIV.
Mojados sacan las cansadas manos
El don de Céres y su tren; y aprestan
Piedras allí para moler los granos
Que en seco extienden y que al fuego tuestan.
Sube Enéas a un pico, y los lejanos
Horizontes registra, por si enhiestan
Las popas de Caico allá su arreo,
bien sus velas el bajel de Anteo;

XXXV.
Ó ya a remo avanzando los navíos
Frigios parecen, o el de Cápis. Nada
Por los ecuóreos límites vacíos
Descubre a su esperanza su mirada.
Mas tres ciervos divisa que baldíos
Recorren la ribera la manada,
Al sabroso pacer vagando atenta,
Por acá y por allá los sigue lenta.

XXXVI.
El arco y leves flechas, al instante,
Armas del fiel Acátes, arrebata
Enéas; y a los tres que van delante
Con orgullosa cornamenta, mata;
A tiros luego el escuadrón restante
Entre el frondoso bosque desbarata,
Ni desiste hasta ver de los venados
Siete grandes por tierra derribados.

XXXVII.

Así el número iguala al de bajeles;
Al puerto vuelve, do el botín divida
Entre sus tristes compañeros fieles;
Y con vino, de aquél que a su partida
De las riberas sículas, toneles
Bondoso Acéstes les hinchió, convida;
Y cura consolar los corazónes
El obsequio apoyando con razones:

XXXVIII.
«¡Antiguos, compañeros! sabedores
Antes de ahora de aventuras tales:
Ya visteis acabar otros mayores,
Dios dará fin a los presentes males.
De Scila atroz escollos ladradores:
De impios Ciclopes playas funerales:
¿Qué no habéis arrostrado? Alzad la frente.
Y ahogue su pena el corazón valiente!

XXXIX.
»Desgracias de hoy, mañana son memorias
Que despiertan secretas simpatías:
Senda de rudas pruebas transitorias
Nos lleva al Lacio y sus riberas pias:
Renacerán nuestras antiguas glorias;
Sufrid, guardáos para, mejores días!»
Dice; ríe esperanzas, y hondamente
Sella el fiero dolor que el alma siente.
XL.
Presta la gente a aderezar la caza
Pieles arranca, entrañas desaloja;
Quién la carne, que a miembros apedaza,
Fija en el asador, tremente y roja;
Quién da en la orilla a las calderas plaza,

Y fuego allega; y ya en el musgo y hoja
Cobran tendidos el vigor postrado
Con vino añejo y nutridor bocado.

XLI.
Calla el hambre; y locuaz la fantasía
Recuerda a los ausentes: teme; alienta;
Y ya salvos, ya en la última agonía,
Ya sordos al clamor los representa.
Consigo Enéas, de la suerte impía
Del animoso Orónte se lamenta,
Y de Amico, y de Licio, y de héroe tanto;
Del grande Gias del gran Cloanto.

XLII.
Tarde era va, cuando del alto cielo
Oteando el olímpico monarca,
Tierras y costas, el tendido suelo,
Y el mar de velas erizado, abarca
De una mirada, que con vivo anhelo
Fijó, en fin, en la líbica comarca;
Y, los ojos brillando humedecidos,
Venus así le hablaba con gemidos:

XLIII.
«¡Padre y señor de dioses y mortales;
Rey, cuyo brazo con el rayo aterra!
¡Oh! mira al hado, tras acerbos males,
Cuál a mi Enéas y a los Teucros cierra,
No del país que guarda, los umbrales,
Mas los ángulos todos de la tierra!
Para sufrir contrariedad tan fuerte,
¿Con qué crímen pudieron ofenderte?

XLIV
»Tú prometiste que de aquí, algún día-
¿Lo recuerdas?- de aquí, de la troyana
Estirpe restaurada, se alzaría
Reina del mundo la nación romana.
¿Qué nuevo plan la ejecución desvía?
Yo usaba con las dichas del mañana,
Del ayer y sus ruinas consolarme;
Mas ¿vemos hoy que el hado se desarme?

XLV.
»No; que se ensaña cada vez más crudo!
¿Término a tanto mal darás al cabo,
Grande y buen rey? Con invisible escudo,
Del Adria entrando por el golfo bravo,
Al riñón mismo de Liburnia pudo
Anténor penetrar, y del Timavo
Las cabezas venció; de argiva hueste
Salvado en antes por favor celeste.

XLVI.
»Y en aquella región donde desata,
Los cerros atronando, mar rugiente
Por siete bocas su raudal de plata,
Y los campos inunda en su corriente,
Allí a Padua fundó: morada grata
En ella, y patrio nombre dio a su gente,
Y de Troya las armas; y tranquilo
Bajó a dormir en sepulcral asilo.

XLVII.
»¿Y a nosotros, tus hijos, a quien silla
Previenes celestial, se nos traiciona?
¿Y anegadas las naves, ¡oh mancilla!

Porque de alguien el odio lo ambiciona,
Tocar nos vedas la latina orilla?
¿Así nos vuelves la imperial corona?
¿0 premio es éste de virtudes digno?»
Oyóla el Padre, y sonrió benigno;

XLVIII,
Y con la faz la besa con que el cielo
Serenar suele en tempestad oscura;
Y «Calma,» dice, «Citerea, el duelo;
De los tuyos el hado eterno dura.
Verás alzarse a coronar tu anhelo
La ciudad de Lavinio: a etérea altura
Tu heroico Enéas subirás un día,
Ni nuevo plan la ejecución desvía.

XLIX.
»Él (pues voy a tu pecho, aun mal seguro,
A revelar recónditos arcanos)
Él hará guerra larga; el cuello duro
Domará de los pueblos italianos;
Dará a los suyos circundante muro,
Y fundará costumbres. Tres veranos
Contará de los Rútulos triunfante;
Y tres inviernos le verán reinante.

L.
»Y su hijo Ascanio, que festivo y tierno
Con renombre de Yulo se engalana,
(llo nombróse en el solar paterno
Cuando alzaba Ilion la frente ufana),
Treinta años llenará con su gobierno
Mes a mes; y la sede soberana
Mudando de Lavinio, hará a Alba Longa

Robusta en fuerzas que al asalto oponga.

LI.
»De manos de la hectórea dinastía,
No habrá en tres siglos quien el cetro aparte:
llia, real sacerdotisa, un día
Hijos gemelos parirá de Marte:
Con la piel de la loba que los cría
Ya al mayor miro ufano; baluarte
Alzará eterno, y porque al mundo asombre,
Rómulo a su nación dará su nombre."

LII.
»Y término, ni linde, ni parada
Fijo al poder de Roma: eterno sea!
Juno misma, que alarma exasperada
Cuanto baña la mar y el sol rodea;
Con nuevo acuerdo, a la nación togada
Que al mundo, acerca el hado, señorea,
Vendrá por fin en proteger conmigo;
Y así se cumplirá cual yo lo digo.

LIII.
»Y siglo traerá el tiempo en que cadenas
De la casa de Asáraco a la argiva;
A Ptia vencerá; verá a Micénas,
Si antes gloriosa, ya a sus pies cautiva.
Tan noble sangre llevará en las venas
Julio- por nombre que de atrás deriva,
César- con gloria que'hasta el cielo alcanza,
Él cuyo imperio sobre el mar se avanza.

LIV.
»Y tú, segura de contrario insulto,

Cargado con despojos de Oriente
Le cogerás en el Olimpo; y culto
Le dará el hombre en votos afluente,
Y, sosegado el militar tumulto,
La férrea edad se tornará clemente:
Fe anciana reinará y amor divino,
Y en unión fraternal Remo y Quirino.

LV.
»Y por fin con estrechas cerraduras
Y de hierro cargadas, de la Guerra
Cegadas quedarán las puertas duras:
El malvado Furor, que allí se encierra,
Sentado sobre rotas armaduras,
Con las manos atrás, que el bronce aferra
De cien cadenas, lanzará bramidos,
Los dientes rechinando enrojecidos.»

LVI.
Dice, y al punto del Olimpo envía
Al alígero dios hijo de Maya,
Que a allanar a los náufragos la vía
Y el muro de Cartago a abrirles vaya;
Pues de Dido recela, que podría
Alejarlos tal vez de aquella playa
Si los altos designios ignorase.
Oyele el nuncio, y por *el* éter vase.

LVII.
Y la pluma batiendo fujitiva
En la región inmensa, por do hiende,
Presto a las costas líbicas arriba,
Y a cumplir el mandato sólo atiende
Y ya los Penos su rudez nativa,

Por él, remiten; y ante todo enciende
En Dido un vago y tierno sentimiento,
Prenda de hospitalario acogimiento.

LVIII.
Enéas, que la noche pasó entera
Cavilando, aun no bien la luz celeste
Mira nacer al mundo placentera,
Ya ansioso sale a ver qué clima es éste
Do el viento le ha arrojado: si hombre ó fiera
Habita en él, según le ve de agreste:
Todo saberlo, averiguarlo intenta,
Y a los suyos tornar a darles cuenta.

LIX.
La flota deja so el peñón antiguo
Que las aguas socavan sin estruendo,
Y de las corvas selvas al abrigo
Con sombra en torno de negror horrendo
Sólo a Acátes llevándose consigo,
Cada cual ancha pica entra blandiendo:
Ya en medio el bosque, Venus, de sorpresa
Vestida de espartana se atraviesa.

LX.
Por su aire y armas lo parece; ó nueva
Harpálice gentil, que de vencida
A sus caballos en su esfuerzo lleva
Y al Euro alado en su veloz corrida:
Cual puesto al hombro a cazadores prueba,
Cuelga el arco; el cabello al aura olvida;
Y deja la rodilla ver desnuda
Do undosos pliegues lazo breve anuda.

LXI.
«¡Hola! Mancebos,» díceles la Diosa:
«¿A una de mis hermanas por ventura
Visto habéis por ahí, que vagarosa
Lleva aliaba, y pintada vestidura
De piel de lince? ó que tal vez acosa
A un jabalí soberbio en la espesura
Con agudo clamor?» Tal Venus dijo;
Y de Venus, así respondió el hijo:

LXII.
«En verdad no hemos visto aquella hermana
Tuya, a quien buscas, ni sabemos de ella.
Mas ¿cuál te nombraré? nos es cosa humana
Lo que suena tu voz, tu faz destella.
¿Eres alguna Ninfa? ¿eres Díana?
Yo diosa te presumo, y fausta estrella,
Quienquier fueres, mí, labio te saluda:
¡Oh! da propicia a náufragos tu ayuda!

LXIII.
»Y por piedad, qué clima es éste, dinos,
Ó qué zona del mundo, qué campaña;
Que sin saber ni gentes ni caminos,
Vamos perdidos en región extraña
A donde, infortunados peregrinos,
De olas y vientos nos lanzó la saña,
Y, grata a recibidos beneficios,
Mi mano hará en tus aras sacrificios.»

LXIV.
«No merezco ese honor,» Venus contesta:
«Siempre de Tirias fue, si os maravilla,
De aljaba ornadas vaguear, cual ésta,

Con borceguí purpúreo a la rodilla.
Púnico imperio aquí se os manifiesta
Pueblos fenicios, de Agenor. la villa;
Empero, esta región parte fronteras
Con las tribus del Africa altaneras.

LXV.
»De Tiro vino huyendo del hermano,
La que reina hoy aquí, por nombre Dido.-
El largo drama a desflorar me allano:-
Esta tuvo a Siqueo por marido,
Rico en tierras cual no otro comarcano;
Con vivo amor de la infeliz querido;
A quien, bella con gracias virginales,
La unió el padre en primeros esponsales.

LXVI.
»Su hermano en Tiro entonces dominaba,
Pigmalion, el más feroz malvado:
Enemistad entre los dos se traba,
Y él a Siqueo, ante el altar sagrado,
Sacrílego y traidor a hierro acaba,
Y también de codicia estimulado;
Y a la sencilla enamorada hermana
Oculta el crímen de su diestra insana.

LXVII.
»Y con ficciones la entretiene en duda,
Y su amor de esperanzas alimenta;
Cuando en sueños por fin a la viuda
De Siqueo insepulto se presenta
La sombra misma, alzando la faz muda
Con tétrico misterio macilenta;
Y el ara le señala enrojecida,

El pecho abierto y la profunda herida.

LXVIII.
»Y el arcano espantoso que contrista
Y un rincón recataba, muestra entero;
Y la excita a buscar con planta lista
Más humano país, clima extranjero:
Para ayuda de viaje, abre a su vista
En sótano ignorado, de dinero
Antiguo y vasto acopio. Conmovida
Dido despierta a apercibir la huida.

LXIX.
»Busca auxiliares; llegan a porfia
Quiénes que temen del cruel tirano,
Quiénes que odían la infame tiranía;
Apañan, cargan de oro las que a mano
Naves dispuestas por ventura habia;
Y ya cruza los campos de Océano
De Pigmalion avaro la riqueza;
Y una débil mujer va a la cabeza

LXX.
»Y aquí al sitio pararon do ahora vese
Muralla colosal; do se levanta
La fortaleza de Cartago: en ese
Sitio compraron tanta tierra cuanta
La piel de un buey en derredor cogiese; -
De Brisa el nombre la aventura canta.-
Mas ¿quiénes sois? ¿de dónde vuestra flota,
a dónde encaminaba la derrota?»

LXXI.
Enéas respondiéndola, doliente

La voz, arranca, y con suspiro dice:
«¡Diosa! si de su origen al presente,
La serie de mis lances infelice
Narro a tu corazón condescendiente,
Primero que mi labio finalice,
-Su luz robando al mundo y su alegría
Habrá su giro completado el día,

LXXII.
»De Troya procedentes (si ya sabes
Lo que fue un tiempo la ciudad que digo),
Tras largas vueltas y fatigas graves
Golpe de airados vientos enemigo
Lanzó sobre estas costas nuestras naves.
Yo soy el pio Enéas, que conmigo
Voy llevando doquier, del mar por medio,
Dioses salvados de voraz asedio.

LXXIII.
»Enéas, en las célicas esferas
Famoso ya; que por el mundo ando
De la Italia por patria, las riberas,
Y el linaje de Júpiter buscando:
Confié al frigio mar veinte galeras,
El camino mi madre señalando,
Yo su enseñanza celestial siguiendo;
¿Qué hallamos? bravo mar y Euro tremendo.

LXXIV.
»Y he aquí con siete buques mal librados,
Llego al cabo, ignorado, desvalido,
Del África a correr los despoblados,
Ya del Asía y Europa repelido! »...
Mas aquí, con afectos reavivados,

Venus interrumpióle en su gemido:
«Tú, quíenquier seas, que a Cartago vienes,
Las simpatías de los Dioses tienes.

LXXV.
»Ellos dan que los hálitos vitales
Respires para bien: feliz sendero
De la reina te lleva a los umbrales.
Vendrán a puerto nave y marinero,
Vueltos en su favor los vendavales;
Y si no falta el arte del agüero
En que hubieron mis padres de instruirme,
No dudes tú lo que mi labio afirme.

LXXVI.
»Vé esos cisnes, en número de doce,
Del éter, donde Júpiter la asila,
A darles caza el águila veloce
Se lanzó por la atmósfera tranquila:
De alegre libertad vueltos al goce,
Míralos descender en larga fila;
Ya del campo se adueñan los primeros,
Ya a flor de tierra asoman los postreros.

LXXVII.
»Cual el cielo cubrieron en bandada,
Y baten ora las festivas aves
La ala ruidosa, y cantan su llegada;
Tal la flor de los tuyos, tal tus naves
0 entran al puerto, ó llegan ya a la entrada
Con vela abierta y céfiros suaves.
Tú sigue en tanto; y por do aquesta vía
Conduciéndote va, los pasos guía.»

LXXVIII.
Tal Venus dice; y vuélvese, y el cuello
Con el matiz le brilla de la rosa;
Y partiéndose en ondas, el cabello
Mana esencia de cielo deliciosa:
Cae la veste a los pies, sublime sello;
Y, andando, ser mostró de veras diosa
El héroe, al descubrir su madre en ella,
Clamando sigue la fugace huella:

LXXIX.
«¿Y así burlado una vez más me dejas,
¡Oh madre mía! con falaz semblanza,
Tú también, tú cruel? ¿Y así te alejas
Sin que hablemos con dulce confianza
Ni estrechemos las manos?» Tal sus quejas
Al aire da, y a la ciudad se avanza,
Y ella, esparciendo opaca niebla en tanto,
Los ciñe en torno de nubloso manto.

LXXX.
Y así los cubre porque nadie pueda
Ni verlos ni ofenderlos en mal hora,
Ni curioso se cruce en la vereda
Con sus, preguntas a tejer demora;
Y por los aires se remonta, y leda
Vuela al templo de Páfos, donde mora,
Do aras ciento en su honor mezclan olores
De arabio incienso ardiente y tiernas flores.

LXXXI.
Ellos con planta intríneanse ligera
Por do advierte la senda, y la colina
Coronan ya, que a la ciudad fronterd,

De lleno allá sus cúpulas domina.
Enéas con asombro considera
La fábrica estupenda y peregrina
Do un tiempo fueron chozas; y suspenso,
Puertas ve, y calles, y el bullicio inmenso,

LXXXII.
No descansan los Tirlos: ó se empleen
En alzar el alcázar y dirijan
El giro a la muralla, y acarreen
Gruesos cantos a empuje; ó puesto elijan
Para casa, y con zanja le rodeen:
Sobre traza soberbia sitio fijan
Propio al legislador, al magistrado,
Y al augusto recinto del Senado.

LXXXIII.
Quiénes, formando un muelle, cavan fosas;
Quiénes, para un teatro, anchos solados
Extienden, y columnas prodigiosas
Cortan, adorno a escénicos tablados.
Tales, en suma suelen oficiosas
Ir las abejas por floridos prados
Cuando sacan al sol adultas crias
De estacion bella en los primeros días;

LXXXIV.
Tales la miel fabrican rica; y llena
    Las celdillas al cabo el néctar blando
    Y ya salen de paz, la carga ajena
A recibir ufanas; ya cerrando
En trabado escuadron, de la colmena
Los zánganos alejan, torpe bando:
Con afán vario la labor se enciende,

Y a tomillo vivaz la miel trasciende.

LXXXV.
«¡Qué gran dicha a unos hombres se depara
Que alzarse ven el suspirado muro!»
Dice Enéas a tiempo que repara
En las altas techumbres; y seguro,
Gracias, ¡oh rnaravilla! a que la ampara
Contino en derredor celaje oscuro,
Entra por la ciudad con paso listo;
Anda entre todos, y de nadie es visto.

LXXXVI.
Antiguo bosque de frescor ameno
Había en medio a la imperial Cartago:
Lanzados ya los Tirios a su seno
De ondas y vientos por furioso amago,
Hallaron en las capas del terreno
De un corcel la cabeza, don presago
Que allí Juno les puso de victoria,
Prenda de salvación, señal de gloria.

LXXXVII.
Grata la Reina a auxilios singulares,
Alzaba allí a la Diosa un templo extenso,
Que a la vez ilustraba sus altares
Con favor sacro y con devoto incienso:
Escalonado el atrio entre pilares
Y trabes bronceadas, daba ascenso
A la alta puerta de metal bruñido
Que el quicio oprime, y gira con ruido.

LXXXVIII.
En este bosque el héroe al pecho laso

Halló aliento, a sus penas lenitivo,
Y alta lección de que en adverso caso
Hay siempre de esperanza algun motivo;
Pues, ya en el templo suntuoso, al paso
Que todo lo registra pensativo,
Y aguardando a la Reina, allá en su mente
Mide el poder de la ciudad naciente;

LXXXIX.
Mientras nota a un plan mismo convertidas
Manos de artistas y el primor del arte,
Por órden halla en cuadros repartidas
Leyendas de Ilion, lances de Marte,
Que al orbe ocupan ya. Ve a los Atridas,
Ve a Príamo, e igual a cada parte
Aquíles en los rayos de su ira;
Párase aquí, y con lágrimas suspira.

XC.
«¡Acátes! ¿qué región, de nuestra fama
No hay ya en el mundo, ó nuestros hechos, llena?
Míra a Príam: aquí la gloria llama
Al que allá injusta adversidad condena:
El sentimiento aquí llantos derrama,
Y aquí se siente en la desgracia ajena!
Animo, pues; nuestro renombre claro
Presta esperanzas de feliz reparo.»

XCI.
Dice, y con mil recuerdos embebece
En la inerte pintura los sentidos,
Y mudo llanto el rostro le humedece;
Que en ella, muro afuera, en lid tejides,
Ya la troyana juventud parece,

Que a los Griegos acosa espavoridos;
Ya a los Frigios, Aquíles, que bizarro
Con plumaje gentil vuela en su carro.

XCII.
Reconoce con lágrimas, tras eso,
Las tiendas, con sus lonas cual de nieve,
Que Diomédes taló, vendido Reso
Del primer sueño en el regazo aleve:
Allí el cruel en sanguinario exceso
Huelga; y medroso de que alguno pruebe
Pastos de Troya ó en el Janto beba,
Los caballos indómitos se lleva.

XCIIII.
Tróilo en pos viene: juvenil locura
Ha hecho que fuerzas inferiores mida
Con Aquíles: perdida la armadura,
Derribado de espaldas, de la brida
Traba, que al vacuo carro le asegura:
Tiran los potros en veloz corrida;
Arrastra el cuello y cabellera suelta,
Y el polvo fácil marca el asta vuelta.

XCIV.
Más allá al templo de Minerva, en tanto,
Teucras matronas a ofrecerle llegan,
Por vencer su rigor, un regio manto:
El tendido cabello al aire entregan;
Hieren el seno en muestra de quebranto
Las palmas; los humildes ojos ruegan:
Sorda la Diosa a la oración prolija,
Torvas miradas en el suelo fija.

XCV.
Enéas adelante a Aquíles halla
Volviendo, a trueco de oro, el insepulto
Cadáver que en redor de la muralla
Tres veces arrastró con fiero insulto:
Hondo gemido de su pecho estalla
El muerto amigo viendo allí de bulto
Y el carro vencedor y los despojos,
E inerme suplicando el Rey de hinojos.

XCVI.
Él mismo en noble puesto allá campea
Par del negro Memnon, que con su banda
De Oriente, cierra. Al fin Pentesilea
Las huestes amazónicas comanda
De corvo escudo: el cíngulo rodea
Aureo so el pecho descubierto; y anda
Furiosa entre los gruesos escuadrones,
Y hembra y todo, armas hace con varones.

XCVII.
Mientras con viva admiración encuentra
Tales cuadros el héroe, y cada asunto
Le detiene, y la vista reconcentra
Luego y la admiración toda en un punto;
Dido, la hermosa Dido al templo entra,
La cual doquiera penetrando, junto
Con damas de copiosa comitiva,
La labor colosal risueña activa.

XCVIII.
Tal del Eurótas por la vega umbría
Ó ya del Cinto por el halda amena,
Gentil Díana leves coros guía

la aliaba pendiente al hombro suena
Ninfas en torno ágrúpanse a porfía,
Y a todas ella en majestad serena
Se aventaja al andar: delicia vaga
El seno de Latona oculta halaga.

XCIX.
Ya a las puertas la Reina se presenta
De do la Diosa estableció morada,
Y en el trono magnífico se asienta
Que el ámbito promedía de la arcada:
Rodéanla sus guardías: ello, atenta,
En dar la ley y hacer la paz se agrada;
Y ya a cada uno igual la carga mide,
Ya, echando suertes, la labor divide.

C.
Mas entre inmensa multitud, que en esto
Ansiosa al paso acude, al templo santo
Ha columbrado Eneas que Sergesto
Y Anteo viene, con el gran Cloanto,
Y otros que oscuro el Ábrego interpuesto,
Lanzó a playas distintas. Con espanto
Entremezclado de alborozo vivo,
Ven los dos del embozo el fausto arribo.

CI.
Y aunque las manos estrechar anhelan.
Mas lo raro del caso los detiene,
Y en la cóncava nube se cautelan,
Do a los que llegan atender conviene,
Que dó surgieron digan, ó qué, apelan,
Pues embajada forman en que viene
De cada nave un noble personaje,

Y audiencia al palo claman y hospedaje.

CII.
Como entraron, y el real asentimiento
Logrado hubieron de que alguno hable,
«¡Salve, oh Reina!» empezó con grave acento
Ilioneo, entre todos venerable:
«Tú, a quien fundar concede ilustre asiento
Jove, y justa regir gente intratable,
Hijos de Troya ves, ya há largos años
Agitados en pielagos extraños.

CIII.
»Hoy de incendio amenaza gente osada
Nuestros bajeles: tu poder lo impida!
De un pueblo religioso te apiada
Que con su historia tu amistad convida!
No a hacer risa venimos por la espada
En comarca a tu imperio sometida,
No a la costa a volver con rica presa;
Ni es de vencidos tan soberbia empresa.

CIV.
»Hay de antiguo un país, con apellido
De Hespería por los Griegos señalado,
Pueblo en trances de guerra asaz temido,
Tierra asaz grata a la labor de arado:
Fue primero de Enotrios poseído;
Y hora Italia se nombra, por dictado
De famoso caudillo procedente,
Si ya constante tradición no miente.

CV.
»Bogaban para allá nuestros navíos

Cuando Orion, que cóleras desata,
Surge infausto del mar, y entre bajos
Con subitáneo golpe nos maltrata;
Y servido a placer de austros impíos,
Entre espuma y fragor nos arrebata
Por todo el mar. Muy pocos, cuasi a nado
Habemos a tus costas arribado.

CVI.
»Mas ¿qué raza cruel, señora, es ésta?
¿No rige ley que su barbarie elida?
Que aún no bien nos divisa, a lid dispuesta,
Conjúrase a estorbarnos la acogida
Que a náufrago infeliz la arena presta.
Oh! si a hombre no temeis que cuenta os pida,
Que hay Dioses recordad que nunca mueren,
Y premian la virtud y al crímen hieren!

CVII.
»Rey nuestro fue, de príncipes modelo,
Enéas, que otro igual no vio la tierra,
Quier en la paz por su piadoso celo,
Quier por su brazo poderoso en guerra.
Que si aun aura vital le otorga el Cielo,
Si hado adusto en tinieblas no le encierra,
Acabóse el temor, y a ti en agrado
Vendrá, fio, el favor anticipado,.

CVIII.
»Mas oye: en la poblada, en la guerrera
Comarca siciliana poseemos
De Acéstes el favor, que en ella impera,
Y troyana es su sangre. Que arrimemos
Nuestros restos, consiente, a la ribera,

Y en tus bosques cortar tablaje y remos,
Y a Italia iremos, nuestro Rey al frente,
Si salva el hado vuelve nuestra gente.

CIX.
»Mas si ya feneció nuestra ventura;
Si ya, ¡oh amado Rey de los Troyanos!
Te dan líbicas olas sepultura,
Ni a Ascanlo logran nuestros votos vanos;
Buscaremos siquier mansión segura
Navegando a los términos sicanos,
De do ya nuestra flota el vuelo alzara,
Que allí Acéstes bondoso nos ampara.»

CX.
Dice, y todos barbotan de consumo
Oscura frase que el asenso explica;
Y con modestia y dignidad en uno
La culta Reina al orador replica:
«¡Troyanos! desterrad el que importuna
Vago recelo el alma os mortifica:
Mis fronteras guardar por fuerza debo;
Dura es mi situación, y el reino es nuevo.,

CXI.
»Mas ¿quién no sabe a Troya y sus varones?
No de tantas virtudes el tesoro,
Los nombres de tan nobles campeones,
Ni ya esa guerra gigantesca ignoro:
No solemos los Penos corazónes
Tan incultos llevar; ni al carro do oro
Sus caballos el Sol tan lejos ata
De una ciudad que, vuestra gloria acata.

CXII.
»Quier vuestro anhelo la región prefiera
De Hesperia, y campos que Saturno escuda.
Quier la de Érice os llame lisonjera,
A do el favor de Acéstes os acuda;
Doquiera ir presumais, ireis doquiera
Seguros con mi amparo y con mi ayuda.
¿0 hacer mansión conmigo os acomoda?
Esta ciudad que fundo, es vuestra toda.

CXIII.
»Meted la fiota: un mismo tratamiento,
Tendrá el Teucro en Cartago y el de Tiro,
Y ¡oh si arribase con el propio viento
El héroe que nombró vuestro suspiro!
Pues yo daré a emisarios mandamiento
Que exploren la comarca en largo gíro,
Por si, náufrago Enéas, rnueve acaso,
O en el poblado, incierto el paso.

CXIV.
De la arenga tocados, rato habia
Los de la nube ansiaban salir fuera;
Y, a Enéas vuelto, Acátel le decía:
«Falta el que hundirse viste en la onda fiera,
Cúmplese en lo demas la profecía,
Hijo de Venus, que tu madre hiciera:
¿Qué aguardas?» Suelta en esto se evapora
La opaca nube en la aura brilladora.

CXV.
Y el héroe apareció, de luz cercado,
A un Dios en aire y en miembros semejante;
Pues le había su madre aderezado,

La copia de cabellos arrogante;
Bañó sus ojos de inefable agrado,
Y dio luz rósea al juvenil semblante,
Bien cual bruñe el marfil, ó mármol pario
Ó argento engasta en oro el lapidario.

CXVI.
«Ved salvo al que buscais; yo soy Enéas!»
Dice; y a Dido se convierte luego:
«Tú, sensible mujer, dichosa seas,
Sensible a nuestra historia, a nuestro ruego;
Que reino y casa a náufragos franqueas,
De la espada reliquias y del fuego,
Juguetes de la mar, de la fortuna,
Ya sin arrimo ni esperanza alguna!

CXVII.
»Señora, a tu largueza, a tu hidalguía
Corresponder nosotros mal podremos,
Ni cuantos restos de la patria mía
Errantes van del orbe en los extremos.
Mas si hay Dioses que ven con simpatía
La virtud; si aún justicia conocemos;
Si el tribunal de la conciencia es algo,
El Cielo premiará tu porte hidalgo!

CXVIII.
»¡Oh feliz hora en que la luz primera
Viste del cielo! ¡oh ilustres genitores!
Mientras amen del monte la ladera
Las sombras; mientras corran bramadores
Los rios a la mar; mientras la esfera
Alimente sus trémulos fulgores,
Durará tu alabanza y tu memoria:

Doquier yo aliente, vivirá tu gloria.»

CXIX.
Dice; y adelantándose del puesto
Las manos da regocijado: en tanto
Que una ofrece a Ilioneo, otra a Seresto,
Y al gran Gias, de ahí, y al gran Cloanto,
Y a todos a la vez. Dido de presto,
Enmudeció de admiración y encanto:
Al presentarse el héroe, con su brillo;
Luego, al abrir los labios, con oillo.

CXX.
Recobrada, expresó razones tales:
«¡Oh! ¿qué impía mano perseguirte osa
Al traves de contrarios temporales?
¿Quién, ilustre mortal, hijo de Diosa,
A estas playas te impele inhospitales?
¿No eres tú a quien de Anquíses Cipria hermosa,
Del frigio Símois en el valle ameno,
Concibió grata en su amoroso seno?

CXXI.
»Recuerdo a Teucro, que en Sidon venido,
Trocaba con destierro el patrio clima,
Ya de mi padre Belo protegido,
Que imperaba triunfante en Chipre opima.
Troya y Grecia de entonces en mi oido
Sonaron con tu nombre. En alta estima
El tenía a los tuyos, si contrario,
Y aun de Troya alabóse originario.

CXXII.
»¡Mas venid luego a mi real morada,

Mancebos! Cual vosotros combatida
De ruda suerte y varia, al fin cansada,
Donde agora os la doy, logré acogida
De mis propias desgracias enseñada
Miro por los que sufren condolida.»
Dice; y honrando a la Piedad divina,
Con el héroe a palacio se encamina.

CXXXIII.
Y próvido tendiendo el pensamiento,
A los que quedan en la playa; envía
Veinte toros allá, por bastimento,
Cien gruesos cuerpos de cerdosa cría,
Y cien ovejas y corderos ciento;
Y el don de alegre Dios, por granjería;
En tanto que el palacio se adereza
Con vario alarde de imperial riqueza.

CXXIV.
Ya en el seno interior del edificio
Previénese el opíparo convite:
Lucen vestes, do el clásico artificio
Con,la soberbia púrpura compite;
Brilla de plata sólido servicio,
Y copas de oro, do el buril repite,
Desde era inmemorial las patrias glorias,
Y los Reyes en serie, y sus historias.

CXXV.
En este medio Enéas (no tolera
Amor, pecho de padre sosegado)
A Acates manda que en veloz carrera
Lleve a Ascanio el obsequio, y a su lado
Venga Ascanio;- que Ascanio cobra entera.

La ternura del padre y su cuidado.-
Y traiga cuanta rica prenda y joya
A los escombros se arrancó de Troya.

CXXVI.
Acuérdale la veste de oro llena,
Con sólidas figuras y labores,
Y el rico velo de la argíva Elena
Que de amarillo acanto esmaltan flores;
El mesmo que ella, de rubor ajena,
Volando en pos de ilícitos amores,
Don de Leda su madre peregrino,
Trujo de Grecia cuando a Troya vino.

CXXVII.
Reliquias con que a par venir dispone
El noble cetro que regir solía,
Hija mayor de Príamo, Ilione,
Y el collar de menuda pedrería,
Y el díadema do el oro se compone
Con finas perlas en igual porfía.
Acátes, que cumplir el cargo anhela
Camino de las naves corre, vuela.

CXXVIII.
Nuevas trazas en tanto Citerea,
Nueva industria medita: que Cupido
Tome de Ascanio la figura, idea,
Y que, atenta al obsequio, obsequie a Dido;
Con que tocada de un incendio sea
Que el corazón le invada inadvertido;
Ca ese mixto hospedaje bajo un techo
Teme, y dos amistades en un pecho.

CXXIX.
Y, a su idea presente sin desvío
Juno cruel que la robara el sueño,
«Tú a quien debo mi fuerza y señorío,»
Dice, humilde apelando a Amor risueno:
«T ú, el único que ves, dulce hijo mio,
Libre y seguro de mi Padre el ceño
Que de Titanes quebrantó el arrojo!
Merced vengo a pedir, y a tí me acojo.

CXXX.
»Enéas sabes tú cuánto ha sufrido;
Cuál Juno en oprimirle atroz persiste,
De todo viento en todo mar barrido;
Que aun de él conmigo hermano te doliste:
Huésped agora la sidonia Dido
Con regio halago liberal le asiste;
Mas temo que a inclinarse en contra emplea,
Hospedaje que a Juno a par se ofrece.

CXXXI.
»Que no su odiosidad terná arrendada
En tan ardua ocasion. Y así primero
Poner de Dido al corazón celada
Y de mi llama rodealle quiero;
Porque otra inspiracion no la disuada,
Y, con afecto al cabo verdadero
Asida a Enéas, de mi lado quede:
Oye cuál finjo que lograrse puede.

CXXXII.
«El infante real la voz de Enéas
Va a seguir, y de Acátes las pisadas,

A Cartago llevando las preseas
De Troya, al fuego y a la mar ganadas.
Porque él nada presuma, y de él no seas
Turbado de la Reina en las moradas,
A Citera ó a Idalia llevaréle,
Do sacra oscuridad su sueño cele.

CXXXIII.
»Toma esta noche su figura, y lazo,
Niño en disfraz de niño, a armar vé a Dido;
Que ella habrá de acogerte en su regazo
Gozosa entre los bríndis y el rüido;
y tú a vueltas podrás del blando abrazo,
En la miel de sus ósculos, Cupido,
Depositarla punta que a su seno
Oculto del amor lleve el veneno.»

CXXXIV.
Manso a la tierna madre Amor da oidos,
Y marcha, a Ascanio igual, depuesta el ala;
Mientras de Ascanio Venus los sentidos
Con plácido sopor vence y regala;
Y abrigado en su seno, a los erguidos
Idalios bosques llévale, do exhala
Suaroma, y con sus sombras le guarece
El blando almoraduj que allí florece.

CXXXV.
En tanto de Cartago en seguimiento,
Obediente de Venus al mandado,
Cupido va con dones opulento,
Con el favor de Acátes bien hallado.
Cuando llegado hubieron, fue el momento
En que en el centro de grandioso estrado

Dido en cojines recamados de oro
Se reclinaba con gentil decoro.

CXXXVI.
Enéas, que tras ella se,avecina,
Entra, y con él la juventud troyana,
Que en orden se desparte, y se reclina
En muelles lechos de soberbia grana.
Agua da para manos cristalina
La servidumbre, y de suave lana
Toallas brinda, y de la rubia Dea
El don en canastillos acarrea.

CXXXVII.
Cincuenta esclavas dentro, los manjares,
Puestas en fila, en sazonar se emplean,
Y con incienso en propiciar los Lares;
Copas, ministran, viandas acarrean
Otras, cien, y en la, edad cien mozos pares,
Entran, llamados, Tirios que pasean
Densos en 1os alegres corredores,
Y los lechos ocupan de colores.

CXXXVIII.
Admiran de los dones la hermosura,
Admiran al garzon, su faz que brilla,
Y de su falsa labia la dulzura;
Ven la áurea veste, el oro que amarilla
La flor de acanto con primor figura:
Mas Dido en especial se maravilla,
Y de gozar no acaba;- ella, ¡ay! no sueña
Que a un abismo, gozando, se despeña!

CXXXIX.

Y en el niño y los dones se recrea,
Los mira, y cuanto mira, eso se inflama.
¿Qué hace el rapaz? Al cuello se rodea
Del héroe, que en su error hijo le llama;
Mas luego que feliz le lisonjea,
Déjale en paz, y con su activa llama
Va a Dido, que en su error, niño inocente
Jovial le invita: con risueña frente.

CXL.
¡Ay! ya al seno le estrecha dulce y blanda
¡Y es un gran Dios lo que en su seno anidal
De la Reina en el seno, lo que manda
La gran Diosa, su madre, Amor no olvida:
De Síqueo la imágen veneranda
Sin sentir borra, y sin sentir convida
Con nuevo halago a nueva lid a un alma
Que retirada ha tiempo vive en calma.

CXLI.
Hubo el primer banquete terminado,
Y la mesa se sirve de licores,
Y festejan el vino regalado
Los hondos vasos adornando en flores.
Cien arañas del áureo artesonado,
Penden: crecen sonando los clamores;
Y las hachas con luces triunfadoras
Quitan el campo a las nocturnas horas.

CXLII.
En este instante la sidonia Dido
La copa demandó que usar solia
Belo, que en orden desde allá traido
Cada progenitor usado habia:

Copa del oro sustentada, unido,
Con finas piedras en igual porfía;
Y de vino la llena, y al momento
Calla el concurso a su palabra atento:

CXLIII.
«¡Júpiter! si ya diste a los humanos
De la hospitalidad el sacro fuero,
Haz este día a Tirios y a Troyanos
Grato por siempre y, de felice agüero
Lo aplaudan nuestros nietos más lejanos:
Benigna Juno y Baco placentero,
Lo honren presentes; y en gozoso grito,
Tírios, a saludarlo ahora os invito.»

CXLIV.
Dice; y sobre la mesa el néctar liba
Que generoso desbordaba, y luego
La taza al labio toca fugitiva:
La alarga a Bícias con señal de ruego;
Toma, empínala e1 con ansia viva,
Y el espumoso vino agota ciego:
Alzan todos los próceres sus copas,
y el canto empieza del crinado Yópas.

CXLV.
El cual describe con laud divino
Lo que Atlas le enseñó por gran fortuna;
Cómo el sol desfallece en su camino;
Por qué altera su faz la móvil luna;
Deónde la bestia de los campos vino;
Cuál fue del hombre la primera cuna;
Qué fuente al mundo suministra el agua;
Dó está de los relámpagos la fragua.

CXLVI.
Canta eso mismo a Arturo, las dos Osas,
Y las Híadas tristes. el arcano
Que las noches alarga perezosas;
Por qué los soles del invierno cano
Con ruedas se despeñan presurosas
A bañarse en el líquido Océano.
Cesa; y acogen su cantar sonoro
Tirios y Teucros aplaudiendo en coro.

CXLVII.
Y vuela el tiempo en pláticas sabrosas,
Y Dido, platicando, amor apura;
Mil cosas sobre Príamo, y mil cosas
A preguntar sobre Héctor se apresura:
Ya qué huestes trujera pavorosas
EI hijo de la Aurora, oir procura;
Ya la historia saber de los gentiles
Potros de Raso, ó el poder de Aquíles.

CXLVIII.
«¿Que en fin,» exclama, «por ventura mía
Desde el principio en relatar vinieses
Los pasos de la griega alevosía,
Huésped, y vuestras glorias y reveses!
También tus viajes entender querría,
Ya que contemplas los estivos meses
Tornar séptima vez desde que yerras
Mares cruzando y extranjeras tierras.»

LIBRO SEGUNDO.

I.
Todos callan; y Enéas, que cautiva
De todos la atención, desde alto lecho
Comienza: «¡Oh Reina! mandas que reviva
Inefable dolor mi herido pecho;
Que cómo a manos de la hueste aquíva
El troyano poder cayó deshecho
Recuerde: horrores que podré pintarte,
De ello testigo y no pequeña parte.

II.
«Mas ¿quién, ya que secuaz de Ulíses fuera,
Si a tan largo dolor velos levanto,
Qué Mirmidon, qué Dólope lo oyera
Sin dar, a su pesar, tributo en llanto?
Acercándose al fin de su carrera
Hé aquí la húmeda Noche rueda en tanto,
Y extinguiendo en la mar sus luces bellas
A descanso convidan las estrellas.

III.
»Mas pues tu noble corazón consiente
En ser de este dolor particionero;
Pues mandas que de Pérkarno te cuente

El afán congojoso postrimero
En breve narración; aunque se siente
Horrorizado el ánimo, y del fiero
Espectáculo aparta la memoria,
Principiaré la miseranda historia.

IV.
»Yacian con el cerco prolongado
Rotos los jefes de la hueste aquea,
Maltrechos siempre del adverso hado;
Cuando Minerva en su favor emplea
Artificio sagaz. Por su mandado,
Hueca mole fabrican gigantesca
Que gran caballo al parecer figura,
De recia tablazon y contextura.

V.
»Simulan y propalan que se eleva
Por voto a Pálas hecho, de tranquilo
Viaje en demanda: por doquier la hueva
Mentirosa se esparce; y en sigilo,
Echadas suertes entre gente a prueba,
A ocupar suben e1 oscuro asilo
Del vasto seno y cóncavos costados,
Provistos de sus armas los llamados.

VI.
»Frontera a Troya Ténedos se ostenta.
Que otro tiempo gozó de nombradía:
Isla famosa, fértil, opulenta
Durante la troyana monarquía:
En su abandono y soledad presenta
Hora a las naves pérfida bahía:
A sombra de sus costas sin testigo

Los bajeles ensena el enemigo.

VII.
»Pensamos que, la vela dada al viento,
Bogando irian por la mar serena
Para la patria: el largo abatimiento
La ciudad de sus hijos enajena:
Las puertas abre; al griego acampamento
Rápida corre de alborozo llena
La multitud, y visitar le agrada
Yermo el campo, la playa abandonada.

VIII.
»Aquí los batallones del furioso,
Del fuerte Aquíles; acullá su tienda:
Allí tomaban plácido reposo,
Acá trabámos áspera contienda.
Así van discurriendo; y el coloso
Infausto, reputado por ofrenda
A la casta, Minerva, hace que, muda
De Asombro, turba inmensa en ruedo acuda,

IX.
»Fuese traición, ó que la adversa suerte
Para entonces el golpe reservase,
Timétes clama que la mole al fuerte
Se lleve al punto, y las murallas pase.
Cápis, empero, que el peligro advierte,
Aconseja con otros que la abrase
Fuego voraz, y la vecina ondal
El sospechoso don, trague y esconda;

X.
»O que,el oscuro seno se barrene

Para indagar lo, que en el fondo encela.
Indecisa la turba se mantiene.
En esto de la excelsa ciudadela
Con numerosa muchedumbre viene
Laoconte, al campo a rebatado vuela,
Y, «¡Oh desgraciados! » desde lejos grita:
«¿Qué demencia a la muerte os precipita?

XI.
»¿Pensais que el enemigo nuestra tierra
»Dejó? ¿Fiaís en sus mentidos dones?
»¿Cuán poco a Ulíses conoceis? ó encierra
»Esta fábrica aquivos campeones,
»0 artificíosa máquina de guerra
»Es: nuestra situación y habitaciones
»Por cima intentan registrar del muro,
»Para luego caer sobre seguro.

XII.
»Ello, hay engano, ¡Oh Teucros, confianza
»Negad a ese caballo! Como quiera,
»Yo temo de los Griegos la asechanza
»A vuelta de sus dones traicionera.»
Dijo; y desembrazó fornida lanza
Hacia un lado del cóncavo; certera
Vuela, clávase, vibra: conmovido
Dio el seno cavernoso hondo bramido.

XIII.
»¡Ay! a no ser por la fortuna impía
Que nos robaba libertad y acierto,
Laoconte en su furor logrado habría
Que pusiésemos luego en descubierto,
Hendiendo la armazon, la alevosía.

Aun hoy tu alcázar descollara yerto,
¡Oh Patria! ¡al filo de traidora espada
No cayera tu pompa derribada!

XIV.
»Frigios pastores con tumulto y grita,
Atras ambas las manos, prisionero
Traen ante el Rey un mozo. Audaz medita
Abrir el muro con ardid artero
A los suyos; ni el ánimo le quita
El peligro de infame paradero;
Resuelto a todo, el pérfido se hizo
Con aquellos pastores topadizo.

XV.
»La multitud agólpase, y denuesta
Al prisionero que curiosa mira.
(Reina, las artes de los Griegos de esta
Traición colige; su maldad admira.)
Inerme se detiene, manifiesta
Medrosa turbación: los ojos gira
La turba rodeando que le oprime,
Abre los labios, y temblando gime:

XVI.
«¡Cielos! ¿a dónde me arrojais? ¿qué puerto
»Queda ya a mi infortunio? La cadena
»Del Griego a quebrantar aún bien no acierto,
»Y ya el Troyano a muerte me condena.»
Compone a su gemido el desconcierto
La multitud, el ímpetu serena,
Y con instancia a declarar le mueve
Patria, linaje, y la intencion que lleve.

XVII.
»Títulos aguardamos con que abone
Palabras de cautivo. Reparado
De la sorpresa, el impostor repone:
«¡Rey! la verdad confesaré de grado:
»No a mi labio veraz candado pone,
»Aunque adverso me fuere, el resultado:
»Yo Griego soy, no ocultaré mi cuna;
»Me hizo infeliz, no falso, la fortuna.

XVIII.
»Quizá en conversación por accidente,
»De Palamédes, generosa rama
»Del linaje de Belo floreciente,
»Llegó a tu oído el claro nombre y fama.
»Porque la guerra no aprobó, demente
»Llamóle el pueblo, y con indigna trama
»Trájole al hierro de la muerte: ahora
»Inmaculado le confiesa y llora.

XIX.
»Mi padre, escasa el arca de dinero,
»Guerrero aventuróme, y al cuidado
»De aquel varon fióme, compañero
»Antiguo nuestro y próximo allegado.
»Tomámos de esta playa el derrotero
»Muy al principio. Prosperó el Estado
»Miéntras honrarle y atenderle supo,
»Y parte a mí de su esplendor me cupo.

XX.
»Mas el término vi de mi contento
»Cuando de sus manejos el astuto
»Itacense, el infame acabamiento

»De Palamédes recogió por fruto.
»Notorio el caso fue. Yo en aislamiento
»Dime a vivir y en miserable luto:
»Pensaba siempre en mí inocente amigo,
»Y eterna indignación iba conmigo.

XXI.
»Ni pudiendo tener contino a raya,
»Demente ya, mi cólera sombría,
»Clamé, juré que si a la amada playa
»Tornase vencedor, me vengaría.
»Odios que Ulíses en silencio ensaya
»Hubo de acarrearme la osadía
»De mis palabras: sin enmienda aquello
»Vino a poner a mi desgracia el sello.

XXII.
»De entonces más, calumnias el aleve
»Ideó nuevas: comenzó rumores
»Vagos a propalar entre la plebe;
»Ni pudo sosegar en los terrores
»Conque el crímen persigue, hasta que en breve
»Con Cálcas, el augur, a sus rencores...
»Mas ¿a qué, derramando el pensamiento,
»Así os fatigo, y mi dolor aumento?

XXIII.
»Ya os dije, Griego soy: ¿qué más indicio,
»Si a todos nos nivela vuestra saña?
»Ea, pues: ¡consumad el sacrificio!
»Bien los de Atreo os pagarán la hazaña;
»Su triunfo, el Itacense.» El artificio
No vemos con que a fuer de Griego engaña;
Antes le instamos a explicarlo todo.

Con fina astucia y misterioso modo,

XXIV.
«Los Griegos,» sigue, «no una vez la prora
»Volver pensaron, y soltar la clava,
»Del asedio cansados. En mal hora
»Tornábalos a puerto la onda brava
»Y el ala de los vientos bramadora.
»Mas esa estatua al ver, que en pie se alzaba,
»Con ira nueva y general tronido
»Resonó el cielo en llamas encendido.

XXV.
»Eurípilo, que hicimos acudiera
»Al apolíneo oráculo, tornando
»Trajo esta, en solución, voz lastimera:
»Griegos: los vientos aplacasteis, cuando
»Marchabais a Ilión la vez primera,
»En el ara una virgen inmolando:
»Si en la vuelta anhelais propicia calma,
»Sangre verted, sacrificad un alma.

XXVI.
»La voz a oidos de las gentes vino
»Moviendo al corazón mortal recelo,
»Todos el rigor tiemblan del destino;
»Cuaja a todos la sangre torpe hielo.
»En tal crisis a Cálcas adivino
»Saca Ulíses con ímpetu y anhelo,
»Y de la hueste aquéjale en presencia
»A interpretar la funeral sentencia.

XXVII.
»Ya de aquel pecho de piedad desnudo

»Sondando muchos el ardid secreto,
»Me auguraban mal fin. Diez días mudo
»Difirió Cálcas el fatal decreto.
.»Cediendo al cabo al clamoreo agudo,
»Y a la mente ajustando del inquieto
»Instigador el fallo, lo pronuncia:
»Yo la víctima soy; mi nombre anuncia.

XXVIII.
»Place a todos; y el golpe que temía
»Cada uno enantes en su mal, en cuanto
»Sobre un triste desciende, en alegría
»Pública trueca el general quebranto.
»Ya se acercaba el tenebroso día
»De la degollación: con gozo, en, tanto,
»La salsamola alistan, y disponen
»Fúnebres vendas que mi sien coronen.

XXIX.
»Liberteme, es verdad, de la atadura;
»Y de un pantano entre la juncia y cieno
»Logré ocultarme con la noche oscura,
»Aguardando partiesen, si sereno
»Lo comportaba el mar por mi ventura.
»Mas la esperanza huyó de ver el seno
»Antiguo de la patria, y a mi lado
El hijo dulce, el padre deseado.

XXX.
»Ellos, blanco al furor de mis tiranos,
»Por mí habrán de lastar en roja piral
»Por los dioses del cielo soberanos
»Que apartan la verdad de la mentira,
»Por la noble lealtad, si ya en humanos
»Pechos cupo lealtad, la suerte mira
»No merecida, ¡oh Rey! que en mi se ceba;
»Tanto infortunio a compasion te mueva!»

XXXI.
La piedad que con lágrimas demanda,
Con lágrimas le dan los corazónes.
Abogamos por él. Al punto manda
Que los lazos le suelten y prisiones
El Rey, y así le dice con voz blanda:
«Olvida ya las bárbaras legiones,
»Mancebo, y sus malvados procederes:
»De hoy más, quienquier tú seas, nuestro eres.

XXXII.
»Mas la verdad declara sin rebozo:
»¿Quién inventó esta mole? ¿Con qué intento?
»¿Máquina amenazante de destrozo
»Es? ¿ó bien relialoso monumento?»
Dice el buen Rey; y el atrevido mozo
Mostrado, a usanza griega, al fingimiento,
Exclama así, las manos desatadas
Volviendo al cielo, y húmidas miradas:

XXXIII.
»¡Astros eternos! ¡Dioses que castigos
»Al dolo reservais! ¡Cuchilla! ¡velo!
»¡Aras del sacrificio! sed testigos

»Del derecho cabal con que cancelo
» Antiguos pactos: odio a los que amigos
»Pude llamar; ¡sus crímenes revelo!
»Mas ¡oh! ¡si en mi tú salvación se apoya,
»Guárdate fiel a tus promesas, Troya!

XXXIV.
»Los Griegos de Minerva en el robusto
»Auxilio descansaron confiados
»Hasta que el hijo de Tideo injusto
»Y fraguador Ulíses de atentados,
»Su estatua milagrosa al templo augusto
»Se aunaron a robar; y, degollados
»Los guardías del castillo, con sangrienta,
»Mano asieron de la alba vestimenta.

XXXV.
»Cayó miedo en los ánimos: su ayuda.
»Cambió, la Diosa en no dudoso amago;
»Que, al campo apenas se llevó, ceñuda
»Los ojos clava con fulgor aciago;
»¡Raro prodigio! humor amargo suda,
»Y del suelo tres veces se alza en vago,
»El escudo flamígero delante,
»Y el asta blandeando retemblante

XXXVI.
»Incontinente Cálcas determina
»Que el sitio los guerreros abandonen;
»Diz que en vano de Troya la ruina,
»Por bien que la expugnaren, presuponen.
»Si, tornando a cruzar la onda marina,
»En Árgos los auspicios no reponen,
»A la Diosa aplacando en sus desvíos

»Que cuidaron llevar en los navíos.

XXXVII.
»A Micénas ahora encaminados
»(De Cálcas los auspicios tal declaran),
»Prevenidos mejor y apertrechados,
»La vuelta a dar de asalto se preparan,
»Mas antes que partiesen, avisados,
»En.igual de la que ímpios enojaran
»Robada estatua, edificaron ésta
»Para purgar la violación funesta.

XXXVIII.
»Plúgole a Cálcas, además, que fuese
»De trabes poderosas guarnecida
»Y que las nubes con la frente hiriese,
»Porque su peso y altitud impida
»Que por las puertas quepa, y atraviesa
»Las murallas, no avenga que presida
»A la ciudad, del Paladion viuda,
»Y con la antigua protección la acuda.

XXXIX.
»Que si este don violais -el agorero
»Pronostica (primero se convierta
»En quiebra suya el malhadado agüero!)-
»Troya vencida quedará y desierta:
»¿Qué es Troya? ¡el Asia! ¡Triunfareis, empero,
»Si le internareis, la muralla abierta,
»Y a las aguas de Grecia vuestras proras
»Irán, andando el tiempo, vencedoras!»

XL.
»Así en un punto entre sus lloros viles,

Caza Sinon con pérfidos amaños
En red de muerte a los que el grande Aquíles,
Ni el hijo de Tideo, ni diez años
De terca opugnación, ni naves miles
Pudieron domeñar. Tras sus engaños,
Con espanto de todos repentino,
Oye el paso cruel que sobrevino.

XLI.
»Sacerdote por suerte designado
A honrar al Dios del húmedo elemento,
Era Laoconte: ante el altar sagrado
Degollábale un toro corpulento.
Súbito a la sazón venir a nado
Vemos (de horror estremecerme siento),
De la ínsula vecina procedentes,
Por sobre el mar tranquilo dos serpientes.

XLII.
»El pecho entrambas enhestando iguales,
Con encarnada cresta gallardean,
Y en ruedas, al andar, descomúnales
El largo cuerpo sobre el ponto arquean:
Rotos gimen los líquidos cristales
Por do hienden: abordan ya y campean,
La vista en sangre y rayos encendida:
Todos huímos, la color perdida.

XLIII.
»Lamiéndose las bocas sibilantes
Con la vibrante lengua, van derecho
Para Laoconte: mas sus hijos antes,
Tiernos gemelos, en abrazo estrecho
Aferran, y sus miembros palpitantes

Apedazan, devoran. Pecho a pecho
Y meneando la aguzada hoja,
Encima el genitor se les arroja.

XLIV.
»¡Vano auxilio! ¡arduo afán! Ellas le abrazan
Con doble, firme vuelta la cintura;
Los escamados lomos le relazan
A la garganta, y a mayor altura
Sobrealzando las crestas, amenazan.
Con ambas manos él entre la impura
Ponzoña que las ínfulas le afea,
Por sacudir los ñudos forcejea.

XLV.
Descoyuntado al fin, y cual pudiera
El toro que del ara huyendo herido,
De hacha insegura libertado hubiera
Su manchada cerviz, en alarido
Rompe horrible. Las sierpes de carrera
Parten al templo de Minerva, y nido
A los pies de la Diosa encrudecida
Hallan seguro bajo el ancha egida.

XLVI.
»Nuevo motivo de terror asalta
Los ánimos, que el miedo señorea;
Supone el vulgo que Laoconte, al alta
Estatua encaminando el asta rea,
Mereció el golpe que siguió a su falta:
Que el caballo se interne, clamorea,
Y que a la Diosa con devotas preces
Se Persuada a poner sus altiveces.

XLVII.
»Presto aportillan el adarve: toma
Movimiento el coloso: iguales giran
Ruedas que al pie le ajustan: con majoma,
Atando el cuello,a competencia tiran.
Ya grave de armas sobre el inuro asoma:
Todos, con ansia a la labor conspiran:
Garzones y doncellas entre tanto,
Alzan en torno religiosocanto.

XLVIII.
»Ya entra bamboneando, a tu firmeza
Cierta amenaza, ¡oh Troya! ¡oh patria! ¡estancia
Antigua de altos Dioses! ¡fortaleza
Do vio un pueblo estrellarse su arrogancia!
Sigue, y tres veces al umbral tropieza
Con ronco són que retumbó a distancia;
Mas insta el vulgo en su porfía loca,
Y al fin en el alcázar le coloca.

XLIX.
»Vanamente Casandra entusiasmada
Esforzando la voz -su voz divina,
Por castigo de un Dios menospreciada-
Grandes calamidades vaticina.
¡Ay! sus anuncios estimando en nada,
Al borde ya de la común ruina,
Nosotros sólo en decorar pensamos
Templos y altares con festivos ramos.

L.
»Gira mientras la esfera, y vase alzando
La noche de las ondas, el desvelo
Y fraudes, enemigos ocultando

En espantoso horror, la tierra, el cielo.
Yacen mudos los Teucros: sueño blando
Acá y allá los encadena. A vuelo
Torna entre tanto la pelasga flota
A las sabidas playas la derrota.

LI.
»A sordas con la luna y el sosiego
De la noche, que muda las arropa,
Marchan las naves ya, que ha dado el fuego,
Concertada señal, la regia popa.
Sinon, a quien, en daño Questro ciego
El hado guía, la escondida tropa
Acude a libertar, y la honda cava
Abre que tenebrosa los guardaba.

LII.
Y por cables que lanzan de ligero;
Desguíndanse de la bórrida guarida
Esténelo, Tisándro, Ulíses fiero,
Tornando a respirar aura de vida:
Menelao; Macaon, que fue el primero,
Y Acamante y Toanie de seguida,
Y Neoptólemo audaz el de Peleo,
Y el trazador del artificio, Epeo.

LIII.
»A entrar la muchedumbre se acelera
En la ciudad, que yace en sueño y vino,
Y matandolas guardías, carnicera,
Y las puertas abriendo, da camino
Y se une a, los que abordan. Tiempo era
En que el suefio primero don divino,
Los cuerpos sosegando fatigados

Envuelve en manso olvidó los cuidados.

LIV.
»En medio del silencio, a la imprevista,
Reputándolo yo por caso cierto,
Héctor en sueños muéstrase a mi vista
De polvo vil y amarillez cubierto:
Mustia la faz, que el ánimo contrista,
Mustia y llorosa; y, cual después de muerto
Y arrastrado por rápidos bridones,
Taladrados los pies de correones.

LV.
»¡Cuán trocado de aquél que a nuestros ojos
Resplandeció tras recias embestidas,
O de Aquíles trujese los despojos
O incendíase las naves combatidas!
Yerta barba; cuajados los manojos
Del pelo en sangre; vivas las heridas
Que en torno recibió de la muralla;-
Y aquí en sueños mi voz en llanto estalla:

LVI.
«Gran Héctor que de gloria y de consuelo.
»Astro por siempre a los Troyanos fuiste!
»¿De cuál remoto y olvidado suelo
»Tornas al fin a nuestra playa triste?
»¿Y tras fatiga tanta, estrago, duelo,
»Hoy de nuevo tu brazo nos asiste?
»¿Mas por qué herido así? Tu faz serena
»¿Por qué se cubre de sangrienta arena? »

LVII.
»Nada contesta: con mortal gemido

«¡Vuela! ¡huye!» exclama: «el Griego se apodera
»De la ciudad: incendio embravecido
»Estalla: ¡Troya se desploma entera!
»Mucho a, la patria y al monarca ha sido
»Sacrificado: si algo la valiera,
»Salvárala este brazo: en su agonía,
»Su culto, hijo de Venus, te confía.

LVIII.
»Mansión busca a sus Dioses tutelares
»Que fundarás, y grande, finalmente,
»Audaz cruzando procelosos mares.»
Y mientras habla entrégame impaciente
La alma Vesta que arranca a los altares,
Y los velos y el fuego indeficiente.
`Por la ciudad en tanto se extendía
El estruendo confuso y vocería.

LIX.
»Y aunque distante de la puerta Esce
Yacía de mi padre la morada,
Opaca de un jardín que la rodea,
De la invasora muchedumbre armada
Llega sordo el rumor; mi sien golpea;
Salto veloz, el ánima azorada,
Y a la azotea trepo, y al ruido
Que crece más ymás, tiendo el oido

LX.
»Tal cuando en mieses subitánea llama,
Soplando el Austro, enfurecida prende,
o bien si desbordado se derrama
Y valles, surcos y sembrados hiende
Bravo raudal, y en remolinos brama

Árboles arrastrando que desprende;
Sobre un peñón, de la tormenta aquella
Testigo inmóvil el pastor descuella.

LXI.
»Bien a mis ojos lo que en torno pasa,
Bien la aviesa traición se patentiza.
Con estampido el gran palacio arrasa
De Deifobo, el fuego, y se encarniza
Sin detenerse, en la contigua casa
De Ucalegonte, y de su luz rojiza
Parece arder abierto el mar Sigeo:
Suenan trompetas, cunde el clamoreo,

LXII.
»Echo mano a las armas alterado,
Y a discurrir no acierto a mi albedrío:
Al alcázar volar con un puñado
De compañeros, en confuso ansío;
Mal ciego de furor, desatentado
En manos de la muerte la honra fio;-
Cuando al Otrida, del altar febeo
Ministro en el alcázar, llegar veo.

LXIII.
»Él los Dioses vencidos, casi a vuelo
Trae, y sacros adjuntos que a la saña
Hurtó enemiga supiadoso celo;
Y un nieto pequeñuelo le acompaña.
«¡Panto!» al verle clamé con vivo anhélo:
«¡Habla! ¿qué pide adversidad tamaña?
»¿En dónde haremos la defensa? ¿en dónde?
Dando un hondo gemido me responde;

LXIV.
« La hora que los hados previnieron
»Llegó de asolación! ¡Jove inclemente
»Trastorna la balanza! Fueron, fueron
»Troya, su gloria, su esplendor potente?
»Todo los enemigos lo invadieron:
»Del caballo intramuros eminente
»Griegos brotan armados: triunfante
»Sinon propaga el fuego devorante.

LXV.
»Por las ya francas puertas a oleadas
»Cuantos vinieron de la gran Micénas
»Tantos que entran parece: están tomadas
»Las avenidas: de reposo ajenas
»Amenazan fulgentes sus espadas
»La primer guarnición ensaya apenas
»Al tropel oponerse que la embiste,
»Y en ciega riña desigual resiste.»

LXVI.
»Ardo a su voz: el corazón me inflama
No sé cuál Dios o aliento sobrehumano:
Do la ira impele, do el rumor me llama
Corro el hierro a arrostrar y el fuego insano.
A la luz vaporosa que derrama
La blanca luna, de Ífito el anciano,
De Hípanis, de Dímas Rifeo,
Que se me allegan, los semblantes veo.

LXVII.
»Corebo, el hijo de Migdon, partido
Tomó también y se nos puso al lado.
Estaba en Rion recién venido,

Con pasión de Casandra enamorado;
Y de Príamo yerno prometido,
Su espada nos brindó como aliado.
¡Ay! ¡cuán diverso su destino fuera
Si a la inspirada profetisa oyera!

LXVIII.
»Yo así a todos les dije en el momento
Que en órden los vi puestos de pelea:
« ¡Mancebos de alma grande, que de aliento
«Heróico, pero estéril, se rodea!
»Si seguir pretendeís mi osado intento,
»Igualad el peligro con la idea:
»Los Dioses que este reino custodíarán
»Hoy altares y templos desamparan,

LXIX.
»A una ciudad, oh pechos denodados,
»Acorreis que en pavesas se convierte:
»La muerte, pues, busquemos, y arrojados
.»Entre enemigos, generosa muerte;
»¡Quien con el cielo lucha y con los hados
»Sólo desnudo de esperanza es fuerte!»
Así exaltado les hablé, y mi acento
Su denuedo redobla y su ardimiento.

LXX.
»Cual del hambre al furor lobos rapaces,
Miéntras que los cachorros por su vuelta
Anhelan, seca la garganta, audaces
Corren en sombras la campaña envuelta;
Por medio de los hierros y las haces
Enemigas así la planta suelta,
De la muerte lanzados al encuentro

Tocamos ya de la ciudad al centro.

LXXI.
»La noche miéntras con su negro manto
Nos cobijaba ¡Oh noche de tormentos!
¿Quién podrá darte el merecido llanto
o el número decir de tus lamentos?
¡La alta, antigua ciudad, de lauro tanto
Coronada, flaquea en sus cimientosl
Por calles, plazas, templos invadidos,
Cadáveres se ven yacer tendidos.

LXXII.
»Mas no toda la sangre que se vierte
Sangre es troyana. Amenazante aviva
Tal vez el antes abatido; inerte
El vencedor en tanto se derriba.
Igual a entrambas partes la ímpia suerte
Terror, desolación sembrando iba
Por acá y por allá: la muerte toma
Miles semblantes, y doquier se asoma.

LXXIII.
»Al paso Andrógeo nos salió el primero
Con gente mucha entre la sombra espesa,
Y creyéndonos suyos, delantero,
«Amigos,» dice, «¿qúé indolencia es ésa?
»¡Apresurad! Cuando Ilion entero
»Es ya ceniza y dividida presa
»Al ímpetu feliz de nuestras tropas,
»¿Vos apenas dejáis las altas popas?»

LXXIV.
»Haber caído entre enemiga gente

Nuestra respuesta adviértele indecisa,
Y cortando el discurso de repente,
Arredra el pie con azorada prisa;
Bien cual trémulo salta el que serpiente
Inesperada entre malezas pisa,
Que se le vuelve enfurecida de ello
Y enhiesta ensancha el azulino cuello.

LXXV.
»Andrógeo,así despavorido huía;
Y a su tropa nosotros con denuedo
Cargámos, que el lugar desconocía,
Y a más temblaba en vergonzoso miedo:
Cargámosla, y en ellos a porfía,
Matar pudimos. Animoso y ledo
Al aura de fortuna Sionjera,
Corebo razonó de esta manera:

LXXVI.
«Bien la fortuna apunta, amigos; ea!
»El camino sigamos que señala:
»Con los Griegos cambiemos de librea;
»En mal del enemigo, ¿quién no iguala:
»Fuerza y astucia? ¡El mismo armas provea
Dice, y ciñe el estoque argivo y cala:
El almete de Andrógeo, penachudo,
Y ornado de blasón prende el escudo.

LXXVII.
Rifeo le imitó; ni hacerlo dudan,
Dímas al punto y los demás presentes:
Todos en armaduras propias inudan
Los trofeos magníficos recientes.
Así ajenos, auspicios nos escudan

Y oscuro el aire: a su favor frecuentes
Choques de paso alventurando a tiento,
Despeñamos al Orco almas sin cuento.

LXXVIII.
»Cuáles en tanto, de peligro ajenos,
Merced de presta fuga, en la ribera
Se acogen a las naves: cuáles llenos
De vil temor, del monstruo de madera
En los profundos conocidos senos
Trepan a guarecerse. Mas ¿qué espera
El mortal infeliz, o en qué confía,
Si al brazo de los Dioses desafía?

LXXIX.
»He aquí entre ásperas puntas, falleciente,
Casandra, hija de Príamo, iba envuelta.
Del sagrario de Pálas por furente
Ciego invasor arrebatada: suelta
La cabellera; al cielo vanamente
Con vivísimo ardor los ojos vuelta...
¡Los ojos, ay, que las hermosas manos
Con cadena oprimieron los villanos!

LXXX.
»No tal sufrió Corebo arrebatado,
Y entre el tumulto, de morir sediento,
Precipitóse: en escuadrón cerrado
Seguimos los demas su movimiento.
Mas, ¡ay dolor! los nuestros del terrado
Del templo, observan en fatal momento
Nuestro arreo y crestones, y en su engaño
Presto nos hacen lastimoso daño.

LXXXI.
»Como vientos alígeros que en roto
Torbellino se encuentran frente a frente,
Y Zéfiro combate, y Euro, y Noto,
-Euro, que en,sus bridones del Oriente
Va ufano; -y gime estremecido el soto,
Y, de espumas cubierto el gran tridente,
Nereo en su furor no da reposo,
Y mueve desde el fondo el mar undoso:

LXXXII.
»Así brama, con fiera arremetida
Correspondiendo a nuestro audaz embata
Caterva que a vengar salta ofendida
De la doncella el súbito rescate:
Ayax violento, y tino y otro Atrida,
Y los Dólopes todos. En combate
Entran también los que esparcido había
Por la oscura ciudad nuestra artería.

LXXXIII.
»Tornan éstos a hallarnos cara a cara,
Y el habla que nos oyen diferente
El disfraz de las armas les declara.
Al número sucumbe, en fin, mí gente.
Peneleo a Corebo al pie del ara
Inmoló de la Diosa armipotente;
¡Ay! de los suyos recibiendo heridas
Rinden Dímas é Hípanis las vidas.

LXXXIV.
»Ni tu piedad ni el apolíneo velo
Te hurtaron, Panto, a la enemiga hueste
Y el justo, el santo del troyano suelo,

Rifeo, cae, sin que amparo preste
A su virtud (¡misterio grande!) el Cielo.
Conmigo Ífito y Pélias quedan: éste
Mal herido de Ulíses, tardo el paso;
Esotro por la edad de fuerza escaso.

LXXXV.
»Con ellos en forzosa retirada
Abandoné la desigual porfía.
¡Oh pira extrema de mi Patria amada,
Sacras cenizas de la gente mia!
Testigos sed que en la infeliz jornada
Tanto arrostré cuanto arrostrar debía,
Y, a consentirlo el fallo de la suerte,
Ganara por mi mano honrosa muerte.

LXXXVI.
»Torcemos al estruendo sin tardanza
Al palacio del Rey, do tan horrenda
Refriega hallamos, cual si aquella estanza
Fuese el único campo a la contienda;
¡Tal era el brío y la marcial pujanza!
¡Así en masa a los Griegos estupenda
Precipitarse vemos, y la entrada
Asedíar bajo densa empavesada!

LXXXVII.
»De un lado y otro el edificio ascienden.
Por pilares y escalas; con los brazos,
El escudo al izquierdo, se defienden
De pedradas sin cuento y saetazas;
Suelto el derecho, en el remate prenden
Del edificio altísimo. En pedazos
En tanto los troyanos campeones

Las techumbres derruecan y bastiones.

LXXXVIII.
»De tales armas su defensa flan,
Aureas trabes lanzando en su despecho
Que de antiguos monarcas dado habían
Noble decoro al admirado techo.
Otros abajo, a resguardar se alían
Las puertas, y tras ellas en estrecho
Grupo, puñal en mano, se aglomeran,
Y apercibidos la avenida esperan.

LXXXIX.
»Al palacio escalado se convierte
Mi atención toda: diligente acudo
A esforzar a quienquier se desconcierta
Y alientos dar contra el asalto crudo.
Un portillo hubo atras, que a buena suerte
Al ciego sitiador hurtarse pudo;
Tras él los tramos,del palacio unía
Tránsito oscuro, oculta galería.

XC.
»Por allí sola Andrómaca en su duelo,
Cuando aún cetro empuñaba el Rey anciano,
Ir solía a sus suegros, y al abuelo
Llevaba el hijo tierno de la mano.
A entrar por allí mismo ahora yo vuelo;
Calo el postigo, y la eminencia gano,
Do abajo (¡vano ardor!) los Teucros echan
Cuanto a la mano ven, cuanto destechan.

XCI.
»A plomo allí con la pared se erguía

Excelsa torre en la región del viento,
Que toda la ciudad mandaba un día
Y la enemiga armada y campamento.
Por do fácil de herir aparecia
Batímosla en redor: del alto asiento
Al combinado impulso desprendida,
Cede, y precipitamos su caída.

XCII.
»Ella rodando con fragoso estruendo
En fragmentos veloz se despedaza,
Y abajo amplio escuadrón tapa cayendo,
Que otro, cual ola súbita, reemplaza.
Sigue sin tregua el combatir tremendo.
Ya ante el mismo vestíbulo amenaza
Pirro animoso, en el umbral primero,
Con metálica luz radíante y fiero;

XCIII.
»Cual dragón que aterido, soterrado,
De venenosas hierbas se sustenta,
Mas de nuevo arreándose, en el prado
Sale a campar cuando el calor le alienta:
Voluble el lomo en roscas arrollado
Miles colores con la luz ostenta;
Al sol mirando, el cuello al aire libra,
Y la trisulca lengua hórrido vibra.

XCIV.
»Automedonte, que de Aquíles fuera
Auriga, ora escudero, y Perifante
Corpulento acomete, y la guerrera
Esciria juventud, y a un mismo instante
Llama arrojan que al aire va ligera:

Pirro, hacha en mano, abócase adelante,
Quiciales estremece, vigas raja,
Y las ferradas puertas desencaja.

XCV.
»Las trabes a su empuje crujen, ruedan;
Enorme boqueron dan los tablones,
Ni cosa abrigan que ocultarle puedan
Dentro los vastos atrios y salones,
De los antiguos soberanos quedan
Francas y descubiertas las mansienes,
Y afuera comparecen los soldados
Que las Duertas guardaban atropados.

XCVI.
»¡Oh cuánta turbación adentro! ¡oh cuánto
Terror! Los huecos artesones llena
Femenil alarido, ronco planto,
Grita, confusa y vária al cielo suena.
Cruzan matronas con afán y espanto
Las anchas salas que el rumor atruena,
Y las colunas a abrazar se arrojan,
Las besan, y en sus lágrimas las mojan.

XCVII.
»Mas Pirro igual al padre se adelanta.
¿Qué arma, qué brazo atajará el pujante
Hierro esgrimido con braveza tanta?
Postes ni cerraduras son bastante;
Ferrada maza a golpes los quebranta.
Plaza abre a fuerza: a quien le va delante
Atierra, Y su cohorte furibunda
A la redonda el edificio inunda.

XCVIII.
»Así de altiva cumbre se desata
De pronto hinchado un espumoso rio,
Y oleadas horrísonas dilata
Hundiendo el malecón, creciendo en brío;
Y establos y ganados arrebata
Impetuoso. Yo, yo vi al impío
Cebarse airado en el estrago horrendo;
Ví a los, Atridas el umbral cubriendo.

XCIX.
»Vi a Hécuba y sus hijas, sus amores
Vi a Príamo, del ara en el sagrado,
El fuego que adoraron sus mayores
Matar en sangre suya mal su grado;
Vi los cincuenta lechos, que de flores
Había la esperanza engalanado
En pro del trono, y las soberbias puertas
De oro y rico botin rodar cubiertas.

C.
»Griegos el campo ocupan que aun da el fuego.
-Mas ya ansiosa querrás, augusta Dido,
De Príamo saber. Príamo, luego
Que de las puertas oye el estallido,
Y encima siente al desbordado Griego,
Ciñe al endeble cuerpo envejecido
Inútil hierro y olvidada malla,
Y aguija a perecer en la batalla.

CI.
»Al raso en medio del palacio había
Ancho altar, y por cima un lauro anciano
Asombrando a los Lares, descogía
Denso follaje de verdor lozano.
Hécuba en la marmórea gradería
Con sus hijas los Dioses ciñe en vano,
Bien cual palomas que en bandada avienta
El repentino son de la tormenta.

CII.
»Como a recursos el Monarca apele
Ya ajenos a su edad, «¿Qué desvarío,»
Hécuba clama, «a perdición te impele?

»Hoy de mi Héctor la fuerza y poderío
»Fuera en vano; pues ¿qué ese brazo imbele
»Hará en el caso extremo? Esposo mío,
»Ven: este altar refugio a todos sea,
»O a todos juntos sucumbir nos vea.»

CIII.
»Dice; a su lado le reduce, y puesto
Sobre las losas a ocupar le obliga.
Desacordado y jadeante, en esto,
Polítes, de ellos hijo, a quien hostiga
Pírro desaforado, el pie, tan presto
Como lo sufre su mortal fatiga,
Por los vacíos atrios acelera,
Y señala con sangre su carrera.

CIV.
»Ya con la pica por detras le toca,
Ya entre las manos el cruel le mira,
Cuando en faz de sus padres desemboca,
Y dando en tierra ensangrentado espira.
El venerable viejo, a quien provoca
El duro lance a generosa ira,
No en lo sumo del riesgo el labio sella,
Mas respetos y amagos atropella:

CV.
»Si justo el cielo de los hombres cura
»Dáranos, » dice, »por tamaña ofensa,
»A mi venganza a colmo; larga y dura
»A ti la merecida recompensa!
»Poner te place al padre en angostura
»De ver caído al hijo sin defensa,
»Y no acatando encanecidas sienes

»A darle en rostro con su sangre vienes.

CVI.
»Calla de hijo de Aquíles el dictado,
»Que le desmiente tu cobarde encono:
»Él supo dar la mano al que postrado
»Miró a sus pies en mísero abandono;
»Tornóme el hijo muerto, que enterrade
»Fuese en fúnebre pompa, y a mi trono
»Me concedió volver.» Dijo, y con tardo
»Aliento el Rey de allí soltóle un dardo

CVII.
»Que rebotado al punto con sonido
Ronco, al tocar el defendido acero,
Quedó en el centro del broquel prendido.
Pirro repuso con sarcasmo fiero:
« ¡Sí,vé a mi padre, y que su ejemplo olvidé
»Dile; que de su sangre degenero
» Que orpbio eterno de mi porte espere;
»Eso y más dile; y por ahora muere!»

CVIII.
»Y diciendo y haciendo, el inhumano
Al mismo altar impávido arrastraba
Al noble Rey, que, trémulo de anciano,
En la sangre del hijo resbalaba:
Le ase del pelo con la izquierda mano,
Y con la diestra a su placer le clava
Hasta el pomo la daga en el costado,
Fúlgida en alto habiéndola vibrado.
CIX.
»Tal rodó su corona refulgente;
Tal vino a ver su antigua fortaleza

Humo y polvo tornarse de repente,
Aquél que al esplendor de su grandeza
Miró a cien pueblos inclinar la frente!
Su cuerpo, tronco informe, la cabeza
Cercenada por bárbara cuchilla,
Yace sin nombre en solitaria orilla.

CX.
»Horror profundo allí por vez primera
Sobrecogióme, viendo la agonía
Penosa de mi Rey, y la manera
Como el postrero anhélito rendía.
Mi padre, que cuanto él anciano era,
Delante me fingió la fantasía:
La dulce esposa, el hijo tierno, a rudo
Ultraje abandonados sin escudo.

CXI.
»Por ver con quiénes cuento, en torno paso
Las miradas; a nadie ya diviso:
Dieron unos al fuego el cuerpo laso,
Arrojáronse otros de alto piso.
Así todo oteándolo de paso,
Al claror de las llamas, de improviso
Observo un bulto en el umbral de Vesta;
Erase Elena en lo escondido puesta.

CXII.
»Esa ahora a las aras acogida,
Furia que al mundo le nació ominosa,
De Troyanos y Griegos maldecida,
De Griegos y Troyanos temerosa,
Salvar tentaba la infelice vida

Huéspeda ingrata, amancillada esposa;
Matar pensé la infame advenediza
Por vengar de la Patria la ceniza:

CXIII.
»¿Cómo? ¿habrá de salvarse la menguada
»Rastrándose en oscuros escondrijos?
»¿Y en Micénas y Esparta hará su entrada
»Reina ella entre marciales regocijos,
»De troyanos esclavos acatada
»Tornando a ver esposo, padres, hijos?
»¿Y Troya en bravas llamas consumida?
»¿Y triunfante el acero regicida?

CXIV.
»¿Y para esto tornada ardiente lago
»Tantas veces la playa en sangre nuestra?
»¡Oh! ¡no! que si en matar una hembra, no hago
»De varonil valor gloriosa muestra,
»Dar a tal monstruo el merecido pago
»Hazaña es justa y digna de mi diestra:
»No ya sedienta al envainar mi espada,
»Más de una sombra dejaré vengada!»

CXV.
»Rugía yo con voz tempestuosa
Cuando espléndida toda de hermosura,
Me apareció mi madre bondadosa
Radíante entre la sombra de luz pura,
Con el encanto y majestad de Diosa
Conque se muestra en la celeste altura;
Súbito el vengador brazo me toca,
Y abre entre aromas la purpúrea boca:

CXVI.
«¡Cálmate, hijo! ¡tus palabras mide;
»Tu pecho hirviente su ímpetu reporte!
»Dí, ¿será justo que el rencor te olvide
»De la familia nuestra, y no te importe
»Saber si el genitor, a quien impide
»Vejez cansada, el hijo, la consorte
»Vivos están? ¿No ves que los circunda
»La multitud que la ciudad inunda?

CXVII.
»Por mil, el hierro su sangre no devora;
»Por mí, el fuego sus huesos no calcina.
»Y a qué la faz baldonas seductora
»De esa Lacedemonia que abomina
»Tu corazón? Y a Paris a deshora
»¿Por qué oprobias? No tiene la ruina
»De Troya la opulenta humano origen;
»Airados Dioses son quienes la afligen.

CXVIII.
»Es fuerza superior la que derriba
»Sus altos techos. Si cejar te duele,
¡Yo esa que lenta en derredor te priva
»De luz, haré que de tus ojos vuele,
»Húmida, opaca niebla, y la cautiva
»Vista dilates. Quién, verás, demuele
»Aquestos muros, y al materno aviso
»La frente inclinarás grato y sumiso.

CXIX.
»Allá, do envuelto en polvo el humo ondea,
»Y en pie no hoy mole ya ni canto alguno,
»La ciudad en su asiento bambalea

»A golpes del tridente que Neptuno
»Sacude. Acá sobre la puerta Escea
»Ante todos safiuda avanza Juno,
»Y audaz, cubierta de acerada escama,
»La amiga tropa de las naves llama.

CXX.
»Torna, torna a mirar: Pálas cruenta
»Ya los altos alcázares domina.
»Y envuelta en nimbo centelloso, ostenta
»La terrible cabeza serpentina.
»A los Dánaos el Padre mismo alienta,
»El Padre universal, y en la divina
»Legión contra tu Patria iras enciende.
»Tú el hierro envaina, pues; la fuga emprende.

CXXI.
»Nada temas: tu planta irá segura
»De la paterna casa a los umbrales;
»¡Contigo soy!» Y bajo sombra oscura
Encubrióse, al decir palabras tales.
Entonces la terrífica figura
Vi de adversas deidades colosales;
La hoguera vi donde Ilion se abrasa;
Y Troya conmovida por su basa,

CXXII.
»Cual viejo fresno que la ufana frente
Señorease sobre el monte enantes,
Y hora en redor la campesina gente
Le diese al tronco hachazos incesantes;
Que la alta copa temerosamente
Estremece a los golpes resonantes,
Y amenaza, y restalla, y de la cumbre

Desploma con fragor su pesadumbre.

CXXIII.
»Desciendo, en fin; mis pies mi madre guía;
Campo las armas dan, receja el fuego.
Mas no bien de la antigua casa mía
A los umbrales anhelante llego,
Mi padre, ¡ay! el primero a quien quería
Fuera llevarme, niégase a mi ruego.
Pues sobre tantas ruinas apellida
Vil el destierro y mísera la vida:

CXXIV.
«¡Huid los que en lozana primavera
»Corazón abrigais esperanzado:
»No así el Cielo mi nido destruyera
»Si fuese mi existencia de su agrado!
»¿Qué aguarda el que la Patria ya a extranjera
»Cadena vio doblarse? demasiado
«Sobrevivo al estrago de los mios;
»¡Oh! ¡dadme el adiós último, y partíos!

CXXV.
»Avara del botin, condolecida
»De mi miseria, el fin dará que aguardo
»Alguna mano a mi cansada vida;
»Ni por falta de tumba me acobardo.
»A mi inútil vejez, aborrecida
»De los Dioses, el término retardo
»Desde que plugo al brazo omnipotente
»Lanzarme un rayo y aturdir mi mente.»

CXXVI.
»Mi padre así tendido en tierra dijo;

Y vanamente en lágrimas bañados
Yo, mi Creusa, mi inocente hijo,
Todos le suplicamos apiñados
No así mal tanto consumase, fijo
En afrontar los inminentes hados;
Mas él, sordo al solícito lamento,
Mantiénese en su puesto y firme intento.

CXXVII.
»Torno a las armas, y el arnes requiero,
Y a morir batallando me preparo;
Ni más alivio a mi dolor espero,
Ni otra salida, ni mejor reparo.
«¡Oh padre mío!» en mi dolor profiero;
«¿Y pudiste idear que en desamparo
»Te abandonase por salvarme? ¿Agravios
»Vierten cual éste paternales labios?

CXXVIII.
»Si es que completa asolación previene
»A Troya el Cielo en su insaciable enojo,
»Si la medida quieres que se llene
»Con nuestros restos, cumplirás tu antojo:
»Ya vendrá Pirro; franco el paso tiene:
»Pirro con sangre del Monarca rojo,
»De cuyo brazo matador no ampara
»Ni al hijo el padre, ni al anciano el ara.

CXXIX.
»¿Y a ésto sólo me sacas, alma Dea,
»Salvo por medio del adverso bando?
»¿A que testigo en mis hogares sea,
»No ya en la lid, de su rencor infando?
»¿A que, uno entre la sangre de otro, vea

»Hijo, padre y esposa agonizando?
»¡Al arma! ¡al arma! ¡La postrera hora
»Llama al vencido, amigos, vengadora!

CXXX.
»¡Tornar dejadme a la ardua lid! Mi diestra,
»Renovará el conflicto: al fin, vengada
»Corra, si ha de correr, la sangre nuestra.»
Dije, a la cinta acomodé la espada,
Y el escudo embrazando a la siniestra,
Ya iba a salir, cuando mi esposa amada ,
Se echa a mis pies en el umbral de hinojos,
Y nuestro dulce hijo alza a mis ojos.

CXXXI.
«Si es morir lo que atentas,».me decía,
«Todos iremos a morir contigo;
»Mas sí aun tu brazo de las armas fia,
»Primero es que defiendas este abrigo.
»¡Cómo! tu hijo, tu padre la que un día,
»Buena esposa llamaste, ¿al enemigo
»Así vas a entregar?» Tal su desgracia
Gime; el eco en los ámbitos se espacia.

CXXXII.
»Súbita maravilla sorprendente
De todos luego las miradas llama:
En medio del abrazo y el doliente
Coloquio paternal, brota una llama
De Ascanio en la corona, y por su frente
E ilesos rizos mansa se derrama:
Quién, al verle, el cabello le sacude;
Quién ya con agua, en su temor, le acude.

CXXXIII.
»Mas mi padre con plácida alegría
El rostro augusto eleva; ambas las manos
Tiende, y al cielo esta plegaria envía:
«¡Omnipotente Júpiter, si humanos
»Ruegos te mueven a clemencia pia,
»Una mirada compasiva dános!
»Sí merecemos protección, propicio
»Sénos, y sella el venturoso auspicio.»

CXXXIV.
»A estas voces en súbita estampida
Tronó a la izquierda; y por el vago cielo
Rápida estrella de esplendor vestida
Hendió a la noche el nebuloso velo:
Llegaba hacia nosotros, cuando al Ida,
Alumbrando el camino, tuerce el vuelo;
Su luengo sulco blanda luz señala,
Y humo sulfúreo al esconderse exhala.

CXXXV.
»Convéncese mi padre, se levanta,
Da gracias a los Númenes, y adora
La luz divina. «Gobernad mi planta,»

Dice: «no más suscitaré demora.-
»Y ¡oh patrios Dioses! vuestra mano santa
»Reconozco que a Troya cubre ahora:
»¡Mi familia guardad, guardad mi nieto!
»Partamos, hijo; la Deidad respeto.»

CXXXVI.
»Mas ya el calor sofoca; ya se escucha
Más y más cerca el fuego turbulento
Que con los muros y edificios lucha
Su furor avivando y movimiento.
«Sube en mis hombros, padre: a fe que mucha
»No ha de serles la carga: en todo evento
»Uno sea el peligro a entrambos; una,
»O piadosa o adversa, la fortuna.

CXXXVII.
»Ascanio venga de su padre al lado,
»Tú, Creusa, seguir mis huellas cuida;
»Y todos en los ánimos grabado
»Tened lo que os encargo en esta huida:
»Bien sabéis, servidores, de un collado
»Que está de la ciudad a la salida,
»Do de Céres ruinoso un templo antiguo
»A un vetusto cipres yace contiguo:

CXXXVIII.
»Cipres que nuestros padres reverentes
»Honraron siempre en sus felices días;-
»Allí nos juntaremos, diligentes
»Sendereando por diversas vias.
»Toma, ¡oh padre! los Dioses: yo de ardientes
»Refriegas salgo; si las manos mías
»Pusiese en ellos, en corriente clara

»No lustradas aún, los profanara.»

CXXXIX.
»Callo; y encima del común vestido,
Con una piel bermeja leonina
Los anchos hombros encubrirme cuido,
Y al grato peso mi cerviz se inclina.
El tierno Ascanio, de mi mano asido,
Conmigo a paso desigual camina:
Quedóse atras mi esposa: opaca niebla
En torno nuestro los espacios puebla.

CXL.
»Mas yo que en la ciudad momentos antes
No temí de la lid el alto estruendo,
No las armas, no griegos batallantes
Remolinados en tropel horrendo,
Ahora al sonar las auras oscilantes,
Al más leve ruido me suspendo,
No temeroso por la vida mía,
Si por mi dulce carga y compañía.

CXLI.
»Parecíame ya llegar seguro
Al deseado fin, cuando repente
Cual de veloces pies que el suelo duro
Batiesen, sordo estrépito se siente;
Y mi padre mirando de lo oscuro,
«Hijo, » dice, «huye, hijo; asoma gente:
Desvía; el temeroso centelleo
De las rodelas y corazas veo.»

CXLII.
»‚Ah! en tanto que mi pie medroso, excusa

Por ignoradas vueltas el camino,
No sé qué ínvido Dios, mi ya confusa
Razón de lleno a desquiciarme vino:
No supe más que fue de mi Creusa;
Si la detuvo mi cruel destino,
Si erró la vía, o se sentó cansada;
De entonces más, a mi clamor negada.

CXLIII.
»Ni la eché menos hasta haber llegado
Todos los míos, con turbada huella,
Al templo antiguo y salvador collado:
Reunímonos; ¡faltaba sola ella!
Faltaba a su hijo, en lágrimas bañado;
Faltaba a mí, que en áspera querella,
¡Oh entre males tamaños mal supremo!
De hombres y Dioses con furor blasfemo.

CXLIV.
»Hijo, y padre, y penates encomiendo,
Puestos y ocultos en profundo valle,
A mis amigos: despechado emprendo
La ciudad recorrer hasta que halle
La infelice consorte; y no temiendo
Volver a abrirme entre enemigos calle,
Me ciño de la fúlgida armadura,
Y entrégome al dolor y a la ventura.

CXLV.
»Llego primero al murallón oscuro,
Puerta y umbral por do pasado había;
Esfuérzome a mirar, y mal seguro
Sigo por rastros una y otra vía.
Horror, silencio en el desierto muro

Sólo hallar pude. A la morada mía
Acudo, por si allá mi compañera
Tal vez, tal vez la planta dirigiera.

CXLVI.
»Mas de los enemigos mi morada
Presa era ya: la llama devorante
Por el Ábrego rápido aventada,
Crece, sube, revuélvese ondeante.
Enderezo al alcázar, y en la entrada
Del sagrario de Juno (en lo restante
Abandonada ya la ciudadela),
Hacen Fénix y Ulíses centinela:

CXLVII.
»De los templos tornados en pavesas
Custodían el espléndido tesoro,
Vestes sacerdotales, sacras mesas,
Macizos vasos de luciente oro.
Víanse en torno de las ricas presas
Niños sumidos en confuso lloro,
Mustias las madres que el dolor embarga,
Cautiva muchedumbre en rueda larga.

CXLVIII.
»Allí sin fruto y por doquier demando
El bien perdido: una vez y otra al viento
Su nombre doy, los ámbitos llenando
Con la cascada voz de mi lamento.
Así por las sombrías calles ando
En su busca con ciego desatiento,
Cuando al paso atraviésase y me nombra,
Pálido, alto fantasma; -era su sombra.

CXLIX.
»Tiémblame el corazón, se me eneriza
El cabello, la sangre se me hiela:
Mas ella hablando así me tranquiliza
Y futuros destinos me revela:
«¿Por qué tu corazón se martiriza,
»O a do tu loca fantasía vuela?
»Templa el furor: no temerario oses
»Al imperio oponerte de los Dioses.

CL.
»Vencer no pienses mi eternal reposo,
»No contigo llevarme a otra ribera:
»Védalo aquél que todopoderoso
»En las sedes olímpicas impera.
»Vasto mar que surcar, amado esposo,
»Largo destierro que cumplir te espera;
»Mucho errarás; empero, finalmente,
»Llegarás a las playas de Occidente:

CLI.
»A Hesperia, patria de ínclitos varones,
»A donde ameno y dilatado ondea
»El lidio Tibre, que en besar los dones
»De sus fértiles ribas se recrea.
»Ancho imperio, magníficos blasones,
»Régia consorte encontrarás; ni sea
»Mi memoria a tu pecho dolorosa:
»Harto has llorado a tu apartada esposa.

CLII.
»Que no a la nuera de la cipria Diva,
»La hija del frigio Rey, reduce el hado
»A sierva humilde de matrona aquiva:

»¡No irá a ver, no, del vencedor airado
»Soberbios techos mísera cautiva!
»La madre de los Dioses a su lado
»Me azcoge. ¡Adiós! por nuestro Ascanio vela;
»¡Amale slempre, y tu dolor consuela! »

CLIII.
»Yo que la oía en lágrimas deshecho,
Mil cosas fui a decir, cuando en sombríos
Celajes se encubrió. Tres veces le echo
Al cuello los amantes brazos míos,
Y tres veces, ¡oh pena! los estrecho
Contra el burlado corazón vacíos,
Desvanecida a mi anheloso empeño
Cual humo vano o fábrica de un sueño.

CLIV.
»La noche terminó con mi porfía,
Y torné. Con portátiles haberes
Notable multitud llegado había,
Ausente yo, cabe, el altar de Céres.
Apellídanme todos jefe y guía:
«Contigo,» dicen, «a doquier esperes
»¡Ay! alejarnos del confin troyano,
»Rostro haremos al lóbrego Oceano.»

CLV.
»Allí varones y hembras, niños, viejos,
Y larga y miserable muchedumbre.
Y ya anunciaban pálidos reflejos
Al sol, del Ida sobre la ardua cumbre.
Ocupadas las puertas a lo lejos,
Huye de auxilio la postrer vislumbre:
Cedo a la suerte: a recibir me inclino
Mi padre, y a los montes,me encamino.

LIBRO TERCERO

I.
«Después que el Cielo la inculpada gente
De Príamo y troyana monarquía
Derribó en tierra, y la ciudad potente
En círculos de humo perecía;
También por alta inspiración presente,
Mas sin saber por dónde el hado guía
O do hemos de parar, labramos pinos
Que a otras playas, nos lleven peregrinos.

II.
»Éramos cabe Antandro congregados
Al pie de Ida, y no bien pintó el estío,
Manda mi padre en brazos de los hados
Soltar velas del viento al albedrío.
Con llanto el puerto dejo, y los amados
Campos do Troya fue; y a la onda fio
Mi pueblo, y prole, y Dioses tutelares,
Y empiezome a engolfar en altos mares.

III.
»Cae por allá un país que Marte ampara
Y el austero Licurgo rigió un día;
Extensas tierras son que el Trace ara,

A quien ley de hospedaje nos unía;
Y viéronse sus Dioses en un ara
Con los Dioses de Troya en compañía
Cuando imperio feliz fuimos: ahora
Allí arribamos con humilde prora.

IV.
»Fundé en su corva orilla la primera
Ciudad, y a sus colonos apellido,
En mi memoria, Enéadas; mas era
Infausto el punto. Mal correspondido,
A mi madre: la Diosa de Citera,
Y a los electos Númenes convido;
Y en balde un toro albo, como a solo
Rey de los Dioses, al Saturnio inmolo.

V.
»Era allí un cerro, y en su cima había
De puntas erizado un mirto: atento
La ara a vestir de verde lozanía,
Acudo, y ramas arrancar, intento.
Mientras raíces desvolver porfía
Mi mano (¡oh singular, oh atroz, portento!)
Brotar contemplo de las ramas rotas
Sangre que el suelo empapa en negras goras.

VI.
»De espanto helado el corazón flaquea;
Mas recobrado tiro de otra rama
Por descubrir lo que el prodigio sea,
Y otra vez sangre el vástago derrama.
Confuso, dando de una en otra idea,
Ya a Marte invoco que a los Getas ama,
Ya a las huéspedas Ninfas de la selva

Porque el signo de horror fausto se vuelva.

VII.
»Con esta mira y con esfuerzo nuevo
Tercera rama desraigar decido;
Mas cuando, hincada la rodilla, pruebo,
Su rigor a vencer, siento un sonido
(No sé si ose decir, o callar debo):
Una voz funeral hiere mi oído:
«¡Ay! ¿por qué Enéas, las entrañas mías
»Rompes? ¡No manches más tus manos pias!

VIII.
»Hijo yo fui de la nación troyana,
»¿Y al que ya conociste ofendes muerto?
»¡Esa sangre no es de árboles do mana!
» ¡Ah! ¡quede esta región, huyas te advierto;
»Aurívora región, playa inhumana!
»Yo Polidoro soy: yace cubierto
»Mi cuerpo aquí de flechas homicidas,
»Ahora en ásperas ramas convertidas.»

IX.
»Adolorido, absorto me suspendo,
Sin voz, yerto el cabello. ¡Polidoro!
El mismo ¡ay! a quien Príamo, sintiendo
Vacilar en su mano el cetro de oro
Al amago de ejército tremendo,
Fió en secreto espléndido tesoro,
Y a que ajeno creciese a la desgracia,
A cargo le envió del Rey de Tracia.

X.
»Mas el perverso príncipe, copiando

En su porte mudanzas de la suerte,
Triunfante al ver de Agamemnon el bando
En contra del caído se convierte;
Y todo fuero: con furor nefando
Atropella, y al mísero da muerte,
Y le asalta el caudal. ¿Qué de maldades,
Sacrílega sed de oro, no persuades?

XI.
»Vuelto en mí del espanto que me hiela
Hablo a mi padre, y a los jefes junto,
Lo que voz misteriosa me revela,
Narro, y el parecer común pregunto.
Todos proponen darnos a la vela
"Y aquel sitio de horror dejar al punto;
No sin que al desdichado compatricio
Pagado hayamos el postrer oficio.

XII.
»Túmulo, pues, alzámosle de arena,
Y a los manes dos aras que guarnecen
Cipres y tristes fajas; la melena
Sueltan matronas que en redor parecen.
Altos vasos que o leche tibia llena,
sangre consagrada, allí se ofrecen:
La tumba al alma errante da acogida,
Y clamamos la eterna despedida.

XIII.
»Así las sacras ceremonias, graves
Cumplido habiendo, a la señal primera
Que el Austro da con hálitos suaves
De que onda masa nuestra flota espera,
Corremos a la mar: sacan las naves

Mis compañeros, cubren la ribera;
Cruzamos ya los líquidos desiertos,
Y atrás irse miramos playas, puertos.
XIV.
»Allá en mitad de los Egeos mares
Hay una isla entre todas la más grata,
Que, Númenes por siempre tutelares,
A Dóris bella y a Neptuno acata:
Ella un tiempo rondaba los lugares
Convecinos; ya errante el mar no trata;
Apolo entre las Cíclades fijóla,
Y allí inmóvil contrasta viento y ola.

XV.
»Allí abordamos, y el dichoso abrigo
Gozamos con que el puerto nos convida;
Mientras de Apolo la ciudad bendigo,
A darnos sale el Rey franca acogida.
Anio en mi padre abraza a un viejo amigo;
Anio, a quien, porque al par que le apellida
Ministro un Dios, un pueblo Rey le nombra,
Con la ínfula e1 laurel la sien le asombra.

XVI.
»Yo al templo secular devoto llego:
«¡Buen Dios!» exclamó, «¡término seguro
»Dá a, nuestro error, a nuestro afán sosiego,
»Dá fundar feliz prole y propio muro!
»Nueva Troya lo llames o del fuego
»Hurtados restos y de Aquíles duro,
»Salva el tesoro, tú, que va conmigo;
»Dí, ¿cuál norte, cuál voz, cuál rumbo sigo?

XVII.
»Señal dá, en fin, y a nuestra mente envía
»Tu inspiración.» Callé, y en tal momento
Ya el pórtico, ya el lauro se movía,
Y el nijnte en torno retembló en su asiento.
El velo que la trípode cubría
Gimió, abrióse el sagrarlo: al pavimento
Inclinamos las frentes confundidos,
Y sacra voz hirió nuestros oídos:

XVIII.
«¡Fuertes Troyanos! ved que la fortuna
»Hinchado el seno de la patria os muestra
»Que a vuestra raza fomentó en la cuna;
»¡Buscad, buscad la antigua madre vuestra!
»Id; allí Enéas, sin mudanza alguna,
»Cimentará su casa, y de su diestra
»El cetro heredarán sobre las gentes
»Hijos, nietos, lejanos descendientes.»

XIX.
»Habló Apolo; y llenó los corazónes,
Amargada por dudas, la alegría,
Pues «¿Dó aquellas están patrias regiónes?»
Preguntábamos todos a porfía.
Mi padre ya de viejas tradiciones
Recuerdos en su mente revolvía:
«¡Oíd, nobles!» prorumpe; «yo el secreto,
»A vuestras esperanzas interpreto.

XX.
»Hay una isla en el mar, Creta nombrada,
»Cuna ya nuestra, con su monte Ida,
»Cuna también de Júpiter sagrada,

»De cien ricas ciudades guarnecida.
»Trocó el gran Teucro esa feliz morada
»Con la retea costa: a su venida
»Ni allí a Pérgamo halló, ni halló poblados,
»Sino hombres por los valles derramados.

XXI.
»Él, si éstas que aprendí no son infieles
»Memorias, los cimientos sociales
»De Troya echó, y el culto de Cibéles
»Trajo, con sus misterios y atabales,
»Los carros con leones por corceles,
»Los bosques sacros, y aún en nombre iguales,
»¡Partamos! el oráculo dichoso
»Allá nos llama, a la región de Gnoso.

XXII.
»Ni estamos lejos de su orilla grata;
»Tres luces gastaremos. Falta sólo
»Que aplaquen dones al que el mar maltrata,
»Que amparo preste el que serena el polo.»
Dice, y en la ara sendos toros mata
A Neptuno y a ti, divino Apolo;
Sendas ovejas al Invierno negra,
Blanca a Favonio que la mar alegra.

XXIII.
»La voz se esparce que del patrio suelo
Proscrito Idomenco huído había,
Que a huéspedes librando de recelo,
Creta sus puertas solitaria abria.
Y así a Ortigia dejando, hendiendo a vuelo
El mar, a Náxos báquica y sombría
Costeando vencemos, a Oleáros,

Verde Donisa y albicante Páros.

XXIV.
»Entrambos por las Cíclades ligeros
el mar corremos de islas esparcido,
Y emúlanse, al pasar, mis compañeros
Con clamores y náutico ruido;
«¡A Creta! ¡a Creta!» gritan vocingleros;
«¡A nuestra patria, a nuestro antiguo nido»
E hiriéndonos en popa aura serena,
Al fin tocamos la anhelada arena.

XXV.
»Fundé una villa, mi dorado sueño,
Que Pérgamo llamé: del nombre ufanos
A los colonos miro, y los empeño
A alzar el muro y a arraigarse hermanos.
Yace en la enjuta orilla el hueco leño:
Yo dicto común ley, reparto llanos;
Y a cultivar se entregan los mancebos
Nuevos lazos de amor y campos nuevos.

XXVI.
»He aquí, el aire infestando de repente,
El contagio cruel sacude el ala;
Infausto nuncio de estación doliente,
Los arboredos y sembrados tala:
La vida va arrastrando falleciente
Quien ya el aliento último no exhala.
El Can ardiente estrago sordo hace:
Marchito el lustre de los campos yace.

XXVII.
»Y, sustento negando yermo el suelo,

Mi padre del oráculo divino
Manda que vamos a implorar consuelo
Tornando a abrirnos por el mar camino:
Que cuál término, diga, al mustio duelo
De este pueblo reserva peregrino;
A quién habemos de acudir; a dónde
Enderezar el rumbo corresponde.

XXVIII.
»Era alta noche y muda: en mi retiro
Yacía yo, la mente aletargada,
Cuando delante a los Penates miro
Que hurté al incendio en la fatal jornada.
Por mis ventanas, en su errante giro
Lograba a la sazón la luna entrada,
Y del brillo bañados macilento
Ellos me hablaban con benigno acento:

XXIX.
«No temas,» me decían; «pues de parte
»De Apolo, que oficioso nos envía,
»Los destinos venimos a anunciarte
»Que el, volviendo tú allá, te anunciaría.
»Tu brazo,nos salvó de adverso Marte,
»Librónos tu piedad de llama impia;
»Hemos seguido tu fortuna, y fieles
»Navegamos contigo en tus bajeles.

XXX.
»En grato premio a tu favor, mañana
»Al cielo hemos de alzar tus descendientes;
»Mas hoy, a esa ciudad que soberana
»Herencia haremos de invencibles gentes
»(Que esto es tuyo, no nuestro), el paso allana.

»Lo harás, si en largo viaje no consientes
»Reposo: asiento muda: el Dios profeta
»No te brindó con descansar en Creta.

XXXI.
»Hay de antiguo un país, con apellido
»De Hesperia por los Griegos señalado,
»Pueblo en trances de guerra asaz temido,
»Tierra asaz grata a la labor de arado.
»Fue primero de Enotrios poseído,
»Y hoy Italia se nombra, por dictado
»De famoso caudillo procedente,
»Si ya constante tradición no miente.

XXXII.
»¡Ésta, ésta es nuestra patria verdadera!
»Que allí Dárdano y Yasio nacimiento
»Tuvieron; aquel Dárdano, Primera
»Cepa de nuestra raza. Tú contento
»Ve, y de ello al viejo genitor entera
»Por cierto. Y de Corito en seguimiento
»A los ausonios términos navega.
»Mansión en Dicte Júpiter te niega.»

XXXIII.
»Comó esto vi y oí (no en sueños vanos
Eran; que bien las, tienes discernía
Veladas, y los rostros soberanos,
Y aún bañaba en sudor mi frente fría),
Salto del lecho atónito: las manos
Extiéndo suplicante; ofrezco pia
Libación en mi hogar: de ahí contento
Corro a mi padre, y la visión, le cuento.

XXXIV.
»Del doble orígen la falacia siente
Él, y confiesa que sufrido había
Con, la antigua seria1error reciente,
« Hijo,» así hablaba, «a quien la suerte
»Burla cruel! Casandra solamente
»Hizo de estos sucesos, profecía;
»Y a menudo se oyó, recuerdo ahora,
»¡Hesperia! ¡Italia! de su voz sonora.

XXXV.
»Mas quién iba a pensar que a Hesperia iría
»Nuestra gente jamás? ¿Ni quién pudiera
»A Casandra creer? ¡Hoy, hoy nos guía
»Voz infalible que, partir impera!»
Tal dijo, y aplaudimos, a porfía.
Quedan algunos en la infiel ribera;
Y el áncora levando y la esperanza
El hueco leño, al pielago se lanza,

XXXVI.
»Cuando ya nos hubimos engolfado,
Y entre agua y cielo, al fin, no vemos cosa
Sino el cielo y el agua, azul nublado
Sobre mi nave sólido se posa
De lobreguez y tempestad cargado;
Con tristes amenazas espantosa
La ecuórea inmensidad se entenebrece,
Esfuérzanse huracanes, la onda crece,

XXXVII.
»¡Tristes! que arrebatándonos el viento
Y entre la vasta extensión, a golpe duro,

Relámpagos cruzando el firmamento,
Ciegos erramos sobre el ponto oscuro.
Todo es horror el húmedo elemento:
¿Es día? ¿es noche? el mismo Palinuro
Nada distingue; en negro torbellino
Sacudido del rumbo, perdió el tino.

XXXVIII.
»Ya tres días llevábamos enteros
Y tres noches a oscuras, desmandados,
Cuando lejos notamos placenteros
Visos de tierra, y asomar collados,
Y humo al cielo subir. Los marineros
Las antenal calando arrebatados,
Asen del remo, y al batir contino
Cubren de espuma el líquido camino.

XXXIX
»Al suyo las Estrófades, del seno
Librados de las ondas, nos invitan:
Ínsulas son que con renombre heleno
En el vasto mar Jonio se acreditan.
Allí, allí la terrífica Celeno
Y las arpías de su casta habitan,
Del timpo en que de Fineo y sus moradas
Las alejó del temor, nunca saciadas.

XL.
»¡Arpías, horda atroz, monstruos furiales,
Generación igual jamás vio el mundo
Ni peste más cruel a los mortales
Envió el cielo ni abortó el profundo:
Alado el cuerpo, rostros virginales;
Arroja el seno vil vestigio inmundo;

Corvas manos y pies, garfios rapantes
Pálidos siempre de hambre los semblantes.

XLI.
Aun no bien nuestra flota anclado había,
Cuando notamos por allí ganados
Vacunos y lanares, ir sin guía,
Ledos paciendo en abundosos prados.
Hicimos en la grey carnicería;
Brindamos con los fáciles bocados
A los Dioses, a Júpiter; y a priesa
Aderezamos la campestre mesa.

XLII.
»Ya el manjar suculento en sillas blandas
De céspedes gustábamos. En ésto
Dejan sus montes las aéreas bandas
Con ala resonante y salto presto;
Nos rapan de revuelo las viandas;
Todo lo manchan con su aliento infesto;
Y fuera de ofender vista y olfato,
El viento hieren con aullido ingrato.

XLIII.
»De ahí en el hueco de un peñón antigo
Otra vez el banquete cauto extiendo,
De corvas selvas al repuesto abrigo
Con sombra en torno de negror horrendo.
Ya ponía en el ara el fuego amigo,
Y otra vez de cien partes con estruendo,
Baja improviso el escuadrón nefando,
Y royendo revuela y escarbando.

XLIV.

»Al arma llamo; en la soez canalla
Hacer estrago, en cuanto vuelva, ordeno:
Y ocultamos a intento de batalla
Entre las hojas y el verdor ameno
Cuchillas y broqueles. Todo calla...
Mas ya que por la orilla vio Miseno
Que acuden en tropel, de una alta roca
Do atalayaba, su bocina toca.

XLV.
»Corremos a la seña, en lid no usada
La impia raza a extirpar del mar salida
Mas ¡vano esfuerzo! que lesión la espada
No hace en las plumas, ni en el cuerpo herida.
Infectan cuanto muerden de pasada,
Y hedor esparcen en su impune huida;
Y una de ellas, Celenó, en yerta altura
Infausta así, con voz siniestra augura:

XLVI.
«Vinisteis a matar nuestros rebaños,
«Hijos,de Laomedon! ¡manos impías!
»Y en guerra de sus patrios aledaños
»Quereis lanzar, sin culpa, a las Arpías!
»¡Pues oid y temblad horribles daños!
»Catad, lo que os anuncio en profecías
»La mayor de las Furias: trasmitiólo
»A Febo Jove, y a Celeno Apolo.

XLVII.
»Buscáis a Italia con errante quilla,
»Y cierto que con vientos aplacados
»Ireis a ltalia,,y cobrareia rilla
»Que os, diputan. benévolos los hados;

»Mas no podréis la deseada villa
» Ceñir, sin que a expiar desaguisados
»Con fuerza antes os mueva el hambre aciaga
»Tal, que aún las mesas devorar os haga. »

XLVIII.
»Dijo, y al bosque aleteando vuela.
A influjo de su voz mis compañeros,
A quien la sangre de terror se hiela,
Con el brío deponen los aceros.
Ya con votos, con súplicas se apela
A pedir paz y a deshacer agüeros,
Ora malvadas y aves ominosas
Sean aquellas, o terribles Diosas.

XLIX.
Y vuelto Anquíses hacia el mar, las manos
Extiende, y con solemnes sacrificios
Los Númenes invoca soberanos:
«¡Dioses!» clama, (¡torced tales auspicios!
»¡Dioses! ¡tales anuncios haced vanos!
» ¡A un pueblo justo defended propicios!»
Dice, y cables soltar en el momento
Manda, y las lonas descoger al viento.

L.
»Cumplióse lo mandado; y ya hincha el Noto
Las velas que a sus soplos confiamos;
Merced suya, y en manos del piloto,
Entre espumosas ondas navegamos:
Zacinto se aparece, ameno soto,
En medio de la mar: Duliquio, Sámos;
Ardua y fragosa Néritos se ostenta,
Ítaca con escollos fraudulenta.

LI.
»Huimos de ellos, y del patrio clima
De Ulíses maldecimos. Adelante
Léticates yergue su nuilosa cima,
Apolo hace temblar al navegante.
Allá torcemos: fatigada arrima
A la humilde ciudad la flota errante;
Ya a proa el marinero anclas arroja;
Ociosos cascos la ribera aloja.

LII.
»En no soñado asilo aras enciendo
Do mis votos a Júpiter desato;
Y en tierra de Accio, celebrar emprendo
Juegos de Frigia. El patrio pugilato
Todos, desnudo el cuerpo, el cuerpo ungiendo,
Renuevan con ardor. Recuerdo es grato
Haber vencido riesgos y fatigas
Entre tantas ciudades enemigas.

LIII.
»El sol a la sazon su añal carrera
Concluía, y con hálitos glaciales
El cierzo aborregaba la onda fiera.
Fijé a un poste, del templo a los umbrales,
Como escudo que el grande Abas trajera,
Y del caso en memoria, letras tales:
MONUMENTO GANADO A LAS AQUEAS
TRIUNFANTES HUESTES: CONSAGRÓLO ENÉAS.

LIV.
»Llamé al remo; y dejamos, con suspiro
Del batido oleaje, las arenas;

Pronto las cumbres de Feacia miro,
Y tórnanse a esconder, vistas apenas.
Llegamos al Caonio puerto, a Epiro
Costeando, y pedimos las almenas
Excelsas de Butroto. Aquí una nueva
Dichosa hallamos que increíble eleva.

LV.
»Oigo que en griego territorio impera
Heleno, hijo de Príamo, debido
A ser de la Viuda y heredera
De Pirro, nieto de Éaco, marido;
Que así el antiguo rango recupera
Andrómaca. Turbado, conmovido,
De amor llevado, de ansiedades lleno,
La playa dejo y flota, y voy a Heleno.

LVI.
»He aquí con sacros funerales dones.
Antes de la ciudad, en selva umbría,
Cabe un fingido Simois, libaciones
Al caro polvo Andrómaca ofrecía;
Y los manes con tristes oraciones
A la tumba llamaba, que vacía
De verde césped, a Héctor dedicara.
Y una, motivo al llanto, doble ara.

LVII.
»Tal Andrómaca estaba en el instante
En que, subiendo yo por el camino,
A mi propio y las armas delirante
Vio de Troya; y del caso peregrino
Pasmada al punto queda: vacilante,
Perdió el rostro el color, la planta el tino;

Y solo a obra de tiempo el labio mudo
Articular sueltas palabras pudo:

LVIII.
«¿Qué en fin te miro en corporal figura?
»¡Hijo de Venus! ¿mensajero cierto
»Me apareces? ¿aún gozas la aura pura?.
»¡Ah! ¿y Héctor dónde está, si ya eres muerto?.»
Esto dijo llorando, y la espesura
Llenaba su clamor. Su desconcierto
Febril, dejóme sin respuesta; al cabo
Mal breves frases anheloso trabo:

LIX.

»No dudes palpas realidades.Vivo,
»Y a cien peligros arrojé mi vida;
»Mas véme: salvo a tu presencia arribo.
»¡Ah! ¡y de tan gran varón destituida,
»Pobre mujer! ¿Te vuelve el hado esquivo
»Algo de tu ventura merecida?
»Tú, la Andrómaca de Héctor venturosa,
»¿Yaces aún avasallada esposa?

LX.
»Ella el rostro inclinando, recobrada,
Con voz sumisa su dolor expresa:
«¡Oh entre todas nosotras fortunada
»Tú, inocente beldad, jóven princesa,
»Que al pie del patrio muro, por la espada
»Fuiste a morir sobre enemiga huesa!
»Que ni suertes sacaste a tu despecho,
»Ni de amo vencedor serviste al lecho!

LXI.
»No así la que incendíados sus hogares,
»Sufrió a un duro jayan, de raza altiva
»Sufrió el rigor, y por remotos mares
»Anduvo errante, y concibió cautiva!
»Y después que probé tantos azares,
»El tirano raptor en llama viva
»Por Hermíone ardió, nieta de Leda,
»Y a Esparta corre do en su amor se enreda.

LXII.
»Entonces a un esclavo dio su esclava;
»Cedióme a Heleno. Oréstes que veía
»Quitársele su esposa, se abrasaba
»De amor, de ardor furial, de rabia impía;
»Y ante el paterno altar a hierro acaba
»Desprevenido a su rival un día;
»Conque Heleno, de siervo que antes era,
»Cobró aquestas regiónes en que impera.

LXIII.
»Él, de entonce a sus campos y poblados
»Apropió de Caonia el apellido,
»En honor de Caon; y en los collados
»Que ves, segundo Pérgamo se ha erguido
»Favorables de guía te han servido?
»¿Qué aura feliz, cuál misteriosa fuerza
»Causa es, que acá tu nave el rumbo tuerza?

LXIV.
»¿Qué se hizo Ascanio? ¿vive, aún? Y aquella
»Que en la noche fatal ... ? ¡Destino impío¡.
»Pobre niño, ¿recuerdosguarda de ella?

»¿Le anima a la virtud, al patrio brío,
»Ver cuál dejan de si brillante huella
»Enéas, su buen padre, Héctor,su tío?»
Así hablaba llorando, y vanamente
Corría de sus lágrimas la fuente.

LXV.
»Heleno, que hacia allí bajando vino
Con gran cortejo, nos conoce en tanto,
Y a la ciudad nos guía, y de camino
Nos habla con palabras y con llanto.
Yo, andando, reconozco o adivino
Nueva Troya, otro Pérgamo, otro Janto,
Bien que aquel breve y pobre aquéste sea,
Y abrazo en mi ilusión la puerta Escea.

LXVI.
»Cual propia, en la ciudad mis compañeros
Entran: pórticos que amplios los reciban
Les abre Heleno, y de ellos los primeros
En fuentes, tazas de oro, comen, liban;
Llenas copas empinan placenteros,
Y resuena el salón. Así se iban
Corriendo un día y otro. El soplo austrino
Ya hinchaba, voceando, el vago lino.

LXVII.
Antes, empero, de soltarlas naves,
Yo a Heleno interpelé con tales voces:
«Tú que de Febo los misterios sabes,
»Y sus lauros y trípodes conoces;
»Tue entiendes los astros, y las aves
»Con su canto augural y alas veloces;

»Troyano vate, intérprete del Cielo,
»Con alta inspiración calma mi anhelo!

LXVIII.
»Profecías, oráculos, deidades
»Trázanme rumbo de asechanza ajeno,
»Señalando repuestas heredades,
»Nombrando a Italia. Sola ya Celeno
»Cruda hambre anuncia, acerbas novedades;
» ¡Arpía atroz! ¡aviso de horror lleno!
»Tú, ¿cuál riesgo evitar me importa, y cómo,
»Dí, amagos frustro y contratiempos domo?»

LXIX.
»Él toros antes, como el rito manda,
Inmola; desciñó la venda pia;
El favor de los Númenes demanda,
Y por la mano hacia el altar me guía.
¡Oh Febo! en tu presencia veneranda
Temor yo entonces y temblor sentía,
Cuando comienza, sacerdote sabio,
Heledo a hablar con inspirado labio:

LXX.
«¡Hijo de Venus! no del prez receles
»Que te anuncian auspicios celestiales:
»Tal es la voluntad de Jove, y fieles
»Tal la necesidad, tus hados tales.
»Empero, porque rueden tus bajeles
»En tu navegación ahorrando males,
»Y firme gozo al aferrar te quepa,
»Tus destinos, de hoy más, tu mente sepa.

LXXI.

»Cosas hay que decillas Juno, es cierto,
»O sabellas tal vez las Parcas vedan;
»Mas yo entre mucho lo esencial te advierto
»Y anuncios doy que aprovecharte, puedan.
»Ante todo, a esa Italia, vega y puerto
»Que a tu corto entender cercanos quedan,
»Aun de tí la separan, a fe mía,
»Largo espacio interpuesto y larga vía.

LXXII.
»Y A fe que el rezno blandear se vea
»Del mar Trinacrio y Tusco en los cristales,
»Y la ínsula de Circe, hija de Ea
»Visites, y los lagos infernales,
»Tiempo antes que de tí fundado sea
»Estable muro. Agora las señales
»Escucha de la tierra prometida,
»Y en la memoria conservarlas cuida.

LXXIII.
»Cuando oculto randal con planta lenta
»Rondando fueres caviloso un día,
»Si allí una hembra de cerdo corpulenta
»Al margen ves entre robleda umbría,
»Con treinta lechoncillos que alimenta,
»Alba, en torno a sus ubres la alba cría,
»Esa es la seña: allí podrás, te auguro,
»De afánes tantos descansar seguro.

LXXIV.
»Ni el pronóstico tiembles de comeros
»Hasta las mesas: os oirá benino
»Apolo, y a cumplirse los agüeros
»Vendrán sin daño por mejor camino.

»Mas de la ítala costa a, do con fieros
»Tumbos va a desbravarse el mar vecino,
»Huye, que todas por ahí moradas
»Son, de pérfidos Griegos habitadas.

LXXV.
»Fundada por los Locros aparece
»Naricio allá: con militar arreo
»Los campos Salentinos, que enaltece
»Procedente de Licto Idomeneo:
»Allá humilde Petilia, a quien guarnece
»Filoctétes, caudillo melibeo:
»Huye en suma y traspuestos esos mares,
»Grato, saltando en tierra, eleva altares.

LXXVI.
»El voto entonces cumplirás, la frente
»Cubriendo en torno de purpúreo velo,
»No sea que ante el fuego sacro, ardiente
»En honor de los Númenes del Cielo,
»Hostil presencia, súbito accidente
»Al rito dañe. Con piadoso celo
»Guardad esta costumbre los Troyanos;
»La guarden vuestros nietos más lejanos!

LXXVII.
»Ya que al confin te impela siciliano
»El viento, y de Peloro el paso estrecho
»Más ancho mires cuanto más cercano,
»Entonces rodeando, largo trecho
»El rumbo sigue hacia la izquierda mano;
»Trata el siniestro lado, huye el derecho.
»Y vé en ese pasaje tú pondera
»Cuál la avanzada edad todo altera.

LXXVIII.
»Eran en uno entrambos continentes;
»Mas vino el mar con ímpetu y ruina
»Y con sus olas separó rugientes
»De la sícula costa la vecina.
»Opónense de entonces diferentes,
»Y opresa en el canal la onda marina,
»Tal vez muros, tal vez fértil camparia,
»Acá y allá con sus espumas baña.

LXXIX.
»El paso asedían, por el diestro lado
»Scila, Caríbdis en la parte opuesta:
»Tres veces en su abismo exacerbado
»Las aguas con hervor se sorbe ésta,
»Y escúpelas al Cielo de contado;
»Mientras, de oscura cavidad repuesta
»Saca por tiempos la ancha boca aciaga
»Scila entre escollos y los buques traga.

LXXX.
»Es humano su aspecto, y peregrino
»Le lava un seno de mujer la ola;
»Monstruo en el resto osténtase marino,
»Vientre de lobo y de delfín la cola.
»Doblar prefiere el cabo de Paquino
»En tarda vuelta, a ver una vez sola
»Al encorvado semipez horrendo,
»Con sus canes cerúleos y alto estruendo.

LXXXI.
»Tú, si fías de Heleno, ¡hijo de Diosa!
»Si de Apolo el oráculo obedeces

»Que Heleno anuncia, aún óyeme: una cosa
»Te intimo y te encarezco una y mil veces:
»Que hábil de Juno triunfes poderosa
»Con votos y con dones y con preces:
»Triunfante has de ir, porque seguro vayas
»Las sículas dejando, a ítalas playas.

LXXXII.
»Verás, llegando a Cúmas, los sagrados
»Lagos, y Averno que entre bosques suena
»Y cantando una maga ocultos hados
»En hueca roca, de entusiasmo llena:
»Nombres ésta y caracteres grabados
»En hojas tiene; lo que grava ordena;
»Y el antro aquel las misteriosas notas
»Guarda, cada una en su lugar, inmotas.

LXXXIII.
»El orden luce en la mansión tranquila;
»Mas si gira la puerta, y cala el viento
»Y entre las hojas frágiles oscila,
»Que Caducas esparce con su aliento,
»Ni sus versos recuerda la Sibila,
»Ni a adornar torna el cóncavo aposento
»Con las reliquias; y si ansioso vino,
»Maldiciente se aleja el peregrino.

LXXXIV.
»Guarte no allí te asuste útil demora:
»Ten calma, aunque los tuyos te den prisa,
»Aunque el rumbo marcando bullidora
»Haga fuerza a los mástiles la brisa;
»Ten calma, y los oráculos implora,
»Acude a consultar la profetisa,

»Que persuadida de tus ruegos ella
»Cantará los semblantes de tu estrella.

LXXXV.
»Y los pueblos, y gentes venideras
»De Italia te dirá, guerras futuras;
»Y de llevar te enseñará maneras,
»O tal vez de eludir fatigas duras;
»Caminos te abrirá, si la veneras,
»Y prósperas hará tus aventuras
»No me es lícito más. Vé ahora, y constante,
»A Troya al Cielo tu virtud levante.»

LXXXVI.
»Tonos usando de,amistad suaves,
Así consejos dábame prudentes
El vate; y que llevasen a las naves
Mandó luego magníficos presentes:
Aureos adornos los hicieran graves
Y de elefante elaborados dientes:
Y de plata riquezas amontona,
Y vasos nos regala de Dodona.

LXXXVII.
»Y de triples metales fabricada
Y de anillos de oro guarnecida,
Una cota me da, y una celada
Con espléndido airon enriquecida,
De Pirro enantes armadura usada:
Ni dones él para mi padre olvida.
De caballos, de guías, de,remeros
Nos abastece y suministra aceros.

LXXXVIII.

»Manda mi padre que a zarpar se aliste
La escuadra al espirar del fresco viento;
Cuando el profeta a quien Apolo asiste
Háblale así. con obsequioso acento:
«¡Anquíses! ¡tú que digno hallado fuiste
»Del tálamo de Venus opulento!
» ¡Tú, objeto caro a la bondad divina,
»Salvo dos veces de común ruina!

LXXXIX.
» He ahí del mar Italia se levanta!
»¡Vé arrebatarla de tu flota al vuelo!...
»Ten; que allende, al olor de gloria tanta,
»Ha de rondar paciente vuestro anhelo;
»De Ausonia la región que Apolo canta,
»Aun lejos cae. ¡Te defienda el Cielo,
»Padre feliz por la filial ternura!
»Basta: ¡el Austro os convida, y ya murmura.»

XC.
»Andrómaca a su vez, banada en lloro,
Una ausencia eternal viendo cercana,
Ropas presenta, recamadas de oro
Y una clámide a Ascanio da troyana;
De ornadas telas de sutil tesoro
Empieza a desvolver la pompa ufana,
Y, «Guarda estas labores de mis manos,»
Dice, excusando cumplimientos vanos:

XCI.
»¡Acuérdete la veste que te ciño
»De Andrómaca el amor, de Héctor esposa!
» ¡Postrer don de los tuyos lleva, oh niño,
»Tú, única imágen de mi prenda hermosa!

»En ti me representa mi cariño
»Sus ojos, su ademan, su habla amorosa:
»Hoy podría vivir; hoy si viviera,
»A par contigo florecer le viera!»

XCII.
»¡Yo gimiendo les daba adioses tales
«¡Oh! ¡dichosos quedad, pues la fortuna
»Fijasteis! ¡Arrostramos temporales
»Nosotros: vos no hendeis ola importuna
»Ni a playas vais que os huyan desleales!
»La paz se os concedió. De un Janto y una
»Troya gozais que hicieron vuestras manos:
»¡Así auspicios la quepan más humanos!
XCIII.
¡Así los Griegos la atalayen menos!
»Si al Tibre arribo y campos comarcanos
»Que hace del Tibre la corriente amenos,
»Y alzo el muro que espero a mis Troyanos,
»Lacio y Epiro, de recuerdos llenos,
»Sólo una Troya compondrán hermanos:
»Tales el Cielo cumpla nuestros votos;
»Tal gocen nuestros nietos más rernotos!»

CXIV.
»De allí hacia los Ceraunios, desde donde
Puede a Italia pasarse sin fatiga,
Navegámos. En tanto, el sol se esconde,
Y la sombra los montes cubre amiga.
Ya en tierra, a qué remeros corresponde
Velar, hacemos que la suerte diga;
Solaz cobramos en orilla grata,
Y manso el sueño nuestros miembros ata.

XCV.
»La noche aún no medíaba su carrera
De las horas llevada, y Palinuro
Ya se alza, y a la brisa más ligera,
Oídos tiende, entre el silencio oscuro:
De una ojeada al rodear la esfera,
Ve en paz los astros declinar; ve a Arturo,
Y las Híadas tristes y las Osas,
Y áureo con armas Orión lumbrosas.

XCVI.
»Visto en el cielo plácidas señales,
Nos dio la suya de hacia el mar sonora;
A cuya voz movemos los reales,
Y velas descogemos a la hora.
Hendíamos los líquidos cristales;
Rósea los astros ahuyentó la Aurora,
Y al teñir de su luz los horizontes,
He aquí avistamos nebulosos montes.

XCVII.
»Italia lejos honda aparecía;
«¡Italia!» Acátes exclamó el primero,
Y todos repitieron a porfía
El saludo de «¡Italia! placentero.
Colma Anquíses de vino, en su alegría,
Un alto vaso que adornó primero
De hojas festivas, y en la popa erguido
Con preces tales dominó el ruido:

XCVIII.
«¡Oh grandes Dioses de la mar y el suelo!
»¡Arbitros de los vientos! Dad que aprisa
»Avancen nuestras naves en su vuelo;

» ¡Merced hacednos de oportuna brisa! »
Y el aura, anticipándose a su anhelo,
Arreciaba amorosa. Se divisa
Cercano arrimo; y de Minerva un templo
En yerta cumbre descollar contemplo.

XCIX.
»El velámen cogiendo incontinente
Damos fondo a las proras. Arqueado
El puerto a impulsos de oriental corriente,
Le oculta y ciñe natural vallado.
Yertos escollos guárdanle de frente
Que azota encanecido el mar salado;
Y como a entrar el leño se aproxima,
Semeja huir la consagrada cima.

C.
»Cuatro potros vi allí, primer agüero,
Níveos rozando la menuda grama;
A cuya vista, «¡Oh suelo forastero!
»Tu hospedaje es de guerra,» Anquíses clama;
« ¡Guerras ama el corcel; nuncio es guerrero!
»Mas también el corcel los juegos ama;
»Tiempo ha que, dócil copia, carros tira;
»El presagio, a esta cuenta, paz respira.»

CI.
»Pálas, la diosa de armas resonantes,
Fue, a quien gracias rendimos, la primera
Que allí Troyanos hospedó triunfantes:
Con la púrpura frigia, en su ribera,
Cubrimos ante el ara los semblantes;
Y, lo que Heleno tanto encareciera,
Con pompa ritual a Juno argiva

Hicimos sacrificio y rogativa.

CII.
»Todo en orden cumplido, el mar convida;.
Torcemos la asta a la vestida entena,
Y la costa dejamos, por guarida
De aleves Griegos, de asechanzas llena,
El golfo de Tarento vi enseguida;
Fundo de Hércules ya, si no condena
La verdad a la fama. Preeminente,
Sacra Lacinia se aparece enfrente.
CIII.
»Y ya asoma Caulonia, y Scilaceo
Que naufraga infamó reliquia tanta;
Y ya el sículo Etna lejos veo
Que, al parecer, de la onda se levanta;
Y oigo roto en la playa el clamoreo
Del mar que en peñas su furor quebranta;
Enríscase la espuma, y el arena
Arrebatada en remolino suena.

CIV.
»Y mi padre gritaba: «Ésta es, sin duda,
»Caríbdis abismosa, y éstos, éstos
»Los arrecifes, ¡amenaza aguda!
»Que Heleno ya nos anunció funestos.
»¡Ea! Cada uno con el remo acuda
»Tanto riesgo a evitar! » Acuden prestos;
Palinuro, el primero, a izquierda vira,
Y gimiendo la proa en la onda gira.

CV.
»Y todos, a poder de brazo y viento,
izquierda tuercen. Súbita oleada

Acércanos, erguida, al firmamento,
Y luego a los abismos, aplanada.
Se oye tres veces el hervor violento
De la riscosa cóncava morada,
Y tres veces la espuma se alborota,
Y una pluma del agua el aire azota.

CVI.
»El sol ya declinaba hacia su ocaso,
El aura tenue falleciendo iba,
E incierto el rumbo y el aliento escaso,
Dimos de los Ciclopes en la riba.
Sereno el puerto se dilata, y paso
Niega a asaltos del mar la rada esquiva;
Mas no lejos de allí con torva saña
Etna ruge atronando la campaña.

CVII.
»Ya pez negra y cenizas albicantes
Etna, en turbion de nubes, fuera bota,
Y en globos que carcomen vacilantes
El brillo sideral, incendios brota;
Ya peñascos alanza fulminantes,
Toscos fragmentos de su entraña rota,
Y lava arracimada, a son de trueno,
Y sordo hierve el cavernoso seno.

CVIII.
»Del rayo a medías calcinado, es fama
Que Encélado padece en la honda sima:
Deja a veces por grietas ver la llama
Etna descomúnal sentado encima;
Y cuando, preso en la insufrible cama,
A ladearse el réprobo le anima,

Trinacria toda retemblar parece,
Y envuelto en humo el Cielo se oscurece.

CIX.
»Sobrecogidos de pavor pasámos
La noche bajo amago tan tremendo,
En hueca selva de tejidos ramos,
Ignorantes la causa del estruendo;
Que ni brillar un astro divisamos,
Ni el éter nos bañó, su luz cerniendo,
Mas la noche con sombras importuna
En triste nimbo arrebozó la luna.

CX.
»Ya se alzaba a anunciar un nuevo día
El matinal lucero en oriente,
Y ahuyentando tras é1 la niebla fra
Risueña el alba coloró el ambiente;
Cuando un bulto que humano parecía,
Cadavérico aspecto, aire doliente,
Saliendo de los bosques más cercanos,
Tiende a la playa las inermes manos.

CXI.
»Faz de dolor y gesto de gemido,
Ostentaba su rostro extenuado:
Grifos su barba; andrajos su vestido,
Con espinas sujeto de pescado.
Vuelta, el caso cruel mi gente vido,
Y quedó absorta. En lo demás, soldado
Haber sido de aquellos parecía
Que envió Grecia contra Troya un día.

CXII.

»Él, como arreos columbró troyanos,
Paróse, dando de terror señales;
Vuela luego a la orilla, y en insanos
Lloros prorumpe y en palabras tales:
«¡Por los Dioses del Cielo soberanos,
»Por esta santa luz y auras vitales,
»Oid, hijos de Troya, mi gemido:
»Arrancadme a esta playa; es cuanto pido.
CXIII.
»Yo la verdad confesaré de grado:
»Griego hice ya contra Ilion campaña:
»Si perdón no os merece mi pecado,
»Fin poner presto a adversidad tamaña.
»¡Ea! ¡heridme, matadme; destrozado
»Al mar lanzadme a sosegar su saña!
»Pues del hado el rigor quiere que muera,
»A manos de hombres moriré siquiera.»

CXIV.
»Habla, y nuestras rodillas adherido
Abraza, de rodillas derribado:
Movémosle a que diga su apellido,
Su linaje, y mudanzas de su estado.
Calló breves momentos, y dolido
Mi padre Anquíses, con benigno agrado
La diestra ilustre tiende al magro jóven,
Y añade muestras que el temor le roben.

CXV.
«Yo Aqueménides soy,» dijo sincero
El afán serenando que le aterra:
«Fui del mísero Ulíses compañero,
»A Itaca tuve por nativa tierra.
»Mi padre, escasa el arca de dinero,

»Me aventuró a los lances de la guerra:
Llamábase Adamasto. ¡Ah, siempre el hado
»Me mantuviese de mi padre al lado!

CXVI.
»Mientras huir de esta ímpia costa emprende
He aquí mi gente me dejó en olvido,
En un antro que lóbrego se extiende
De manjares sangrientos esparcido:
El antro de un Cíclope. El monstruo hiende
«Oh, qué monstruo cien veces maldecido!)
Las nubes, si la frente alza espantosa;
Y nadie hablarle ni aún mirarle osa.

CXVII.
»Crudos devora a cuantos tristes caza.
»Tendido en medio al antro donde espía,
»Con la mano feroz con que atenaza
»Asir dos de los nuestros vile un día:
»A golpe en un peñon los despedaza;
»El umbral de la sangre se mecía;
»Vi humor los miembros destilar, y ardiente
»Tremer la carne al dar diente con diente.

CXVIII.
»No tal Ulíses soportó; ni en ese
»Trance a su fama desmintió su pecho;
»Mas aguardó a que el monstruo se rindiese
»De manjares y vino satisfecho:
»Rindióse al fin, doblando el cuello, y fuése
»Adurmiendo en la cueva, su amplio lecho;
»Y su boca brotaba entre rumores,
»Trozos de vianda, y de licor vapores.

CXIX.
»A los Dioses llamando en nuestra ayuda,
»Sorteado el peligro, a un mismo instante
»Corremos en redor, y una asta aguda
»Clavamos en el ojo del gigante:
»Ojo, al metal que a Argivos combo escuda,
»O al gran disco de Febo semejante;
»Ojo único, bajo hosca ruga oculto;-
»Y así vengamos su brutal insulto.

CXX.
»¡Huid, tristes, huid! todo os conjura!
»Cortad los cables sin perder momento;
»Pues como ese, que agora por ventura
»Ordeña, consolando su tormento,
» Su grey lanosa en su caverna oscura,
»Como ese horrendo Polifemo, hay ciento,
»Y en magna procesión la prole infanda
»Ronda esta costa, y por los montes anda.

CXXI
»Ya por tercera vez brillar he visto
»Las fases de la luna renovadas,
»Desde que en esta soledad existo
»Y a las fieras disputo sus moradas.
»Cauto los monstruos de una peña avisto,
»Y su voz tiemblo y tiemblo sus pisadas;
»Y zonzas nutren mi existencia acerba
»Silvestres bayas y arrancada hierba.

CXXII.
»Vi llegar vuestra flota a esta ribera,
»Miéntras miradas de ansiedad dirijo
»Cuan lejos logro; y fuese lo que fuera,

»PaIpitando volé de regocijo.
»Ya, ya estoy libre de esta raza fiera:
»¡Ahora matadme si quereis!» Tal dijo;
Y ya un bulto, aún no bien de hablar acaba,
En los vecinos montes descollaba.
CXXIII.
»Obeso Polifemo se movía
En medio del lanígero ganado,
Y a la usada ribera el paso guía:
¡Gran monstruo, informe, atroz, de luz privado!
Hácenle sus ovejas compañía
Consuelo solo de su adverso estado,
Sírvele de bastón desnudo un pino,
Y con resuelto pie cata el camino.

CXXIV.
»Llega a la playa de su ruta al cabo;
Y al mar entrando, con sus ondas lava
Del ojo, herido del ardiente clavo,
La sangre que grumosa chorreaba.
Crujir los dientes le hace el dolor bravo
Que el mal renueva y el enojo agvava;
Y más y más se interna en la agua, ésta
Le moja apenas la cintura enhiesta.

CXXV.
»Temblando, y a par nuestro recibido
El que, eso visto, la verdad decía,
Las amarras soltamos sin ruido,
Y el mar los remos barren a porfía.
Sintió el gigante, y se volvió al sonido;
Mas vio que con el brazo no podía
Tocarnos ya, ni competir tampoco
Con las jónicas ondas, de ira loco.

CXXVI.
»Gimió entonces: el ponto se estremece
Al inmenso clamor, el viento zumba;
Italia toda retemblar parece;
Etna en sus hornos cóncavos, retumba.
Y de montes y selvas se aparece,
Al son de alarma, la feroz balumba
De los otros Ciclopes, que se ordenan
En largas filas, y las playas llenan.

CXXVII.
»Yo los ví, yo, los étneos hermanos,
En pie, con sendos ojos imponentes,
¡Junta horrenda! mirándonos insanos,
Al cielo alzadas las soberbias frentes.
Tales inmoble ostentan los ancianos
Cipreses y los robles eminentes
Cima piramidal o copa vana,
En los bosques de Jove o de Díana.

CXXVIII.
»Con el vivo,temor que nos aguija,
Al sacudir el cable, al dar la vela,
Torcemos a do el viento nos dirija,
Y a do el viento sopló, la nave vuela.
Mas porque no el azote nos aflija
Entre Scila y Caríbdis, que revela
La voz de Heleno, que a evitarlo exhorta,
Volver y el rumbo enderezar importa.

CXXIX
»Bóreas en tanto de la estrecha boca
De Peloro enviado, nos ampara.

El Pantágias pasamos, que entre roca
Viva desagua; el seno de Megara,
Y Tapso humilde. Nuestra quilla toca
En sitios que Aqueménides declara;
Que en rumbo inverso los corrió primero,
Ya del mísero Ulíses compañero.

CXXX.
»Hay en el golfo siciliano, en frente
Del undoso Plemirío, una isla bella,
Y quiso ya la primitiva gente
Con el nombre de Ortigia noble hacella.
Fama es que Alfeo de Élide, latente
Vino y errante bajo el mar a ella;
Y ya unido, Aretusa! a,tus raudales
Vuela ufano a los sículos cristales.

CXXXI.
»Habiendo allí los Númenes honrado.
Y el campo atrás dejado peregrino
Que el Heloro fecunda remansado,
Los salientes peñascos de Paquino
Raemos. Lejos aparece el vado
Que un Dios vedó moviesen Camarino;
Y el gran pueblo de Gela, y su campaña,
A quien dio nombre el rio que lo baña.

CXXXII.
»Tierra de nobles potros afamada,
Acragas enseguida se presenta,
Y de lejos fijó nuestra rnirada
El ancho muro de que está opulenta.
Selínos, la de palmas coronada,
Ya atrás te quedas: la onda fraudulenta

Del rocalloso Lilibeo corto,
Y a Drépano ¡ay, llorosa playa! aporto.
CXXXIII.
»Tras tanto afán, en extranjero suelo,
El hado a Anquíses me robó tirano;
Era en mis penas mi único consuelo,
Él daba aliento a mi cansada mano.
¡Oh padre bondadoso! ¡oh acerbo duelo!
¡De cuántos riesgos escapaste en vano!
No me anunció, entre tanto mal, Heleno
Desgracia tal, ni la cruel Celeno!

CXXXIV.
»Meta de viajes, causa de gemidos
En Drópano encontré. De ahí del viento
Vinimos por el piélago impelidos,
Merced de un Dios, a vuestro ilustre asiento.»-
Tal sucesos del Cielo dirigidos
Narraba el héroe al auditorio atento,
Contratiempos, errores y peleas:
Calló, en fin, y descanso tomó Enéas.

LIBRO CUARTO.

I.
Herida en breve de dolencia aciaga,
Pábulo da la Reina en cada hora

Al placer mismo de enconar la llaga,
Y de fuego secreto se devora:
Del héroe, su valor, su alcurnia, halaga
El pensamiento, y de su voz sonora
El eco, y de su faz guarda el trasunto;
Y tregua el vivo afán no sufre un punto.

II.
Húmida el alba sonrió, y el día
Con luz roja entre nieblas despuntaba,
Cuando a su amante hermana el paso guía
Dido, y con ella así coloquio traba:
«¿Qué sueño tentador, querida mía,
El sueño fue que de agitarme acaba?
Mas este huesped que tenemos, díme,
¿Cuál corazón habrá que no le estime?

III.
»¿Qué brío a su alma y brazo no acompaña?
¡Cuál se pinta en su frente su destino!
Yo, si mis ojos la ilusión no engaña,
Que desciende de Dioses adivino;
Pues torpe miedo que el semblante empaña,
Siempre delata al corazón mezquino;
Y él, tras tanto conflicto y prueba tanta,
¡Qué de combates concluidos canta!

IV.
»Eterno, irrevocable es mi desvío
De un nuevo enlace al criminal deseo;
Que mi esperanza en flor y el amor mío,
Yacen con las cenizas de Siqueo.
Mas si a mis ojos sin fulgor sombrío

Pudiese arder la antorcha de Himeneo,
ólo de este héroe la gentil presencia
Capaz fuera a vencer mi resistencia.

V.
»Confesártelo quiero: desde el día
Que el doméstico altar fue enrojecido,
Por la venganza del hermano impía.
Con la inocente sangre del marido,
Sólo aqueste extranjero a simpatía
Ha logrado moverme, y su latido
Volver al corazón, que ya se inflama;
El calor siento de la extinta llama.

VI.
»Mas hiéndase y sepúlteme en su seno
La tierra; el padre del Olimpo santo
Me precipite al retumbar del trueno
En la mansión de noche eterna y llanto,
Si es ¡oh pudor! que mi deber no lleno,
Si tu sagrado código quebranto.
Pues de todo mi amor hice a él promesa,
Amar debo su sombra, honrar su huesa! »

VII.
Dice; y baña en sus lágrimas, vencida,
El seno amigo. Respondióle Ana:
«Tú, a quien más amo que mi propia vida,
Qué, ¿pasarás la juventud lozana
Sin coger flores con que amor convida,
Sin lograr frutos de que amor se ufana?
¿Piensas que de los vivos los cuidados
Van el sueño a inquietar de los finados?

VIII.
»Fuese así, ¿qué les debes? No hubo amante»
Ni hoy en esta nación, ni antes en Tiro,
Que tu pecho ablandase de díamante:
A Yárbas desdeñaste, y el suspiro
De tantos de que al África arrogante,
Claros guerreros, alabarse miro.
¿Mas a tu amor y utilidad te opones?
Oye a ese amor y mira a estas regiónes.

IX.
»Las gétulas ciudades aguerridas
De una parte amenazan al Estado;
Ves allá los indómitos Numidas,
La Sirte inhospital: por otro lado,
Los Barceos errantes y homicidas,
El árido desierto y abrasado;
¿Y lo que ha de venir de Tiro sabes?
¿Qué, si el airado hermano apresta naves?

X.
»Fue de los, Dioses voluntad, no dudo,
Favor de Juno, que en tu bien se esmera,
Que frigios buques tras embate rudo
Saludasen al fin nuestra ribera.
¿Qué no promete tan dichoso nudo?
Con la troyana juventud guerrera
¡Cuánto en gloria y poder la patria gana!
¡Qué gran nación la que verás mañana!

XI.
»En tanto a la Deidad en los altares
Inclina en tu favor con sacrificios,
Mientras al extranjero en tus hogares

Obligas con benévolos oficios.
Causas proponle de aguardar: los mares
Agitados de vientos impropicios,
La flota inhábil para alzar el vuelo,
El pluvioso Oríon y ambiguo el cielo.»

XII.
Ana habló así; y el reprimido fuego
Torna de Dido en llamas encendidas,
Y en esperanzas del amor más ciego
Las timideces de pudor nacidas.
Juntas, altares visitando, el ruego
Cantan de paz, y ovejas escogidas
Ofrecen, segun rito, a Febo, a Céres
Que leyes da, y al Dios de los placeres

XIII.
Más que a, todos a Juno, la que enlaza
Cuellos de amantes con feliz cadena
La Reina acude, y si ofrecerle traza
Blanca novilla, que inmolar ordena,
Entre uno y otro cuerno ella la taza
De sagrado licor derrama llena;
Y si, ornado el altar, favores pide,
La sacra ceremonia ella preside
XIV.
Torna a iniciar con cada nueva aurora
Nueva fiesta. Con labios anhelantes
Su destino en las víctimas explora
Consultando las fibras palpitantes.
La ciencia del augur ¡oh cuánto ignoral
Ni cuál rito sanó pechos amantes?
Consume fuego halagador la vida,
Fresca recata el corazón su herida.

XV.
Tal la Reina abrasada incierta gira:
Así también en la selvosa Creta
Algun vago pastor de lejos tira
A cierva incauta rápida saeta;
El que clavó el arpón tal vez no mira;
Ella en bosques y valles huye inquieta,
Y en vano huyendo de librarse trata,
Que va con ella el dardo que la mata.

XVI.
Y ya a Enéas a ver los muros guía
Y primores le enseña por do viene;
Empezados proyectos le confía,
Va a hablar tal vez, y al pronto se detiene;
O ya en festines, en cayendo el día,
Con preguntas, cual antes, le entretiene;
Que lances torne a referir le agrada,
Y torna a oírle, de su voz colgada.

XVII.
También a veces la infeliz, hallando
El semblante del héroe en su semblante,
Estrecha a Ascanio contra el seno blando,
Por si engañado Amor duerme un instante.
Y cuando todos se retiran, cuando
Su móvil faz, a trechos radiante,
Con velo funeral cubre la luna
Y se hunden las estrellas una a una;

XVIII.
Cuando todo a los vivos aconseja

Tomar descanso, en la desierta sala
Pasea sus congojas, y honda queja,
Consigo a solas, de su pecho exhala;
O en el lecho tal vez caer se deja
Que ocupó en el festín, y se regala
Con el amado, que al amado ausente
Presente le ve allí; le oye, le siente,

XIX.
Suspensa en tanto la común tarea,
Ni en ejercicios de armas se solaza
La juventud, ni en concluir se emplea
Nadie ya el puerto, ni en murar la plaza:
No se alza más la torre gigantea;
Inconcluso, ruinas amenaza
Todo el muro, y la máquina que osa.
Hasta el cielo empinarse, asombra ociosa,

XX.
La hija de Saturno, la que al lado
Reina de Jove, ha visto a la infelice;
Ve que al amor inmola ya el cuidado
De su fama, y a Venus llega, y dice:
«Rica presa hijo y madre habéis logrado;
Que una mujer la planta en red deslice
Que dos Dioses le armaron de concierto,
¡Es gran conquista y memorable, cierto!

XXI.
»Mal pudiera ignorar que sospechosas
Tú de Cartago las mansiones hallas;
Yo sé que en tus recelos no reposas
Cuando ves de Cartago las murallas.
Mas ¿no habrá fin a tan acerbas cosas?

¿Siempre hemos de reñir duras batallas?
Justo es ya que finquemos, si te place,
Eterna paz en venturoso enlace.

XXII.
»Cuanto pudo halagar tu fantasía,
Todo lo tienes a sabor cumplido:
Dido muere de amor: la llama impía
Cala y consume el corazón de Dido.
Que esta nación rijamos tuya y mía
Con igual potestad, es lo que pido:
Dido al Troyano obedecer se vea;
Dote fiada a ti Cartago sea. »

XXIII.
Venus, cual si no hubiese en sus razones
La mira penetrado traicionera
De llevar a las líbicas regiónes
El reinado feliz que a Italia espera,
«Acojo,» respondió «lo que propones;
Que en vez de ello altercar, demencia fuera.
Falta sólo que el vínculo que dices
Efectos logre, cual prevés, felices.

XXIV.
»Yo, yo temo del Hado los arcanos;
Ni decir sé si Júpiter se paga
De que, uniéndose Tirios y Troyanos,
Solo un pueblo la unión de entrambos, haga.
Mas tú los pensamientos soberanos
De1mismo Jove suplicante indaga;
Que es derecho de esposa; y de consuno
Obraremos DESPUÉS.» Respondió Juno:

XXV.
«Fíalo a mi prudencia, que lo aplaza
Para su tiempo. A lo que está primero
Por el pronto atendamos: con qué traza
Lograremos el fin, decirte quiero.
Salir han concertado al monte a caza
Dido y Enéas: que saldrán espero
Cuando el sol tienda desde la alta cumbre
Los primeros destellos de su lumbre.

XXVI.
»Yo, en viendo las garzotas de colores
Agitarse, y que empiezan la espesura
Con cuerdas a ceñir los cazadores,
Recia borrasca moveré en la altura,
El cielo en torno asordaré a rumores,
Granizo lanzaré de nube oscura;
Dispersos correrán, y a todos lados
Con ciega sombra toparán cerrados.

XXVII.
»Dido y el Rey de la troyana gente
En una grata entences a deseo
Reparo buscarán: seré presente,
Y haré, si tu favor cordial poseo,
Que a consorcio se obliguen permanente,
Y el juramento sellará Himeneo.»
Tal su ardid Juno expone a Venus; y ésta
Sonrisa de adhesion dio por respuesta.

XXVIII.
Aurora en tanto de la mar salía
Hermosa; y redes ya de claros hilos
La alegre multitud trae a porfía,

Y lonas, y venablos de anchos filos:
A la vez llegan con sagaz jauría
A caballo los ágiles Masilos;
Y a Dido, que en la regia alcoba aún tarda,
Región florida en el umbral aguarda.

XXIX.
Soberbio de oro y grana, el campo huella,
Y espumoso un bridon tasca el bocado:
Ya ella sale a montarle, y va con ella
El juvenil cortejo alborozado.
Su clámide purpúrea franja bella
Pinta; es áureo el carcaj que lleva al lado;
La veste ciñe en áureo broche; en oro
Coge de sus cabellos el tesoro.

XXX.
Asoma ya la juventud troyana;
Gozoso llega Ascanio, Enéas llega
Radiante de hermosura soberana,
Y las bandas, cual príncipe, congrega.
No en gentileza o majestad le gana
Apolo, cuando hurtándose a la vega
Del Janto, o a la Licia envuelta en hielos,
Fiestas instaura en la materna Délos:

XXXI.
Honran al Dios, su altar ciñendo santo,
Y Cretenses y Dríopes en coro,
Y abigarrados Agatirsos, canto
Mezclando y danzas en tropel sonoro;
El de Cinto en las cumbres vaga en tanto;
Orna el suelto cabello, a par del oro,
Con tiernas hojas de gentil guirnalda,

Y los dardos retiemblan a la espalda.

XXXII.
Cuando al monte llegaron y al sagrado
De hojosos laberintos, a deshora
Del risco descolgándose empinado
Ven la silvestre cabra trepadora.
Mueve a los ciervos súbito cuidado,
Y la manada al campo voladora
Cruza; nube de polvo en torno crece,
Y los montes dejando, desaparece.

XXXIII.
Ascanio revolviendo va a doquiera
Su brioso caballo por el Rano,
Y ya a los unos en veloz carrera,
Ora a los otros se adelanta ufano.
Entre inermes rebaños, aplaudiera
Un jabalí espumoso haber a mano,
Y ruega que del áspero boscaje
Algun rojo león al campo baje.

XXXIV.
He aquí el cielo amenaza, óyense truenos,
Sigue granizo y tempestad oscura;
Y, Tirios y Troyanos de afán llenos,
Cada cual por su lado huir procura:
Ni de Venus al nieto acosa menos
El cielo: albergues van por la llanura
Buscando: de las sierras eminentes
Se despeñan las aguas a torrentes.

XXXV.
Iba el troyano capitán con Dido,

Y a una gruta se acogen a deseo:
Presagia la alma Tierra con ruido,
Y Juno, al rito atenta, el himeneo:
El cielo en los misterios instruido,
Alumbró con siniestro centelleo;
Las Ninfas a que el monte da moradas,
Gimieron en las cumbres elevadas.

XXXVI.
¡Oh raíz de infortunio, hora funesta!
No alimenta en su amor furtiva llama
La Reina ya, ni miramiento presta
A lo que honor o la opinión reclama.
Por velo da a su culpa manifiesta
Nombre de matrimonio. Y ya la Fama
Por cuantas villas Africa numera
Canta con voz los hechos pregonera.

XXXVII.
Fama aquella malvada se apellida
Que es veloz como igual no ha visto el cielo
En su movilidad está su vida,
Y le crecen las fuerzas con el vuelo:
En los primeros pasos va encogida;
Luego se alza ambiciosa: por el suelo
Humildemente rateando empieza;
Luego esconde en las nubes la cabeza.

XXXVIII.
Llena de ardor contra los Dioses, creo,
La Tierra hubo a la Fama hija postrera,
Póstuma hermana a Encélado y a Ceo,
Agil de miembros y de pies ligera.
Cuantas plumas, enorme monstruo y feo,

Ciñendo al cuerpo va, ¿quién tal creyera?
Tantos debajo oculta ojos despiertos,
Tantas bocas y oídos siempre abiertos.

XXXIX.
Estridente en la sombra mueve el ala
De noche, y entre tierra y cielo vuela;
Nunca el sueño sus párpados regala!
De día, misterioso centinela,
En techo o torre altísima se instala,
Y asombro dando a las ciudades, vela,
Y con ardor igual, doquier que gira,
Divulga la verdad y la mentira.

XL.
Lo mismo ahora, ufana, diligente,
Mezcla verdades y ficciones vanas,
Y esparciéndolas vuela entre la gente
Corriendo las provincias comarcanas:
Que ha arribado, de Troya procedente,
Enéas a las playas africanas;
Que le acoge, y consiente en ser su esposa,
La soberana de Cartago hermosa;

XLI.
Más: que olvidando públicos cuidados.
En la red del placer entretenidos,
Gozan los días del invierno helados,
Por amor, lo que duren, encendidos:
La ímpia Diosa por campos y poblados
Va esto poniendo en bocas y en oídos,
Y al rey Yárbas torciendo, llega en breve,
Le inflama el alma, y a furor le mueve.

XLII.
Robó a la ninfa Garamanta un día
Jove Amon; de éstos hijo Yárbas era;
El cual cien templos dedicado había,
En los vastos dominios en que impera,
A su padre, y cien aras, donde ardía
Velador fuego que morir no espera:
El suelo en sangre víctimas coloran;
Tiernas guirnaldas el dintel decoran.

XLIII.
El rumor revolviendo que le aqueja
Yárbas allí, entre estatuas tutelares,
Gime alzando las palmas; ni se aleja
Sin fatigar con ruegos los altares:
«¡Oh Jove omnipotente, a quien festeja
Con obsequios del Dios de los lagares
La gente maura en recamados lechos!
¿Ves, dí, la iniquidad de humanos pechos?

XLIV.
«¿Ves? ¿o cuando a las nubes rompe el seno
El fuego, y tiembla el hombre, asombro es vano?
¿No es voz de tu furor el ronco trueno?
¿Ciegos salen los rayos de tu mano?
Vino aquí errante una mujer: terreno
Compró para ciudad pequeña: un llano
La di que cultivado la abastase;
A su dominación yo eché la base.

XLV.
»Y ella ayer desechóme por marido;
¡Ah! ¡y ella un huésped hoy sienta a, su lado!
Y éste que unge el cabello y va servido

De eunucos, nuevo Paris, y el tocado
Meonio ciñe, en vergonzoso olvido,
Gozando libre está de un bien robado;
¡Y yo, que en darte culto no reposo,
Llevo infeliz renombre de dichoso!»

XLVI.
Tal, asido al altar, Yárbas gemía;
Y oyendo el Padre su clamor prolijo
Vio la copia, de amantes que yacía
En torpes lazos, y a Mercurio dijo:
«Oyeme, y cruza la región vacía;
Los céfiros te ayuden, vuela, hijo;
Vé al Rey troyano que en Cártago olvida
Mansiones do Fortuna le convida.
XLVII.
»¡Que no así, le dirás, su madre hermosa
Me le ofreció; ni para fin tan triste,
Cuando la muerte entre la lid le acosa,
Una vez y otra a remediarle asiste;
Mas para que su raza gloriosa
Restaure, y entre a Italia, y la conquiste
Henchida de poder, hirviente en guerra,
Y leyes dicte al orbe de la tierra!

XLVIII.
»Que si no le da impulsos la memoria
De sus altos destinos, ni se afana
Por ceñirse el laurel de la victoria,
Débele a Ascanio la ciudad romana.
¿Y querrá a un hijo defraudar su gloria?
¿O qué entre gente a su misión profana
Proyecta? ¿Por lo suyo no suspira?

¿Ni allá los campos de Lavinio mira?

XLIX.
»¡Tú vé; intímale, pues, mi mandamiento.
Yo mando, en conclusión, se haga a la vela, »
Dijo; a su voz el mensajero atento,
Cumplir el cargo presuroso anhela;
Y la sandalia calza en el momento,
La áurea sandalia con que alado vuela
Cual soplo de los céfiros, lo mismo
Sobre la tierra y sobre undoso abismo.

L.
Cobra enseguida el Dios su caduceo:
Con él las sombras pálidas evoca
Que yacen en el Orco, y al Leteo
Lleva también las ánimas: provoca
Y disipa los sueños a deseo;
Los mustios ojos abre si los toca:
Con él nublados trata, auras domina;
Y ya volando a Atlante se avecina.

LI.
El cual con pinos hórrida levanta,
Y de hoscas nubes guarnecida ostenta
Su anciana frente, estriba en firme planta,
Y el alto cielo sobre sí sustenta:
Nieve arropa sus hombros; se quebranta
En sus flancos rugiendo la tormenta,
Y a trechos en arroyos se desliza
El bronco hielo que su barba eriza.

LII.
Allí el cilenio Dios descanso toma;

Paz da a las alas que al igual batía,
Y luego al mar con fuerza se desploma;
Y cual ave que al pez la gruta espía
Y en las playas, rasando el alga, asoma,
Tal a las costas líbicas venía,
Distante en breve del materno abuelo,
Entre agua y tierra el Dios a salto y vuelo.

LIII.
No bien chozas tocó su planta alada.
Muros trazando y casas al caudillo
Troyano ve, cuya ceñida espada
Puntas de jaspe esmaltan de amarillo,
Y a quien clámide en púrpura bañada
Los hombros cubre con ardiente brillo:
Obsequios de la rica soberana
Que con oro sutil bordó la grana,

LIV.
Fue uno verle y ponérsele delante:
«¿Tú a echar las bases de Cártago atento?
¿Tú ornando esta ciudad, postrado amante?
¿Tú de tus hados sordo al llamamiento:
Pues díme -que de Olimpo radiante
Me envía a ti por sobre el raudo viento
El que el mundo gobierna y las esferas
¿Qué es lo que en Libia descuidado esperas?

LV.
»Que si no te da impulsos la memoria
De tus altos destinos, ni te afanas
Por ceñirte el laurel de la victoria,
Mira a Ascanio crecer: las italianas
Comarcas son su herencia; allí su gloria,

¿De un hijo harás las esperanzas vanas?...
Calló, y la vista deslumbrada deja,
Y cual sombra en el aire huye y se aleja.

LVI.
Quedó Enéas absorto, híspido el pelo,
Hecha un nudo la voz en la garganta.
Ya en dejar piensa aquel amado suelo,
Que la divina inspiración le espanta.
Mas ¡duro trance! ¡amargo desconsuelo!
¡Ir a anunciar que el áncora levanta
A aquella que por él de amor fallece!...
Cómo, no sabe, ni por donde empiece.

LVII.
Propónese mil cosas, y cuan presto
Se fija en una, a esotra vuelve en tanto;
Vacila: al fin resuelve, y a Sergesto
Y a Mnesteo convoca, y a Cloanto:
Que hagan, les manda, sin rumor apresto
De embarcaciones; que su gente a canto
Reunan de zarpar; armas prevengan,
Y sus intentos bajo sello tengan.

LVIII.
Que é1entre tanto con mesura y tiento
Pues la espléndida Dido nada sabe,
Ni espera que en eterno alejamiento
Aquel tan grande amor tan presto acabe
Para hablarle, buscando irá momento
El más propicio, y modo el más suave:
Esta es su voluntad. Todos aprueban,
Y alegres el mandato a cabo llevan.

LIX.
¿Cómo engañar a un corazón que ama?
Ella todo lo sabe, lo adivina;
Fue quien primero descubrió la trama,
Y, aún en horas serenas, de ruina
Amagos presintió. ¿Qué más? La Fama
Sus ocultos recelos amotina,
Maligna susurrando que aparejan
Naves los Teucros; que a Cártago dejan.

LX.
Fuera de tino la soberbia amante
Corre por la ciudad, como se agita
En las órgias solemnes la bacante
Cuando oye en torno la vinosa grita,
Y los tirsos descubre, y resonante
A sus misterios Citeron la invita:
Tal va la Reina, y tal sin más recato
Vuela a afrentar al amador ingrato.

LXI.
«¿Disimular ¡oh pérfido! esperaste
Tu malvada intención, tu felonía?
¿Y tu nave en mi puerto imaginaste
Que en silencio las velas soltaria?
¿Cosa no habrá que a disuadirte baste?
¿Ni mi amor, ni la fe jurada un día?
¿Ni reparar en Dido sin ventura,
Que por ti morirá de muerte dura?

LXII.
»¡Y que en lo crudo de hibernales meses
Quieras de presto aderezar tu flota!
¡Que tanto en levar ferro te intereses

Cuando más Aquilon la espuma azota!
Dime, cruel, si en lejanía vieses.
No extraños campos, no ciudad ignota,
Mas renaciente a Troya, ¿a tus hogares
Cruzando irias procelosos mares?

LXIII.
»¡Huyes de mí! Mas nuestra unión te pido
Que recuerdes; y este único tesoro
Que reservé, mi corazón herido,
Mírale aquí, y las lágrimas que lloro!
Si algo te merecí, si hallaste en Dido
Algo de amable, tu clemencia imploro!
¿Mi trono hundirse ves sin sentimiento?
¡Ah! ¡si aún vale rogar, muda de intento!

LXIV.
»Nómades reyes, gentes confinantes
Me odian por tí; mi pueblo me desama;
Por tí inmolé el pudor, y la que antes
Me alzaba a las estrellas, limpia fama.
¡Oh huésped! en mis últimos instantes
Me abandonas; y ¿a quién? Mi voz te llama
Huésped; fuiste mi esposo. Mas ¿qué tardo?
¿Al extranjero o al hermano aguardo?

LXV.
»¿Yárbas feroz, que mi persona aprese?
¿Pigmalion, que mi nación arrase?
¡Oh! ¡si antes de esa fuga al menos de ese
Amor alguna prenda me quedase:
Un tierno Enéas que en mi hogar corriese
Que en su rostro infantil tu faz copiase!
No tan desamparada me vería;

No fuera tan cruel tu acción impía»

LXVI.
Él, que de Jove, miéntras ella hablaba,
Guarda en su mente el mandamiento impreso,
Fijos los ojos en el suelo clava,
Mudo resiste del dolor al peso.
«Mi gratitud tu esplendidez alaba,»
Esto al fin dijo apenas; «y confieso
Que si arguyes ¡oh Reina! con mercedes,
Muchas y grandes recordarme puedes.

LXVII.
»Yo llevaré al recuerdo de esos dones
La imagen tuya dulcemente unida,
Mientras guarde mis propias tradiciones,
Mientras mi pecho aliente aura de vida.
Mas oye, en la cuestión, breves razones:
No pensaba ocultarte mi partida,
Ni de unión conyugal te hice promesa;
No así te engañes: mi misión no es ésa.

LXVIII.
»¿No ves que si el destino me otorgara
Guíar las cosas, reparando males,
Ya hubiera visto por mi patria cara?
¡Podría de sus héroes los mortales
Restos honrar; al golpe de mi vara
Se alzaran sus alcázares reales,
Y poderosa, como en antes era,
Troya de sus cenizas renaciera:

LXIX.
»Mas ¡ay! la voz de oráculo divino

Fuerza mi voluntad, Febo me guía;
Navegar para Italia es mi destino,
Ya éste es mi amor, y esta es la patria mía!
Cual hoy Troyano a Ausonia me encamino,
Tiria a Cártago tú viniste un día;
Ya en paz la riges: en igual manera
Buscamos, do reinar, zona extranjera.

LXX.
»Mi padre Anquíses, cuando en alto vuelo
La noche entolda el orbe de la tierra
Y brillan las estrellas por el cielo,
En sueños me habla, y su actitud me aterra:
Mi hijo Ascanio me es causa de desvelo,
Y en él mirando, el corazón se cierra;
Que aquí, distante del confin hesperio,
Yo le defraudo el prometido imperio.

LXXI.
»No ha mucho el nuncio de los Dioses vino;
Por vida de ambos que le vi te juro,
Enviado por Júpiter, camino
Por los aires abrir, y entrar el muro:
Estoy mirando su esplendor divino;
Oyendo estoy su mandamiento duro!
No me des más, no más te des tormento;
Llévanme a Italia, y con dolor me ausento!»

LXXII.
Mientras hablaba, fiera y desdeñosa
Con ardiente inquietud ella le mira;
Mirándole en silencio, ira rebosa,
Y luego a voces se desata en ira:
«No fue tu madre, ¡pérfido! una Diosa,

Que desciendes de Dárdano es mentira;
Cáucaso te engendró entre hórridos lechos,
Hircana tigre te crió a sus pechos!

LXXIII.
»Ya ¿qué hay que disfrazar? ¿qué más espero?
Ve llorando a su amanter, ¿y se contrista?
¿Le merecí una lágrima, un ligero
Signo de compasión? ¿volvió la vista?
¡Cielos! ¿Qué agravio acusaré primero?
¿Cuál Dios habrá que a vindicarme asista?
Ni Juno ya, ni Jove, ¡oh desengaño!
Con justa indignación miran mi daño.

LXXIV.
»¡Oh justicia! ¡oh lealtad!, ¡nombres vacíos!
¡Yo náufrago, desnudo, falleciente
Le recogí, le abrí los reinos míos,
El imperio con él partí demente!
Yo los restos salvé de sus navíos,
Yo libré de morir su triste gente!..
¿A dónde me despeña el pensamiento?
¡Llevada de furor, arder me siento!

LXXV.
» ¡Y ahora la voz de oráculo! divino
Fuerza su voluntad! ¡Febo le guía!
Ni ha mucho el nuncio de los Dioses vino,
¡Y es heraldo que Júpiter le envía!
¡Y en los aires abriéndose camino
Le trae la orden fatal! ¡Quién pensaría
Que hubiesen de alterar cuidados tales
La alta paz de los Dioses inmortales!

LXXVI.
»Nada te objeto, ni partir te impido:
Vé, y por medio del mar, en seguimiento
Camina de ese imperio prometido;
¡Busca esa Italia con favor del viento!
Mas si justas deidades, fementido,
Algo pueden, te juro que el tormento
Hallarás, entre escollos, que mereces,
Y a Dido por su nombre allí mil veces

LXXVII.
»Invocarás; y Dido abandonada,
Con tea humósa aterrará tu mente;
Y cuando a manos de la muerte helada
Salga del cuerpo esta ánima doliente,
Yo, vengadora sombra, a tu mirada
En todas partes estaré presente!
Tu crímen pagarás; sabráse, oirélo:
¡Eso en el Orco irá a acallar mi duelo!»

LXXVIII.
Ella súbito aquí la voz detiene,
Y huye la luz odiosa con gemido;
El, que a oponer razones se previene,
Queda atónito, absorto, atontecido.
Y he aquí un grupo de esclavas la sostiene
En brazos; y la llevan sin sentido
A1 tálamo, de mármoles labrado,
Y la reclinan sobre el regio estrado.

LXXIX.
Cierto que con palabras de dulzura
El religioso príncipe quisiera
Mitigar de la triste la amargura

Y el dolor suavizar que la exaspera.
Gime él de corazón su desventura,
Que amor le oprime con angustia fiera;
Todo, empero, lo vence, y determina
Recto cumplir la voluntad divina.

LXXX.

Ya a revistar su armada acude al puerto,
Y ya las altas popas de la orilla
Los Troyanos alanzan de concierto;
Flota liviana la embreada quilla.
Remos y tablas da, de hoja cubierto
Tronco informe, aún no bien la hacha le humilla
Y en este afán por coronar la empresa,
Salen de la ciudad todos de priesa.

LXXXI.

Tal las hormigas próvidas saquean
Riquezas que en sus antros acumulan;
Y, en la hierba cruzándose, negrean,
Y en senda angosta, por do van, pululan:
Unas a empuje granos acarrean,
Otras, a la que tarda ora estimulan,
Corrigen ora a la que pierde el tino;
Con tanta agitación hierve el camino.

LXXXII.

¡Tu pobre corazón qué sentiría!
¡Cuán grande hubo de ser, Dido, tu pena,
Cuando hirviente la playa en lejanía
Atalayabas desde la alta almena!
¡Qué, al sentir, la confusa vocería
Conque al mar asordaba la faena!...
Tú ¿a qué un alma no obligas, amor ciego?
Por ti ella al lloro vuelve, y vuelve al ruego.

LXXXIII.
Con interpuestas súplicas ensaya
Ir a amansar rebeldes sentimientos;
Que morir no es prudente sin que haya
Esforzado los últimos intentos:
«¡Ay, Ana! ¿ves bullir toda la playa?
Míralos: corren, vuelan; ya contentos
Las popas adornaron de coronas;
Ya convidan al céfiro sus lonas.

LXXXIV.
»Yo que pude esperar dolor tan fiero
Lo sabré soportar, hermana mía.
Este único favor te pido, empero:
Pues te preciaba en tanto, y ser solía
El pérfido contigo verdadero,
Ytú hallabas sazón de entrarle y vía,
Anda, y doblar con súplicas procura
Esa cerviz cual de enemigo dura.

LXXXV.
»Que no con Griegos, le dirás, la guerra
Juré en Aulide, naves a hacer riza,
No envié a Troya, no moví la tierra
Que cubre de su padre la ceniza.
¿Pues por qué oídos a mi llanto cierra?
¿Qué huye azorado así? ¿Quién le hostiliza?
Buen viento espere y que la mar se ablande:
Es gracia, y la postrera que demande.

LXXXVI.
»No ya que vuelva por la fe de esposo
Ni a ese Lacio renuncie tan querido,

Que le costara asaz, pedirle oso,
Tiempo (nada le cuesta) es cuanto pido!
¡Tregua al dolor, momentos de reposo
Dé, en que el pecho a sufrir se avece herido!
Esto ruego; sé, hermana, compasiva;
Haz esto, y soy tu esclava mientras viva.»

LXXXVII.
Tal la triste con lágrimas decía;
Tal a Enéas con lágrimas la hermana
Habla, y vuelve, y retorna, y su porfía
(No hay con él argüir) fatiga es vana;
Que ni por llantos su intención varía,
Ni a ruegos ya su voluntad se allana;
Rigor del hado: al penetrar su oído
Embota un Dios la fuerza del gemido.

LXXXVIII.
Cual recio, antiguo roble a quien trabada
Legion de vientos en el Alpe embiste;
Braman; cruje la rama atormentada
Y de hola el suelo en derredor se viste;
Mas él, asido de peñascos, nada
Teme, y a opuestos ímpetus resiste,
Y el cielo con su copa hiriendo altiva,
Con raíz honda en el Averno estriba;

LXXXIX.
Él así, de querellas golpeado,
Cuando su angustia divertir no pueda
Tenaz resiste de constancia armado;
Inútil llanto de los ojos rueda.
Mas Dido, a quien temblar hace su hado,

Morir quiere que el cielo la conceda;
Ni la bóveda espléndida celeste
Forna a mirar sin que pesar le cueste.

XC.
Fortuna, que en su daño se encruelece,
Porque su infausto fin seguro sea
Hace que a tiempo que devota ofrece
Dones en la ara do el incienso humea,
Note el agua lustral que se ennegrece
Y en sangre el vino corromperse vea.
¡Oh Vista horrible! Atónita, confusa,
Aún a su hermana declararlo excusa.

XCI.
Dedicado a Siqueo un templo había,
Todo de mármol, al palacio adjunto:
Ella le ama, ella le honra, y le atavía
Con velos blancos como nieve, junto
Con tiernas ramas. En la noche umbría
Parecióle que el cónyuge difunto
La llama, del oscuro monumento
Con misteriosa voz, con hondo acento.

XCII.
Oyó a un buho también que se lamenta
Solitario en los altos torreones
Con lloroso clamor; su duelo aumenta
El recuerdo de aciagas predicciones.
Enéas mismo en sueños la atormenta;
Y por largo camino, por regiones
Aridas, siempre sola, peregrina,
Ir buscando a los suyos se imagina.

XCIII.
Tal las huestes de Euménides Penteo
Y dos soles, dos Tébas mira insano;
Tal Oréstes con ciego devaneo
Comparece en la escena huyendo en vano:
Con fuego y sierpes tras el hijo reo
Arma una sombra la terrible mano,
Y vengadoras Furias las entradas
Sitian del templo, en el umbral sentadas.

XCIV.
El dolor la ha vencido; la despeña
El furor: el partido extremo abraza;
Y en su mente los trámites diseña,
Acuerda el modo, y el momento aplaza.
Su intento oculta, y con la faz risueña
Dice a la triste hermana: «Hallé la traza
Como al ingrato a reducir acierte,
O de él mi atado corazón liberte.

XCV.
»Me des la enhorabuena, hermana, espero;
Mas oye el caso. En el país lejano
Que ve del sol el resplandor postrero
Y el límite final del Océano,
Allí demora el último lindero
Que posee atezado el Africano;
Allí en cielo con fuego rutilante
Rueda en lo hombros del eterno Atlante.

XCVI.
»Hija de esos incógnitos confines,
Con fuerte encanto vindicarme fia
Negra maga que el templo y los jardines

Guardó de las Hespérides un día:
Ella daba sustento a los mastines,
Y el árbol milagroso defendía,
Y de amapola soporosa, y blanda
Miel, esparcia la eficaz vianda.

XCVII.
»Que ardores hiela con sus cantos jura,
Y da al helado fuego en que se queme;
Ataja los torrentes, y en la altura
Suspenso el astro sus hechizos teme;
Sombras evoca entre la noche oscura,
Y oirás bajo sus pies cuál muje y treme
La tierra; y cuál, verás, los fresnos bajan,
Que al conjuro, del monte se descuajan.

XCVIII.
»Tú, en lo interior, si mi salud deseas,
Alza al raso una hoguera sin testigo
{Séalo el Cielo, y tú, mi bien, lo seas,
Que a usar de esta arte a mi pesar me obligo).
La espada que dejó pendiente Enéas,
El lecho que en mi mal nos fuera amigo,
Ponlo allá todo; la adivina aguarda
Que no quede reliquia sin que arda.»

XCIX.
En sus labios aquí se heló la risa,
Y ocupa el rostro palidéz funesta;
Mas ¡ay! en balde en su silencio avisa
Que un nuevo estilo funerario apresta;
Ana ciega aún no en Dido aquel divisa
Mental furor; ni la imagina expuesta
A golpe más cruel, dolor más crudo

Que en muerte del marido estarlo pudo.

C.
Y así ignorante la infeliz jornada
Va a preparar. La Reina, en cuanto mira
Al cielo descubierto levantada
En el patio interior la triste pira,
Con leños resinosos solidada
Y con rajas de roble, en torno gira
Tendiendo hojosa amenidad, y al muro
Guirnaldas cuelga de verdor oscuro.

CI.
Y sobre el lecho, con fingido intento
La efigie y armas del traidor coloca:
En torno hay aras: con horrible acento
La hechicera, en cabello, al Cielo toca;
Y deidades allí tres veces ciento,
Y al negro Caos y al Erebo invoca,
Y, virgen en tres fases conocida,
En tres formas a Hécate apellida.

CII.
Con aguas ya que del Averno el cieno
Mustias figuran, libación se hizo;
Y alléganse, cargados de veneno,
La hierba pubescente, el tallo rizo
Que de la luna al esplendor sereno
Cortó segur de cobre; y el hechizo
Que, hurtado a la cerviz de potro tierno,
Falto dejole del amor materno.
CIII.
Dido misma la sal ofrenda y trigo,
Un pie descalzo, desceñido el manto,

E invoca a las estrellas, por testigo
Tomando de su fin al Cielo santo:
Ellas su historia saben, y si amigo
Hubo algun Dios a quien moviese el llanto
De amantes mal pagados, ése pide
Vea en su causa y de vengarla cuide.

CIV.
Era la noche: al medio del camino
Iban los astros por el alto Cielo;
Calla el bosque y el piélago marino;
Yacen los brutos que sustenta el suelo:
Ni en breñas ni por lago cristalino
Se ve de ave esmaltada salto o vuelo:
Todo está en calma, y todo mal se olvida;
Naturaleza yace adormecida.

CV.
Só1o Dido sus penas no adormece;
No se hizo el sueño para angustia tanta
Ni sus ojos ni su alma favorece
Muda la noche con su sombra santa:
Amor entre su pecho se embravece
Y nuevas olas sin cesar levanta;
Y de ellas combatida, de esta suerte
Torna consigo a disputar su muerte:

CVI.
«¿Qué he de hacer? ¡Oh tormentos inhumanos!
¿Buscaré mis antiguos amadores?
¿Iré humilde a los reyes, comarcanos?
¡Yo pisé su esperanza y sus amores!
¿Seguiré, triste sierva, a los Troyanos?
¡Harto gratos han sido a mis favores!

¿Ni a bordo su altivez me sufriría?
Qué ¿aún no he probado bien la alevosía

CVII.
»De esa de Laomedonte infame raza?
¿Sola iré tras su pompa? ¿ó con los míos
Volaré armada en pos a darles caza?
Mas si a éstos de sus términos natío.
Arranqué a viva fuerza, ¿con qué trazo
Los moveré a tornar a los navíos?
No, no; mi salvación la muerte sea;
¡Calle a hierro el dolor de una alma rea!

CVIII.
»¡Tú, hermana, tú a mis llantos indulgente,
Margen diste a tan grande pesadumbre,
Tú doblaste al amor mi dócil frente!...
¡Yo que pude, ejerciendo la costumbre
De la bestia del campo independiente,
Libre vagar de acerba servidumbre!...
Muere, infiel de tu esposo a la ceniza! ... »
Querellándose así, Dido agoniza.

CIX.
En tanto Enéas, todo ya dispuesto,
Ajeno él mismo de temor, dormido
Quedóse en la alta popa: al Dios en esto
Torna a mirar, que en las murallas vido:
Con la propia actitud, la voz, el gesto
Viene, en todo a Mercurio parecido;
Aureo cabello y juvenil belleza
Ornan sus blandas formas, y así empieza.

CX.

«En mal punto en sus brazos te entretiene
El sueño, hijo de Venus! ¡Alza y mira,
Torna el daño a mirar que sobreviene,
Y oye a Favonio que oportuno espira!
¿Los lazos sabes tú que ella previene?
Fragua es su pecho de furente ira;
Y ya, de perecer determinada,
Nada respeta, ni le espanta nada.

CXI.
»¿Y no será que por el ponto vueles
Ganando estos momentos? ¡Guay si esperas
A la luz de la aurora! ¡Hachas crueles
Arder verás, y levantarse hogueras,
Y en la mar encontrarse los bajeles,
Y ocupar el incendio las riberas!
¡Acude, iza la vela, corta el cable!
Ser vario es la mujer siempre y mudable.»

CXII.
Dijo; y si antes radioso, se incorpora
En las lóbregas sombras. El durmiente
Con la total oscuridad se azora,
Abre los ojos y álzase impaciente.
«¡Súsˌ» clama, «compañeros! ¡A la hora
Acorred a los bancos! ¡No consiente
Tardanzas la ocasión: las velas pronto
Dad a los vientos, y la flota al ponto
CXIII.
»¡Otra vez de los reinos celestiales
Esto nos manda santo mensajero:
Quienquier seas ¡oh Númen! con triunfales
Aplausos otra vez el fausto agüero
Seguimos de tu voz. ¡Así señales

El deseado rumbo al marinero!
¡Así hagas por el Cielo que nos rían
Las lumbres bellas que al errante guían!»

CXIV.
Dice; y vuela, y la amarra del navío
Corta de un tajo de fulmínea espada;
A su ejemplo, a su impulso, el mismo brío
A los pechos de todos se traslada.
Ya arrancan, ya se llevan; ya vacío
Quedó el playón: debajo de la armada
La mar se oculta, y al batir contino
Cubren de espuma el líquido camino.

CXV.
El áureo lecho de Titon la aurora
Tímida deja, entre celajes raya,
Y ya su lumbre, que horizontes dora,
Ve la Reina infeliz de la atalaya;
Ve la armada alejarse voladora
Con las velas parejas; ve la playa
Desamparada, y el desnudo puerto,
Y todo siente estar mudo y desierto.

CXVI.
Y el tierno pecho ofende y los cabellos.
«¿Y esos advenedizos mi esperanza
Burlarán,» dice, «con erguidos cuellos?
¿Impune al ponto el pérfido se lanza?
¿No corre en armas mi ciudad a ellos?
¿Naves no parten a tomar venganza?
¡Id, hachas menead, asid los remos!
¡Soltad las velas! ¡por el mar volemos!

CXVII.
»¿Qué digo? ¿Dónde estoy? ¿Qué desvarío
rastorna mi razón? ¡Dido infelice!
Ya el peso sientes de tu síno impío!
Cuando partija de mi cetro hice,
Convino este furor; ya, ya es tardío!
¡Traidor! ¡Y luego de él que va se dice
Con los patrios Penates; que de escombros
Salvo al anciano padre sacó en hombros!

CXVIII.
»¡Ah! ¡sus cuerpos hacer trozos sin cuento
Pude, y de ellos sembrar la onda bravía!
Matar al hijo, y el manjar sangriento
Pude al padre servir; ¿quién lo impedía?
Peligro, ¿cuál? ¡Morir era mi intento!
¡Yo a sus tiendas llevara llama impía;
Yo al padre, al hijo, a todos, muerte fiera!
¡Yo los matara allí; luego, muriera!

CXIX.
»¡Sol, cuya luz los ámbitos visita,
Tú que todo descubres, nada ignoras!
Juno, que viste mi amorosa cuita
Nacer, y hoy mides mis finales horas!
¡Hécate, a quien en calle tripartita.
Claman de noche! ¡Furias vengadoras!
¡Oh Dioses, cuantos véis mi afán postrero!
¡Yo imploro compasión, justicia espero!

CXX.
»Mi ruego oid: si firme persevera
El hado que a ese infame lleva a puerto,

Si en esto Jove su querer no altera,
Que el fijado confin le aguarde cierto,
Mas tribu audaz contrástele siquiera,
Y en peligro se mire y desconcierto,
Y parta, el corazón vuelto pedazos,
Del dulce nido y los filiales brazos.

CXXI.
»Y vague, auxilios mendigando; y vea
Cómo a los suyos la fortuna humilla;
Ni el reino goce y calma que desea
Paz ajustando, a su valor mancilla.
¡Herido sin sazón de muerte sea.
¡Yazga insepulto en solitaria orilla!
Esto, ¡oh Númenes! pido; ved en ello:
Yo mi demanda con mi sangre sello.

CXXII.
»Vosotros, cual leales corazones,
Tirios, haced de vuestros odios prueba
Sobre esa raza en cien generaciones,
Y honra tan grande mi ceniza os deba.
Nunca amistad entre las dos naciónes;
No haya quien pactos de concordia mueva;
Mas nacerá sobre mi tumba, fio,
Quien aplaque la sed del furor mío.
CXXIII.
»Alzate, vengador amenazante,
Acelera los tiempos; y ahora, y luego,
Tu sombra por do vayan los espante;
Arróllalos feroz a sangre y fuego.
Y muro contra muro se levante;
Y un mar contra otro mar se ensañe ciego;
Y pueblo contra pueblo alce la frente;

Y guerra eterna mi rencor sustente!»

CXXIV.
Dice; y buscando al ánima salida,
A todas partes la atención convierte;
Y de Siqueo a la nutriz convida
Al misterio, que encubre, de su muerte:
(De Siqueo; la suya, reducida
Yace ha tiempo en la patria a polvo inerte).
«Barce, mi fiel nodriza, vuelal» exclama:
«Vé, y al sacro festín mi hermana llama,

CXXV.
»Con agua rociándose primero,
Que traiga, dí, las víctimas, y ofrenda
Cual pide la expiación: así la espero;
Y tú ciñe a la sien piadosa venda.
Ya celebrar la ceremonia quiero
Que a Plutón ofrecí: mi pena horrenda
Hoy debe de acabar; que de ese injusto
Hoy tiro al fuego el ominoso busto.»

CXXVI.
Dice; y mover esotra el paso intenta
Con senil priesa. Mas la audaz amante,
Terrible con la idea que apacienta,
Temblorosa la faz, la vista errante,
Torva en el ceño, en el mirar sangrienta,
Jaspeado de visos el semblante,
Pálida de la muerte ya cercana
Vuela al recinto funeral insana.

CXXVII.

La alta hoguera con fiero desenfado
Monta; la espada desnudó con ira
(Don no a tal ministerio destinado);
Mas cuando el lecho y los vestidos mira,
Memorias, ¡ay! de tiempo fortunado,
Repórtase y con lágrimas suspira;
Y arranca así, postrándose en el lecho,
Los últimos sollozos de su pecho:

CXXVIII.
«¡Oh dulces prendas con mejor fortuna!
¡Dulces por siempre cuando Dios queria!
Mi espíritu os entrego, y mi importuna
Memoria cese con la vida mía!
La senda anduve que emprendí en la cuna;
Viví las horas que vivir debía:
Hoy, fin logrando a, míseros afanes,
Van a otro mundo mis augustos manes.

CXXIX.
»Fundé yo una ciudad, ciudad preclara,
Murallas propias coronó mi mano;
Vengué la sombra del esposo cara;
Yo tomé enmienda del malvado hermano,
¡Feliz, harto feliz si no tocara
Mis costas, nada más, bajel troyano!»
Y aquí, a par que en el lecho el rostro imprime,
»¿Moriré inulta? ¡mas muramos!» gime.

CXXX.
«¡Así a la eternidad partir me agrada!
El Dárdanlo este fuego a ver acierte
Volviendo de la mar una mirada,
Y el triste agüero lleve de mi muerte!»

Dijo; y, herida en esto, derribada,
La mano en sangre tinta, el hierro fuerte
Manando sangre las doncellas notan,
Y el palacio a gemidos alborotan.

CXXXI.
Ya la Fama fatídicos rumores
Ya furiosa esparciendo en giro vago;
Todo es lamento y llantos y clamores;
Todo es alarma de espantoso estrago.
Parece cual si entrasen vencedores
La antigua Tiro o la imperial Cártago,
O que incendio voraz llamas crueles
Tendiese por los altos capiteles.

CXXXII.
Oye el caso la hermana, y rostro y pecho
Desesperada hiere en modo rudo
Al lúgubre lugar vuela derecho,
Y a Dido llama con lamento agudo:
«¡Y esto significaba el ara, el lecho!
¡Esto intentabas! ¡Y ofenderte pudo
Que te hiciese en la muerte compañía!
¡Tú me engañabas, ah! ¡yo te creía!
CXXXIII.
»¿Por que no me invitaste, a ley de hermanos?
¡Contigo a un tiempo con placer muriera!
No que hora abandonada... ¡Y por mis manos
Yo propia, ¡ay infeliz! alcé esta hoguera!
¡Yo invocaba a los Dioses soberanos
Porque, espirando tú, yo lejos fuera!
¡Te perdí; me perdí: Pueblo, Senado,
Patria, todo lo hundí! ¡Nada ha quedado!

CXXXIV.
»Agua traed y lavaré la herida;
Yo sus heridas lavaré... ¡Si errante
Vaga en su labio un hálito de vida,
Yo le recoja con mi labio amante!»
Ya en el estrado fúnebre subida
Tal dice; y a la hermana agonizante
Ella al seno fomenta entre gemidos,
Ella aplica a la sangre sus vestidos.

CXXXV.
Los mustios ojos con fatiga vana
Trata de alzar la moribunda Dido:
Fáltanle ya las fuerzas; sangre mana
Del pecho abierto con cruel sonido.
El codo apoya, y por alzar se afana
Tres veces, y tres veces sin sentido
Cae sobre el lecho. Con errante vista
Busca la luz, y al verla se contrista.

CXXXVI.
La excelsa Jurio de mirarse duele
El largo padecer, la ardua agonía,
Y porque a desatar vínculos vuele
Que aún detienen el alma, a Iris envía.
¡Ah! loco amor a perecer te impele,
No el hado; éste, infeliz, no era tu día!
Proserpina tu rubia cabellera
Aún no ha cortado, ni Plutón te espera.

CXXXVII.
Vuela Iris vaporosa, y en su vuelo
Brillan las plumas, con el sol enfrente;

Y posándose encima: «Manda el Cielo
Que esta ofrenda a Plutón quite a tu frente,
¡Alma, sal fuera!» dice; el rizo pelo
Corta aquí con la diestra, y juntamente
El calor cesa que en el seno mora
Y la vida en los aires se evapora.

LIBRO QUINTO.

I.
Ya salvo Enéas con sus naves hiende,
Merced del Aquilon, la mar oscura,
Y tornando a mirar, su vista ofende
La dejada ciudad, que arde y fulgura:
La causa no se ve; mas ¿quién no entiendo
Cuánto puede en mujer venganza dura
Y obstinada pasión? Y así el viajero
Terror concibe de funesto agüero.

II.
Después que ya se hubieron engolfado,
Y entre agua, al fin, y cielo no ven cosa
Sino el cielo y el agua, azul nublado
Sobre las naves sólido se posa
De lobreguez y tempestad cargado:
Con tristes amenazas espantosa
La ecuórea inmensidas se entenebrece;

Esfuérzanse huracanes, la onda crece.

III.
Y en alta popa el pálido piloto,
«Qué oscuridad,» exclama, «el polo llena!
¡Cuánto mal nos previene;s'no 1 remoto,
Oh gran padre Neptuno! » Y luego ordena
Los aparejos recoger; al Noto
Torcida vuelve la crujiente, antena,
Y haciendo al remador nuevo conjuro,
Prosigue así gimiendo, Palinuro:

IV.
«¡Oh magnánimo Enéas! ¡oh rey mío!
No, si me enviase celestial consuelo
El mismo Jove, saludar confío
A Italia nunca con aqueste cielo.
¿No ves cómo del véspero sombrío
Los vientos se alzan, y en contrario vuelo
Vienen furiosos a estrellarse, y cómo
Condensa el aire cerrazón de plomo?

V.
»No es dado resistir ni ir adelante:
Lidiemos no con fuerza, más con maña,
Cediendo a la Fortuna, que constante
Ruta nos marca a nuestro rumbo extraña,
Erice fraternal no está distante,
Si ya el catado cielo no me engaña;
Y así pronto, al torcer, será que veas
El sículo confin.» Respondió Enéas:

VI.

«Ya he visto al temporal que nos maltrata,
Eso pedir, y resistir tú en vano:
Rodeos tienta, a la Fortuna acata,
Y miremos al término sicano.
¿Y habría tierra para mí más grata
Que la en que reina Acéstes, nuestro hermano,
Y el caro genitor llorando yace?
Allá mi escuadra guarecer me place.»

VII.
Viró el piloto: céfiros que implora
Hinchen los lienzos, y la flota vuela
Ya rauda hendiendo por el mar la prora
Al puerto arriba por que el nauta anhela,
Y a abordar acertaron a la hora
En que amiga vio Acéstes ser la vela
Que desde alto peñón lejos divisa,
Y al puerto, alborozado, baja aprisa.

VIII.
A él, a quien Ninfa concibió troyana
Que el dios Crimiso requestó de amores,
Tornar a ver los huéspedes le ufana
Que ama fiel en amor de sus mayores.
Hórrido anda con piel de osa africana,
Pertrechado de dardos voladores;
Y en pompa agreste y rústico atavío
Hospedaje les brinda franco y pío.

IX.
Enéas, convocando el pueblo entero,
En un collado hablóles eminente
Del nuevo día al esplendor primero:
«¡Oh dardania nación! ¡oh diva gente!

Desde que al padre a quien deidad venero
Sepultamos aquí, y ara doliente
Pusimos en su honor, si no me engaño
Cabal su curso ha concluído un año.

X.
»Éste es el día, y éstos los lugares:
Triste, quísolo Dios, y sacro día
Que yo solemne, levantando altares,
Do quier me hallase, allí celebraría
Que o ya me viese en los argivos mares,
Ya en las gétulas sirtes, ya en la impía
Micenas, o cautivo o expulsado
Siempre honraría al genitor llorado.

XI.
»Hénos hoy las cenizas paternales
A honrar dispuestos en amigo suelo,
Traídos a rendir obsequios tales
No sin visible ordenación del Cielo.
Honradlas, pues; pedid vientos iguales,
Y que él, fundada la ciudad que anhelo,
En templo que en su honor alzado sea
Votos añales renovar nos vea.

XII.
»Acéstes, que de Teucro, se gloría,
Por cada nao dos bueyes os da ahora:
Vengan a este festín en compañía
Nuestros Penates don los que él adora;
Que después, si con rayos de alegría
Ciñere al orbe la novena aurora,
Por mí a vosotros cual primeras fiestas
Regatas en la mar serán propuestas.

XIII.
»El que en la lucha, en la veloz carrera
O al duro cesto a competir se atreve
El que con mano a disparar certera
El dardo agudo y la saeta leve,
Concurran a la lid que los espera,
Y quien ganare el premio, ése le lleve.
Orad en tanto, compañeros míos,
Y de hoja en derredor la sien cubríos.»
XIV.
Calla; el materno mirto orna su frente:
Lo imita Helimo, y en su edad florida
Ascanio, y en la suya decadente
Acéstes, y otros y otros enseguida.
Ya él al sepulcro entre infinita gente,
Y por sacra costumbre establecida,
Sanguínea libación en taza doble
Ofrece, y fresca leche, y néctar noble.

XV.
Y luego el ara de purpúreas rosas
Esparce en torno con su propia mano;
Y «¡Salve, oh padre!» clama, «y vos, preciosas
Cenizas a mi amor vueltas en vano!
¡Salve, oh ánima y sombra milagrosas!
¡No te dio, oh padre, el Cielo soberano
Llegar a Italia y cabe el Tibre amigo
La anunciada heredad gozar conmigo!»

XVI.
Tersa, en esta sazón salir se mira
Del fondo sepulcral sierpe que ondea

Y en siete roscas de alongada espira
Con manso halago el túmulo rodea:
Cerúleas manchas, al compás que gira,
Desvuelve, con que el lomo se hermosea,
Y semejan las puntas de la escama
Aureos destellos y matiz de llama.

XVII.
Tal, mirándola, el sol, fris destella
Y de luz entre nublos se matiza.
Visto el héroe la sierpe, el labio sella
Absorto; mas recelos tranquiliza,
Que inocente entre pulcras tazas ella,
Gustando los manjares, se desliza,
Y en doméstico giro placentero
Torna a ocultarse do salió primero.

XVIII.
O genio tutelar de Anquíses fuere
La sierpe, o númen que el lugar ampara,
Enéas fausto augurio de ello infiere
Y con nuevo fervor dones repara:
Dos ovejas, segun usanza, hiere,
Dos cerdos, dos novillos ante el ara,
Novillos de negral cerviz; al paso
Que néctar liba en espumante viaso.

XIX.
Con esto de las 1óbregas regiones
Salvos los manes de su padre evoca;
Y, todos imitando sus acciones,
Hace cada uno lo que hacer le toca:
Quién acude al altar con oblaciones,
O en orden a la lumbre ollas coloca;

Quién en la hierba víctimas destriza,
Quién tuesta entrañas o la llama atiza.

XX.
Ya los caballos de Faeton lozanos
Traen sereno el deseado día:
Con el nombre de Acéstes, montes, llanos
El anuncio feliz corrido había;
Y así acuden los pueblos comarcanos
En tropel rebosante de alegría,
Ya a verlos espectáculos propuestos,
Ya el prez también a disputar dispuestos.

XXI.
En medio el circo iluminó la aurora
Copia de premios a los ojos grata;
El verde ramo y palma triunfadora,
Preciado honor del que mejor combata:
Y armas, trípodes, vestes que decora
Purpúreo ardor, talentos de oro y plata
Y de alto sitio súbito la trompa
Manda sonando que la lid se rompa.

XXII.
Y a par la rompen con igual arreo
Cuatro naves selectas, en la armada:
Con remeros briosos, por Mnesteo
Va la rápida Priste gobernada
(Mnesteo, a quien después ítalo veo,
Del cual, ¡oh Memio! descender te agrada):
Guías toma a su cargo la Quimera,
Que ciudad, más que nave, se creyera:

XXIII.

En triple orden de remos a ésta mueve
Con gran vigor la juventud troyana:
Sargesto generoso (a quien le debe
La gente Sergia su renombre ufana)
El gran Centauro a dirigir se atreve:
Cloanto (a quien por tronco la romana
Familia de Cluento reconoce)
La Scila azul turquí monta veloce.
XXIV.
Hay distante en el mar un risco, enfrente
De las riberas que la espuma baña:
Cuando el Cielo se entolda, el mar furente
Concentra allí su bramadora sana:
Mas a erguirse el peñón torna imponente
Cuando duerme la líquida campaña,
Y da en flanco espacioso al ágil mergo
P ra enjugarse al sol plácido albergo.

XXV.
Allí una meta de frondosa encina
Enéas pone, a donde el nauta vaya
A doblar la carrera, y si lo atina,
En bajel vencedor torne a la playa.
La suerte a los caudillos determina
Puesto; cada uno en alta popa raya
Por la vestida púrpura y el oro,
Y a lo lejos esplende su tesoro.

XXVI.
Bañados con aceite reluciente
Las desnudas espaldas, y ceñidos
Con ramaje de álamo la frente,
Al banco acuden los demas, fornidos
Y, la mano en los remos impaciente,

Y atentos al anuncio los oídos,
Codicia de loor, sed de combate
Les hinche el corazón, que duda y late.

XXVII.
El clarín resonó; y en un momento
Todos del puesto arrancan a porfía:
Retiembla el mar, retumba el firmamento
Con el náutico estruendo y gritería:
Abren los brazos al batir violento
Surcos iguales y espumosa vía,
Y a un tiempo remos y tridentes proras
Las aguas por doquier rompen sonoras.

XXVIII.
No en el estadio así se precipita
Carro de dos corceles que se arroja
La palma a arrebatar, ni tal se agita
El conductor, que la tardanza enoja;
El cual el volador tiro concita
Sacudiendo sobre él la brida floja;
Blande el azote, y a blandirlo atento,
Parece, de encorvado, ir por el viento.

XXIX.
Clamores suenan por el bosque umbría
De grupos en el triunfo interesados;
Vuelve herida la playa el vocerío,
Y le vuelven en ecos los collados.
Entre gente y rumor Gias con brío
Hendió el primero los salobres vados;
Cloanto a par, mejor en remos, viene,
Bien que el peso la nave te detiene.

XXX.
Priste y Centauro en pos a una se lanzan,
Y cada cual adelantarse espera:
Alternativamente ora se alcanzan
Cuando alguna tomó la delantera;
Ora las proas ateniendo, avanzan
Con larga quilla en rápida carrera;
Ya al escollo llegando iban, en suma,
Resuelto el ponto en albicante espuma.

XXXI.
He aquí entre todos victorioso Gias
A su piloto reprendiendo, exclama:
«¿Por qué a derecha desviar porfías?
Toma, Menétes, do el honor nos llama:
Las otras por el mar rueden baldías;
Nuestra nave el peñón deja que lama!»
Tal dice; mas temiendo ímpio bajío
Tuerce hacia el mar Menétes el navío.

XXXII.
Y otra vez Gias con furor le intima:
«Torna, Menétes, a la izquierda!» En esto
Siente a Cloanto que le viene encima
Y a ganarle de mano acude presto:
Ya a las rocas sonantes se aproxima
Entre ellas y él lanzándose interpuesto,
Y a ambos atras dejándolos de pronto,
En bajel triunfador boga en el ponto.

XXXIII.
Al mancebo en la faz saltóle el lloro,
Y hasta los huesos le mordió la ira:
Ni oye la voz del personal decoro

Ni de los suyos la salud ya mira;
Mas de alta popa al piélago sonoro
Brusco a Menétes de cabeza tira;
Y activo en su lugar, exhorta, empeña,
Y, rigiendo el timón, va hacia la peña.

XXXIV.

Menétes, de los años abatido,
Salir apenas del abismo pudo;
Y sacudiendo el húmedo vestido
Trepa, a secarse en el peñón desnudo.
Rió la juventud cuando le vido
Hundirse de cabeza al golpe rudo;
Bregar luego, y después que brega y nada,
Revesar la onda que tragó salada.

XXXV.

Viendo a Gias, Mnesteo la esperanza
Cobra de rebasarle. Al par rebosa
Sergesto en ella, y, el primero, alanza
Su nave hacia el peñasco presurosa:
Esta, mitad a su rival se avanza,
Mitad, la Priste su costado acosa;
Y en fuerza del peligro y del deseo,
Recorriendo el bajel habló Mnesteo:

XXXVI.

«Soldados de Héctor, que la patria mía
Miró a mi lado en la final pelea!
Como en las sirtes gétulas fue un día,
En este lance vuestro aliento sea;
Cual ya en el jonio mar, vuestra osadía,
O en las rápidas ondas de Malea.
Ni aspiro a ser primero. ¡Oh, si pudiese...
No; a quien lo dío Neptuna, el triunfo es de ése!

XXXVII.
»Mas no el pudor postreros ir consiente;
Lo que honor manda, compañeros, pido.»
Calla; saca, a su voz, vigor su gente;
Cruje la popa al golpe repetido;
Huye la mar; anhélito frecuente
Brotan las secas fauces con sonido;
Los cuerpos dobla agitación extraña,
Y abundante sudor sus miembros baña.

XXXVIII.
He aquí vencer les dio súbito caso;
Y fue así que forzando espacio estrecho,
Metió Sergesto el imprudente vaso
Entre las peñas a encallar derecho:
La roca retembló con el fracaso;
Se oyó el remo crujir cuasi deshecho
En puntas de coral, do sin defensa
Entró la proa y se aferró suspensa.

XXXIX.
Los marinos con alto clamoreo
Hacen, si al pronto yertos, de ferrados
Chuzos y picas oportuno empleo
Por desclavar los remos quebrantados.
Gozoso en tanto, a buen remar, Mnesteo,
Propicios ya los vientos y los hados,
Tiende el rumbo a do el piélago declina,
Y raudo y libre por el mar camina.

LX.
Cual vuela por el campo, alborotada
Con el pavor de súbito estallido,

La paloma que tiene en la albarrada
Su dulce imperio y su amoroso nido;
Bate sobre su rústica morada
Las plumas, al salir, con recio ruido,
Y después remontándose en el cielo
Las alas tiende en silencioso vuelo:

XLI.
Así la Pristé, que fatiga tanta
Tomaba forcejando la postrera,
Con ímpetu espontáneo se levanta
Y huyendo por las ondas va ligera.
Lo primero, a Sergesto se adelanta
Con su nave entre escollos prisionera.
Y allí haciendo le deja vanos votos
E ideando volar con remos rotos.

XLII.
Tras Gias sigue, y a su nao pujante,
Falta ya de piloto, desafía:
Vence; sólo Cloanto va delante;
Y vuela en pos, creciendo su osadía:
Redóblasela grita estimulante
De los espectadores, que a porfía
Roncos aplauden su feliz carrera,
Y los ecos en torno hinchen la esfera.

XLIII.
Los unos, que triunfantes se creyeran,
Ya en riesgo el triunfo, coronarlo ansían:
Incompleto, la palma no quisieran;
Completo, por la palma morirían:
Los otros eso mismo osan y esperan;
Porque triunfando van, triunfar confían,

Y pudieran juntándose ambas proras
Partir el premio a un tiempo vencedoras.
XLIV.
Mas a orar atinó de esta manera
Cloanto, ambas las manos extendiendo:
»¡Oh Númenes que el piélago venera,
Cuyos dominios con mi nave hiendo!
Si el triunfo me cumplís, en la ribera
Un blanco toro en vuestro honor ofrendo;
Tiraré sus entrañas a estos mares,
Y néctar bañará vuestros altares.»

XLV.
Dijo; y a par oyó de Forco anciano
La virgen Panopea sus acentos;
Y el coro de Nercidas soberano
Condolióse en sus huecos aposentos:
Movió la nao Portumno con su mano,
Y fugaz como soplo de los vientos,
Y no menos veloz que alada flecha,
El hondo puerto penetró derecha.

XLVI.
Los combatientes por sus nombres llama
Enéas, y sus triunfos galardona;
A voz de heraldo resonante aclama
Vencedor a Cloanto, y le corona:
Ciñe, en suma, a su sien la verde rama;
Y a cada nave tres becerros dona,
Y que lleven les da vino abundante,
O una pieza de plata a su talante.

XLVII.
Y a cada jefe añade su presea:

Clámide áurea al principal ofrece,
De púrpura ceñida melibea
Que en doble orla gira y la guarnece,
Retejido en el fondo la hermosea
De Ida el regio garzón, que allí aparece
La espesura cruzando nemorosa,
Y leves ciervos con el dardo acosa.

XLVIII.
Figúrase allí mismo en el momento
En que robado, al parecer anhela:
La armígera de Jove al firmamento
Le arrebata feroz, y encima vuela:
Muestra uñas corvas la ave por el viento;
Viejos que hacen al niño centinela,
Tienden palmas al aire; el aire mudo
Hieren los canes con furor agudo.

XLIX.
Loriga de oro y triple y fina malla
Relucía en los dones del trofeo:
Usóla ya en los campos de batalla,
Campos que riega el Símois, Demoleo:
Mal consiguen en hombros sustentalla
Dos esclavos, Sagáris y Fegeo;
Y así y todo, el jayan con ella un día
Fugitivos Troyanos perseguía.

L.
Y en campos la ganó que el Símois riega
Enéas ya, cabe Ilion divino;
Y ahora la otorga al que segundo llega,
Arma al par y ornamento peregrino.
Dos calderas, después, de bronce entrega,

Tercer presente a quien tercero vino;
Y dos vasos de argento, muestra rara,
Que el cincel de figuras abultara.

LI.
Ya iban todos premiados, con diadema
De púrpura ceñidos, placenteros;
Cuando Sergesto, que su industria extrema,
Salir logró de los escollos fieros:
Con una banda escueta afana y rema,
Quebrantados costado y marineros;
Y en medio de la befa que le humilla,
Pide el tardo bajel la ingrata orilla.

LII.
Tal sesga sierpe, en el camino hollada
De veloz rueda, o por viador, que herida
La deja, y medio muerta, de pedrada,
El cuerpo tuerce por lograr salida;
Con lengua ardiente, con feroz mirada
Yérguese, en parte, rebosando vida,
Y, en parte, de dolor se arrastra llena,
Y en sus propios anillos se encadena.

LIII.
Mas la nave que en remos flaqueaba,
Las velas descogiendo a puerto viene.
Enéas de Sergesto el arte alaba
Conque gente y bajel salvar obtiene,
Y le da el galardón: era una esclava
De Creta oriunda, que por nombre tiene
Foloe; en artes de Minerva, diestra;
Al seno puestos dos infantes muestra
LIV.

Así acabada la naval porfia,
A un sitio ameno de hierbosos prados
Enéas se adelanta: en torno había
Corvas selvas, umbríferos collados:
Del valle el fondo en círculo se amplía;
Teatro natural forman sus lados;
Y allá la multitud vuela contenta,
Y en medio el Rey con majestad se asienta

LV.
Y con premios invita lisonjeros
A competir en rápida corrida:
Teucros, Sicanos, a su voz ligeros
Saltan a par a do el honor convida.
Van Euriálo y Niso los primeros:
Radíante el uno en juventud, florida,
Insigne el otro por su casta llama;
Bello Euríalo es; Niso le ama.

LVI.
Vino, sangre de Príamo, Diores;
Y Patron luego y Salio juntamente
Aquéste de tegeos genitores,
Esotro de Acarnania procedente.
Compañeros de Acéstes, cazadores,
Mancebos de gallardo continente,
Van Helimo y Panópes enseguida;
Y otros de nombre que la fama olvida.

LVII.
«Al campo, adolescentes, os convido,
El Rey dijo a la gente congregada
«Y a promesa gustosa dad oído:
Nadie sin don saldrá de la estacada.

He aquí dos dardos de metal buído,
Cretenses, y de argento nielada
Una hacha de dos filos: ved en esto
El común premio a cada cual propuesto.

LVIII.
»Al más aventajado combatiente
Daráse encima, amén de la corona,
Un noble potro con jaez luciente:
Al segundo, una aljaba de amazona,
Provista, y, de áureo tahalí pendiente
Que gruesa perla cual botón tachona:
Al tercero, este hermoso yelmo argivo;
Y los tres ceñirán ramas de olivo.»

LIX.
Dijo, y puestos eligen; y al instante
Que señal de partir dio la trompeta,
Cual ráfagas de viento resonante
De la raya mirando huyen la meta.
Niso, fuerte y veloz, sale adelante
Como alado relámpago o saeta;
Corre Salio después, distante empero;
Eurídalo, lo mismo, va tercero.

LIX.
Sigue a Eurídalo Helimo en su carrera;
Helimo pie con pie sigue Diores;
Ya, ya al hombro le hostiga, y si se abriera
Más campo a sus intrépidos furores,
Del que último volaba el lauro fuera
O en balanza quedaran los honores.
Ya el término llegando iban en suma,
Y el esfuerzo los músculos abruma.

LXI.
He aquí casi triunfante (¡infausto caso!)
En verde grama que la suerte quiso
Hubiese matizado humor escaso
De inmolados becerros, pisó Niso:
Tratara en vano de afianzar el paso
Titubeante en suelo húmedo y liso;
Llega veloz, veloz resbala, y todo
Tinto en sangre quedó, y envuelto en lodo,

LXII.
No allí Niso olvidó su amistad bella;
Mas álzase en el pérfido terreno;
Salio síguele incauto, se atropella,
Y yéndose de pies rueda en el cieno.
Eurialo veloz como centella
Adelante de todos, de ardor lleno,
Entre aplausos sin número se lanza,
Y, merced de amistad, el lauro alcanza,

LXIII.
Llega Helimo después, y en fin Diores.
Salio a engaño se llama, visto aquello;
Pide el prez, y a la flor de espectadores
Con su aplauso da en cara a voz en cuello.
A Eurílalo protegen, sin clamores,
Virtud llena de gracia en rostro bello,
Virtud que encanta y pundonor que llora,
Y el sufragio de un pueblo que le adora.
LXIV.
Favorécenle a par altas razones
Que hace Diores, que su palma espera:
Palma, si Salio de los grandes dones

Ninguno ha de llevar, suya y postrera.
Y dijo Enéas: «No temáis, garzones:
El orden de los premios nadie altera;
Ni vuestros fueros mi amistad lesiona
Si al valor desgraciado galardona.»

LXV.
Y una piel de león da a Salio, armada
Con áureas garras y hórridas guedejas.
Niso entonces habló con voz turbada:
«Si ese honor a vencidos aparejas
Y tanto un contratiempo te apiada,
Para Niso, señor, ¿qué premio dejas?
Mio es el triunfo, si la suerte esquiva
Que a Salio hirió después, no me derriba. »

LXVI.
Habla, y del golpe el afeante signo
Muestra, hablando, en el cuerpo y triste cara.
Oyóle el Rey y sonrió benigno,
Y un rico escudo le ordenó llevara:
Fue éste del mozo egregio premio digno:
Lo hizo Didameon con arte rara,
Y al templo de Neptuno do pendía,
Argivo brazo lo arrancara un día.

LXVII.
Cesó la competencia de esta suerte;
Y Enéas señalando férreo guante:
«Ahora», dijo, «el que se sienta, fuerte,
Ceñido el puño indómito levante.
Lucio novillo al que a vencer acierte,
Con cintas y oro el asta rutilante,
Daré por galardón: gentil celada,

Por consuelo, al vencido, y una espada.»

LXVIII.
Con murmullo del vulgo circunstante,
Lleno Dáres alzóse de ufanía:
Él solo, en Troya, a Paris arrogante
A contrastar lidiando se atrevía;
Y él solo a Bútes, triunfador gigante,
Que, de origen bebricio, pretendía
Llevar sangre de Amico, invicto en guerra,
Cabe el túmulo de Héctor echó a tierra.

LXIX.
Tanto como en la fúnebre palestra
Soberbio entonces levantarse pudo
Cuando dejó al jayan sola su diestra
Tendido en la sangrienta arena y mudo,
Soberbio ahora se levanta, y muestra
Los hombros fornidísimos desnudo;
Y un brazo y otro vigoroso extiende,
Y los aires azota por do hiende.

LXX.
En medio del innumero gentío
Otro igual campeón se busca en vano:
Nadie a aceptar se atreve el desafío,
Nadie del cesto a rodear la mano.
El, sin par, a su juicio, en poderío,
Saluda a Enéas y prosigue ufano
Sin que en mudo homenaje instantes pierda,
De una asta asiendo al toro con la izquierda:

LXXI.
«¿Qué más quieres que aguarde, hijo de Diosa?

El don se me adjudique, pues ninguno
Su fuerza con mis fuerzas medir osa.«
Los Teucros barbotaban de consuno
Apoyando la súplica orgullosa.
Con ruego en tanto Acéstes importuno
Reprende, incita a Entelo, que a su lado
Yace en el verde césped reclinado:

LXXII.
«Tu nombre de valiente entre valientes
¿Qué sirve, Entelo, sin tan buenos dones
Con tanta calma en paz llevar consientes?
Hoy de Erice divino y sus lecciones
¿No es deber patrio que el honor sustentes?
La fama que asombraba estas regiones
¿A dónde se oscurece? ¿Qué se han hecho
Los despojos pendientes de tu techo?»

LXXIII.
Entelo respondió: «No son extraños
Valor y amor de gloria al pecho mío;
Mas siento ya de la vejez los daños,
Mis miembros ciñe ya rígido frío.
Yo si hoy tuviese el que en mis verdes años,
Cual le goza ese audaz, ardiente brío,
No el premio disputara, si la palma;
Que ocupe el premio vi, lo llevo en calma.«
LXXIV.
Habló Entelo; y volviendo por sus fueros,
Se alza, y dos cestos en el campo lanza
Conque Érice ostentara en golpes fieros
Con los ligados brazos su pujanza.
Ven los siete boyunos recios cueros
Graves de plomo y hierro a hercúlea usanza,

Y todos se imaginan con asombro
Del buey la talla, y del atleta el hombro.

LXXV
Más que de paso el mismo Dáres cía,
Y mudo con la mano el grande Enéas
El enorme volúmen revolvía
De los gruesos anillos y correas,
Y díjole el anciano: «¿Qué sería
Si de Hércules las armas giganteas
Hubieses visto, y la espantosa hazaña
Que hizo estas playas funeral campaña?

LXXVI.
»Fue hijo Érice, cual tú, de Venus, y esos
Los correones son que usaba en lides:
¿Esparcidos los ves de sangre y sesos?
Los mismos son con que paró ante Alcídes;
Y yo también con vigorosos huesos
Los blandí contra fuertes adalides
Cuando aún lejos la edad miraba ingrata
Que ambas mis sienes esmaltó de plata.»

LXXVII.
Y a Dáres retorciendo la mirada:
«Mas si rehuyes, campeón troyano,»
Prosigue; «si a tu Rey piadoso agrada,
Y al mío, que combate por mi mano,
Fuerzas equiparar en la estacada,
Gustoso a justos términos me allano:
¡Ea! las armas de Érice te cedo;
Las troyanas depon, y pon el miedo.»

LXXVIII.

Aún bien no lo hubo dicho, se adelanta,
Y del doble ropaje se desnuda,
Y en pecho, brazos, músculos, espanta
Ver su nerviosa robustez membruda:
Ya, en medio el campo, colosal se planta;
Y dando Enéas término a la duda,
Trae de iguales cestos sendos pares,
Y a Entelo de ellos arma y arma a Dáres.

LXXIX.
Y en simultáneo arranque de osadía
Ya éste en puntas de pies y aquel se adreza;
Los brazos uno y otro el aire envía,
Cautelosa hacia atras la alta cabeza.
Trábanse por las manos; a porfía
Crecen amagos, y la lucha empieza
Entre el púgil que mueve ágil la planta
Y el jayan que disforme se levanta,

LXXX.
Va el jóven en su edad esperanzado;
Fia el viejo en su mole, aunque flaquean
Las rodillas y el cuerpo treme helado;
Y ambos con vano afán tiran, golpean:
Hiérense aprisa al cóncavo costado:
Ronco el pecho resuella: menudean
Por orejas y sienes las puñadas:
Las mandíbulas crujen martilladas.

LXXXI.
Firme está Entelo; mas con pronta vista
Ve por do heridas, ladeando, ahorre;
El otro el campo mide, y por do embista
Entradas busca, a embestir acorre:

Tal tropa audaz, de máquinas provista,
Soberbio muro o enriscada torre
Que medite arruinar, asalta, embiste;
Torna a atacar, y el torreón resiste.

LXXXII.
El brazo Entelo, amenazando estrago,
Alza descomunal; mas ve de arriba
Venir, Dáres, con tiempo, el fiero amago,
Y hurta el cuerpo veloz y el golpe esquiva:
Hirió el furioso combatiente en vago,
Y enorme por su peso se derriba,
Cual rueda hueco pino, dando espanto,
En bosques de Ida o cumbres de Erimanio.

LXXXIII.
Levántanse ambos campos con ruido,
Y un grito al cielo lanzan simultáneo:
Acude Acéstes, viéndole caído,
A ayudar al amigo y coetáneo:
Surge él sin quiebra de ánimo o sentido;
Antes fuego de cólera espontáneo
Arde en su pecho, el pundonor le pica,
Y el probado valor fuerzas duplica.
LXXXIV.
Y ya en rápida fuga, impetuoso,
Tirando golpes de una y otra mano,
Sin parada, sin vado, sin reposo
Persigue a Dáres por el ancho llano;
Cual turbión que los techos fragoroso
Azota con granizo, el héroe insano
Hiere a ciegas con furia borrascosa,
Y a Dáres acomete, envuelve, acosa.

LXXXV.
No sufre Enéas que adelante siga
La encarnizada obstinación de Entelo,
Y del campo, ya muerto de fatiga
Saca a Dáres con voces de consuelo:
«¿Demente estabas? ¡Ah, infeliz! te hostiga
No humana fuerza, pero el mismo Cielo;
Cedes a un Dios; rendirte no te pese.»
Dijo; y manda su voz que la lid cese.

LXXXVI.
En torno del vencido en ese instante
Llega fiel uno y otro camarada,
Y, flacas sus rodillas, vacilante
La cabeza, la boca ensangrentada
Y el ornato dental roto y nadante,
Llévanle al puerto. Morrión y espada
Reciben advertidos, y se alejan,
Y el toro al vencedor y el lauro dejan.

LXXXVII.
El cual del lauro y con su toro ufano,
«Ved, pues, ahora, y ponderad,» decía,
«¡Oh hijo de Diosa! ¡oh ejército troyano!
Cuál en mi juventud la fuerza mía
Hubo de ser, y Dáres de mi mano
Cuál muerte, a no salvarlo, probaría.»
Dijo, y plantóse del novillo enfrente,
En alto puesto el brazo prepotente;

LXXXVIII.
Y a plomo entre ambos cuernos, guarnecida
La mano descargó cual duro hierro:
Húndese el cráneo, y trémulo, sin vida,

En tierra con su mole da el becerro.
«¡Salve, Erice inmortal!» clamó enseguida:
«Puestas las armas, conque triunfos cierro,
Más bien que la de Dáres, en memoria,
Yo do y consagro esta ánima a tu gloria.»

LXXXIX.
Luego al juego del arco el Rey troyano
Invita, y premios pone. De la nave
Que Seresto gobierna, con su mano
Va él mismo y fuerte arbola el mástil grave;
Y aligera paloma al aire vano
En el tope suspende (atada el ave
A una cuerda, la cuerda al mástil fija)
A donde el tiro el flechador dirija.

XC.
Llegan de ellos; y un casco que reciba
Las suertes, traen en medio. La primera,
La de Hipocon, el de Hírtaco, con viva
Aclamación del vulgo, saltó fuera.
Coronado la sien de verde oliva,
Reciente prez de la naval carrera,
Oyó, en segundo término, Mnesteo
Grato sonar su nombre a su deseo.

XCI.
Tocóle a Euritión salir tercero:
Hermano tuyo, oli Pándaro divino,
(¡Tú que al campo de Aquivos, el primero,
Lanzaste, compelido del destino,
El dardo de discordia mensajero!)
Del fondo del almete al aire vino,
Postrer nombre, el de Acéstes, que ahora ufano

En lid de mozos a terciar va anciano.

XCII.
Todos con brazo en arco arman pujante,
Y sacan primas flechas del aliaba:
Ante todas, del nervio rechinante
Arrancó la que el de Hírtaco ajustaba:
Hiere el viento, y al mástil que delante
Mira, parte veloz, y en el se clava:
Al golpe tembló el palo; alas agita
Medrosa el ave, y el concurso grita.

XCIII.
Tendió el arco avanzándose forzudo
Mnesteo, vuelto a lo alto ojos y flecha;
Mas no tanto que al ave hiriese, pudo
La férrea punta encaminar derecha:
Rompió empero la cuerda y líneo nudo;
Y libre el pie de la atadura estrecha,
La paloma veloz sacude el vuelo
Entre nubes plomizas por el Cielo.
XCIV.
Euritión, ya el arco apercibido,
Tiró, invocando a Pándaro en su ayuda,
Al ave que de nublo opaco vido
Salir aleteando, flecha aguda:
Alcanzóla en su vuelo envanecido;
Ella el hincado astil trayendo muda,
Dejando por allá la dulce vida,
Al suelo vino en mísera caída.

XCV.
Solo Acéstes quedaba, ya baldío,
Y la palma perdida y la esperanza;

Mas del brazo ostentando el arte y brío
Y del arco sonante la pujanza,
Vuelta la faz al ámbito vacío,
Aunta en vago, la saeta lanza,
Y ocasiona, no entonces entendido,
Milagro aéreo de infeliz sentido.

XCVI.
Confirmaron después con voz tardía
Adustos vates el infausto agüero:
Y fue así que inflamado discurría
Entre celajes el volante acero;
Con fuego señaló su etérea vía
Y apagóse en los aires; cual lucero
Que vaga desquiciado por la esfera
Arrastrando su ardiente cabellera.

XCVII.
Al Cielo los medrosos corazones
Ambos pueblos levantan juntamente;
Mas no igualó con fúnebres visiones
El gran Enéas la visión presente;
Antes sonríe cumulando dones,
Y a Acéstes abrazando, al par riente,
Aunque grave el semblante, de alegría,
«Lleva, ilustre monarca,» le decía:

XCVIII.
«Lleva esta copa, de labores rica
(Que del Olimpo el reinador, no en vano
Con esa aparición me significa
El honor que te debo soberano):
Mi anciano genitor te la dedica;
Recíbela, don suyo, de mi mano:

A él el tracio Ciseo antes la diera
Insigne prenda de amistad sincera.«

XCIX.
Dice; y ciñe a su sien envejecida
Verde rama, y triunfante le pregona.
A Eurition, que disputar no cuida,
Cual pudo, muerta el ave, la corona,
Premió inferior a Acéstes. Enseguida
Al que nudos deshizo galardona;
Y a aquel con recompensa honra postrera
Que la flecha en el palo hincó primera.

C.
Enéas, no el cértamen concluído,
Llamado había al de Epito a su lado,
Tutor del tierno Yulo, y a su oído,
Fiel a secretos, confió un recado:
«Vé, corre; a Ascanio dí que si instruido
Tiene y a la carrera adeliñado
Su escuadrón de muchachos, más no tarde,
Y honre al abuelo con vistoso alarde.»

CI.
Él mismo a la esparcida concurrencia
Manda dejar los campos escombrados:
Llegan ya, y con gallarda continencia,
En caballos del freno bien guíados,
Avanzan de sus padres en presencia
Niños de hoja menuda coronados;
Y al verlos desfilar, rumor que halaga
A un tiempo en ambos pueblos sordo vaga.

CII.

Dos de agreste cerezo jabalinas
Con punta herrada llevan todos ellos:
Aljaba al hombro, algunos: de oro finas
Cadenas caen de los ceñidos cuellos.
Despártense en tres bandas peregrinas,
Doce en cada una, los garzones bellos;
Y, en competencia igual de su edad tierna,
Ágil cada una un capitán gobierna.

CIII.
¿Veislo? mandando va su compañía,
Hijo, Polítes, tuyo, el pequeñuelo
Príamo, que del nombre se gloría
(Cual de él ítalos nietos) de su abuelo:
Monta un corcel de los que Tracia cría,
Gallardo, bicolor, que el duro suelo
Con alba mano denodado huella,
Y lleva en la alta frente alba una estrella.
CIV.
Por segundo caudillo Átis figura,
Claro abolengo vuestro, Acios romanos:
Iguales en la edad y la ternura
Andan Atis y Ascanio cual hermanos.
Llega éste al fin, primero en la hermosura,
En un potro de climas africanos:
A él la cándida Dido antes lo diera
Insigne prenda de afición sincera.

CV.
Los demás en sicanos pisadores
Vienen, del viejo Acéstes, cabalgantes.
Agólpanse en tropel espectadores
Troyanos, desfilando los infantes;
Y al ver a éstos de antiguos genitores

Los semblantes copiando en sus semblantes
Que la esperanza y el temor demudan,
Con estruendo de aplausos los saludan.

CVI.
Luego que el circo hubieron recorrido
Tal que viese cada uno al que aguardara,
El de Epito de lejos un silbido
Dio de repente, y sacudió su vara:
A galope lanzándose, al chasquido,
Cada banda, del centro se separa;
Mas, no bien la segunda seña oída,
Vuelven, blandiendo el dardo, fácil brida.

CVII.
Y a hacer tornando lo que hicieron antes
Las cuadrillas se apartan, se avecinan;
Vueltas dan y revueltas elegantes;
Giros, tornos, enredan y combinan:
Y en juegos a combates semejantes,
Ya dan la espalda; ya a volver atinan,
Y amagando, venablos abalanzan;
Ya, hechas las paces, de concierto avanzan,

CVIII.
Como hienden delfines la onda fría;
Nadando, al mar Carpacio, en varios modos,
Cual marañada, inextricable vía
En la alta Creta con sus mil recodos
El laberinto pérfido tejía
Porque, en calando, se perdiesen todos;
Así los pequeñuelos se cruzaban
Y tal madeja, entrando, huyendo, traban.

CIX.
Estas fiestas a imágen de batallas
Fue Ascanio el que en los campos italianos
Primero instituyó, cuando en murallas
Ciñó a Alba Lenga y protegió sus llanos.
Enseñados pudieron practicallas
Los Latinos, y luego los Albanos:
Hoy de Troya apellido el juego toma
Y el escuadrón que lo, ejercita en Roma.

CX.
Niño entonces Ascanio todavía,
Con esotros mozuelos sus iguales
Al glorioso abuelo estos hacía
Honores, si festivos, funerales:
Celebraba la alegre compañía
En los sículos campos juegos tales;
Mas trocó la Fortuna en un instante
Con torvo ceño el plácido semblante.

CXI.
Fue así que en ese medio, rencorosa,
Mal sanada la llaga que encubría,
Juno del Cielo a fris vaporosa
A las naves ilíacas envía:
A la húmida ninfa la gran Diosa
Impetu añade en la región vacía
Y del arco la adorna de colores,
Mientras vuelve en secreto sus dolores.

CXII.
Ella parte invisible, vuela aprisa,
Ve el inmenso concurso, tuerce al puerto;
Las anchas playas vacilante pisa

Y todo siente estar mudo y desierto:
Al fin las damas de Ilion divisa
Que en cóncavo remoto, al mar abierto,
Honrando a Anquíses lágrimas le daban,
Y en el lóbrego mar la vista clavan.

CXIII.
Y así, con mustia faz y ojos inmotos,
Con una voz, la que el dolor les presta,
«Mares cruzamos ya,» dicen, «ignotos;
¡Oh, y cuánto de agua por salvar nos resta!»
Por lograr firme asiento elevan votos;
Hablar de un más allá, pesar les cuesta;
Y he aquí, mientras derraman sus querellas,
Iris astuta se desliza entre ellas.
CXIV.
Veste aérea y gentil fisonomía
Poniendo la Deidad, la frente anciana
De Beroe usurpó, que, esposa un día
Del ismario Doriclo, andaba ufana
Con su nombre, su prole y su hidalguía;
Y, entre ancianas ilustres falsa anciana,
«¿Qué aguardamos, ah míseras! » les dien:
«¡Pobre generación! ¡suerte infelice!

CXV.
»Fortuna impía del acero griego
Nos reservó para mayores males:
Cumplidos van, desde que a Troya el fuego
Devoró, siete Círculos añales:
La tierra hemos corrido, el ponto ciego,
Y medido los cercos siderales
Y aún vamos por el mar, nao combatida,
A Italia que burlando nos convida.

CXVI.
»Érice fraternal está presente;
Aquí Acéstes bondoso nos ampara;
Y podemos en base permanente
La Patria restaurar. ¡Oh Patria cara!
¡Oh Dioses rescatados vanamente!
¡Qué! ¿y nunca el patrio muro, nunca un ara
Troyana hemos de ver, ni un Janto amigo?
¡Venid! ¡Las naves incendiad conmigo!

CXVII.
»Yo en sueños ví que antorchas esgrimia
La sombra ilustre de Casandra fiera,
Y, «A Troya aquí reedificad!» decía:
«Ésta, ésta es nuestra patria verdadera.»
No consiente demoras, a fe mía,
Tan gran visión, ni la ocasión da espera.
He aquí ofrezco a Neptuno cuatro altares:
¡Hachas dános y ardor, Dios de los mares!»

CXVIII.
Dice, y de fuego resplandece armada;
Alza la mano, y de piedad desnudo
Flamígero tizón lanza a la armada;
Pásmanse todas con asombro mudo.
Pirgo, entre ellas en años avanzada,
Que a la prole de Príamo fue escudo,
Nodriza a tantos hijos oficiosa,
«No es de Doriclo,» dice, «no, la esposa;

CXIX.
»Ni es ser mortal, matronas, lo que veo:
Notad de insigne majestad señales,

El porte, de la vista el centelleo,
Voz divina y fragancias celestiales.
La retea Beroe su deseo
De hacer a Anquíses honras funerales
Con nosotras aquí, distante ahora
(Yo enferma la dejé) frustrado llora.»

CXX.
Ellas perplejas a la flota en tanto
Revuelven maliciosas las miradas:
El interpuesto mar les causa espanto,
Mas las llaman regiones anunciadas.
Oscilan entre amor y deber santo,
Cuando fris de repente a sus miradas
Toma vuelo, y una ala y otra ala,
Trazando un arco inmenso, abre e iguala.

CXXI.
En frenesí convierten sus arrojos
Con la visión espléndida las damas:
Teas clamando lanzan, y, despojos
Del consagrado altar, hojas y ramas:
Van ministros de estrago los manojos;
Y dando rienda a las voraces llamas
Remos trepa y escálamos Vulcano,
Cruje y las gayas popas lame ufano.

CXXII.
Llevó al anfiteatro y sepultura
Santa de Anquíses, la noticia Eumelo;
Vuelven luego a mirar, y en nube oscura
Ven trémulas pavesas ir al Cielo.
Tuerce al campo de horror y desventura
De su alegre carrera Ascanio el vuelo;

Con vano afán por detenerle, al paso
Salen sus ayos con aliento escaso.

CXXII.
Y él, «¡Desgraciadas! ¿qué furor extraño,
Qué error,» les dice, «os precipita ciego?
¿Pensáis que a argivos campos haceis daño?
¡Oh, a vuestras esperanzas pegáis fuego!
Yo vuestro Ascanio soy: ved si os engaño.»
Dice, y el morrión, disfraz del juego,
Deposita a sus plantas, y les muestra
La faz amiga y la inocente diestra.

CXXIV.
En pos de Ascanio presurosos tiran
Su padre mismo y los demas Troyanos.
Mas ya las tristes en lo que hacen miran,
Y a ocultar su vergüenza, por los llanos
Que extiende la ribera, mustias giran
Huecas peñas buscando: a sus hermanos,
Vueltas en sí conocen, y les pesa,
Libres de Juno, de la aleve empresa.

CXXV.
Pero el voraz incendía, aún no contento,
Sus indómitos ímpetus no afloja:
De las húmedas tablas el asiento
Arde estoposo, y grueso humo arroja;
Consume las carenas fuego lento:
Vana es la onda esparcida que las moja,
Ni hay ya luchar con la arraigada llama,
Cuando he aquí suplicante el Rey exclama:

CXXVI.

«¡Oh Júpiter supremo! Si de humanos
Males, cual usas, aún piedad hoy tienes;
Si no en uno maldices los Troyanos,
Esta última porción de nuestros bienes
Salva de azar cruel, fuegos insanos:
Mas si a muerte merezco me condenes,
Destruye de una vez nuestra esperanza,
Y húndame el rayo aquí de tu venganza!»

CXXVII.
Rasgado de sus hombros el vestido
Y ambas las manos extendiendo al Cielo,
Así Enéas con férvido alarido,
O muerte o salvación pide en su duelo;
Y aún bien no hablara, cuando nublos vido
Conque el aire oprimir amaga al suelo;
La esfera en un momento se ennegrece,
Ronco trueno las cumbres estremece.

CXXVIII.
Y ya sin más tardar, de los collados,
Acompañados del fragor del viento
Rios descienden a inundar los prados
Furiosos con hinchado movimiento:
Ciego a los buques va medio abrasadas,
Las popas cubre el rápido elemento,
Y oprimiendo el vapor, que al fin apaga,
Libra las naves de la peste aciaga.

CXXIX.
Cuatro había el incendio devorado:
Con cuyo acerbo caso que intimida,
Enéas vacilante, acobardado,
No sabe por cuál rumbo se decida:

Si en Sicilia su nido asiente, al hado
Mal sumiso, que lejos le convida,
O si a Italia persiga, al hado atento;
Y la duda tenaz le da tormento.

CXXX.
Náutes entonces, venerable anciano
Por la tritonia Pálas adivino,
A quien ella dotó con larga mano
De ingenio insigne y de infalible tino,
Interrogado respondió, no en vano,
Ya sobre muestras del furor divino,
Ya lo que el hado inevitable ordena,
Y al héroe hablando, su inquietud serena:

CXXXI.
«¡Hijo de Diosa! al fin llegar porfía
Que una vez y otra vez marcó tu sino.
Tenaz luchando un día y otro día,
Vencerás los rigores del destino.
Ahí Acéstes está que se gloría
De su origen superno: en tu camino
Te de su luz, y a su favor sincero
Los restos fia del estrago fiero.

CXXXII.
»Quienquier de tu alta empresa lleve enfado,
Las matronas, cansadas de los mares,
Los ancianos; en fin, cuanto a tu lado
Mezquino, flojo, inválido notares,
Quede todo de Acéstes al cuidado:
Funden ellos aquí muros y altares,
Y de Acéstes merced, de Aceita el nombre
Al nido que afiancen, grato asombre.»

CXXXIII.
Alentó el sabio al Rey; mas le destroza
Con nuevas dudas que a su mente inspira.
Y ya la húmida Noche en su carroza
Que negra copia de caballos tira,
Ocupa el firmamento. En esto goza
Ensueño seductor el héroe, y mira
La apariencia bajar del padre amado
Que a hablarle empieza con benigno agrada:
CXXXIV.
«Hijo, más caro que mi propia vida
Mientras las auras respiré vitales;
Tú, a quien prueba Fortuna encrudecida,
A partir de Ilion, con tantos males!
Jove en tu auxilio de enviarme cuida;
Jove, que de las sedes celestiales
Del afán se conduele que te aqueja,
Y el voraz fuego de la flota aleja.

CXXXV.
»Vé, y cumple sin temblar las prevenciones
Que anciano consultor te hace sinceras:
Flor de mancebos, recios corazones
Llevar debes de Italia a las riberas:
Allí con tus valientes campeones
Gentes has de postrar duras, guerreras:
Mas antes avendrá que te regales,
Bajando a las moradas infernales.

CXXXVI.
»Harás, en pos de mí yendo, hijo mío,
Cruzando el hondo Averno, oficio grato

Que yo no habito el Tártaro sombrío,
Mas los campos Elíseos rnoro y trato,
Deliciosa comarca, gremio pio:
Una maga de púdico recato,
Si hartas víctimas negras inmolares,
Te llevará a los místicos lugares.

CXXXVII.
»Y la prole y ciudad que te destina
Fortuna, entonces mirarás presente.
Mas ahora, adios: la Noche ya declina.
Y con soplos me acosa el Oriente
De sus potros fogosos, que avecina.»
Así hablaba la sombra, y de repente
Húrtase al hijo y a su amante empeño
Cual humo vano o fábrica de un sueño.

CXXXVIII.
Y él, «¿Por qué de mis brazos se desliza,
Tu imágen? ¿no te curas de mi ruego?
¿Huyes? ¿me dejas?» clama; y la ceniza
Resucitando incontinente, el fuego
Que aletargado dormitaba, atiza:
Sacra masa y colmado incienso luego
Al Dios ofrece que a su pueblo ampara,
Y humilde a la alma Vesta honra en el ara.

CXXXIX.
Consumó el sacrificio, y convocados
Sus amigos, Acéstes el primero,
Repite los oráculos sagrados
De su padre, de Jove mensajero;
La voluntad pronuncia de los hados
Y su propia intención franco y sincero:

No hay a sus planes quien demoras teja;
Acéstes coronarlos aconseja.

CXL.
Madres se alistan que en los nuevos techos
Fundar asientos de familias deban:
Quédanse a par cuantos vulgares pechos
De grandes cosas ambición no llevan.
Tostados bancos, mástiles deshechos,
Vuelan los otros a mudar; renuevan
Remos, jarcias, con mano diligente;
Número escaso, mas resuelta gente.

CXLI.
Marca el troyano Rey con el arado
De la ciudad el ámbito; sortea
Los solares del campo rodeado
Para edificios, y esto manda sea
Troya, y eso Ilion. Alborozado,
Cordial troyano, Acéstes, a la idea
Del nuevo reino, tribunal y plaza
Designa, y al Senado fueros traza.

CXLII
Luego a Venus, Idalia, venerada
De su pueblo, en el vértice Ericino
Dedica, por pacífica morada,
Un templo de los astros convecino:
De Anquíses al sepulcro hace se añada
Culto, y ministro, y bosque peregrino;
Y banquetes ordena, y alegrías,
Y piadosos oficios nueve días.

CXLIII.

Ya llegaba el momento: el Austro insistia
Convidando a la mar blanda y serena:
Alzase lloro femenil, y triste
La corva playa con lamentos suena:
En el abrazo último resiste
Amor a desatar dulce cadena:
Las madres mismas que la mar temían,
Ni aún la osaban nombrar, partir querrán.
CXLIV.
Cuantos han de quedarse, en sus fatigas
Parte al troyano Rey piden ahora:
El con palabras los consuela amigas,
Hijos a Acéstes los entrega, y llora.
Manda a las Tempestades enemigas
Matar una cordera; a Erice adora;
Tres becerros también manda le maten,
Y que en orden los cables se desaten.

CXLV.
Yérguese él en la prora, coronado
De hojas menudas de sagrada oliva:
Un vaso empuña, al piélago salado
Intestinos arroja, y néctar liba
En popa aura terral hiere de grado
Alejando las naves de la riba;
Bogan el remo, y al batir contino
Cubren de espuma el líquido camino.

CXLVI.
No halla en tanto a su afán Venus sosiego
Vuela a Neptuno, y «El que Juno abriga
Odio irreconciliable, » gime, «al ruego,
Neptuno ilustre, a descender me obliga;

Que no su ira cruel, su rencor ciego
Amansan años ni piedad mitiga,
Ni lo que ordena el hado a Jove manda
Su indómita ambición quiebra ni ablanda.

CXLVII.
»Eterno es el furor que su alma siente;
Que no bastó a su cólera sombría
Baber talado, la ciudad potente
Que en la ancha Frigia dominaba un día,
Ni arrastrar las reliquias de su gente
Por senda de martirio. Todavía
Al pueblo hundido en perseguir no cesa
En sus huesos nadantes y pavesa!

CXLVIII.
»La causa ella sabrá de tanta saña:
Yo sé, y las ondas líbicas tú mismo
Viste cómo a manera de montaña
Encrespó amenazando cataclismo;
De Eolo en el favor fió; se engaña;
Mas era su intención cielo y abismo
En uno confundir; y así la impía
Insolente tus reinos invadía.

CXLIX.
»Hoy, ¡qué horror!a las hembras roba el tino,
Y las naves ardiendo a los Troyanos,
Fuerza a Enéas, cerrándole el camino,
A dejar en destierro a sus hermanos.
Haz siquiera que al Tibre laurentino
Estos últimos restos lleguen sanos,
Si ya al muro las Parcas prometido
No han de negarles; si lo justo pido.»

CL.
Respondió el Dios que el ponto señorea:
«Pon confianza en el imperio mío,
Que en mis reinos naciste, Citerea,
Y ya a Enéas mostró mi afecto pio:
Yo mil veces, por él, si el mar ondea
Las nubes conjurando a estrago impío,
Serené la amenaza; y no hice menos
En tierra que del piélago en los senos.

CLI.
»Janto y Símois me saquen verdadero:
Cuando Aquíles con furia impetuosa
Por la espada inmoló tanto guerrero
Que contra el muro de Ilion acosa;
Cuando, enfrenando su ímpetu ligero
El álveo, que en cadáveres rebosa,
El Janto por las márgenes gemía,
Ni hallar lograba hacia mis reinos vía;

CLII.
»Yo a tu hijo entonces arranqué a la muerte
En nube con que entorno le rodeo,
Viéndole menos bienhadado y fuerte
Combatir con el hijo de Peleo;
Ni vacilé en librarle de esa suerte
A pesar del furor de mi deseo,
Que hundir yo ansiaba la ciudad perjura,
Ya (¡mal pecado!) de mi mano hechura.

CLIII.
»¿Qué dudas, pues? ¿qué temes por Enéas?
Yo lo mismo que entonces, ahora siento:

El al puerto de Averno que deseas
Llegará con su gente a: salvamento:
Habrá sólo uno que anegarse veas,
Escogido holacausto.» Así el aliento
Neptuno a Venus vuelve; y ya bizarro
Con arreos de oro orna su carro.

CLIV.
Pone a los brutos el bañado freno,
Dales con fácil mano suelta brida,
Y por el mar, magnífico y sereno,
En su carroza va de azul teñida:
Tiéndese igual sobre el materno seno
Bajo el eje tonante la onda erguida,
Y cuanto nublo encapotó la esfera
Su fuga por los aires acelera.

CLV.
Acompañan en torno al Dios marino
Grandes cetos y rápidos tritones;
Glauco y su coro, y Palemon de Ino,
Y Forco y sus revueltos escuadrones:
Hienden a izquierda el reino cristalino
Las hijas de sus húmidas mansiones;
Talla allí, Cimódoce campea,
Tétis, Melite, y blanda Panopea.

CLVI.
En la mente de Enéas indecisa
Bullen en tanto imágenes amenas:
Manda arbolar los mástiles aprisa
Y las velas tender por la entenas:
No hay, lonas al izar, mano remisa;
Ya a este, lado, ya a aquél las sueltan llenas;

Tuercen cabos, retuércenlos a una;
Mueve mientras la escuadra aura oportuna.

CLVII.
Palinuro adelante firme guía
La flota, que a su espalda se aglomera:
Marchan, y a la órden obediente, fia
Cada nave en la nave delantera.
Casi la vaporosa Noche había
Tocado a la mitad de su carrera;
Y al pie del remo, de temor seguros,
Duermen los nautas en los bancos duros.

CLVIII.
Dejó en esto las célicas regiones
Ligero un Sueño que las sombras hiende;
Mudo vuela, y fatídicas visiones
Trayendo, ¡oh Palinuro! a tí desciende:
Sentado en la alta popa, las facciones
De Fórbas toma, y seducirte emprende:
¡Mísero! que con voces de dulzura
Ya el falso diosecillo te conjura:

CLIX.
«¡Hijo de Yasio, Palinuro mío!
Mira cómo resbala blandamente
Llevado de las ondas el navío;
¡Qué propicio que espira el manso ambiente!
Un rato al soporífero rocío
Inclina ya la fatigada frente;
Hora es de descansar: duerme sin miedo,
Que yo en tanto por tí velando quedo.»

CLX.

Alzó el otro los, párpados apenas
Y dijo: «¿Lo que vale la semblanza,
Quieres que olvide yo, de olas serenas?
¿Que ponga en monstruo aleve confianza
Pretendes por ventura? ¿Me encadenas
Porque entregue mi Rey a la mudanza
De mar y viento, de quien tantas veces
Probé las veleidades y dobleces?»

CLXI.
Dice, e inmóvil se afianza, y traba
Del gobernalle con ahincado empeño;
Mira a los astros, y en los astros clava
Los mustios ojos resistiendo al sueño.
Mas ya una y otra sien le golpeaba
El Dios con su balsámico beleño
En las aguas del Lete humedecido,
Y los ojos le anega en alto olvido.

CLXII.
No bien los miembros el sopor le afloja
Cuando el sueño sobre é1 se precipita;
Mas no del gobernalle le despoja
Ni de su asida posición le quita,
Antes al mar con el timón le arroja
Y aún parte de la popa: llama, grita
Cayendo el triste; nadie oyó su acento;
Y el Dios aleteando huye en el viento.

CLXIII.
Segura, empero, prosiguió la flota
Del favor de Neptuno protegida.
Mas he aquí ya se acercalen su derrota
A la roca, otro tiempo tan temida,

De las Sirenas, que la mar azota,
De albos huesos de náufragos guarida;
Y lejos con monótonos bramidos
Resuenan los escollos combatidos.

CLXIV.
Notó Enéas entonces que a la armada
Falta el piloto y perecer podría;
Y con mano acudiendo acelerada
La noche toda él mismo el timón guía;
Y entonces exclamó con voz ahogada:
«¡Pobre amigo! ¡fiaste en demasía
De cielo bonancible y mar serena;
Yacerás insepulto en triste arena!»

LIBRO SEXTO.

I.
Así hablaba y lloraba juntamente.
Ya, riendas dando, por el mar navegan,
Y a las costas de Cúmas (cuya gente
De Eubea vino) sin tardanza llegan.
Tornan proas al mar: con tenaz diente
La ancla fija el bajel, y a tierra apegan
Las corvas popas, que en la orilla alzadas
La bordan de colores variadas.

II.
Ledos embisten en hesperia tierra:
Quién hiere el pedernal, que en sus entrañas
De la llama los gérmenes encierra;
Quién penetra las ásperas montañas
Y leños corta, o por su seno yerra,
Intrincada guarida de alimañas,
Y vuelte, y dando de placer señales
Enseña los hallados manantiales,

III.
Mas Enéas piadoso a las alturas
En que Apolo descuella, se encamina,
Y las cuevas recónditas, oscuras,

Busca de la terrífica adivina
Que, inflamada del Dios, cosas futuras
En estro rebosando vaticina:
¿Veisle? entrando con otros va derecho
Ora el bosque avernal, ya el áureo techo,

IV.
Dédalo de comarcas sanguinosas
Huyendo, es fama, y del furor de Mínos,
Fiarse osó con alas vagarosas
A los reinos del aura cristalinos:
A la región helada de las Osas
Su vuelo por insólitos caminos
Tendió, y moviendo las nadantes, plumas,
Fue en el alcázar a parar de Cúmas.

V.
Por vez primera allí devuelto al suelo,
Grato, Apolo, al favor, logró ofrecerte
Sanas las alas que bogó en su vuelo
Y un templo dedicarte hermoso y fuerte.
En las puertas, de Andrógeo el fin, el duelo
Grabó de los Cecrópidas, que a muerte
Siete hijos tributaban cada un año;
La urna ciega allí está do sale el daño.

VI.
Enfrente, en medio al mar, se representa
Creta: allí lo cruel de sus amores,
Del toro esclava, Pasifae ostenta;
Monumento de estúpidos furores
Allí el biforme Minotauro asienta
La planta; con sus vueltas, sus errores,
Incierto entorno el laberinto gira,

Y a la amante princesa horror inspira.

VII.
Cediendo de la triste a la porfía,
Allí Dédalo mismo de Teseo
El paso indocto con el hilo guía:
Ícaro, y tú también lograras, creo,
Insigne asiento en la áurea galería;
Mas de padre el dolor ganó al deseo
Del artífice audaz, que, el brazo alzando,
Caer dos veces le dejó, llorando.

VIII.
Enéas con su gente asaz tuviera
En cada cuadro la mirada fija,
Si, enviado adelante, no volviera
Turbando Acátes su atención prolija:
Con Acates, graciosa compañera,
Deífobe llegó, de Glauco hija,
Intérprete de Apolo y de Diana;
Que vuelta al Rey de la nación troyana,

IX.
«No es sazón de admirar primores
Le dice: «importa que inmolar decidas
De grey vacuna siete recentales
Y a par siete ovejuelas escogidas.»
Esto dijo: Troyanos principales
Van a cumplir las ordenes oídas;
Y mostrándoles sigue ella el camino
Al elevado templo Sibilino.

X.
Hay en la roca eubea un lado hendido,

Antro de cien entradas y cien puertas
Que cien voces arrojan con ruido,
De la oculta Deidad respuestas ciertas.
Cuando llegaban al umbral temido,
«¡Tiempo es que el ruego a consultar conviertas
Tus hados, huésped!» la doncella exclama;
Heaquí el Dios, he aquí el Dios! mi mente inflama.»

XI.
Estola virgen pronunció en la entrada
De la inmensa caverna: en ese instante
Tartamudea, la color mudada,
Crespo el cabello, atónito el semblante:
Enfurecida, aérea, agigantada,
Hínchale el Dios el seno jadeante,
Y ya llena del númen soberano,
Vibré puro su acento aún más que humano:

XII.
«¡Enéas! ¿no será que al Númen santo
Con tus votos y súplicas regales?
No han de abrirse a tus pasos entretanto
Del pavoroso templo los umbrales.»
Calló: los Teucros con glacial espanto
Oyeron resonar palabras tales,
Y postrándose el Rey, con hondo acento
Oro así en religioso arrobamiento:

XIII.
«Febo, que de infortunios y pesares
De los hijos de Troya te apiadas;
Tú que al cuerpo del de Éaco, de Paris
Las flechas dirigiste enherboladas:
Salvo, merced es tuya, hendí anchos mares

Que a ceñir van regiones apartadas;
Yo he cruzaclo las costas africanas;
Yo las hórridas sirtes vi cercanas.
XIV.
»Hoy piso en fin el límite italiano,
Tierra de promisión que antes huía;
¡Así el signo maléfico troyano
Haya hasta aquí llegado en su porfía!
Y ¡oh cuantos con furor visteis insano
Crecer la gloria de mi patria un día!
¡Dioses todos y diosas! sin enojos
Volved ya en fin a Troya vuestros ojos!

XV.
»Y ¡oh tú que en siglos ves aún no llegados,
Santa sacerdotisa! (yo no pido
Imperio no ofrecido por mis hados)
Da a mis Teucros gozar reposo y nido
Con los Dioses de Troya fatigados;
Y a Hécate y a Apolo, agradecido,
De mármol fundaré templo y altares
Y fiestas en su honor apolinares.

XVI.
»Tú en mi reino también ilustre asiento
Tendrás, y tus sagradas predicciones
Guardando con solemne acatamiento,
Tu culto servirán dignos varones.
Mas oye: a la merced irán del viento
Tus palabras si en hojas las dispones;
Canta tú misma lo que cierto veas.»
Aquí dio fin a su oración Enéas.

XVII.

En tanto la Sibila aún se subleva
Por sacudir el númen que la oprime,
Y feroz se revuelve en la ancha cueva:
Fogoso corazón, labio que gime
El Dios le doma, que sobre ellos lleva
Hasta grabarla, inspiración sublime;
Y dan su voz en ecos las cien puertas
Todas a un tiempo sin esfuerzo abiertas.

XVIII.
Diciendo: «¡Oh tú hasta ahora libertado
De los riesgos del piélago marino,
Hoy de riesgos de tierra amenazado!
Venirá tu gente al reino de Lavino
(No temas, no, que lo revoque el hado);
Mas tiempo habrá que llore porque vino;
Guerras, ásperas guerras estoy viendo;
Miro al Tibre ondear, de sangre horrendo.

XIX.
»Otro Janto, otro Símois, y otra hogaño
Campaña cual la griega rigurosa
Verás, que el Lacio cría ya en tu daño
Otro Aquíles feroz hijo de Diosa;
Ni faltará a tu gente en suelo extraño
De Juno el odio que Jamas reposa;
Y en tanto, ¿qué ciudades, ni qué playas
Habrá infeliz, donde a rogar no vayas?

XX.
»Y otra vez bodas en foráneo suelo
Llorarán los Troyanos; y esa esposa
¡Cuánto traerá de afán! ¡cuánto de duelo!
¡A tí ya tus vasallos cuán costosa!

Tú, hasta do el hado sufra, insta en tu anhelo,
Y lograrás, mudanza milagrosa,
Que antes que no otra, a próspero destino
Una griega ciudad te abra camino.»

XXI.
Tal desde su antro la Sibila fiera,
Con voz que infunde admiración y espanto,
Hechos desvuelve, edades acelera,
Y en sombras la verdad brilla en su canto;
Tal de su labio el ímpetu modera
El Dios que el corazón le aguija en tanto;
Mas serenada al fin su ira espumante,
A hablarle torna el héroe suplicante:

XXII.
«Aún no me has anunciado ¡oh virgen! nada
O nuevo,o imprevisto de mi vida.
Mas oye: si hay aquí al Averno entrada,
Si aqui está la laguna tan mida,
Con sobras de Aqueronte sustentada,
Concede que un favor solo te pida:
Mi padre anhelo ver; guía mi planta,
Y dígnate de abrir la puerta santa.

XXIII.

»¡Mi padre! Yo de en medio al enemigo
Entre llamas y dardos libertélo;
Yo le puse en mis hombros, y él conmigo
Fue dándome doquier fuerza y consuelo:
El fue en mis viajes mi mejor amiga,
El los rigores de la mar y el cielo
Con generosas muestras de osadía,

Milagrosa en su edad, llevar solía.

XXIV.
»Y él, é1 me persuadió que reverente
Llegase, y suplicante, a tus umbrales:
¡Oh! del padre y del hijo juntamente
Te apiaden los trabajos inmortales;
Que tú eres, virgen santa, omnipotente,
Y de los negros bosques infernales
La pavorosa Hécate no en vano
El cetro aterrador puso en tu mano.

XXV.
»La prenda de su amor el tracio Orfeo,
Luego que hondo el Erebo la devora,
A salvar acertó, felice empleo
Haciendo de su cítara sonora:
Pólux, merced de enérgico deseo,
Librar logró al hermano a quien adora,
Y partiendo con él su ser divino
Pasa y repasa el lóbrego camino.

XXVI.
»Callaré de Teseo; del tremendo
Alcídes callo y su potente maza:
¡Yo, Yo también de Júpiter desciendo!»
Pronuncia el héroe, y al altar se abraza,
Otra vez la adivina respondiendo,
«Troyano hijo de Anquíses, de la raza
De los supernos Dioses procedente,
Oyeme,» dice, «y grábalo en tu mente.

XXVII.

»Fácil es del Averno la bajada;
De día y noche a la región oscura
Patente está la pavorosa entrada;
Mas volver y elevarse al aura pura,
Esa es la parte trabajosa, osada:
Muy pocos a quien Jove con ternura
Vio, o que ardiente virtud,al Cielo eleva,
Vencieron, raza de héroes, la ardua prueba.

XXVIII.
»Cubren selvas espesas y sombrías
El centro del Averno; a la redonda
Carcomiendo el Cocito ciegas vías
Con su torpe caudal callado ronda.
Mas si forzar e1 Tártaro porfías
Y dos veces cruzar la estigia onda,
Si en esto gozas que a, otros acobarda,
Cómo has de comenzar escucha y guarda.,

XXIX.
»En medio de estas selvas donde moro
Oculto un ramo está que el tallo tierno
Tiene, y las, hojas trémulas, de oro,
Consagrado a la Juno del Infierno:
Cierra en su seno el fúlgido tesoro
Hojoso un árbol entra el bosque etexno,
Y de valles en torno guarnecido,
La amiga lobreguez le hurta al sentido.

XXX.
»Y nadie ya la subterránea ruta
Pudo emprender a do el amor te llama,
Si antes no desgajó la rica fruta:
La hermosa Proserpina esa áurea rama

Apropiada a su gloria la reputa,
Y es el obsequio que entre todos ama:
Segado el tallo, el gérmen no, perece;
Retoña, y la áurea yema amarillece.

XXXI.
»Ve, y de alto en torno el árbol investiga
Con atenta mirada, y avistado,
Allá tiende la mano; que si amiga
La suerte rie, con sensible agrado
Al punto hará que el vástago te siga;
Pero si adusto te rechaza el hado,
No habrá fuerte segur ni ahincado empeño
Que el ramo aparte del materno, leño.

XXXII.
»Mas ¡ah! mientras al sacro umbral se inclina
Tu oído, atento al deseado indulto,
Un cadáver tus tropas contamina;
Fue tu amigo y le ignoras insepulto:
A honrarle ovejas negras Y¿ y destina:
Su cuerpo vé a librar de odioso insulto;
Y así, en fin, a estas lóbregas moradas
Bajarás, ho a vivientes franqueadas.»

XXXIII.
Cesó, y quedóse la adivina muda.
La medrosa caverna el héroe deja;
Mirando al suelo va, y acerba duda
Le roe el corazón. Con él se aleja
Acátes, fiel amigo: igual la aguda
Pena que a Enéas, al andar le aqueja:
¿Quién será, cada cual finge y cavila,
El que muerto nos canta la Sibila?

XXXIV.
Hablando, pues, del mal que les espwa,
De dolor y ansiedad el pecho lleno,
Allá tirado en la árida ribera
Cadáver infeliz ven a Miseno:
Miseno, hijo de Eolo, a quien diera
Natura el arte de excitar al bueno
A los combates, y el guerrero bando
Llenar de fuego, su clarin tocando.

XXXV.
Él, cuando Troya, acompafiado habia
A H¿ctor: los campos él, de Héctor al lado,
Con su trompa y su lanza recorria
En la lanza y la trompa ejercitado;
DESPUÉS, cuando de la alma luz del día
H¿ctor fué por Aquíles despojado,
De Enéas al mandar el fl el guerrero
(Partido no inferior) puso-suacero.

XXXVI.
Mas ahora,~úe insensato en la ribera
Retaba al són de cóncava bocina
Al númen,que a emularle se atreviera,
Envidíando Titon su arte divina
(Si no miente la fama vocinglera)
Ahogóle en la espumosa onda marina.
Cercándole los suyos danle en tanto,
En ¿as sobre todo, amargo llanto.

XXXVII.
Y llorando-, el ságrado mandamiento
A.cumplir van, y fúnebres altares

Con árboles a alzar al firmamento:
Van a una antigua selva, hondos hogares
De fieras: al herir de hachas violento,
Los fresnos y los pinos seculares
Vacilan, los hendibles robles gimen,
Y los olmos rodando el bosque oprimen.

XXXVIII.
A los suyos el héroe,'apercíbído
D.- iguales armas, guía en la faena
Con la voz y el ejemplo, y con gemido
Dice, el gran bosque al ver que en torno suena:
«Ya el presagio cruel está cumplido
En tí, amigo infeliz, ¡oh cruda pena!
¡Así a mis ojos se mostrase ahora
El árbol que áureos frutos atesora!»

XXXIX.
Así exhala plegarias y querellas,
Cuando a su vista, sobre el manso viento,
Llegan iguales dos palomas bellas
Abatiendo el suave movimiento
A posarse en el césped verde. En ellas
Mira Enéas atónito y atento,
Las mensajeras de su madre, y clama,
Con el acento del que espera y ama:

XL.
«¡Oh aves misteriosas! si camino
Abre el hado, marcadle con el vuelo;
Id al ramo que en torno peregrino
Con rica sombra ampara el fértil suelo!
Y tú en esta sazón, felice tino
Concede, ¡oh madre! y el favor que anhelo.»

Calla; y qué auguren al picar la hierba,
O a do tiendan las aves, fijo observa.

XLI.
Hasta do el ojo va, la copia alada
Sigue el volar, sigue el volar rastrero;
Mas asomando a la hedionda entrada
De Averno, se alza en ímpetu ligero
Buscan las dos la copa deseada,
Y a un tiempo ocupan el feliz madero,
Do entre pardos verdores amarillo
El ramo desigual muestra su brillo.

XLII.
Como en: bosques que invierno heló, enverdece
El visco, y con la prole de que abunda,
No hija del árbol a que asido crece,
El tronco protector blondo circunda;
Tal la ráfaga de oro resplandece;
Tal, herida del aura vagabunda,
Treme y cruje la lámina divina
En medio allá de la copuda encina.

XLIII.
Del ramo inerte el Rey ase impaciente
Y vuela a, la mansión de la adivina.
Sigue entretanto la llorosa gente
Tristes honras haciendo en la marina
A la insensible víctima presente:
De maderas copiosas en resina,
Y duros troncos de que rajas llevan,
Ingente pira desde luego elevan.

XLIV.

Y de mustias guirnaldas guarnecida
Y de rectos cipreses custodiada,
De adorno sobrepónenle enseguida
El limpio arnes y 1a desnuda espada.
En calderas de bronce recogida
Llegan agua a la lumbre aderezada,
Y antes de que las llamas lo consuman
E1 cuerpo helado lavan y perfuman.

XLV.
Unos, en medio del común gemido,
Le extienden sobre el fúnebre tablado,
De su lujosa púrpura ceñido;
Otros (¡penoso ministerio!) a un lado
Vuelto el rostro, por rito establecido,
Pegan la antorcha al féretro enlutado:
Viandas, incienso, aceite rebosante,
Todo el fuego lo envuelve en un instante,

XLVI.
Cuando en pavesas descansó la llama,
Corineo balsámica ambrosía
En las reliquias cálidas derrama,
Y a una urna de metal los huesos fia:
De noble olivo consagrada rama
Blandiendo leve, a los demas rocía
Con lustral aspersión que hace tres veces,
Llora, y pronuncia las finales preces.

XLVII.
El Rey, de gratitud y piedad lleno,
Manda erigir soberbia sepultura;
Y, «Al túmulo fijar,» les dice, «ordeno
Su clarin y su remo y su armadura.»

Se hizo al pie de un peñón, que de Miseno
Recibió el nombre que inmortal le dura.
Enéas a cumplir vuela, tras eso,
El sagrado mandato en su alma impresa.

XLVIII.
Hay en aquel confin una honda sima,
Vasta caverna de escabrosa roca:
Negro bosque, que en torno se arracima,
Guarda, y medroso lago, la gran boca.
No impune el ave que revuele encima
El torpe aire con sus alas toca
Que en columna de fétidos vapores
Sale a infestar los cercos superiores.

XLIX.
Trajo allí el Rey de la troyana gente
Cuatro negros novillos, a quien riega
Con vino la, Sibila la alta frente;
Entre las astas elegido siega
Vellon cerdoso, que a la llama ardiente,
Don primerizo y breve pasto, entrega;
Y a Hécate a grandes voces llama, Diosa
En Cielo y en Averno poderosa.

L
Quién apresta al degüello la cuchilla;
Quién vasos llena en sangre que chorrea:
Enéas mismo con su espada humilla
Lucía cordera cuya piel negrea,
Porque la Noche, de furial cuadrilla
Madre, y su hermana al par, fácil le sea;
Inmolando después estéril vaca,
Tu númen, Proserpina, honra y aplaca.

LI.
Nocturnas aras enseguida eleva
Al Rey estigio: enteras a la llama
De los novillos las entrañas lleva,
Y encima óleo abundante les derrama.
"Y he aquí, antes de rayar aurora nueva
Treme la tierra, su hondo seno brama,
Oscilan selvas y vecinos cerros,
Y en la sombra ulular se oyen los perros

LII.
Ya llega la Deidad. Con voz sonora
Grita la profetisa. .« ¡Huid, profanos!
Desamparad la selva; y solo ahora
Ven tú conmigo, ¡oh Rey de los Troyanos.
¡Ven, desnuda la espada vencedora,
Rodeado de alientos sobrehumanos!»
Dijo y hundióse: a su furente guía
Enéas con pie intrépido seguía.

LIII.
¡Oh los que de las almas inmortales
Tenéis, Dioses, el cetro y monarquía!
¡Cáos! ¡Flegeton! ¡Tinieblas sepulcrales!
¡Lugares de silencio y noche umbría!
¡Concededme salvar vuestros umbrales.
Y que al orbe revele la voz mía
Lo que ví, lo que oí, cuanto misterio
Guarda vuestro hondo, funeral imperio:

LIV.
Oparos bajo noche alta, desierta,
Cruzando iban, los dos, reinos vacíos

Que allende yacen de la odiosa puerta:
Tal en bosques callados y sombríos
Al viajero señala senda incierta
Maligna luna con sus rayos fríos,
Cuando atristan el Cielo alas nublosas
Y hosca el color la noche hurta a las cosas.

LV.
Ante el mismo vestíbulo, manida
Hicieron las Congojas vengadoras,
Las Dolencias de faz descolorida,
Y tú, arada Vejez con ellas moras:
Dolor, Terror, Necesidad raída,
Hambre, que induce a criminales horas:
Todos ellos, terríficas figuras,
Guardan las fauces del Averno oscuras.

LVI.
Y el Trabajo, y la Muerte y compañero
El Sueño de la Muerte, su impía hermana,
Vense, avanzando hacia el umbral frontero,
Y malos Goces de la mente humana:
De las Furias los tálamos de acero
Allá están, Guerra atroz, Discordia insana:
Esta (¡qué horror!) con sanguinosas hebras
Crina en torno su frente de culebras.

LVII.
Lleno de años, con sombras halagueño
Convida un olmo en la mitad; y es fama
Que acude en derredor del firme leño
Aerio enjambre que el silencio ama:
Subsiste asido un mentiroso ensueño
En cada hoja fugaz de, cada rama;

Y en torno hórridas fieras, monstruos viles
Tienen cabe las puertas sus cubiles.

LVIII.
Centauros hay allí; silbante y fiera
Hidra; Scilas biformes que el mar cría;
Briareo, el de cien brazos; la Quimera
Que de llamas armada desafía;
Con sus hermanas Górgona guerrera,
on sus iguales pestilentie Arpía.
Con tres cabezas Gerion gigante.
¿Quién habrá que los mire y no se espante?

LIX.
Sintió Enéas pavor: el fuerte acero
Esgrime osado, y con su punta amaga
Al escuadrón de monstruos, que severo
Llega delante o revolando vaga:
Que sombras son sin cuerpo verdadero
Prudente a tiempo le advirtió la maza.
Él, a no detener la voz su brío
Hiriera ciego el ámbito vacío,

LX.
Parte de allí para Aqueron camino
Vasto abismo que en lecho hondo de cieno
Hierve, y en el Cocito de contino
El arena descarga de su seno.
Guardián del territorio convecino,
El mustio rio y márgen inameno
El barquero Caron adusto cuida
Con ceño horrible y faz descolorida.

LXI.

El cual sucia caer al pecho deja
La blanca barba; es fuego su mirada;
Cuélgale de los hombros rota y vieja
Con un nudo su túnica enlazada;
Con tardas velas y un varal maneja
El ferrugíneo barco en que traslada
Los muertos: es su edad, si bien anciana,
Vejez propia de un Dios, recia y lozana.

LXII.
Allí, nube de imágenes ligera,
Cuantos dejan del suelo las mansiones
Vuelan sobre la fúnebre ribera:
Austeras madres; nobles campeones;
Virgenes que en su dulce primavera
Segadas fueron; cándidos garzones
A quienes ya cabe la alzada pira
Lloró el padre infeliz que arder les mira,

LXIII.
Tantos van los espíritus y tales,
Como las hojas que en la selva, al hielo
De los últimos días otoñales
Ruedan precipitadas por el suelo;
O cual, climas buscando más geniales,
A traves de la mar en largo vuelo,
Del tiránico invierno desterradas,
Huir vemos las aves en bandadas.

LXIV.
Y he aquí la turba que llegó primera
Pasar quiere, antes que otros, lago allende;
Con vivo amor de la ulterior ribera
Esfuerza ruegos y las palmas tiende.

Caron, de tanta multitud que espera,
Ya a éste toma, ya a aquel; a nadie atiende;.
Mas a muchos también, ¡desventurados!
Lejos rechaza de los tristes vados.

LXV.
Viendo el tropel, «¡Oh virgen veneranda!«
Dice asombrado Enéas-, «¿a qué llegan
A este rio las almas? ¿Qué demanda,
Esa gran multitud? ¿Por qué navegan
Ledos los unos hacia la otra banda,
Y éstos, exclusos, en dolor se anegan?
¿Qué los distingue? di.» Y así de prisa
Respondió la senil sacerdotisa

LXVI.
«Hijo de Anquíses, semidios troyano!
El lago Estigio y lóbrego Cocito
Mirando estás, por quien jurar en vano
Temen los Dioses como gran delito.
A éstos no honró, al morir, piadosa mano,
Turba doliente en número infinito:
Ese es Caron; trasporta a opuestos lados
Los que fueron en muerte sepultados.

LXVII.
»Ni el linde ingrato y aguas murmurantes.
Logran salvar las, ánimas que vagan
Desprovistas de honores, sin que antes
Enterrados en paz sus huesos yagan;
O cien años arreo andando errantes
Sobre esta zona, su esperanza halagan;
Y al cabo de ellos admitidas, vuelan
A ver, en fin, los sitios por que anhelan.»

LXVIII.
Paróse con doliente fantasía
Enéas, y en la gente desechada
Ve a Leucáspis, ve a Oronte, antiguo guía
Del bajel licio en la troyana armada:
Con él salieron de Ilion un día,
Y bogando a par de él, a su mirada
Los hundió en crespas ondashustro impío
Que al nauta sacudió, volcó el navío.

LXIX.
He aquí de entre éstos viene Palinuro,
Aquel que en la reciente travesía
Por el líbico golfo, al mar oscuro
Cayó, cuando en mirar se embebecia
Los altos astros de temor seguro.
Así que Enéas en la niebla umbría
Reconció al llorado compañero,
Tornóse a condoler, y habló él primero.
LXX.
«¿Cuál Dios,» le dice, «Palinuro amado,
Ahogándote con mano traicionera
Te vino a arrebatar de nuestro lado?
Faltóme en cuanto a ti, por vez primera,
Fiel antes siempre Apolo a lo anunciado,
Prometiendo que salvo a la ribera
Deseada de Italia tocarías:
Mal coronó las esperanzas mías!»

LXXI.
La sombra respondió: «Ni fraudulento
Fue contigo el oráculo divino,
¡Oh hijo de Anquíses! ni en el mar sedienta

Númen odioso a sepultarme vino.
Yendo yo, en vela, a mi deber atento,
Casual golpe en la popa sobrevino,
Y en medio de las ondas, sin soltalle,
Caí con el fiado gobernalle.

LXXII.
»Y juro por la negra mar, Rey mío,
Que, perdido el asiento, el timón roto,
Más que por mí cuidé que tu navío,
Privado de defens a y de piloto,
Mal pudiese del piélago bravío
Los golpes contrastar. Violento Noto
Tres noches borrascosas de ardua brega
Me arrastró lejos sobre la onda ciega.

LXXIII.
»Vi las costas de Italia al cuarto día,
Encumbrado por hórrida oleada:
Poco a poco nadaba, y salvo habría
Holdo, en fin, la playa deseada;
Mas, ¡triste! como a presa de valía
Me embiste horda feroz blandiendo espada
No bien de húmedas ropas agobiado
Trepaba, uñas hincando, agrio collado,

LXXIV.
»Hoy, desecho del mar, en sus riberas
Vientos me azotan. Por la luz del cielo
Y las auras que aún gozas placenteras,
Por tu hijo amado, y por su ilustre abuelo,
Si a éste das honras quede aquel esperas,
Tu invicta mano de tan grande duelo
En el puerto de Velia me redima

Piadosa arena derramando encima.

LXXV.
»O ya, supuesto que, de Olimpo santo
Por favor especial, bajado hayas
A visitar los reinos del espanto
Y de tu madre encaminado vayas,
La diestra alarga, si merezco tanto,
Y arrástrame contigo a opuestas playas,
Porque al cabo, rendido de fatiga,
En muerte al menos reposar consiga.»

LXXVI.
Y dijo la adivina: «¿Estás demente,
Oh sombra temeraria? ¿Por ventura
Querrás el lago Estigio, la corriente
Pasar de las Euménides oscura,
Tú que no ostentas divinal presente
Ni gozas en la tierra sepultura?
¡Triste! no esperes a poder de ruegos
Los hados ablandar sordos y ciegos.

LXXVII.
»Mas escucha mi voz, y tus dolores
Consuela recordando anuncios tales:
Habrá de ancha región habitadores
Que, en fuerza de prodigios celestiales,
Tu sombra aplacarán, daránte honores,
Te alzarán monumentos sepulcrales;
Y el sitio, Palinuro, que te guarde
Hará por siglos de tu nombre alarde.»

LXXVIII.
Al son de estas palabras, un momento

Mitigó Palinuro su agonía,
Y fuese, revolviendo el pensamiento
Que un país de su nombre se gloría.
Ellos siguen en tanto a paso lento.
Caron su barca a la sazon movía,
Y de en medio del lago divisólos
La muda selva atravesando solos.

LXXIX.
Y en recia voz prorumpe: «Tú, quienquiera
Que armado invades mis dominios, tente,
Y qué quieres, dí luego, en mi ribera.
Aquí en horror profundo eternamente
Moran los Sueños y la Noche impera:
No admite el bote estigio alma viviente;
Ni de atinado, si exenté, me loo,
Ya a Alcídes, ya a Teseo y Piritoo.
LXXX.
»En su abono, su origen sobrehumano
Mostraban, cierto, y generoso brío:
¡Ah, y aquel ante el trono del tirano
Fue el guarda a encadenar del reino umbrío,
Y temblando arrastróle con su mano;
Y estotros en furioso desvarío
Por robar nuestra Reina, ¿quién tal osa?
El tálamo invadieron de la Diosa!»

LXXXI.
En breves frases respondió prudente
La inspirada de Anfriso: «Insidías viles
No temas, no, que anide nuestra mente,
Ni armas contemplas a tu imperio hostiles:
El encovado can salvo amedrente
Con eternos baladros sombras miles:

Hécate, sin temor de agravio impío,
Casta guarde el umbral del regio tío.

LXXXII.
»Y es que Enéas de Troya, a quien la fama
En piedad, en valor, no dio segundo,
Tan sólo el padre a ver que tanto ama
Viene al riñón del Érebo profundo:
Si eres sordo a tan bello amor, la rama
Mira en que justas esperanzas fundo.»
Y diciendo y haciendo, el tallo santo
Sacaba de los pliegues de su manto.

LXXXIII.
Al ver, tras largos años, que áureo brilla
El don que misterioso el labio nombra,
Manso el barquero su altivez humilla,
Cesa el debate, y con placer se asombra:
Tuerce el batel cerúleo, y a la orilla.
Vuelto ya, do saliera el londo escombra,
Las tenues almas,arrojando fuera
Que sentadas bogaban en hilera.

LXXXIV.
Recibe, en fin, la cavidad vacía
Al fuerte huésped. Rechinando opreso,
Ya anchas grietas al agua negra abría
Flaco el esquife para humano peso.
Mas el barquero con tenaz porfía
A par que a la Sibila, al héroe ileso
Trasporta, y abordando, le enajena
Sobre ovas verdes y movible arena.

LXXXV.

Enfrente a do saltaron, guarecido
En la ancha gruta en que a placer se extiende,
El can trifauce con feroz ladrido
Los ámbitos atruena que defiende:
Viéndole que de víboras ceñido
Sacude el cuello y ya en furor se enciende,
Narcótico manjar con miel dorado
Echa la maga al monstruo espeluznado.

LXXXVI.
El cual tragó la torta engañadora
Con triple boca y con voraz garganta,
Y, largo cuanto el antro donde mora,
Le abate el sueño. Con ligera planta.
Aprovechando la oportuna hora,
A las puertas Enéas se adelanta,
Y traspone volando la ribera
Deaguas que nadie repasar espera.

LXXXVII.
En esto empiezan el común vagido
De almas de niños a sentir; las cuales,
Lejos, muy lejos del suave nido,
Sollozan de ese mundo en los umbrales:
De tierna infancia en el verdor florido
Negra un hora a los brazos maternales
Arrebatólos, y a la luz del Cielo,
¡Ay! para hundirlos en acerbo duelo.

LXXXVIII.
Están después los que, torciendo el fuero,
Testimonio falaz llevó a la muerte;
Mas no a sus puestos van sin que primero
Tornen sentencia a dar Justicia y Suerte:

Mínos preside el tribunal severo;
La urna alcatoria agita; indaga, advierte,
Convoca al vulgo que delante calla;
Pesa los cargos, y las causas falla.

LXXXIX.
Arrepentidos yacen, enseguida,
Los que movidos de tedioso enfado
Quitarse osaron sin razón la vida.
Hoy, por volver al mundo, ¡con qué agrado
Trabajos y pobreza aborrecida
Subieran a sufrir! Lo veda el hado;
Cierra el Estigio el paso a sus suspiros
Con nueve vallas en oblicuos giros.
CX.
Tendidos campos se abren luego, aquellos
Que la fama llorosos apellida:
Los que doblaron al amor los cuellos,
Los que murieron de amorosa herida
Vienen allí; y entre sus mirtos bellos
El bosque cruzan que les da guarida,
Por veredas ocultas. ¡Ay! los hieren
Penas de amor que ni en la muerte mueren,

XCI.
Muéstranse al héroe entre la selva umbría
Fedra, Prócris; Erífile doliente,
Cuyo seno aún la llaga descubría
Que el hijo vengador abrió inclemente;
Evadne, Pasifae, Laodamía;
Cénis, mancebo un tiempo floreciente,
Y ahora, por decreto del destino,
Vuelto al sexo primero femenino.

XCII.
En medio de ellas la fenicia Dido,
Su herida aún fresca, andaba en la espesura.
Cuando la hubo al pasar reconocido
Mal cierto Enéas en la sombra oscura,
Como el que alzarse entre nublados vido
La luna nueva, o verlo se figura,
Así a hablarle empezó con tierno acento
Y lágrimas que brota el sentimiento:

XCIII.
«¡Infeliz Dido! ¿Conque no mentía
En nuevas que me trajo funerales
La fama? ¿Tú empuñaste daga impía?
¿Yo causa hube de ser de tantos males?
Mas por todos los astros, Reina mía,
Te juro, y por los Dioses celestiales,
Y por estas mansiones justicieras,
Que partí a mi pesar de tus riberas.

XCIV.
»La férrea voluntad del Cielo santo
Que a esta abismosa eternidad me envía,
Lo mismo allá, con invencible encanto
Me arrancó de tu lado y compañía.
Ni pensé nunca que a delirio tanto
Te pudiese arrastrar la ausencia mía.
¡Mas ten! ¡vuelve! ¿a quién huyes? ¡Ley severa
Permite vernos por la vez postrera!»

XCV.
Tal dice el héroe a la infelice amante,
Por si en su ánimo airado tierno cava

O amansa su mirada centellante;
Las razones el llanto entrecortaba.
Mas ella, vuelto el tétrico semblante,
Torvos los ojos en el suelo clava,
Y tanto muestra que la voz la toca
Cual si ya mármol fuese o firme roca.

XCVI.
Y de pronto indignada huye y se esconde
En la parte del bosque más espesa,
Entre acopados árboles, en donde
Al renovado amor que le profesa,
Siqueo como de antes corresponde.
Enéas, de piedad el alma opresa,
A la sombra siguió por trecho largo
Llorando para sí su lloro amargo.

XCVII.
Mas andando el camino, a los postreros
Campos llegaban cuya igual alfombra
Van a solas hollando los guerreros
A quien la fama por sus hechos nombra.
Entre los capitanes que primeros
Al paso Enéas encontró, la sombra
Vio del pálido Adrastro, vio a Tideo,
Vio al ínclito en la lid Partenopeo.

XCVIII.
Vio también los Troyanos que segados
En duras lizas los soberbios cuellos,
Fueron con llanto de la patria honrados,
Glauco, Medon, Trsíloco; y con ellos
Los tres hijos de Anténor afamados;
Y Polifétes, que tus dones bellos

Honró, Céres; e Ideo, que aún regía
El carro y armas que rigiera un día.

XCIX.
Tantas, sombras al ver en larga hilera
Enéas, conociéndolas, suspira;
Mas a izquierda y derecha se aglomera
La multitud, que con pasión le mira;
Ni a su curiosidad satisficiera
Mirarle sólo, a detenerle aspira,
Y mil ánimas llegan voladoras
Con sus preguntas a tejer demoras.
C.
Entanto viendo al héroe, y la armadura
Del héroe, que cruzando centellea
El vacuo espacio de su estancia oscura,
Tiemblan los cabos de la gente aquea:
Tratan unos de huir, cual con pavura
Ya al mar lo hicieron en campal pelea;
Gritan otros, y a medias sólo acierta
Clamor tenue a exhalar la boca abierta.

CI.
Sigue; y he aquí, las manos mutiladas,
Llagado el cuerpo y con la faz hendida,
Ambas sienes de orejas despojadas,
Y rota la nariz con torpe herida,
Deífobo se ofrece a sus miradas;
Y al ver que triste, avergonzado cuida
De ocultar de su afrenta las señales,
Hablóle en tono amigo y voces tales:

CII.

«¡Valeroso Deífobo, esperanza
De Troya, hijo de reyes! ¿Quién fue osado
En tí a ejercer insólita venganza?
¿Quién consumó tan bárbaro atentado?
Oí que de combate y de matanza
Aquella horrenda noche tú cansado,
Sobre enemigos que humilló tu acero
Caído habías a morir postrero.

CIII.
»¡Mísero amigo! Yo en la playa nuestra
Te alcé entonces funéreo monumento
Que aún hoy tus armas y tu nombre muestra
Tres veces te llamé con alto acento.
Mas ¡ay! ni verte pude, ni mi diestra
En suelo de la patria acogimiento
Mullir a tu ceniza.» Enéas dijo;
Y de Príamo así respondió el hijo:

CIV.
«Tú hiciste tu deber; yo estoy pagado
Y agradecido estoy. Suerte inhumana
Es la que me hunde en tan horrible estado
Y el crímen de la pérfida Espartana:
¡Éste, éste es de la pérfida el legado!
Recordarás en la alegría insana
Que pasámos la noche postrimera;
¿Quién no ha de recordarlo aunque no quiera

CV.
»Entonces, cuando el monstruo de madera
De armas grave los muros dividía,
Hembras ella ordenaba la primera
En libre danza y bulliciosa orgía;

Y una antorcha blandiendo traicionera
Conque iba en torno al coro, falsa guía,
De la alta torre en nuestro daño ¡ay ciegos!
Señas hacía a los atentos Griegos.

CVI.
»Yo en mi tálamo infausto, sin cuidado
Ya al cansancio buscando dulce olvido,
Caí en brazos de un sueño regalado
A una plácida muerte parecido.
Mi noble esposa al punto de mi lado
Las armas de mi estancia sin ruido
Aleja: de mi lecho a la testera
Ella mi espada hurtó, fiel compañera;

CVII.
»Las puertas abre, y obsequiosa llama
A Menelao, por si de mal la eximen
Crímenes nuevos, y la negra fama
A absolver bastan del antiguo crímen:
El Eó1ida a par, que ardides trama,
Acude: salvan de mi alcoba el límen...
¡Dioses, si justas súplicas os mueven,
Lo que entonces probé los Griegos prueben!

CVIII.
»Mas ¿a que me detengo en mis pesares?
Tú aquí, es posible? y con vital aliento?
¿Juguete de los vientos de los mares
Vienes, o por divino mandamiento?
¿Qué toques de fortuna singulares
Te traen, el profundo apartamiento
A visitar de la región sombría
Que nunca vio la claridad del día?»

CIX.
En medio, de estas pláticas, ligera
En su rósea cuadriga y gentil vuelo
La Aurora la mitad de su carrera
Traspuesto había por el alto cielo;
Y acaso el héroe consumido hubiera
En estéril hablar y acerbo duelo
El plazo volador, si no le echara
La virgen con afán su olvido en cara:
CX.
«Nosotros ¡ay! mientras la noche avanza,
Gastamos mudo el tiempo en lloro vano!
La senda aquí se parte, y en balanza
Está la suerte; de Plutón tirano
Lleva la diestra a la valiente estanza,
Y al encantado Elíseo: a izquierda mano
Caen los muros do la gente impía
En eterno sus crímenes expía.»

CXI.
«Perdón,» dice Deífobo, «si muevo
Tu enojo, profetisa soberana!
El número fatal que llenar debo
Torno a llenar doliente sombra y vana.
Tú ve en paz, gloriosísimo renuevo,
¡Oh luz, oh prez de la nación troyana!
Goza suerte mejor que fue la mía.»
Y así diciendo a su ángulo volvía.

CXII.
Tornó Enéas a ver, y a izquierda mira
Cerrada una ciudad de triple muro

Al pie de una alta roca: en torno gira
Con lenguas Flegeton de fuego puro,
Y revuelca peñascos en su ira:
Frente, gran puerta, de diamante duro
Las jambas, cual ni de hombres quebrantado
Ni aún de Dioses lo fuera por la espada.

CXIII.
Férrea una torre despreciando el viento
Avánzase orgullosa: allí sentada,
Ceñida un manto de color sangriento
Guarda insomne Tisífone la entrada.
Ruido de barras, en aquel momento,
Y música de azotes despiadada
A oírse empieza, y voces de horror llenas,
Y el pesado arrastrar de las cadenas.

CXIV.
«¿Qué gritos de dolor hieren mi oído?»
Dice Enéas parándose asombrado:
«¿Quiénes llevan allí su merecido?
»¿Cuál es ¡ay! su suplicio y su pecado?»
Y la Sibila respondió: «No ha sido
Nunca a justos varones otorgado,
Magnánimo caudillo, entrar las puertas
Sólo al delito por la pena abiertas.

CXV.
»Mas yo, cuando los bosques infernales
Por Hécate guardaba, del espanto
Vi el reino y sus tormentos eternales:
Tiene el cetro el cretense Radamanto,
Que interroga a las almas criminales,
Castiga sus delitos, y de cuanto

Ocultó hasta la muerte astucia fría,
A hacer les fuerza confesión tardía.

CXVI.
»Y, nunca de venganzas satisfecha,
Con la izquierda azuzando sus serpientes
Y del látigo armada la derecha,
Corre los sentenciados delincuentes
Tisífone a azotar, y los estrecha,
Llamando sus hermanas inclementes;
Y ábrense a devorarlos, y crujiendo
Giran las sacras puertas con estruendo.

CXVII.
»Contempla a la cruel, que allí se asienta
Y el vestíbulo guarda de ese mundo:
¿Qué, si vieses, abiertas las cincuenta
Negras fauces, el monstruo sin segundo,
La Hidra feroz que adentro guarda atenta?
Luego el Tártaro se abre, tan profundo
Al medio de su abismo, cuanto dista
El alto Olimpo de la humana vista.

CXVIII.
»Allí, humilladas las soberbias vidas,
Los antiguos engendros de la Tierra
Revuélvense en recónditas guaridas
A donde el rayo su ambición encierra:
Vi a par los dos enormes Aldidas
Que el Cielo con sus manos, ¡loca guerra!
Descargar intentaron, y en su encono
A Jove mismo derrocar del trono.

CXIX.

»Vi allí también yacer, de angustias lleno,
A Salmoneo, por su error insano,
Que de Jove el relámpago, y el trueno
Quiso imitar de Olimpo soberano:
De cuatro brutos gobernando el freno.
Y antorchas sacudiendo con su mano,
A Elis cruzó, y en su triunfal camino
Culto pedía como a ser divino.

CXX.
»Fingir quiso el demente (¡mal pecado!)
Al sentar de sus potros con ruido
Los cascos, con el bronce golpeado,
Inimitable luz, sacro estampido:
Envuelto Joye en lóbrego nublado
Venablo duro le lanzó ofendido,
No humosa tea ni exhalada llama,
Y a la sima arrojóle donde brama.

CXXI.
»Yugadas nueve allí cubriendo yace,
Alumno de la Tierra creadora,
Ticio: el hígado eterno le renace,
Pasto al buitre cruel que le devora,
No le consume, y sus entrañas pace
Y fiero en lo hondo de su pecho mora:
Ni el corvo pico en el roer se amansa,
Ni de brotar la víscera se cansa.

CXXII.
»¿Qué, si a Ixion y Piritoo a cuento
Trajese? ¿o los que roca ven colgante
Pronta siempre a caer? Áureo aposento,
Plegalado festín miran delante;

Mas la Furia mayor vela de asiento
Al lado, y como alguno se levante
Las mesas a tocar, corre, y vocea,
Y airada amaga con su horrible tea.

CXXIII.
»Allí gimiendo están los que al hermano
Profesaron, en vida, odio demente;
Los que hicieron ultraje al padre anciano.
Los que en fraude envolvieron al cliente;
Allí los solitarios que, la mano
Cerrada siempre al mísero pariente,
Sobre el oro enterrado hicieron nido:
Infame grey en número crecido.

CXXIV.
»Y allí aguardan castigo los que amores
Adúlteros pagaron con la vida;
Los que hicieron traición a sus señores;
Los que en guerra se alzaron fratricida:
No cures de su pena los horrores
Ni las causas saber de su caída.
Quién vuelca enorme risco; atado esotro,
Gira en rueda veloz, su eterno potro.

CXXV.
»Está sentado y en perpetuo duelo
Tesco lo estará.-*Mirad si presta*
La justicia ultrajar, reir del Cielo!
Flégias clamando a todos amonesta
Entre las sombras. El nativo suelo
Este por oro enajenó, funesta
Tiranía elevando: esotro puso
A precio de la ley uso y desuso.

CXXVI.
»Y aún hubo ya con ciego desatiento
Quien de su hija el tálamo invadiera.
Todos formaron criminal intento
Y corona ciñeron en su esfera.
No si cien bocas yo, si lenguas ciento
Tuviese y férrea voz, contar pudiera
Las especies sin fin de los delitos,
Los nombres de las penas infinitos.»

CXXVII.
Así la anciana profetisa había
Hablado, y «¡Sús!» añade: «hora es precioso
Que el paso abrevies, y por esta vía
A cumplir tu deber vayas sumiso:
Los muros que los Cíclopes un día
Sacaron de su fragua, allá diviso;
Ya, bajó el arco que se eleva enfrente,
Las puertas veo de Plutón potente

CXXVIII.
»Vé; obsequios debes al dintel frontero»
Tal dijo, y con el héroe se adelanta,
Y el intermedio espacio, y el sendero
Sin luz, dejan atras con ágil planta.
Acércanse a las puertas: él primero
Entra el zaguan; con gotas de agua,
Casto los miembros a rociar atiende,
Y el áurea rama en el portal suspende.

CXXIX.
Puesto el don a la Diosa, y alongados
Del sitio, ya pisaban los amenos

Jardines y los bosques fortunados
Donde con grande paz miran los buenos,
Abrense allí sobre inocentes prados
Tintos en rósea luz cielos serenos;
Regiones siempre iguales, siempre bellas,
Tienen su sol y tienen sus estrellas.

CXXX.

Aquéllos juegan en verjel florido;
Éstos combaten en la roja arena;
Otros saltan en coros, y el sonido
De sus cantos el ánimo, enajena:
El tracio vate, con talar vestido,
Los siete tonos de su lira suena,
Moviendo acordes con su voz canora
Ya el plectro de marfíl, los dedos ora.

CXXXI.

Brilla de Teucro allí la estirpe clara
Robustez ostentando y lozanía:
Egregios héroes a quien ver tocara
En siglo más feliz la luz del día.
A Ilo, a Asáraco, a Dárdano repara
Autor de la troyana monarquía,
Enéas, y armas lejos ve, y baldíos
Carros que honraron ya marciales bríos.

CXXXII.

Hincados por el campo ve lanzones,
Y que arrogantes la verdura pacen
Por acá y por allá sueltos bridones.
¡Oh! los que en mundo subterráneo yacen
No renuncian sus viejas aficiones:
Armas y carros sus delicias hacen

Si armas, carros amaron: cuidan fieles,
Si los criaron ya, regios corceles.

CXXXIII.
Luego a izquierda y derecha, ve adelante
Los que a dulces festínes se abandonan
Tendidos en la hierba verdeante;
Los que en honor de Apolo himnos entonan
Intrincando los pasos en fragante
Bosque, a quien cimas de laurel coronan,
Donde brota y por selva amplia y risueña
Eridano soberbio se despeña.

CXXXIV.
Están allí los que a la patria amaron,
Y heridas por, la patria recibieron;
Allí los sacerdotes que guardaron
Austera castidad mientras vivieron;
Vates dignos que a Febo interpretaron;
Maestros que el vivir embellecieron
Con artes nuevas; los que haciendo bienes
Vencieron del olvido los desdenes.

CXXXV.
Todos éstos con ínfulas nevadas
Ceñidos van las sienes y cabellos.
Con los cuales confunde sus pisadas
La profetisa por sus campos bellos;
Y volviendo la voz y las miradas
A Museo ante todos, que alza entre ellos
Con majestad serena la cabeza
De muchos rodeado, a hablar empieza:

CXXXVI.

«Oíd, almas felices, ruegos pios;
Y tú, máximo vate, ¿dó se esconde
Anquíses, por quien ya los grandes rias
Cruzamos del Erebo; dínos, dónde?
¡Ah! ¿qué sitios repuestos y sombríos
Nos le ocultan?» Museo la responde:
«Aquí moramos bajo hojosos techos,
Y son márgenes blandas nuestros lechos;

CXXXVII.
»Frescos prados tratamos por recreo,
Y a nadie se fijó mansión segura;
Mas pues tanto interes traer os veo,
Venid conmigo a la vecina altura
Y camino hallará vuestro deseo.»
Dice; ante ellos los pasos apresura,
Y horizontes de luz les manifiesta:
De ahí, descienden de la erguida cresta.

CXXXVIII.
En un valle cubierto de verdura,
Anquíses, en el fondo, atento vía
Guardadas almas que del aura pura
Subirán a gozar llegado el día;
Allí en sombra numera su futura
Cara prole, y mirando se extasía
La fortuna y valor hereditarios,
Glorias, triunfos, virtudes, lances varios.

CXXXIX.
Y viendo que hacia allá se, dirigía
Hollando Enéas el gramoso prado,
Abre Anquíses los brazos, de alegría
Lágrimas vierte y clama enajenado:

«¿Conque venciste intransitable vía,
Hijo, a fuerza de amor? ¿Conque a mi lado
Hoy tornas? ¿Es posible que consigo
Verte, oirte, tocarte, hablar contigo?
CXL.
»Yoi tiempos computando, aqueste día
Fausto acercarse ví: cumplióse el voto.
¡Mas cuánta extraña tierra en tu porfía
Habrás medido, y cuánto mar ignoto,
Y qué de riesgos arrostrado, en vía
De confin tan profundo y tan remoto!
De los líbicos pueblos, hijo amado,
¡Cuánto temblé por tí funesto hado!»

CXLI.
Enéas contestóle en tal manera:
«Tu imágen veneranda, padre mío,
Siguiéndome doliente por doquiera,
Forzóme a visitar el reino umbrío.
Ocupan mis bajeles la ribera
Tirrena. Mas tú ahora, con desvío
No a mi mano, señor, robes la tuya;
No a mi abrazo filial tu cuello huya.»

CXLII.
Dice, y llorando, con amante empeño
Tres veces va a abrazar al padre anciano;
Cual humo huye la sombra o como sueño
Y él tres veces aprieta el aire vano.
Tornó a mirar, y un bosque vio risueño
En un valle repuesto comarcano:
Gárrulo bosque, plácido retiro
Que manso baña el Lete en blanco giro.

CXLIII.
En torno vagan del durmiente rio
Gentes, pueblos, enjambres voladores,
Y cual abejas que en sereno estío
Rondan fugaces peregrinas flores,
Y a los lirios de cándido atavío
Asedían, confundiendo sus rumores,
Tal llenando de estruendo la campiña
La aérea multitud vuela y se apiña.

CXLIV.
Maravillado de la extraña escena,
Medroso Enéas a entender aspíra
Qué es aquella corriente tan serena;
Quién la infinita multitud que gira
A par del rio y sus florestas llena.
El padre Anquíses respondióle: «Mira:
Antiguas almas a quien guarda el hado
Nuevos velos corpóreos, nuevo estado,

CXLV.
»Esas son las que afluyen al Leteo
Y en raudal bienhechor beben olvido.
Tiempos hace, hijo amado, que deseo
Mostrarte mi linaje esclarecido
En estas sombras que delante veo,
Porque, absorto en destino tan subido,
De haber llegado a la que aún mal conoces,
Itálica región, conmigo goces.»

CXLVI.
«Mas ¿es creible que al sabido cielo«
Enéas contristado así murmura,

«Alguna alma de aquí remonte el vuelo
Y a informar torne la materia oscura?
¡Mísera humanidad! ¡Qué inmenso anhelo
De vida y goces! ¡qué cruel locura!»
Anquíses acudiendo a su sorpresa,
Ordenadas razones así expresa:

CLXVII.
«Porque en luz de verdad tu mente aclares,
Hijo, escucha: En los cielos y en la tierra,
Y en las líquidas capas de los mares,
En la alba luna que inconstante yerra,
Y en el sol y en los grandes luminares,
Espíritu eternal dentro se encierra:
Todo hínchelo él, vago y profundo;
Alma y centro común, é1 mueve el mundo.

CXLVIII.
»Y en él tiene su origen el humano,
Y el bruto, el ave, y cuanto monstruo cria
En sus senos marmóreos Océano.
Centella celestial, ígnea energía
Vida a esos seres da, gérmen temprano,
En cuanto no los rinden a porfía,
El fardo de la carne, los mortales
Órganos y ataduras mundanales.

CLXIX.
»De ahí es que ansian y temen, y o padecen
O envueltos gozan ens u cárcel dura:
No ven la luz; ni quedan, si fallecen,
Limpios del todo de la mancha impura
De las miserias que al mortal empecen.
¡Pobres almas! la sombra en ellas dura

De usos viles en años adquiridos
En su lucha y su unión con los sentidos.

CL.
»Por eso corren del dolor los grados,
Y vicios propios cada cual expía:
Hay unas que, purgando sus pecados,
Expuestas penden en region vacía;
Otras al fuego o en profundos vados
Residuos sueltan que la culpa cría:
Y así los Manes, por diversos modos,
Merecida pasión sufrimos todos.

CLI.
»Al Elíseo de ahí se nos envía,
A pocos alcanzamos los amenos
Campos de llena paz y alma alegría;
Que no se ganan por ventura, a menos
Que (cediendo a la, edad, llegado el día,
El postrer resto de hábitos terrenos)
El alma, redimida a la materia,
Torne a ser mente pura y lumbre aeria,

CLII.
»Consumados mil años, al Leteo
Almas acuden en tropel nutrido:
Arrástralas un Dios, porque el deseo
Nazca en ellas, envuelto en alto olvida,
De volver a vestir corpóreo arreo,
De subir a habitar terreno nido.»
Tal dice, y lleva al héroe y la Sibila
Entre el ruidoso pueblo que desfila.

CLIII.

Y porque logre, al avanzar la hilera,
Ver de frente lo digno de memoria,
Le conduce a un collado, y, «Considera,
Hijo,» le dice, «la sublime gloria
Que a la raza de Dárdano le espera;
Oye los claros nombres que en la historia
Nos guarda Italia; entre futuras gentes
Mira pasar tus,dignos descendientes.

CLIV.
»Ese, de asta de paz y augusto porte.
Que a la luz va por suerte el más cercano,
Será el primero que a la vida aporte,
Con sangre mixta y con renombre albana
Mira, es Silvio: Lavinia tu consorte
A luz darále, de tu amor, ya anciano,
Póstumo don: le criará su madre
Rey en las selvas, y de reyes padre.

CLV.
»De, ahí en Italia empezará el reinado
De Troya. Honor de la Troyana gente,
Prócas luego aparece, y,a su lado
A Cápis ves y a Numitor presente;
Y al otro Silvio, a quien tu nombre añado,
Enéas, ya en virtudes eminente,
Ya en armas, si reinare en Alba un día:
¡Qué máncebos! ¡qué heroica bizarría!

CLVI.
»Contempla aquésos cuya sien serena
Asombra en derredor cívica encina
Cuáles de ellos a Gabía y a Fidena
Te alzarán, y la villa Nomentina;

Y de ellos cuáles una y otra almena
Fundarán sobre, montes Colatina,
y a Pomocio y a, Inuo, a Bole y Cora;
Nombre a campos darán sin nombre ahora.

CLVII.
»Ve a Rómulo, hijo de Ilia, descendiente
De Troya, hijo de Marte, que al abuelo
Sigue; y mira ondear sobre su frente
Crestones dobles con gallardo vuelo:
Marca el padre, en,su noble continente
Su propia, alta misión. Por é1 al cielo
Levantará la frente pensadora
Roma, del orbe, militar señora.

CLVIII.
»La cual de siete alcázares murada,
Con viriles renuevos en que abunda
Rie, como en su carro alborazada
De Berecinto la Deidad fecunda
Por las Frigias ciudades torreada
Va, y su prole celeste la circunda:
Cien nietos que amamanta, y, queja adoran;
Todos son Dioses y entre Dioses moran.

CLIX.
»Los ojos torna: a tu nación atento
Contempla en Roma; a César mira; advierte
Los racimos de Yulo tu sarmiento,
Que a luz cabal predestinó la suerte.
Éste es, éste es el que una vez y ciento
Oíste a altos anuncios prometerte,
César Augusto, hijo de, un Dios, que al mundo
El áureo siglo volverá fecundo.

CLX.
»Él a Italia honrará con tales dones
Cual ya Saturno; y llevará su imperio
Del Indo y Garamanta a las naciones,
Su valor fatigando al hemisferio;
Y abriránse a su paso las regiones
Que allende el Sol se embozan en misterio,
A do el cielo con astros rutilante
Rueda en los hombros del eterno Atlante.

CLXI.
»Ya ven los Caspios reinos su venida,
Por anuncios, con ánimo intranquilo;
Ya la tierra Meótica trepida,
Sus siete brazos estremece el Nilo.
Tigres guiando con pampínea brida
Y de Nisa impeliendo, excelso asilo,
Su carro victorioso, Baco empero
Llegar no pudo a ese último lindero.

CLXII.
»No corrió Alcídes mismo espacio tanto,
Aunque prendió con rápida saeta
La cierva pies de bronce, y de Erimanto
Impuso paces, en la selva inquieta,
Y el lerneo confin cubrió de espanto.
¿Y dudamos vencer adversa meta
Nuestra gloria ensanchando? ¿Harán temores
Que no hollemos la Ausonia triunfadores?

CLXIII.
»¿Quién es aquél que coronado asoma
De insigne oliva, y que con propia mano

Ya sobre, si sacras ofrendas toma?
Su barba anuncia y su cabello cano
Al primer rey legislador de Roma,
Que de su humilde Cúres, aldeano,
Y de su hogar, desnudo, imperio grande
Saldrá a regir cuando el deber lo mande.

CLXIV.
»Tulo va en pos, que moverá a pelea,
La paz quebrando, a ejércitos vecinos
Ya al prez no usados que el valor granjea,
Y Anco después, que aún hoy en sus caminos
El aura popular vano desea.
¿O quieres ver los príncipes Tarquinos,
De Bruto vengador el alma fiera
Y los fasces que al pueblo recupera?

CLXV.
»Bruto duras segures el primero
Cobrará, y el honor del consulado;
Y al ver que nuevo plan traman guerrero,
El de la bella libertad prendado,
Muerte a sus hijos mandará severo.
En él vencieron (¡padre infortunado!)
Cualquier fallo que espere a su mernoria,
Amor de, patria y ambición de gloria.

CLXVI.
»Brillar Decios y Drusos vé lejanos;
Torcuato, que levanta el hacha impía;
Camilo, que del triunfo, con romanos
Rescatados pendones, se gloría.
Esas dos almas que cual dos hermanos
En sombra armadas ves, rayando él día

¿Qué guerra no se harán? ¡Cuánto de estragos!
¡Qué grandes huestes y sangrientos, lagos!

CLXVII.
»De los Alpes el suegro se abalanza;
Convoca sus legiones de Oriente
El enojado yerno a la venganza.
¡Hijos! ¡no, hirais el seno a la inocente
Patria! mo eterniceis bárbara usanza!
¡Tú, el primero, de Olimpo procedente,
Oh sangre mía, de rencores libre,
No ya esa arma, cruel tu mano vibre!

CLXVIII.
»Aquél, cuando a Corinto a su talante
Haya tratado y al orgullo aquivo,
Al Capitolio correrá triunfante;
Éste, el país de Agamemnon nativo
Subyugará, y en Pérses arrogante
Verá a un nieto de Aquíles fugitivo:
Tales, desquites a Ilion reserva
Y al profanado templo de Minerva.

CLXIX.
»No al gran Caton olvidaré, no a Coso;
Ni ya a los Gracos, ni a los dos Scipiones,
Relámpagos de guerra, pavoroso
Apellido a las líbicas regiones.
Fabricio, en tu pobreza poderoso,
¡Salve! y tú, el oro en rústicos terrones
Esparciendo, oh Serrano! ¡Salve, oh Fabios!
No, aunque cansado, os callarán mis labios.
CLXX.
»Máximo, con tardanzas tú prudentes

Salvarás la Nación. Y esto adivino:
Otros con más primor vultos vivientes
Harán de bronce duro o mármol fino;
Oradores habrá más elocuentes;
Sabios podrán con más seguro tino
El cielo escudriñar y las estrellas,
Y los cercos medir y el poder de ellas;-

CLXXI.
»Tú, Romano, regir debes el mundo;
Esto, y paces dictar, te asigna el hado,
Humillando al soberbio, al iracundo,
Levantando al rendido, al desgraciado.»
Habla Anquíses, y atiéndenle en profundo.
Silencio. «Ved,» añade, «señalado
Con opimos despojos a Marcelo,
Que alza entre todos vencedor su vuelo.

CLXXII.
»En mar revuelta armado caballero
Librará al pueblo de infeliz destino,
Venciendo al Galo, al Peno, y el tercero
Será que ofrenda igual cuelgue a Quirino»
Viendo Enéas que, aquél por compañero
Trae a un jóven de aspecto peregrino
Y brillante armadura, mas la frente
Mustia casi, ojos bajos, faz doliente;

CLXXIII.
«¿Y quién es el doncel, ¡oh padre!» exclama,
«Qué le sigue en amiga competencia?
Hijo suyo será, o acaso rama
Remota de su ilustre descendencia?

¿Qué son de córte en torno se
¡Cuán parecido en la marcial presencia!
¡Mas ay! que en torno de su frente vaga
Odiosa noche con su sombra aciaga!»

CLXXIV.
Con lágrimas Anquíses respondía:
«¿Quieres anticipar de los Romanos
El eterno dolor? Fortuna un día
Ese jóven mostrando a los humanos
Tornarále a ocultar en sombra impía.
Tal vez, tal vez, oh Dioses soberanos,
Si este don inmortal nos franqueara,
El trance vuestra diestra recelara!

CLXXV.
»Del Campo Marcio a la romana plaza
¡Cuántos gemidos herirán los cielos!
Y si ya tu onda su sepulcro abraza,
¿Qué, oh Tibre, no verás de acerbos duelos?
Ningun mancebo de troyana raza
Tanto alzará, como él, de los abuelos
Latinos la esperanza; hijo más bueno
Nunca otro criarás, Roma, a tu seno.

CLXXVI.
»¡Oh tipo de fe antigua y piedad rara!
¡Oh, qué brazo invencible en lid guerrera!
Ninguno, si viviese, le retara
Impune, o ya a pie firme combatiera
O caballo brioso espoleara.
Mas ¿qué suerte llorosa no le espera?
¡Ah! lograses trocar males por bienes!
Tú un Marcelo serás, sombra que vienes!

CLXXVII.
»Azucenas me dad con mano larga;
Que, a ilustre nieto fáciles honores,
Cortos alivios de esparanza amarga,
Quiero esparcir sobre su frente flores.»
Dice, y la voz en lágrimas se embarga.
Tal los campos hollando encantadores
En que benigna luz mágica oscila,
Míranlo todo el héroe y la Sibila.

CLXXVIII.
Y luego que hubo el padre al hijo atento
Aventuras y sitios explicado,
Avivando en su pecho el patrio aliento
Y ambición santa de futuro estado,
Nuevas guerras le anuncia, de Laurento
Pueblos y muros do le cita el hado:
Y maneras le enseña como eluda
Ya caso extraño, ya fatiga ruda.

CLXXIX.
Allá en confines de misterio eterno
El Sueño volador tiene dos puertas,
Una de albo marfil, otra de cuerno,
A ensueños varios a la vez abiertas.
Transitan la primera, del Averno
Fábricas de ilusión, sombras inciertas;
Las visiones e imágenes reales
Cruzan de la segunda los umbrales

CLXXX.
Yendo hablando los tres, he aquí despide
Anquíses a los dos por el abierto

Pórtico de marfil. Enéas mide
Arrancando de allí, camino cierto
Hacia amigos y naves, y decide
Ir tierra a tierra de Cayeta al puerto.
Ya, por fin, proa afuera áncoras tiran;
Las popas en la costa alzar se miran.

LIBRO SÉPTIMO.

I.
Tú, del troyano capitán nodriza,
También, Cayeta, a nuestras playas nombre
Impusiste muriendo, que eterniza,
Tu fama, y hace que al lugar asombre:
El sepulcro que guarda tu ceniza
En la Hesperia mayor, aquel renombre
Lejos te avisa y firme le señala,
Y con póstuma gloria te regala.

II.
Hechos, pues, los piadosos funerales,
Erigido de tierra un monumento,
Las altas olas contemplando iguales
Tornó Enéas al líquido elemento.
Ministras de la noche las geniales
Auras la anuncian con creciente aliento,
Y sendas alumbrando a la fortuna
Rielan sobre el mar rayos de luna,

III.
No distante de allí la costa yace
Do Circe, hija del Sol, potente mora;
Y ya de día con sus cantos hace
Sonar sus altos bosques; ya a deshora

Su alcázar regio iluminar le place
Con el cedro oloroso que atesora,
Y ella misma tejiendo se desvela
Con el peine sonoro rica tela.

IV.
Allí rugen leónes, que furiosos
En la noche reluchan en cadena:
Allí erizados jabalíes, y osos,
En jaula que sus ímpetus enfrena,
Se embravecen: aullidos dolorosos
Horribles lobos dan; el bosque suena:
¡Ay! ¡hombres fueron ya, monstruos ahora!
Con hierbas los mudó la encantadora.

V.
Neptuno que tan duro mal probasen
Los piadosos Troyanos no querría,
No, que a esas playas pérfidas tocasen,
Un viento largo a la sazón envía,
Y así concede que volando pasen
Tras el hórrido golfo. Nuevo día
En su carro gentil la rubia Aurora
Anuncia en tanto, y horizontes dora.

VI.
Calláronse las auras de repente,
Muda y sólida calma sobrevino;
Clavados en el mármol resistente
Bregan los remos por abrir camino.
Vido Enéas en esto un bosque ingente,
Y al Tibre, que por él al mar vecino,
Bullente en ondas, rojo con la arena,

Trae, sus aguas en corriente amena.

VII.
Por cima allí y a par de las orillas
Cantan con dulce pico alborozadas
Y al bosque vuelan miles de avecillas
Que en la sombra recatan sus moradas.
Holgóse Enéas, y mandó las quillas
Inclinar a las playas deseadas;
Y alegre de ocuparlas, al umbrío
Hospicio acude ya del bello río.

VIII.
De los reyes del Lacio tú la lista
Muéstrame, Erato: lo que el Lacio era,
Tiempo es ya que presentes a mi vista,
Aun antes que a sus playas extranjeras
Nave arribase. Tú de la conquista
El origen descubre, y yo esa era,
Yo esa historia marcial diré en mi canto,
¡Musa! si ya a mi voz concedes tanto.

IX.
Guerras, hórridas guerras y legiones
He de cantar: de furia el pecho lleno,
Convertidos los reyes en leónes:
Congregado el ejercito Tirreno:
Volando de la Hesperia los varones
A las armas: de Hesperia rojo el seno.
Nuevo cuadro a mis ojos resplandece;
Crece el asunto y la osadía crece

X.
Campos, ciudades florecer veía

Anciano, en paz antigua, el rey Latino
Él de Fauno y Marica procedía,
Ninfa aquella de origen laurentino
Pico de Fauno padre sido había,
Y de Pico el origen fue divino;
Tú, Saturno, su padre: por primero
Autor te aclaman del linaje entero.

XI.
No fue el monarca, si felice, abuelo
Ni padre de varones: muerte fiera
Quitóle en flor por voluntad del cielo
El único varón que le naciera.
Daba a Latino en su vejez consuelo,
De sus reinos opimos heredera,
Sola una hija en su estancia poderosa,
Ya en sazón llena para ser esposa.

XII.
Del Lacio y toda Ausonia, a la doncella
Muchos pretenden. A su afecto tierno
Aspira, y bizarrísimo descuella
Turno entre todos, del blasón paterno
Opulento heredero. Para ella
Le quiere esposo, y ya elegido yerno
Le ve la Reina; mas proyectos tales
Tropiezan con visiones funerales.

XIII.
Al raso, en medio del palacio, había
Rico en sacro follaje un lauro anciano,
Que en años veneró la gente pía.
Es fama que Latino por su mano
En dedicarle a Febo holgóse un día

No bien le halló, cuando en el campo llano
Echaba a sus alcázares cimiento;
Y de ahí a la ciudad nombró Laurento.

XIV.
He aquí, de este árbol a ocupar la cima,
Mil abejas bajaron de repente,
Y, por los pies trabadas, se arracima,
El ruidoso tropel, y así pendiente
Quedó de un ramo. «A nuestra costa arrima
Varón extraño con armada gente»,
Cantó un augur: «de do el enjambre vino,
Vendrá, la muerte del poder latino.»

XV.
Yendo otra vez, y el genitor con ella,
En el ara a enceder con mano pura
Místicas luces la real doncella,
Viose súbita chispa que fulgura
Sobre el suelto cabello, y baja y huella,
No sin ruido, la blanca vestidura,
Y el velo regio y la diadema ardía
Opulenta del oro y pedrería.

XVI.
En humo envuelta y rojos resplandores
Esparce ella después lampos de llama
Por muros, techos. Fúnebres temores
El suceso en los ánimos derrama;
Que si aquellos prodigios superiores
A ella prometen dizque gloria y fama,
Guerra amenazan a la Patria. En eso
Cava Latino, de terror opreso.

XVII.
Fauno ocurre a su mente: el Rey la planta
Mueve al gran bosque en cuyas sombras cela
Su armonioso raudal la Albúnea santa,
Mefítico vapor en torno vuela:
Que allí del tiempo venidero canta
El vatidico padre, y lo revela;
Italia, Enotria toda, allí sus pasos
Guían en tristes dudas y arduos casos.

XVIII.
De noche el sacerdote que sus dones
Allí a ofrecer acude reverente,
Si al descanso, tendiéndose en vellones
De inmoladas ovejas, da la mente,
Ve en sueños revolarle apariciones
Peregrinas; delgadas voces siente;
Habla con Dioses, y su mudo acento
Penetra de Aqueronte el hondo asiento.

XIX.
Fue allí sus dudas a calmar Latino;
Y habiendo, según rito, degollado,
En obsequio al oráculo divino,
Cien lanudas ovejas, acostado
En sus pieles dormía; cuando vino
Súbita y misteriosa voz del lado
Más secreto del bosque: «¡Prole mía!
De ajustados enlaces desconfía.

XX.
»Tú de una hija la mano a descendiente
Itálico no des. Foráneo yerno,
Su linaje empalmando con tu gente,

Hará nuestro renombre sempiterno.
El nación fundará grande y potente;
Tal, que el espacio que en dominio alterno
Sobre un mar y otro mar el sol rodea,
Todo a sus pies se humille y suyo sea.»

XXI.
Latino mismo estos avisos, dados
En la callada noche, no recata;
Y de Ausonia por campos y poblados
Ya la alígera Fama los dilata:
Ella daba la vuelta a los Estados
Del Rey, en los momentos en que ata
La juventud troyana el hueco leño
Al promontorio aquél verde y risueño.

XXII.
Enéas, los caudillos principales
Y Ascanio yacen en la sombra amiga
Conque, sus ramos prolongando iguales,
Árbol excelso la campaña abriga,
Tortas de flor extienden, cereales
Manteles (Jove mismo les instiga)
Que con frutas silvestres luego acrecen,
Para encima poner viandas que cuecen.

XXIII.
Mas no al hambre la cena satisface;
Ojos se van y manos tras la manda
Delgada Céres que tendida yace:
Voraz diente a los panes la redonda
Margen y abiertos cuartos roe y pace,
Que significación entrañan honda;
Y «¡Aun las mesas se come el hambre aguda!»

Yulo clamó, sin que al misterio aluda.

XXIV.
Fue esta voz primer nuncio que declara
A los Teucros ventura. El padre al hijo
La palabra quitóle; mas se para
Con asombro, un instante, y regocijo,
Y recobrado, «¡Salve, Tierra cara!»
Y «¡oh Penates de Troya, gracias!» dijo:
«Cumplióse el voto: el lance aquí me muestra
La anunciada heredad, la patria nuestra!

XXV.
»Ya de estos milagrosos accidentes
Mi amado genitor me dio la clave:
«Cuando el hambre aguzando edades dientes
»(Pegada a playa incógnita tu nave)
»Haga que tras las viandas te apacientes
»De las mesas, tu voz al Cielo alabe,
»Que patria hallaste; y con alegre pecho
»Pon allí muro propio y dulce techo.»

XXVI.
»He aquí el hambre temida: de cuidados
Término justo y de cruel destino.
Animo, pues: del sueño recreados,
Con el albor primero matutino
De aquí saldremos por diversos lados
El país a explorar circunvecino:
Quiénes son de estos términos los amos;
Qué campos pueblan, qué ciudad, sepamos.

XXVII.
»Hora en honor de Júpiter clemente

Bebed; a Anquíses invocad; más vino!»
Hablaba Enéas, y la noble frente
Ceñida ostenta en ramo peregrino.
Primero a la alma Tierra, y del presente
Lugar invoca al Protector divino;
Las Ninfas a que el bosque da guaridas;
Ríos sin nombre y fuentes escondidas.

XXVIII.
A la Noche después y sus fanales,
A Cibéles y a Júpiter de Ida;
A sus padres, que moran inmortales
Cielo y Erebo, en orden apellida.
Jove tres veces, en momentos tales,
Desde lo alto del cielo truena, y cuida
Mostrar en medio del fragor sonoro
Nubes de fuego y ráfagas de oro.

XXIX.
Al Dios el pueblo atónito veía
Blandir él propio el nimbo rutilante.
Rumor que de fundar llegó ya el día
La anhelada ciudad, en un instante
Circula y crece. Todos a porfía,
Orgullosos de agüero tan brillante,
Renuevan las gozosas libaciones
Y con flores de Baco ornan los dones.

XXX.
Con el primer albor del nuevo día
Van, costa y lindes a explorar: los vados
Estos son de Numicio; ésta es la ría
Del Tibre: campos éstos son poblados
Por los fuertes Latinos. Cauto envía

Cerca del Rey augusto cien legados
Enéas, que en sus tercios selecciona;
Y ya el árbol de Pálas les corona.

XXXI.
Cargados de presentes, mensajeros
De paz, que da a sus sienes verde gala,
A la vecina capital ligeros
Marchan. Enéas mismo allí se instala;
Y ya con zanja humilde los linderos
De la futura población señala,
Y cual ciñiendo un campamento, ordena
Tender la empalizada, alzar la almena.

XXXII.
Ya los nuncios, al fin de su jornada,
Ven las casas y torres presumidas,
Y ascienden a los muros. A la entrada
Y en torno a la ciudad, corre en partidas
Alegre juventud: regir le agrada,
Potros y carros con mañosas bridas;
Y con rígidos arcos y ligeras
Flechas, tiros ensayan y carreras.

XXXIII.
Tomó uno de a caballo a su cuidado
Trasmitir nuevas tales al oído
Del viejo Rey: acorre; haber llegado
Unos hombres, anuncia, con vestido
Peregrino, de cuerpo agigantado.
Que a su presencia vengan, comedido
Latino manda. «Al punto,» dice, «oírelos;»
Y va el trono a ocupar de sus abuelos.
XXXIV.

Fábrica en cien columnas sustentada,
Grande, augusta, soberbia, en una altura
De la ciudad descuella; consagrada
Por religión antigua y selva oscura.
De Pico Laurentino real morada
Fue antaño. Por presagio de ventura
Allí los nuevos reyes recogían
El cetro y fasces que al poder se fían.

XXXV.
Templo era y tribunal: en sus altares
Corderos inmolando, los señores
De la corte a gustar sacros manjares
Sentábanse en continuos cenadores.
Cada príncipe vio las tutelares
Imágenes allí de sus mayores
El vestibulo ornar, nobles y enhiestas,
Obras de antiguo cedro, en orden puestas,

XXXVI.
Ítalo allí; y aquel que al italiano
Suelo trajo la vid, el buen Sabino,
A quien, aún hora, figurado anciano,
La corva hoz le asoma, autor del vino:
El gran Saturno y el bifronte Jano
Muestran callando, su poder divino.
Otros reyes les siguen, con heridas
Marciales, por la patria recibidas.

XXXVII
De antiguos triunfos testimonios mudos,
Hay en los sacros postes mil despojos:
Armaduras suspensas, penachudos

Yelmos, corvas segures ven los ojos:
Ven sin número allí dardos y escudos,
Ven de puertas grandísimos cerrojos;
Cautivos carros, y espolones graves.
Quitdos por valientes a las naves.

XXXVIII.
Pico, de potros domador ufano,
Con trábea corta, allí también se muestra;
Báculo quirinal tiene en la mano,
Sentado, y Sacra adarga en la siniestra:
Pico, a quien ya, de ardor tocada insano,
Hirió con vara de oro maga diestra,
Circe, amante cruel; con hierbas malas
Mudóle en ave y le pintó las alas.

XXXIX.
En este, pues, de Dioses templo digno,
De sus abuelos en el rico trono,
El Rey audiencia concedió benigno.
Entraron los legados, y é1 con tono
Manso y afable, de clemencia signo,
«Hablad, Dardanios; vuestro ruego abono,»
Les dice: «antes que vistos anunciados,
Yo vuestro oriente sé, sé vuestros hados.

XL.
»Mas ¿cuál deliberada causa, o ciega
Necesidad a nuestra costa impele
Y a puerto ausonio vuestra escuadra apega?
¿Fue que el rumbo perdisteis? ¿O, cual suele
Avenir al que en alta mar navega,
Tras rodear tan largo, al leño imbele
Embistió ronca tempestad? Propicio,

Siempre, tendréis en nuestra casa hospicio.

XLI.
»A los Latinos apreciad: lejanos
De pacto escrito y de penal violencia,
En dulce paz cultivan como hermanos,
Antiguos usos, de Saturno herencia.
Y ya entre los Auruncos hallé ancianos
Que, si bien entre sombras (influencia
Envidiosa del tiempo, en la memoria
Aun guardasen de Dárdano la historia.

XLII.
»Fue de ésta, dicen, suya, a patria ajena;
Fue a las frigias ciudades, cabe el Ida,
Y de la tracia Sárnos el arena,
Honró, que hoy Samotracia se apellida;
Dejó a Corito y su mansión tirrena;
Y en el celeste alcázar ya le anida
Aureo solio que esmaltan luminares,
Y goza él, nuevo Dios, culto y altares.»

XLIII.
«Sangre ilustre de Fauno, gran Latino!»,
Palabras tales respondio Ilioneo:
«No aquí impelida nuestra flota vino
Por rudo soplo en agitado ondeo
Estrella no torció nuestro camino,
Ribera no engañó nuestro deseo:
Trajo nuestros bajeles a esta rada
Concorde voluntad nunca arredrada.
XLIV.
»De la nación mayor que peregrino
Viniendo de los límites de Oriente

El sol miraba, nos lanzó el destino.
Tiene en Jove principio nuestra gente;
La juventud dardania del divino
Abolengo se precia. A aquella fuente,
El que a ti nos envía está cercano,
Hijo de Diosa, Enéas, Rey troyano.

XLV.
»Cuántas nubes de muerte de Micénas
A asolar fueron la ciudad troyana;
Cuál lucharon al pie de sus almenas
Asia y Europa con crueza insana,
Lo sabe el que las últimas arenas
Pisa do va a quebrarse espuma cana;
Lo sabe a quien la zona ancha intermedia
Aísla, y sol abrasador asedia.

XLVI.
»Después de aquel diluvio y largo viaje.
Sobrio asilo en tus costas, lo que asombre
Nuestros Dioses, pedimos, y hospedaje:
El aire y agua, propiedad del hombre.
No será al reino nuestro ingreso ultraje;
Crecerá nuestro amor y tu renombre:
¡Si a Troya, Ausonios, vuestro seno abriga,
No la veréis ingrata ni enemiga!

XLVII.
»Y esto lo juro por lo que es Enéas;
Por su diestra, no menos ya probada
En sellar pactos que en vencer peleas.
Muchos pueblos -tenemos en nonada
Excusa, ¡oh Rey! aunque extender nos veas

En las manos la oliva; aunque embajada
De súplicas traigamos -gentes muchas
Ligas nos propusieron y no luchas.

XLVIII.
»Mas por divina voluntad guiados
A los bordes venimos de tu imperio:
A la cuna de Dárdano los hados
Traen los nietos de Dárdano. Con serio
Ordenamiento, a los tirrenos prados
Que honra el Tibre, y, envueltas en misterio,
Nos mueve a las vertientes de Numico,
El sabio, Apolo, de promesas rico.

XLIX.
»Que en prenda de concordia aceptes fía
Los breves restos de la Patria cara,
Memorias de otra edad, quien los envía:
Ve en qué oro libó Anquíses en el ara;
Mira cuáles, si al pueblo reunía,
En su alto tribunal cetro y tiara
Príamo usaba, y el bordado arreo
Por damas de Ilion.» Habló Ilioneo.

L.
Suspenso el Rey le escucha; mas no tanto,
Mientras, bajos los ojos, con prolija
Pausa los vuelve, en el purpúreo manto,
Ni en el cetro real la atención fija;
Ideas tales no le ocupan, cuanto
El proyectado enlace de la hija;
Y la voz del oráculo elocuente
Revuelve pensativo allá en su mente,

LI.
«Que éste es,» se dice, «el anunciado yerno
Con quien mi cetro he de partir, medito;
El que hará de su raza el nombre, eternos
Y de su imperio el ámbito, infinito»
«Vos el augurio que feliz discierno,»
Exclama luego con gozoso gritos
«Dioses, sellad, y coronad mi idea!
Troyano, en lo que a ti cual pides sea.

LII.
»Ni menosprecio el don. Mientras Latino
Impere, no de fértiles terrenos
Opimos frutos, de Ilion divino
Magnificencias no echareis de menos
Y ¡oh! si unir con el nuestro su destino,
Si hospedaje leal, días serenos
Anhela vuestro Rey, ¿por qué me niega
De verle el gozos y ante mí no llega?

LIII.
»Ojos amigos le verán; y en muestra
De la alianza que firmar decido,
Estrecharé su diestra con mi diestra.
Id, y en mi nombre referidle, os pido,
Que una hija tengo que en la patria nuestra,
Hallar no puede para sí marido;
Con profética voz glorioso abuelo,
Con visiones de horror lo impide el Cielo.

LIV.
»Vendrá yerno extranjero a mi palacio;
Me le anuncia infalible profecía:
En él sus esperanzas finca el Lacio;

Y él, su raza empalmando con la mía,
De nuestro nombre llenará el espacio:
Por tal el hado a vuestro Rey me envía;
Créolo, y si es verdad lo que adivino,
Lo anhela el corazón.» Habló Latino.

LV.
Y manda que, uno a uno, a los Troyanos
Lleven sendos caballos: de trescientos
Que en reales cuadras hay, los más lozanos.
Con púrpura y bordados paramentos
Y colleras riquísimas ufanos
Van los ágiles brutos, opulentos
Con el profuso aurífero tesoro.
Y el bocado volviendo, muerden oro.

LVI.
Hermoso carro para el Rey ausente,
Y dos potros con él, despacha luego,
Que, renuevos de eléctrica simiente,
Por la abierta nariz despiden fuego:
Los bridones del Sol secretamente
Sagaz con yegua oculta a fértil juego
Circe movio: fruto éstos de esa traza,
Bastardos brotes son de etérea raza.

LVII.
Así, en regios corceles caballeros
Y de regias mercedes abrumados,
Portadores de paz, ya mensajeros,
Tornaban a su campo los legados.
Partiendo, a la sazón, de los linderos
Argivos, con los céfiros alados
Volando va de Júpiter la esposa

En su carro gentil soberbia Diosa.

LVIII.
Y lejos, desde el síciulo Paquino,
Ve ledo a Enéas; ve a su gente, dada,
En la tierra a quien fía su destino,
Bases a echar de sólida morada,
Las naves olvidando. En su camino
Paróse adolorida y asombrada
La Diosa, y meneando la cabeza,
Sola consigo a razonar empieza:

LIX.
«¡Oh raza aborrecida! ¡Oh frigios hados,
Por siempre opuestos a los hados míos!
¡Qué! ¿Cautivos quedar, y no estorbados?
¿Eso logran? ¿Sin fuerza, y no sin bríos?
¿Ilesos de sus muros abrasados
Salir, y de las hondas de sus ríos?
¿Y entre aceros y llamas, ruina y muerte,
Hallar camino y restaurar la suerte?

LX.
»¡A bien que de venganzas satisfecha
Yo, o cansada de odiar, desistiría!
Luego que el hado de Ilion los echa,
Prófugos restos, a la mar bravía,
Mi cólera en las olas los estrecha,
Les cierro a toda empresa toda vía,
Y armada, último golpe, les afronto
Con las iras del cielo y las del ponto!

LXI.
»¿Qué me sirvió Caribdis vasta, o Scila,

Ni qué las Sirtes? La nación troyana
Libre del mar, respecto a mí tranquila,
Ya el Tibre deseado ocupa ufana.
¡Y a los Lápitas fieros aniquila
Marte! ¡y en manos pone de Diana
Jove a los Calidonios por perdellos!
¿Cuál el gran crimen fue de éstos o aquellos?

LXII.
»¡Y yo, esposa de Júpiter, que empleo
Cuanto recurso da el furor; que ensayo
Cuanto plan dicta el odio, ¿qué granjeo?
¡Ser de Enéas vencida!... ¡Aun no desmayo!
Ajena mano, si en la lid flaqueo,
Irá a encender de mi venganza el rayo;
Y si el Cielo a mover mi voz no alcanza,
Empeñaré al Averno en mi venganza!

LXIII.
»No ya el imperio del país latino,
Ni de Lavinia la ofrecida mano
(Si así inflexible lo ordenó el destino),
Quitar pretendo al príncipe troyano.
Mas yo estorbos sin cuento en su camino,
Yo pondré entre ambas razas odio insano;
A ambos reyes tan caro así les cueste
Ser yerno éste de aquél, suegro aquél de éste!
LXIV.
»La sangre de dos pueblos es tu dote,
Y madrina a tu unión Belona asiste,
Virgen!... Hacha nupcial que incendios brote,
Hécuba, no tú sola concebiste;
Que también de dos pueblos para azote,
De Paris ominoso copia triste,

Nació el hijo de Venus. Boda nueva
Ya a Troya renaciente estragos lleva.»

LXV.
Dijo, y el carro la soberbia Diosa
Con rápido descenso inclina a tierra;
Y de aquella región que tenebrosa
Las hermanas frenéticas encierra,
Evoca a la impía Alecto, que rebosa
En fraudes, iras y rencor de guerra;
Que todo crimen e intención dañada
Tiene en ella su nido y su morada.

LXVI.
Horrible es entre monstruos infernales;
Plutón mismo su padre, y las hermanas
Tartáreas la detestan; ¡visos tales
Y tantas apariencias inhumanas
Toma y muda, afligiendo a los mortales
¡En serpientes tan ásperas e insanas
El crin le abunda que su cuello eriza!
Juno a hablarle empezó, y así la atiza:

LXVII.
«Tú sola, hija de la Noche, puedes
Conseguir lo que imploro; ¡oh virgen! fío
Que en tan estrecha coyuntura, vedes
Que sucumba mi honor y el poder mío:
No dejes, tu que, entre nupciales redes
de Latino envolviendo, el albedrío,
A mansalva el troyano río aventurero
Los ítalos confines tome artero.

LXVIII.
»Tu ardiente azote altera y tu veneno
Públicos y domésticos enlaces,
Por ti hermanos unánimes, terreno
Sangriento van a disputar: falaces
Tienes mil nombres, artes mil. Tú el seno
Astuto anima, pues: juradas paces
Rompe; discordias siembra: audaz asome
La juventud; pida armas, armas tome!»

LXIX.
Al punto, el, corazón y las miradas
Infectas de ponzoña medusina,
Del Rey a detenerse en las moradas,
Alecto vuela a la región latina:
Mueve en silencio a Amata sus pisadas:
Amata a la llegada repentina
De los Troyanos, y a la ansiada boda
De Turno, su atención dedica toda.

LXX.
En congojas y lloros femeniles
Se abrasaba la Reina, cuando vino
La Furia a su mansión con pasos viles:
Tírale del cabello serpentino
Uno de sus ceruleos reptiles,
Y se lo hunde en el seno, porque el tino
Pierda, y corra el palacio, y a el trasmita
Todo el furor del monstruo que la agita.

LXXI.
Y ya el áspid sutil por entre el bello
Seno y las ropas de la Reina gira;
Ya, sin que la infeliz se cure de ello,

Víbora, alma de víbora le inspira:
Crece, y dorada alhaja orna su cuello;
Crece, y cinta elegante atar se mira
Sus cabellos y sienes; crece, y blanda
Hincha sus venas, por sus miembros anda.

LXXII.
Mientras el virus primero que destila.
De la ponzoña húmida, resbala
Por los sentidos timido, y vacila
El fuego oculto que los huesos cala;
Mientras no oprime al ánima intranquila
Toda la fuerza del incendio, exhala
La dolorida Reina, quejas tales
A estilo y en acentos maternales:

LXXIII.
«¿Tú nuestra única hija» (y largo lloro
Por la hija y frigias bodas derramaba,
Así hablándole al Rey), «nuestro tesoro
Darás a advenedizos? ¿Ni hallas traba
En su suerte, en mi amor, en tu decoro?
Haya viento propicio, ¡y por esclava
Llevárasela a bordo, y dejárame
En duelo eterno el robador infame!

LXXIV.
»Ejemplo toma del pastor troyano,
Que de Esparta a Ilion llevóse a Elena.
¿Qué? ¿y tus santas promesas son en vano,
Tu patriótico zelo? ¿Harás ajena
Esa que veces mil paterna mano
Tendiste a Turno ya de afecto llena?
Oigo me arguyes, que forzoso agüero

Subyuga el Lacio a príncipe extranjero.

LXXV.
»Si Fauno así sobre tu mente impera,
No se rinde par eso mi deseo;
Región independiente es forastera,
Que a esto los Dioses aludieran creo:
El origen de Turno considera:
Ínaco, Acrisio, entre los nombres leo
Que, honrando patria extraña, honran su gente;
Y la clara Micénas fue su oriente.»

LXXVI.
En balde hablaba así la Reina: mira
Que en Latino sus voces no hacen mella;
Y ya, quemando sus entrañas, gira
El veneno furial por toda ella:
Movida, en fin, de ponzoñosa ira,
Fantasmas ve, respetos atropella,
Y por la ancha ciudad el paso ciego
Abrevia con febril desasosiego.

LXXVII.
Cual peonza que en plaza despejada
De juguetones mozos circuida,
Va, del torcido látigo azotada,
Que hace que, vueltas dando, espacios mida;
A ver el boj tornátil de pasada
Necia, curiosa ociosidad convida
Absorta turba; y ni el herir se aplaca,
Ni él menos bríos de los golpes saca:

LXXVIII.
Por medio a la ciudad, y entre sus gentes

Indómitas, el paso precipita
La Reina así con ímpetus ardientes,
Nuevas furias concibe ya, medita
Escándalo. mayor: en accidentes
Convulsivos, semeja que la agita
Interno Baco, a selva hojosa, inculta,
Lleva a la hija consigo; allí la oculta.

LXXIX.
Tal eludir o deshacer aquella
Boda intenta que teme y que desama:
Y gritando *¡Evohé!* de la doncella
Unico digno a ti, Baco, proclama;
Que por ti, dice, en tiernas hojas ella
Viene a vestir tu predilecta rama;
Por ti, ofrecida a ti, danzando en coro,
Suelta de, sus, cabellos el tesoro.

LXXX.
Corro la nueva; y del furor tocadas
«Ya todas las matronas, desparcidas
Las melenas al viento, sus moradas
Dejan, buscando insólitas guaridas:
Astas vibran de pámpanos ornadas,
Y de rústicas pieles van vestidas;
Otras dan voces de dolor. Blandea
Amata en medio improvisada tea,

LXXXI.
Y anuncia a voces, con mirar de llama,
De Lavinia y de Turno el himeneo;
Y «¡Oid!» en brozno acento,. «Oid,» exclama,
«Oh matronas del Lacio, mi deseo:
Si aún a la triste Reina amáis que os ama,

Si honráis fueros, maternos, el arreo
De las sienes al punto desatando
Que orgías conmigo celebréis os mando.»

LXXXII.
Así en los bosques, en feral desierto.
Con estímulos báquicos incita
Alecto a Amata; y como mira cierto
Prender la llama que atizó maldita,
Y en conflicto por ende y desconcierto
Ve la real casa, y lo que el Rey medita,
Hacia el rútulo audaz la Diosa triste
Va en negras alas que su cuerpo viste.

LXXXIII.
Tiende ella el vuelo a la ciudad que él ama,
La cual Dánae, traída a la ribera
Al ímpetu del Noto, fundó, es fama,
Con acrisios colonos. Ardea era
Floreciente el lugar, Ardea hoy se llama
Cambió la suerte, el nombre persevera.
Allí, mediada ya la noche umbría,
En su excelsa mansión Turno dormía.

LXXXIV.
Deja Alecto su cuerpo horrible, deja
Su apariencia furial; la toma humana;
Ara con rugas mustia faz de vieja;
Con venda ciñe la melena cana
Y con rama de oliva; y ya semeja
A Cálibe, al andar, ministra anciana
De Juno y de su templo. De esta suerte
Muéstrase a Turno, y voces tales vierte:

LXXXV.
«¡Turno! ¿y así permitirás que nada
Te sirvan tantos méritos, y lleve
Huésped dardanio en mengua de tu espada
El cetro que en justicia se te debe?
Aquel enlace y dote conquistada
Por ti con sangre, el Rey te niega aleve:
Y a un extranjero en tu lugar convida.
¡Ve, y por ingrato! luego expon tu vida!

LXXXVI.
»Ve, y los Tirrenos debelando fuerte,
La paz a los Latinos asegura!
Estos avisos mándame traerte
Entre el descanso de la noche oscura,
Saturnia poderosa. ¡Sus! despierte
Tu ardor la juventud, y la conjura
Los muros a dejar, de armas provista,
Y haz que a los Frigios animosa embista!

LXXXVII.
»Tú a ésos, que yacen junto al bello río,
Y a sus pintadas naves fiero hostiga
Con rayo abrasador. El labio mío
Te enseña lo que el cielo a hacer te obliga.
Latino propio si en infiel desvío
Niega el pactado enlace, como amiga
Probó tu mano ya, pruébela ahora
Justiciera también y vengadora!»

LXXXVIII.
Burlándose el doncel de la adivina,
«No ha faltado» contesta, «cual supones;
Nuncio que a la ribera tiberina

Me avise que llegaron galeónes.
¿Mas tú a notificarme de ruina
A que vienes con lúgubres ficciones!
No ha puesto la alta Juno todavía
En olvido mortal la causa mía.

LXXXIX.
»Ya: decrépita edad, y asombradiza
De suyo la vejez, tu mente, ¡oh buena
Mujer! con temorcillos martiriza,
Y de especies fatídicas te llena
Viendo entre reyes la empeñada liza.
Cuidar las aras tu deber te ordena;
Hazlo, y deja del reino a los magnates
Acordar treguas o librar combates.»

XC.
En cólera creciente se inflamaba.
Alecto oyendo a Turno; y Turno, yerta
Par6 la vista, aún bien de hablar no acaba:
Espantosa visión le desconcierta,
Convulsivo terror sus miembros traba.
¡Así disforme a demostrarse acierta
La Furia, al propio ser vuelta de lleno!
¡Tanto silban las hidras de su seno!

XCI.
Y ya con vista que abrasando mata,
Al joven, que algo, en la ocasión estrecha,
En balde de añadir medroso trata,
Sus ojos tuerce y la intención desecha;
Y dos gemelos áspides desata
De la crin ruda de serpientes hecha,
Chasquéalos su mano, ira, rebosa

Y esto agrega con boca ponzoñosa:

XCII.
«¡Mira la ilusa aquí, la asombradiza;
A quien el peso de los años, buena,
Mujer, con temorcillos martiriza!
¡La que de especies vanas anda llena
Viendo entre reyes empeñada liza!
Torna, torna a mirar, si no te apena:
Furia soy de los reinos infernales;
Guerras llevo en la mano y fieros males»

XCIII.
Así diciendo, vengativa tea
Al joven lanza, en cuyo triste pecho
Ya con negro fulgor hundida humea.
En sudor copiosísimo deshecho,
Que brota y cala, pavorosa idea
Su letargo interrumpe; y ya en el lecho,
Ya fuera, con voz ronca y mano brusca,
Armas pide frenético, armas busca.
XCIV.
Y en sed de sangre criminal, en fiera
Rabia arde loco. Así en sonante llama
Los costados de férvida caldera
Cerca y envuelve allegediza rama:
Siente el agua el ardor, bulle ligera,
Y enciéndese, y borbota, y se derrama
La desbordada espuma, y vuelto nube
El cálido vapor al aire sube.

XCV.
He aquí a tus nobles contra el rey Latino,
Rompida entre ambos pueblos la alianza,

Turno señala militar camino,
Y armados los convoca a la venganza:
A Italia defender es su destino,
Y rechazar al invasor; que alcanza
Por sí sola, dice él, la fuerza suya,
A que el Latino ceje, el Teucro huya:

XCVI.
Hecho a los suyos Turno estas razones,
Y a los Dioses pedido fuerza y guía,
Entre sí los rutulios corazones
A la lid se estimulan, a porfía:
Corren unos a armarse campeones
Ricos de juventud y lozanía;
Quiénes fieros con sangre regia, y quienes
Con brazo ilustre y triunfadoras sienes.

XCVII.
Turno inflama a los Rútulos; y vuela
A los Teucros en tanto Alecto impía:
Con nueva traza, al margen va do anhela
Tras las fieras Ascanio o las espía;
Y con violento ardor hace que huela
Rastros de ciervo la salaz jauría
Que Ascanio lleva. Rústicos furores
Aquí nacieron; y después, horrores.

XCVIII.
Con altos cuernos y gentil figura,
Temprano hurtado, al maternal sustento,
Hubo un ciervo a quien daban con ternura
De Tirreo los hijos alimento-
Tirreo, aquel que en campos de verdura

Custodiaba del Rey greyes sin cuento; -
Mas si querido a los mancebos era,
Silvia ante todos en su amor se esmera.

XCIX.
Ama él su servidumbre, ella le adora:
Plácida joven, la enastada frente
Con suaves guirnaldas le decora,
Peina a su ciervo y lávale en la fuente
Manso a la mesa va de su señora,
Ledo caricias de su mano siente;
Ociosas horas en la selva pasa,
Mas de noche, aunque tarde, vuelve a casa

C.
De la querencia, a la sazón, distante,
Ansioso el ciervo de apacible frío,
Sesteaba en la playa verdeante,
Nadando a tiempos a merced del río.
Los podencos de Ascanio, allí cazante,
Fieros le avientan con ardiente brío;
Y a impulso Ascanio de ambición inquieta,
Lanza del combo arco una saeta.

CI.
Y dio acierto fortuna a su descuido;
Que a herirle los ijares, por el viento
Volando al ciervo fue con gran raído
La flecha aguda. El triste huye sangriento
A la usada mansión, y con, gemido
Como quien llora y llama en su lamento,
Entra en su establo, y los contornos llena,
Con los ecos dolientes de su pena.

CII.
Con las palmas los brazos se golpea,
Y alza Silvia tristísimos clamores;
Fue el primer, llamamiento que a pelea
Convoc6 los fornidos labradores.
Ellos (pues ya invisible la ímpia Dea
Sembrara en, la agria selva, sus ardores)
Al punto comparecen: éste saca
Tizón agudo; aquel ñudosa estaca.

CIII
Cuanto ha tomado, en armas lo convierte
La rabia, y toma cuanto a mano mira.
Con recias cuñas, con empuje fuerte,
Tirreo a la sazón a hender aspira
Un roble colosal. Y como advierte
Amenazas venir, fuego respira
Del hacha asiendo arrebatado, y llama
Los suyos, a su lado y los inflama.
CIV.
Volando en esto la terrible Diosa,
Que alta el momento de dañar espía
Precipitase audaz, y el ala posa
En la cumbre mayor de la alquería;
Y desde allí la seña sonorosa.
Que d pastores reúne, al aire fia,
Y por el campo, con el corvo cuerno,
Hace sonar los ecos del Averno.

CV.
Y el campo se estremece y la arboleda,
Y atónita retumba selva anciana
En son profundo; y aunque lejos queda,

Oye el clamor el lago de Diana,
Y el Velino, Y el Nar, que blanco rueda
Pues de vertientes sulfurosas mana;
Trémulas madres, al rumor del trueno,
Apretaron los hijos contra el seno.

CVI.
Corren al son de la bocina insana
Los rústicos, tomando armas a tiento;
Corre, a auxiliar a Ascanio, la troyana
Juventud en abierto campamento.
Ordénanse las haces: no es villana
Riña Ya, ni se ostenta el ardimiento
Con macizas estacas o tizones;
No; que blanden el hierro, y son legiones.

CVII.
Oscura miés de puntas encontradas
El campo cubre, y en dudosa liza
Reflejan en las nubes las espadas
Del sol los rayos. Tal primero eriza
El pielago sus ondas, y encrespadas,
Más y más cada vez se encoleriza,
Y encumbrándose, en fin, desde su asiento,
Esforzado amenaza al firmamento.

CVIII.
He aquí, lidiando en avanzada hilera,
Crujiente flecha a su garganta asida
Almon cayó, que entre los hijos era
De Tirreno, el mayor. La cruda herida
Con la ferviente sangre que aglomera,
La húmida voz y la delgada vida
Extinguió del mancebo, a cuyos lados

Muchos otros sucumben derribados.

CIX.
Allí murió Galeso, que. intervino
Medianero de paz, ¡infortunado!
Rico en tierras, cual no otro convecino,
Él, viejo ilustre, y de virtud dechado:
Contaba en sus dehesas de contino
Rebaños cinco de mayor ganado
Y cinco greyes de lanosa cría;
Y el campo con cien yuntas revolvía.

CX.
Mientras pugnaban con incierto marte,
Firme en cumplir lo que a su fe, se fia
Habiendo Alecto por su fuerza y arte,
Comprometido en bélica porfía
Y funeral destrozo a cada parte,
Arrebola con sangre su alegría,
Deja a Italia, veloz cruza la esfera,
Y a Juno en voz de triunfo dice fiera:

CXI.
«Lo que ansiaste, atroz guerra, odios insanos,
Te doy: sangre ha corrido: ahora, si puedes,
¡Ve, reconcilia a Ausonios y Troyanos!
Más allá iré, si gracia me concedes:
Azuzaré los pueblos comarcanos,
Y atraeré sus auxilios con mis redes
Al incendiado campo de la guerra:
De armas, si faltan, sembraré la tierra! »

CXII.
«Basta de ardides y traspasos; tente!

Juno así respondió: «robusta nace
Esta guerra por sí: sangre reciente
Tiñe las armas que el furor les hace,
Y trábalos él mismo en lid patente.
Que a tan ardiente unión y estrecho enlace
Venga de Venus la famosa casta
Y el rey Latino mismo, esto me basta.

CXIII.
»¡Y véte al punto! El que en Olimpo impera
No ya en paz que siguieses llevaría
Vagante Furia en superior esfera:
Si aún hay algo que hacer, a mí lo fía.»
Mientras hablaba así Juno altanera,
Con áspides Alecto descogía
Las bramadoras alas, deja el cielo,
Y al Cocito veloz despeña el vuelo.

CXIV.
Hay en mitad de Italia, sojuzgado,
De montes, noble sitio, por la fama
En apartadas tierras celebrado
A quien valle Omnisanto el Vulgo llama:
Selva le ciñe de uno y otro lado
Con medrosa negrura y densa rama;
Y entre rocas, en óndico tumulto,
Por el bosque un torrente suena oculto.

CXV.
Horrenda cueva allí la vista espanta,
A Plutón y sus reinos abertura:
Roto Aqueronte, férvida garganta
Gran vorágine abre, y nube oscura
De vapores pestíferos, levanta;-

Allí el odioso Númen su figura
Escondio derribándose al profundo,
Y su serenidad devuelve al mundo.

XCVI.
Entretanto a los bélicos furores
Juno cuida poner última mano.
A la ciudad los miséros pastores
Acorren, y sin vida a Almon, lozano
Exponen; y esforzando los clamores,
Hendido el rostro de Galeso anciano
Enseñan; y cobrando la esperanza
A los Dioses y al Rey piden venganza.

XCVII.
En medio al alegato se presenta
Turno feroz, el cual de sangre y llama,
El terror con sus voces acrecienta:
Que a reinar a los Teucros se les llama,
Que frigia raza en su lugar se asienta,
Y a él se pone a las puertas, dice, y brama,
Y hacen parte con él hijos de aquellas
Que de Amata en furor siguen las huellas.

CXVIII.
Mientras las madres en vinosa danza
Atropellan florestas y collados,
(¡De una reina el ejemplo tanto alcanza!)
Ellos de un númen infernal tocados,
Convocan en tropel a la matanza,
Contra el querer del Cielo y de los hados,
Contra el temor de oráculos y agüeros;
Y las puertas del Rey asedian fieros.

CXIX.
Cual peñón en los mares, él resiste;
Coma el peñón a quien con golpe rudo,
En fragor recio el oleaje embiste,
Y él las ondas ladrantes oye mudo,
Y escollos, rocas que la espuma viste
Hirviente en derredor, los ve desnudo,
Y firme mira, en sus costados rota,
Ir y venir el alga que le azota.

CXX.
Yendo las cosas a merced de Juno,
Al fin el mal consejo halló camino;
Tal que, habiendo a los Dioses uno a uno
Y a los vientos aligeros Latino
Conjurado con votos importuno,
«En ondas,» dice, «adversas el Destino
Nos arrastra. Vosotros, homicidas,
La impiedad pagaréis con vuestras vidas.

CXXI.
»A ti está reservado acerbo filo;
Tarde a los Dioses volverás tu ruego,
¡Oh Turno desdichado! Yo al asilo
Que abre la tumba a mi esperanza¡ llego;
Sólo me privas de morir tranquilo! »
Habló Latino, y encerrose luego,
Y a tristes pensamientos entregado,
Las riendas abandona del Estado.

CXXII.
Fue en el Lacio costumbre; -los albanos
Pueblos la honraron luego; y la gran Roma,
Hoy si a, los Getas lleva o los Hircanos

Luto, o sobre los Arabes asoma,
O a Oriente o a los Indos va lejanos,
O enseñas propias a los Partos toma,
Roma, abriendo a sus triunfos la carrera,
En la misma costumbre persevera;-

CXXIII.
Y es así, que dos puertas tiene iguales
El templo que renombran de la Guerra,
Por ritos consagrado inmemoriales,
Y por Mavorte que sangriento aterra
Guarnécenle cien barras, y son tales
El bronce y hierro que lo mura y cierra,
Que el tiempo destructor los muerde en vano,
Y firme los umbrales guarda Jano:
CXXIV.
Y apenas el Senado la balanza
Inclina por la guerra, ya, ceñida,
Romúlea toga a la gabina usanza,
Vistoso, el Cónsul presentarse cuida;
Las chilladoras puertas abre, y lanza
El grito que venganzas apellida:
Le sigue el pueblo, y la guerrera pompa
El clangor solemniza de la trompa.

CXXV.
Estas puertas de lúgubre destino,
Rebelde chusma con furor tirano,
Siguiendo la costumbre, al buen Latino
Mandaba abrir contra el poder troyano;
Mas a alargar el Padre no se avino
Al ministerio vil la regia mano,
Y en sombras ocultose. El vacuo puesto
La Reina, de los Dioses llena presto.

CXXVI.
La cual del cielo rápida desciende,
Y ella misma las puertas rechinantes
Empuja, y los ferrados postes hiende.
Italia, al punto adormecida en antes,
En bélico furor toda se enciende:
Quiénes a pie se ensayan; arrogantes,
Quiénes, en polvo envueltos, potros doman;
Ya todos piden armas, armas toman.

CXXVII.
Y a las hachas dan filo, y pulimento
A los lisos escudos y saetas;
Quieren banderas tremolar al viento,
Que el viento hieran voces y trompetas:
Renuevan pues al yunque el armamento
Cinco ciudades, a porfía inquietas:
Ardea, Atina potente, Crustumero,
Y Antena torreada y Tíbur fiero.

CXXVIII.
Aperciben las cóncavas celadas,
De cabezas reparo; adargas nuevas
De varillas de sauce conformadas,
Y corazas metálicas y grevas,
Hecho el argento, láminas delgadas;
Y nadie ya ni en hoces ni en estevas
Ocupa el pensamiento; que humillado
Yace y se esconde el arte del arado.

CXXIX.
¿No ves cuál de sus padres los aceros

Reforjan en el horno? El clarín suena;
Pasa de mano en mano entre guerreros
El símbolo marcial: aquel estrena
Yelmo arrumbado en casa; aqueste fieros
Potros a desusado yugo enfrena;
Y la de triple franja, áurea loriga,
Toma, el escudo fiel, la espada amiga.

CXXX.
¡Hora, Musas, abridme el Helicona,
Mi númen sed! Que jefes principales
Corrieron a ganar triunfal corona
Decid, que gentes los siguieron; cuáles
Nobles varones en la hesperia zona
Ya florecían: honras desiguales
Da Fama oscura a tan insignes hombres;
Vosotras los sabeis, dictad sus nombres!

CXXXI.
Mezencio de los términos tirrenos,
De los Dioses reidor, primero vino,
Y armó los suyos de coraje llenos:
Lauso con él, mancebo peregrino,
El cual gallardo sobre todos, menos
Turno, se ostenta, y de otro rango dino;
Hábil jinete y cazador de fieras:
¡Nunca hijo de Mezencio, ay triste fueras!

CXXXII.
De Agilina mil hombres sacó en vano
Lauso infeliz. En pos de estas legiones
Noble Aventino en el gramoso llano
Su carro y sus indómitos bridones
Lanza, con palmo triunfadora ufano:

De Hércules la hermosura y los blasones
Heredó, y a su escudo da ornamento
Hidra ceñida de culebras ciento.

CXXXIII.
Diole a luz en las sombras del collado
Que, como él, goza el nombre de Aventino,
Rea, sacetotiza, que al agrado
Cedio, débil mujer, de un ser divino,
Luego que, habiendo a Gerion postrado,
A las regiónes de Laurento vino
El semidios y en tiberinas olas
En paz lavó sus vacas españolas.
CXXXIV.
Trae el hijo de Alcídes su vestido,
Que ancho los hombros y hórrido cubriendo
Arrastra en puntas a los pies partido:
Piel que muestra, a su frente adorno horrendo,
Los albos dientes de un león vencido
Tal a su regio alcázar va tremendo
Aventino marchando sus peones,
Menean fieros dardos y rejones;

CXXXV.
Y la sabina pica aterradora
Blandiendo van. Tras éstos, dos hermanos
Dejan, Catilo y el fogoso Cora,
Argiva copia, jóvenes lozanos,
Los tiburtinos muros que decora
Nombre fraterno; y a lidiar insanos
Acorren, y con armas delanteras
A romper del contrario las hileras.

CXXXVI.
Hijos de nubes dos Centauros, cuando
De níveas cumbres rápidos descienden.
Así, ancho espacio abriendo, resonando,
Arbustos postran y la selva hienden.
También Céculo vino con su bando,
Fundador de Penestre, el cual entienden
Todos los siglos, que entre vil ganado
Nació, y fue pronto junto al fuego hallado.

CXXXVII.
De todas partes campesina hueste
Al, Rey se adscribe que engendró Vulcano:
Los que tratan las cimas de Preneste,
Los que de Gabia, a Juno grata, el llano;
Los que el gélido Anio, y el agreste
Hérnico monte con arroyos cano;
Los que las tierras de la rica Anaña;
Padre Amaseno, y las que tu onda baña,

CXXXVIII.
No armados todos van de firme hoja,
Ni hacen ellos sonar carro y escudo:
Gente es que en balas pardo plomo arroja;
Algunos blanden doble dardo agudo:
De piel de lobo capellina roja
Les defiende la sien: de cuero crudo
Lleva el derecho pie cerrada abarca;
Desnudas huellas el izquierdo marca.

CXXXIX.
Gran domador de potros vino luego
Mesapo, el hijo de Neptuno: el hado
Le protege, y ni a espada ni con fuego

Su sacra vida vulnerar es dado.
Él a su pueblo, en secular sosiego
A pacíficas artes avezado,
A la guerra de súbito apellida,
Empuñando el primero arma homicida.

CXL.
Forman la multitud que le acompaña
Los que el suelo Falísco y Fescenino,
Los que el alto Soracte, y la campaña
Flavinia, y lago y bosques de Cimino
Tratan, y de Capena la montaña.
Más que terrestre, ejército marino,
No de hombres, sino de aves le creyeras,
Movidas con estruendo a las riberas.

CXLI.
En ordenadas filas los loores
Cantando de su Rey marchaban ellos,
Cual entre húmedas nubes sus candores
Muestran los cisnes de Caistro bellos
Cuando vuelven del pasto, y triunfadores
Cantos exhalan de los largos cuellos;
Y el río suena y los asianos vados,
De la celeste música agitados.

CXLII.
Guiando Clauso va grandes legiones,
Igual él mismo a una legión potente;
Clauso, ilustre varón, de los varones
Antiguos de Sabinia procedente,
Del cual por las latinas poblaciones,
Tribu admitida al fin, la Claudia gente
Se propagó, desde que Roma dada

Fue en parte a los Sabinos por morada.

CXLIII.
Los de Amiterna, innumerable cuento,
Los de Cúres y Ereto habitadores
A Clauso unirse veo en un momento:
La olivosa Mutusca guerreadores
Da a su turno, y la villa de Nomento,
Y el campo de Velino, rico en flores;
Y van los que en Severo desabrido
Y en las Tétricas cumbres hacen nido.

CXLIV.
Y la Casperia y Forunila gente,
Y la que Himela en sus riberas cría;
La que bebe del Tibre en la corriente,
Y en las aguas de Fábaris: la fría
Nursia y Orcoa también su contingente,
Y el latino país el suyo envía;
También arma sus hijos la campaña
Que Alia (¡nombre nefasto!) cruza y baña.

CXLV.
En número a las ondas van iguales
Que ruedan en el pielago africano
Si triste se hunde en aguas invernales
Orión; o a las que de Hermo en fértil llano
O en las mieses de Licia candeales
Espigas densas tuesta rayo insano;
Y suenan los escudos, y la tierra
Treme, do pies batida, en son de guerra.

CXLVI.
Griego¡ Haleso odía a Troya: sus bridones

Unce al carro, y a Turno, a lid dispuestas
Arrastra mil valientes poblaciones:
Aquellos que del Másico en las cuestas
Cultivan, Baco, tus preciosos dones;
Los que enviaron de sus agrias crestas
Los Auruncos ancianos; los vecinos
De los húmedos campos Sidicinos;

CXLVII.
Y los que a Cáles dejan y las bravas
Satículas guaridas, y el asiento
Que tú, Volturno, con tus ondas lavas;
Llegan al par los Oscos ciento a ciento:
Todos redondas y erizadas clavas
Prendidas llevan con flexible amiento:
Adarga, que la izquierda cubre enseñan
Y el corvo alfanje con que en lid, se empeñan.

CXLVIII.
Ni a ti en mis versos dejaré en olvido
En la ninfa Sebétide engendrado,
Ebalo, por Telón, cuando adquirido
Hubo de los Telebos el reinado,
Y en Cáprea, anciano ya, sentó su nido.
Estrecho el hijo en el paterno estado,
A los campos Sarrastes le dilata,
Y a los llanos también que el Sarno trata.

CXLIX.

Y de Bátulo y Rúfras las regiónes
Le obedecen, y el valle de Celena,
Y la que Abela entre altos torreones
Campiña mira al pie de pomas llena.

Tercian la pica a guisa de Teutones:
Almete de alcornoque la melena
Ciñe en torno: de acero cicaladas
Brillan las peltas, brillan las espadas.

CL.
Dichoso en lides, rico en gloria, Ufente,
A ti a la guerra Nersa montuosa
También te diputó. La esquiva gente
De los Ecuos te sigue, que escabrosa
Tierra ocupa, y de asaltos impaciente
En la caza de monte no reposa:
Siempre a nuevos despojos se aperciben,
Armados andan y de presas viven.

CLI.
También, marruvio sacerdote, vino
Umbrón a combatir; moviole a tanto
El rey Arquipo: sobre yelmo fino
Tiende sus hojas el olivo santo.
El los monstruos del reino serpentino
Con el tacto dornaba y con el canto;
Iras durmiendo de dragón furente
Manso paraba el ponzoñoso diente.

CLII.
¡Mísero sabio! no será que vede
El paso a la troyana arma homicida
Tu canto soporífero; ni puede
Hierba sanar la inevitable herida
Si en Marsos montes se buscase adrede.
El bosque te lloró que Anguicia cuida,
Y las diáfanas olas de Fucino;
Vivos lagos lloraron tu destino.

CLIII.
Luego, prole de Hipólito, dechado
Llegó, Virbio, de garbo y lozanía:
Con la prístina gloria señalado
Materna Aricia a pelear le envía
Del fondo de la selva en que educado
Fue por Egeria, cabe la onda fría,
A par del ara ilustre de Diana,
Rica en votos, no tinta en sangre humana.

CLIV.
Es fama que después que sin ventura,
Por traza infame de madrastra fiera
Y de padre cruel sentencia dura,
Fue Hipólito arrastrado en la ribera
Por caballos sin freno, al aura pura
Tornóse a alzar y a la superna esfera,
Por merced de Diana y su cuidado
Con médicas raíces reanimado.

CLV.
Miró indignado el Padre Omnipotente
Que un hombre de los reinos infernales
Volviese así con apacible frente
A la luz y a los hálitos vitales,
Y ráfaga flechó de fuego ardiente
Contra el de ciencia tanta y hierbas tales
Sabio descubridor, hijo de Apolo,
Y en las estigias aguas sepultólo.

CLVI.
Compadecida entonces la alma Diosa
A Hipólito tendio su mano pía,

Y en morada le oculta nemorosa
Y allí a la ninfa Egeria le confía:
Oscuro así y en soledad dichosa
Una vida ingloriosa viviría
Por las selvas itálicas, cual hombre
Nuevo, de *Virbio* bajo el nuevo nombre.

CLVII.
Al templo y a los bosques de Diana
Por eso a los cornípedos corceles
Llegar no es dado, pues la mar cercana
Huyendo, y monstruos de la mar crueles,
Tiraron mozo y carro en fuga insana.
El no menos audaz, ellos más fieles,
Sus potros en el campo el hijo incita,
Y su carro a la guerra precipita.

CLVIII.
Revuélvese ante todos corpulento
Y sobre todos la cabeza eleva
Armado Turno, cuyo almete al viento
Triple penacho ofrece, y alta lleva
Quimera que respira etneo aliento:
Ella su ardor al parecer renueva
Envuelta en tristes llamas, a medida
Que la lid se ensangrienta embravecida.

CLIX.
Con altos cuernos y relieves de oro
En tanto el terso escudo abulta Io,
Prole aparente de cerdoso toro
(Nobiliaria leyenda); Argos impío
Custodio allí de virginal tesoro
Osténtase también; también un río

Figurado de líquida abundancia
De la urna cincelada Ínaco escancia.

CLX.
Con trabadas rodelas en los llanos
Una nube le sigue de peones:
Allí van los Argivos, los Sicanos
Antiguos, en cerrados batallones,
Y Rútulos, y Auruncos, y Sacranos;
Los Labicos, que pintan sus blasones;
Los que te explotan, Tibre, en bosques rico,
Y tus sagradas márgenes, Numico.

CLXI.
Y las gentes que rútulos collados
Cultivan; las que tratan la colina
Circea; las que campos sojuzgados
A Júpiter Anxur, y el que domina
Holgándose en sus verdes arbolados
Feronia; las que la húmeda Pontina
Laguna, y hondos valles por do Ufente
Helado va en el mar a hundir la frente.

CLXII.
Con gallardo escuadrón la marcha cierra
Honor, Camila, de la Volsca gente:
Sus jinetes temblar hacen la tierra
Acorazados de metal luciente.
No a hilar, no a tejer mimbres, mas en guerra
A lidiar y a sufrir, manos y mente
Dio la animosa virgen, que en su vuelo
Vence al aura y apenas toca el suelo.

CLXIII.

Sobre campos y mieses pasaría
Sin mover las aristas la doncella
En su rápido curso; cruzaría
Con planta enjuta y fugitiva huella
Hinchadas olas de la mar bravía
Como sus pensa aparición. Por vella,
Mozos; hembras, en campos y poblados,
Acuden a su paso embelesados.

CLXIV.
Y aún de lejos admiran cómo vuela
Gentil; cómo con púrpura los bellos
Hombros, terciando regio manto, vela;
Y cómo los undívagos cabellos
En auríferos hilos encairela;
Cómo con licia aliaba da destellos;
Y cuál blande con noble desenfado
El mirto pastoral de hierro armado.

LIBRO OCTAVO.

I.
Así que de la guerra el estandarte
Turno en su alcázar tremoló en Laurento,
Y con ronca trompeta a toda parte
El alarma llevó, y en movimiento
Sus potros puso y el tropel de Marte,
Los ánimos se turban al momento,

Todo el Lacio a su voz tiembla y le imita,
Toda la juventud arde y se agita.

II.
Por sumos jefes van Mesapo, Ufente,
Y aquel que de los Dioses se reía
Mezencio audaz: de agricultora gente
La campaña doquier dejan vacía,
Recursos rebatando. Incontinente
A Venulo sagaz allá se envía
Do el gran Diomédes asentó su corte,
Que anuncios lleve y de él favor reporte.

III.
Cómo con frigias naves ha llegado
Al Lacio; cómo ocupa la ribera
Con sus vencidos Dioses, y del hado
Corona y triunfos en el Lacio espera
El troyano adalid; cómo a su lado ti
Muchos corren, y, nuncio a su bandera,
Toma el dardanio nombre alas de fuego:
Esto el embajador dirale al Griego.

IV.
Más que el rey Turno y más que el rey Latino,
Dirale, en fin, mirar el mismo debe
A dónde a ese invasor, si con destino
Propicio entrare, fácil es le lleve,
De ambiciosas conquistas el camino.
Sabe en tanto que el Lacio se conmueve,
Y fluctúa en revuelto mar de ideas
Con zozobrante afán mísero Enéas.

V.
Va, y viene, y torna el ánimo agitado,
Tienta todo y no para en una cosa:
Así un rayo de luz del sol dorado
O la alba luna, vibra y no reposa
Sobre jarrón de bronce reflejado,
En que diáfano líquido rebosa;
Trémulo, acá se anima y allá muere,
Sube, y los altos artesones hiere.

VI.
Es de noche, en los árboles y en tierra
Mudas yacen las aves y ganados;
Letárgico placer sus ojos cierra.
En tanto Enéas, presa de cuidados,
Lleno del pensamiento de la guerra,
Rindio a tardío sueño los cansados
Miembros, del cielo bajo el dombo frío,
En las amenas márgenes del río.

VII.
Y he aquí de entre la plácida corriente
Y pompa de los álamos umbría
Al Dios que guarda el Tibre, el Rey durmiente
Vio alzarse venerable, y que vestía
Cendal verdoso, y en su anciana frente
A las húmedas crines retejía
Oscuras juncias. Habla, y de esta suerte
Consuelo el Númen y esperanzas vierte:

VIII.
«¡Hijo de diva estirpe soberana,
Salve! tú, que arrancada al enemigo
Nos restituyes la ciudad troyana,

Y a Pérgamo inmortal llevas contigo!
Ya sus muros a ti Laurento allana,
Y a ti sus campos abre el Lacio amigo.
Nada temas de próximos combates;
Que patria al fin tendreis tú y tus Penates,

IX.
»Calmóse de los cielos la tormenta,
Y hechos abonan la palabra mía;
Que aquí una hembra de cerdo corpulenta
Pronto verás entre robleda umbría,
Con treinta lechoncillos que alimenta,
Alba, en torno a sus ubres la alba cría;
Y aquí podrás, alzando al patrio muro,
De afánes tantos descansar seguro.

X.
»Treinta años pasarán, y Ascanio ufano
Fundará, coronando tu destino,
La ilustre basa del poder albano.
Apacibles verdades adivino;
Ilusiones no son de sueño vano.
Mas cómo por ahora abrir camino
Te cabe de tu triunfo al cumplimiento,
Diré en breves razones; oye atento:

XI.
»Los Arcades habitan este suelo,
Que nietos de Palante, acompañaron
Aquí a Evandro, su rey, con fiel anhelo
Siguiendo su pendón: sitio adoptaron,
Y con nombre sacado del abuelo
La ciudad Palantina edificaron
Sobre los montes. Ellos de contino

En guerra están con el poder latino.

XII.
»Tu campo hermana con el suyo, y liga
Trata con ellos de amistad sincera.
Fácil a par de mi ribera amiga
Yo he de llevarte en dirección certera,
Tal que venzan subiendo sin fatiga
Tus remos mi raudal. Tú a la primera
Luz del día, con votos y con preces
Ve de Juno a amansar las altiveces.

XIII.
»Cuando conquistes del valor la rama
Gracias tributarás al poder mío.
Yo soy aquel que hoy miras cuál derrama
Su caudal sobre fértil señorío;
Soy el cerúleo Tibre, ilustre en fama
Y de los Dioses predilecto río:
Aquí en grandioso alcázar me solazo;
Nobles ciudades en mi cuna abrazo.»
XIV.
Dijo el río, y se hundio cual, si buscara
El hondo, lecho. A un tiempo se retira
La noche en ese instante, y desampara
El sueño a. Enéas. Yérguese él, y mira
Ya en oriente del sol la lumbre clara;
Y agua cogiendo (Religión le inspira)
Álzala de las palmas en el hueco,
Y así con llena voz anima el eco:

XV.
«¡Vos, Ninfas de Laurento (en quien los ríos

Hallan, raza gentil, su ilustre oriente)
Y oh padre Tibre de raudales píos,
A Enéas acoged, y de su frente
Clementes apartad golpes impíos!
Doquier escondas tu sagrada fuente,
Doquiera, ¡oh bello Dios! secreto mores,
Tú apiadado calmaste mis dolores.

XVI.
»De mi! por siempre en himnos bendecido
Serás, y honrado con perpetuos dones,
Tú, de cuernos undívagos ceñido,
Rey de ríos de Italia en las regiónes!
Sólo espero me asistas, sólo pido
Que ratifiques ya tus prediciones.»
Dijo; y dos barcos de su flota alista,
Y gente hecha a bogar, de armas provista.

XVII.
En este punto; (¡oh místicas señales!)
Cándida hembra de cerdo con sus crías
Enéas ve, que, en la color iguales,
Se han tendido en las márgenes umbrías
Sobre la verde hierba. Ofrendas tales
El troyano adalid con manos pías
Te hará, ¡máxima Juno! Ya ante el ara
Dones presenta, y con la grey se para.

XVIII.
Y el Tibre, que bajó la noche entera
Hinchado, su corriente a la mañana
Con reflujo suavísimo modera
Y como estanque plácido la allana,
Y abre a las quillas próspera carrera.

Con gozoso rumor la caravana
Ya remos bate, y sobre el fondo quieto
Fugaz resbala el embreado abeto

XIX.
Los árboles se asombran de la orilla
Viendo venir por el cristal sereno
La pintoresca copia, y cómo brilla
Distante con las armas de su seno.
Día y noche bogando la escuadrilla
El río sube de recodos lleno;
En selvas laberínticas se pierde,
Y cruza en ledo giro el bosque verde.

XX.
En medio ya de su radiante vuelo
Ardía el sol, cuando avistó el Troyano
Muros y alcázar, blanco a su desvelo,
Y casas esparcidas, que el romano
Poder más tarde levantó hasta el cielo;
Que era Evandro modesto soberano,
Y modesta su corte. Apriesa inclinan
Las proras ya, y a la ciudad caminan.

XXI.
Solemnes por ventura en aquel día
El Rey árcade honores tributaba,
Antes de la ciudad, en selva umbría,
Al semidios de la invencible clava.
Allí Palante, hijo del Rey, se via,
Rudo senado y juventud no esclava,
Incesando a los Númenes. Gotea
Caliente sangre y ante el ara humea.

XXII.
Ellos, viendo que fáciles ascienden
Por entre el bosque opaco altos navíos,
Y hombres que, al parecer, los brazos tienden
Sobre los remos con callados bríos,
La ceremonia con temor suspenden;
Levántanse. Culpables descarríos
Palante audaz reprime, y el acero
Empuña, y al peligro va ligero.

XXIII.
Ya de un alto estas voces firme envía:
«¿Quiénes, mancebos, sois? ¿Cuál clima esconde
Vuestra cuna y origen? ¿Quién por vía
Tan desusada os impelió, y a, dónde?
¿Paz, o guerra traéis ¿Qué intento os guía?»
En pie sobre la popa así responde
Enéas a Palante, y en la diestra
Rama de oliva, alegre anuncio, muestra:

XXIV.
Hijos somos de Troya peregrinos,
Y aquestas armas que confuso admiras,
Armas contrarias son a los Latinos,
Que nos rechazan con rebeldes iras.
Ver ansiamos a Evandro: a sus destinos
Unir los nuestros, con leales miras
Proponemos Dardanios principales.
Tal pedimos; tú lleva anuncios tales.»

XXV.
Pásmale el nombre que oye, y, «¡Ven conmigo. »
Palante dice, «ven, quienquier tú seas,
Donde hables a mi padre, y al abrigo

De mis Penates hospedado seas.)
Tómale de la mano y como amigo
En las suyas retiene la de Enéas;
Y enselvándose juntos se desvían
Del Tibre, y hacia el Rey los pasos guían.

XXVI.
Manso a Evandro habló Enéas: «Ofrecerte
La verde rama de ínfulas vestida,
¡Oh el mejor de los Griegos! hoy la suerte
Me depara feliz. Ni me intimida
Arcade y jefe a ti de Dánaos verte
Y consanguíneo de uno y otro Atrida.
Hanme traído oráculos sagrados,
y mi propio querer y el de los hados;

XXVII.
»Y tu fama también, que espacio luengo
Discurre por el mundo; y la lejana
Común raíz que con tu raza tengo:
Padre y autor de la ciudad troyana,
Hijo Dárdano fue, nuestro abolengo,
De Electra (en Grecia tradición anciana
Lo acredita); hija Electra fue de Atlante,
Que a cuestas lleva el fuego rutilante.

XXVIII.
»Mercurio, de otro lado, es vuestro abuelo,
Que de Maya gentil nacido un día,
Por vez primera de la luz del cielo
Goz6 en la cumbre de Cilene fría;
Y, si ya sin incrédulo recelo
En arraigada tradición se fia,
Hija Maya es de Atlante, el mismo Atlante

Que a cuestas lleva el cielo rutilante.

XXIX.
»Así un tronco en dos vástagos se parte,
Y una sangre tenemos. Con legados
No me anuncié, por eso, ni con arte
Pretendí tu amistad tentando vados;
Mas yo mismo en persona, aquí a obligarte
Ocurro al corazón de tus Estados.
Y es común nuestro honor: la Daunia gente
Tu y yo tenemos enemiga enfrente.

XXX.
»¿Y quién no ve que si ella nos extraña,
El territorio entero a la coyunda
Humillará de su arrogante saña,
Y el mar que a Hesperia superior inunda
Suyo será, y el que inferior la baña?
Mutua fe dos ejércitos confunda:
Por mí, aporto a la unión de ambos pendones,
Sufridos y valientes corazones.»

XXXI.
Habló Enéas: Evandro larga pieza,
Mientras hablaba, con afán prolijo
Mírale de los pies a la cabeza,
Y «¡Oh el más valiente de los Teucros!» dijo:
«¡Con qué placer (pues con cabal certeza
Quién eres contemplándote colijo)
Te doy mis brazos! En tu faz, tu acento
Miro a tu ilustre padre, a Anquíses siento.

XXXII.
»Yo recuerdo que a Hesíone su hermana

Visitando, y su corte, en Salamina,
Por la Arcadía pasar, de nieves cana,
Príamo quiso. Con su flor divina
Me arrebolaba juventud temprana,
¡Cuánto a la comitiva peregrina
Admiré entonces! Mas Anquíses era,
Entre nobles figuras la primera.

XXXIII.
»Yo hablarle y estrechar su mano ansiaba,
Joven el alma y de entusiasmo henchida;
Llegué, y al muro que el Feneo lava,
Oficioso llévele. A su partida
Licias saetas y una insigne aliaba
Y una clámide de oro entretejida,
Y dos frenos me dio, también de oro,
Que hoy de Palante son gala y tesoro.
XXXIV.
»En fin, cual lo pedís, la mano mía
Os doy en prenda de amistad sincera.
Y a fe que al primo albor del nuevo día
Iréis con los auxilios que mi esfera
Consiente. Con participe alegría
(Pues dilatarlo más delito fuera)
A celebrar en tanto yo os convido
Este anual sacrificio interrumpido.

XXXV.
»Y desde hora a un festín y a unos altares
Mostraos a concurrirá nuestro lado.»
Dijo; alejados vasos y manjares
Pide; céspedes da de herboso estrado
Por sillas a los nuevos auxiliares;
Y a Enéas en lugar privilegiado

Rústico solio de arce y piel lanuda
De soberbio león, brindar no duda.

XXXVI.
Y jóvenes selectos, y del ara
Canos ministros, traen enseguida
Entrañas que el divino fuego asara,
Cestas do con su don Céres convida,
Tazas do su caudal Baco depara.
Enéas y su guardia, allí tendida,
Lomos de un buey entero, trozos hacen,
Y consagrados intestinos pacen.

XXXVII.
Calmada el hambre, que ávida devora,
Evandro dijo así: «No rito vano,
No vil superstición, despreciadora
De antiguos dioses, fue, huésped troyano,
Quien el solemne altar que ves ahora
Y, estas mesas alzó por nuestra mano;
Fue justa gratitud: piadoso culto
Rendimos, salvos ya de fiero insulto.

XXXVIII.
»¿Ves esa roca en peñas sustentada
Y tanta piedra en torno desparcida,
Y desierta del monte la morada?
¿El estrago no ves que en su avenida
Hicieron recias moles? Tu mirada
Contempla la recóndita guarida,
El antro hondo de quien huésped era
Caco, mitad humano, mitad fiera.

XXXIX.
»No visitó su lóbrego recinto
El sol: siempre de víctimas recientes
Estaba el suelo con la sangre tinto;
Y en las puertas terríficas pendientes
Gustaba ver su criminal instinto
Torvas cabezas. De su boca ardientes
Humos lanzaba, de Vulcano prole
El monstruo, al menear su inmensa mole.

XL.
»Trayéndonos, al fin, un ser divino,
El tiempo coronó nuestro deseo:
Máximo vengador, después que al trino
Gerión humilló, con el trofeo
Riquísimo ufanado, Alcídes vino
Rigiendo en victorioso pastoreo
Ganado hermoso, y vímosle guialle
A par de este almo río, en este valle.

XLI.
»Cuatro toros proceros, porque nada
Sin ensayar dejase en fraude o crimen,
Y cuatro vacas hurta a la majada
Caco sagaz, y de su cueva al limen
Tíralos por la cola: revesada
La senda, huellas sin concierto imprimen;
Así, quienquiera que a buscarlos pruebe,
Rastro no habrá que a término le lleve.

XLII.
»Entre tanto a partir apercibido,
Amenazaba Alcídes su ganado
Repleto asaz, que con mayor bramido

Ya aqueste deja atrás, ya aquel collado:
Estremece los bosques el gemido
Por quejumbrosos ecos dilatado,
Y una novilla en la caverna honda
Da un gran mugido que a la grey responda.

XLIII.
»Así un lamento de la res esclava
La esperanza burló, turbó el sosiego
Del tirano raptor. En furia brava
Hércules todo enardecióse, y ciego
Arrebatando1a nudosa clava,
A la cumbre del monte corre luego;
Y por primera vez Caco en los ojos
Mostró terrores en lugar de enojos.
XLIV.
»Y huye, vuela al sagrado de su gruta
Más que el Euro veloz; de alas le dota
Los pies el miedo que la faz le inmuta:
Huye, y se esconde, la cadena rota
Que a la entrada suspende piedra bruta:
(Merced del padre, que en edad remota
Forjó los eslabones); y la puerta
El soltado peñón deja cubierta.

XLV.
»Murado el monstruo, el héroe que el camino
Le seguía, llegó de rabia insano;
Mira acá, torna allá, perdido el tino,
Los dientes cruje, y su furor es vano.
Él tres veces da vuelta al Aventino,
Tres veces él con vengadora mano
Entrada busca sin que modo halle,

Y tres rendido se sentó en el valle.

XLVI.
»El dorso coronando de la cueva
Hubo a dicha una roca agreste, aguda,
Que a los ojos altísima se eleva
De contornos simétricos desnuda:
Infausto alado ejército la aprueba
Porque a hacer nidos en su cumbre acuda;
Y ella propia hacia la onda tiberina,
Que a izquierda huyendo va, mira y se inclina.

XLVII.
»Fuerte y mafioso, por el diestro lado
Opuesto Alcídes al peñón, ensaya
Moverlo, y de raíz desencajado,
Ya sin que estorbos a sus fuerzas haya,
Empújalo: con eco prolongado
El aire en torno retumbó; la playa
Tiembla oprimida por la enorme piedra
Y medroso el raudal salta y se arredra.

XLVIII.
»En su palacio y lóbrega caverna
Caco al punto aparece a descubierto,
Cual sí en su fondo la región inferna
Mostrase el suelo de repente abierto,
Y las sombras de aquella Noche eterna
Que aborrecen los Númenes, incierto
De luz un rayo penetrara, y ése
A los Manes de asombro estremeciese.

XLIX.
»Sorprendido en su cóncavo agujero,

Viendo la claridad que se derrama
Intempestiva a denunciarle, fiero
En modo inusitado Caco brama:
Tírale dardos Hércules ligero
Del borde, y armas en su auxilio llama
De toda especie, porque al monstruo oprima:
Ramos, disformes piedras le echa encima.

L.
»Ya perdida de fuga la esperanza,
Caco (¡nuevo prodigio!) en su defensa
Columnas de humo de las fauces lanza,
Y el ámbito entoldando en nube inmensa.
Roba a los ojos cuanto a ver se alcanza.
Y une fuego siniestro y sombra densa
En caótico horror. Mas sus ardides
No acobardaron el valor de Alcídes.

LI.
»Antes él donde ve que más agita
Ondas el humo, y más su hervor encienda
El negro abismo, allí se precipita
Con salto audaz: entre sus brazos prende
Al que incendios inútiles vomita,
Y vigoroso le comprime, y hiende
Seca de sangre la feroz garganta
Y los hórridos ojos le quebranta.

LII.
»Y volcada la puerta, al claro día
Las reses y rapiñas que el perjuro
Guardaba y pertinaz negado había,
Salen: crece el concurso: al aire puro
Arrastran por los pies la mole fría;

Ni se hartan de mirar el rostro, el duro
Gesto, y pecho cerdoso cual de fiera,
Y extinta la garganta que fue hoguera.

LIII.
»Desde entonces, cual ves, el beneficio
Grata celebra en cada universario
Cada generación. Autor Poticio
Fue del culto de Alcídes, y el Penario
Linaje guarda el religioso oficio.
El puso en este hojoso santuario
Esa ara, que por máxima tenemos
Siempre, y siempre por máxima tendremos.

LIV.
»¡Ea! de hojas ceñida la cabeza,
Alzad los vasos y verted del vino,
Honrando, amigos, la feliz proeza,
E invocad todos a Hércules divino
Que a todos cubre con igual largueza.»
Dijo el Rey; y entre verde y blanquecino,
Caro, el álamo, al Dios, vistió las frentes
Con sombra circular y hojas pendientes.

LV.
Y llenando la diestra el cáliz santo,
Liban todos con rostro placentero,
Y a los Dioses invocan. Entre tanto
El Héspero, rodando el hemisfero,
Enciende su fanal. Y ya con manto
De piel, los sacerdotes (el primero
Poticio) marchan, por ritual costumbre
Llevando en hachas la sagrada lumbre.

LVI.
Renuévase el banquete: los presentes
De gratísimos dones y manjares
Segundas mesas cubren, y con fuentes
Rebosantes coronan los altares;
Y cercando las aras relucientes,
A entonar ya sus plácidos cantares
Los Salios van, a quien con sacro adorno
El álamo la sien guarnece en torno.

LVII.
De mancebos un coro, otro de ancianos,
De Hércules cantan los gloriosos hechos:
Cómo dejó con infantiles manos
Los dos gemelos áspides deshechos
Que envio su madrina; los troyanos
Cómo hundio luego y los ecalios techos,
Y pruebas mil un día y otro día
Venció bajo agrio Rey y Diosa impía:

LVIII.
«Trajiste, invicto, al hierro de la muerte
Nubígenas biformes, Folo, Hileo:
Monstruos en Creta domeñaste fuerte,
Y entre sus rocas al león Nemeo:
Tiemblan las aguas del Estigio al verte;
Y del Orco el guardián inmundo y feo
Tembló en su hórrido antro, donde allega
Huesos roídos que con sangre riega.

LIX.
»No se halló sombra que cejarte hiciera,
Ni aún Tifeo, y armado y corpulento,
Ni vio turbarse tu razón, la fiera

Hidra, al sitiarte con cabezas ciento.
¡Salve, prole de Jove verdadera
¡Al coro divinal nuevo ornamento!
A los tuyos, aquí, y al sacrificio,
Ven con fáciles pasos, ven propicio.»

LX.
Cantaba el coro así: la áspera roca
De Caco, en fin, su lóbrega guarida
Conmemora, y al monstruo, por la boca
Fuego arrojando, aliento de su vida.
Mueve el canto a la selva, y lo revoca
El eco por los montes. Enseguida
Las sacras ceremonias ya acabadas,
A la ciudad dirigen las pisadas.

LXI.
A un lado el hijo, el huésped a otro lado,
Caduco en ambos sostenido iba
El buen Rey, y el camino el variado.
Hablar recrea. La mirada viva,
Pasa de cosa en cosa, embelesado
Enéas con la amena perspectiva,
Y pide, a cada antiguo monumento,
Para ojos y oídos alimento.

LXII.
Y Evandro, rey que a, alcázares romanos
Echó la basa, de este modo empieza.
«Oye: indígenas Ninfas y Silvanos
Poblaban de estos bosques la aspereza,
Y unos hijos de robles, medio humanos,
Ni a poseer hacienda, ni riqueza
A llegar avezados, ni a uncir bueyes;

Gentes duras, sin hábitos ni leyes.

LXIII.
»Cruda caza y el árbol más vecino
Nutríanlos. Saturno fue el primero
Que a, esta región desde el Olimpo vino
De Jove huyendo el vengativo acero:
Destronado en el cielo, peregrino
En 1.a tierra, el linaje aquel grosero,
Disperso en la selvática fragura,
Trajo a obediencia y a civil cultura.
LXIV.
»Lacio quiso llamar al suelo hesperio
Que dio refugio a su deidad *latente;*
Y vio bajo su sacro magisterio
Lucir de oro la edad la humana gente:
En paz ejerció el Dios su blando imperio,
Hasta que en cambio vino lentamente
Siglo menos hermoso, germinando
Amor de lucro y ambición de mando.

LXV.
»Al Lacio entonces las Ausonías gentes
Vinieron, y vinieron los Sicanos;
Y de nombre mudó veces frecuentes
La tierra de Saturno; y de tiranos
Fue regida: uno de ellos, el de ingentes,
Miembros, Tibris feroz; los Italianos
Trasladamos al Tibre su apellido,
Que antaño Albula fue: nombre perdido.

LXVI.
»Yo del país que vio rodar mi cuna

Fugitivo, a marítimos azares
Lánceme, omnipotente la fortuna
Y el hado incontrastable aquí mis lares
Plantaron de raíz. Con oportuna
Inspiración Apolo en altos mares,
Y mi madre Carmenta con tremenda
Profética lección, me abrieron senda.»

LXVII.
Dice; y andando, al rey de los Troyanos
Señala el ara y puerta que, en memoria
De aquella Ninfa que explicando arcanos
El arte ejercitó, divinatoria,
Carmental apellidan los Romanos:
Ella de los Enéadas la gloria
Profetizó sobre el país latino,
Y el futuro esplendor del Palatino.

LXVIII.
Y el bosque ingente enséñale que un día
Tornó en asilo Rómulo guerrero;
Y el *Lupercal* bajo la roca fría,
Así nombrado como Pan *lobero*
Por costumbre que entre Arcades regía;
De Argos, su huésped, cuenta el caso fiero,
Y de Argileto el sacro umbroso abrigo
Muestra, y toma el paraje por testigo,

LXIX.
Y la roca Tarpeya, en el camino,
De ahí, y el Capitolio Evandro ensena,
Hoy mole rica y oro peregrino,
Mustio collado ayer y áspera breña:
Aun entonces el vulgo campesino

Reverenciaba el bosque y tosca peña,
Tocado ya del religioso miedo
Que reina del sagrado sitio en ruedo,

LXX.
«¿Ese collado ves, que señorea
Frondosa cima?» dice Evandro; «mora
En ese bosque una deidad; cuál sea
El misterioso Dios sólo se, ignora:
Al mismo Jove ya, cuando menea
La negra egida en diestra vengadora
Y a tempestad el cielo todo mueve
Jura haber visto no una vez la plebe.

LXXI.
»Repara luego este y aquel anciano,
Monumento; esparcidos los pedrones
Contempla: ves reliquias de lejano
Imperio y de antiquísimos varones.
Una fundó Saturno y otra Jano
De esas dos arruinadas poblaciones;
Janículo por ello ésta se nombra,
Y Saturnio apellido a aquélla asombra.»

LXXII.
Hablan; y ajena al esplendor del oro
Tienen delante la real morada;
Y donde asombran hoy Romano Foro
Y espléndidas Carenas, ven manada,
Tranquila vagueando, y manso toro
Oyen mugir. Evandro, ya a la entrada,
«Pasando estos umbrales,» dijo, «Alcides
Bajó la frente victoriosa en lides.

LXXIII.
»Él tuvo por palacio el hogar mío:
Anímate, y tú mismo a un Dios te iguala;
Tesoros menosprecia, y sin desvío
Ven, huésped bueno, a una mansión sin gala.»
Dice; y entrando, con afecto pío
Da a Enéas corpulento estrecha sala,
Y en un lecho de hojas le reposa
Con piel cubierto de africana osa.
LXXIV.
Rueda entretanto, y con su sombra parda
La noche abraza al mundo. Y Venus bella,
Que, a punto mira de que en guerras arda
Laurento, el azorado afán que en ella
Trabaja, ya no enfrena, y más no tarda,
Y en el lecho de oro donde sella
Vulcano su afición, frases enhila
En que miel de divino amor destila:

LXXV.
«Cuando Ilion sin esperanza alguna
Dilataba tan sólo su caída,
Y más que de altos reyes, de Fortuna
Iba a ser Troya en llamas destruida,
No a ti para los tristes, importuna
Pedí entonces, esposo de mi vida
Armas; en ejercicio de tu arte
No quise inútilmente fatigarte.

LXXVI.
»Callé prudente, aunque debía tanto
De Príamo a los hijos, y a menudo
De Enéaslos esfuerzos, no sin llanto,

Ví frustrarse. Hoy que al fin llegar él pudo
Con el favor de Jove, ¡oh númen santo!
Al país de lor Rútulos, yo acudo
A ti, yo a ti mis súplicas dirijo;
Y madre, armas te pido para un hijo.

LXXVII.
»Vencerte supo la hija de Nereo
Y con su llanto la Titonia esposa;
¡Y yo... ! ¿Esas gentes que en marcial arreo
Hierros forjan, en liga poderosa
Ves? ¡En muros cerrados yo las veo
Mi ruina maquinar!» Habló la Diosa,
Y con sus brazos de aparente nieve
Blanda al lento marido ciñe y mueve.

LXXVIII.
En medio del letargo, de repente
Recibe el Dios la conocida llama,
Y el calor que le llaga dulcemente
Rápido por sus huesos se derrama:
Así cuando en relámpago fulgente
La ennegrecida atmósfera se inflama,
Con lumbre devorante cruza inquieta
El seno de las nubes ígnea grieta.

LXXIX.
Cuánto el poder de su hermosura obliga
Conoció Venus en el buen suceso
De la añagaza. Respondióle, en liga
De inacabable amor Vulcano preso:
«De argüir con recuerdos, la fatiga
Excusa; ¿en mí no fias? Si antes eso
Que hoy piensas, me dijeses, los Troyanos

Armas, Diosa, llevaran de mis manos.

LXXX.
»Ni Jove omnipotente ni el Destino
Troya ni a su Rey negado habría
Vivir diez años más. Y pues te vino
En gustos hoy guerrear, y hay tal porfia,
Cuanto con hierro o con electro fino
Labrar es dado, cuanto el arte mía
Consigue laboriosa, cuanto puedo.
En suma, concederte, lo concedo.

LXXXI.
»El aire y fuego me obedece: en duda
No pongas la eficacia de tu ruego;
Todo lo alcanza, y mi poder te ayuda.»
Así razona cortésmente, y luego
Rendido a la beldad Vulcano anuda
Los vínculos de amor, de amores ciego,
Y dichoso en los brazos de su dueño
Se deja poseer de un manso sueño.

LXXXII.
Cual matrona obligada que granjea
Con la rueca y labores delicadas
El sustento a la vida, la tarea
Al desvelo añadiendo, aletargadas
Cenizas se alza a reanimar, y emplea
En la obra a la lumbre sus criadas,
Y así el lecho que el cónyuge le fia
Guarda sin mancha, y los hijuelos cría;

LXXXIII.
No menos listo y a la misma hora

(Cuando va en la mitad de su carrera
La Noche, y al alado Sueño azora,
Gustada apenas la quietud primera),
Del estrado en que Venus le enamora
Alzase el Dios que sobre el fuego impera,
Y del cielo a la tierra en. que trabaja,
Vulcania en nombre y obediencia, baja.

LXXXIV.
Esta a la eolia Lípara se arrima
Y a la sícula costa, isla ardua: humea
De riscos erizada: en honda sima
Truena la ancha caverna ciclopea,
Etna nuevo que el negro oficio lima:
Golpe duro los yunques martillea;
El candente metal no da sosiego,
Zumba el aire, en la fragua aceza el fuego

LXXXV.
Bronte, Esteropo y Piracmon desnudo,
Ciclopes esforzados, a porfía
En la vasta oficina un rayo agudo,
De aquellos que en ardiente lluvia envía
Jove del alto Olimpo al orbe mudo,
Fabricaban. El rayo aparecía,
Al arribo del Padre ignipotente,
Pulido en parte, en parte deficiente.

LXXXVI.
Tres dardos de granizo en la obra bella,
Tres de agua etérea, tres de alado viento,
Tres de fuego que fúlgido destella,
Mezclado habían; y en aquel momento
Tonante voz, terrífica centella

Añadían, y sordo aturdimiento
E incendio vengador. En otra parte
Ruedas labran prestísimas a Marte:

LXXXVII.
Ruedas labran al carro en que alborota
Al mundo el Dios que guerras siembra y llamas;
Y a Pálas más allá, broquel y cota
En que esplenden auríferas escamas,
Tersan también, donde el que mira nota
De hidras feroces peregrinas tramas
Y, apto a que el pecho a la deidad defienda,
Segado vulto de mirada horrenda.

LXXXVIII.
«Alzad,» dijo llegando el Dios herrero,
«Cuanto empezado habéis, Cíclopes míos,
Alzad; y atentos escuchadme: quiero
Armas para un varón de grandes bríos.
Manos pujantes y exquisito esmero
Aquí todos poned, y aquí lucíos
De magistral destreza haciendo alarde:
Sus! la obra empiece, y en salir no tarde'»

LXXXIX.
Dice; y al punto la labor partida,
A ella corren con ímpetu ligero:
Bullen torrentes de oro; se liquida
En la ancha fragua el llagador acero:
Y escudo ingente, impenetrable egida.
Que contraste al latino campo entero,
Al paladino los Cíclopes trazan
Con siete discos que entre sí se abrazan.

XC.
Cuáles, en medio a la común fagina,
Suenan los sopladores fuelles; cuáles
Zabullen en el agua allí vecina
Con estridor fogoso los metales:
Gime de heridos yunques la oficina:
Alzando con gran fuerza el brazo, iguales
Alternos golpes dan; tenaza emplean
Mordaz, y el hierro sin cesar voltean.

XCI.
En tanto que así brega el buen Vulcano
En su antro humoso, en su tranquilo lecho
La luz bendita y gorjear temprano
De las aves que triscan en el techo
A Evandro despertaban. El anciano,
La túnica vistiendo al fuerte pecho,
El nuevo día a saludar se alza;
Las sandalias tirreñas ciñe y calza;

XCII.
Del hombro abajo acomodar no olvida
Al cinto puesta la tegea espada,
Y del izquierdo lado desprendida
Tercia una de leopardo piel manchada;
Y ya dos canes que en su guarda cuida
Y parejos anuncian su llegada,
No bien de su alto nido los umbrales
Ha traspuesto, con él saltan leales.

XCIII.
De las habidas pláticas, no en vano
Recuerda el prometido contingente
El Rey, y con su huésped mano a mano

Anhela de partir secretamente.
Pues no menos que el Arcade, el Troyano
Madrugador anduvo y diligente:
Hace a Enéas Acátes compañía;
Evandro con Palante el paso guía.
XCIV.
Ya las diestras se estrechan; ya convida
El uno al otro a la interior morada;
Siéntanse en soledad apetecida,
Y así el Rey empezó con voz pausada:
«¡Oh ilustre capitán, que a nueva vida
Alzas contigo tu nación postrada!
No por mi fama y por las glorias, tuyas
Grande el auxilio que te ofrezco arguyas.

XCV.
»Flaco es nuestro poder; que de una parte
Jurisdicción nos quita el tusco río;
De otra, el Rútulo audaz con fuerza y arte
Brama en torno a los muros. Mas yo fio
Con un pueblo magnánimo asociarte,
Fuerte en recursos y apazguado mío:
Propicia la ocasión te anuncia bienes;
Al llamamiento de los hados vienes.

XCVI.
»De aquí trecho no grande Agila dista,
Ciudad fundada en secular cimiento,
Que de la Lidia gente fue conquista
Cuando en montes de Etruria hizo ella asiento,
De armas que suele el triunfo honrar, provista.
Años muchos de paz tuvo y contento,
Hasta que al rey Mezencio dar le plugo

Muestras de amo cruel y atroz verdugo.

XCVII.
»¿Quién sus maldades hay que en fiel trasunto
Describa? ¡Mal contadas al tirano
Le sean, y a sus hijos! A un difunto
Cuerpo atar le era fiesta un cuerpo sano,
Diestra con diestra, el rostro al rostro junto,
(Oh de martirizar modo inhumano!)
Y en duro abrazo y entre inmunda baba
Así a un mezquino muerte lenta daba.

XCVIII.
»Alzóse un día armado el pueblo: afronta,
Cansado de sufrir, al Rey: su casa
Sitia, hervidero de maldades: pronta
Muerte a los suyos da: ya el techo abrasa
El fuego, que enojado se remonta.
En medio del estrago huye él, y pasa.
Al campo de los Rútulos: le asila
Turno, y el hierro en su defensa afila.

XCIX.
»En justa indignación toda se enciende
Etruria, y de rebato a la cuchilla
El cuello criminal traer pretende.
Tú a esos miles de bravos acaudilla,
¡Oh Enéas! te abriré camino; atiende:
Empavesada hervía ya en la orilla
La densa escuadra, cuando oyó de un viejo
Arúspice el fatídico consejo:

C.
«¡Meonia juventud, flor y corona

»De antigua raza! Apruebo que a Mezencio
»Siga el justo furor que le destrona,»
Dice, «mas en Italia no hay, sentencio,
»Tan gran pueblo a vencer, capaz persona;
»Buscad jefe extranjero!» Hondo silencio
Al divino pronóstico sucede,
Y aterrado el Etrusco retrocede.

CI.
»Hoy la acampada hueste a mi se fia:
Cetro, diadema, insignias imperiales
Con legados aquí Tarcon me envía,
Y que vaya me pide a sus reales
Y ejército gobierne y monarquía.
Flojas mis fuerzas son a empresas tales,
Flacos mis hombros a tan grave carga,
Fría e inerte senectud me embarga,

CII.
Y no a Palante en mi lugar envío;
Que en lo extranjero no es cabal; sabina
Madre altera su origen. Esto, y brío
Juvenil, tienes tú, y una divina
Voz te llama. No tardes, huésped mío;
¡A su gloria dos pueblos encamina!
Yo este buen hijo, de mi edad caduca
Gloria y solaz, te allego; tú le educa.

CIII.
»Edúcale en las armas: tu dechado,
Tú en armas le serás ejemplo y guía.
Aprenda desde mozo a ir a tu lado,
Paciencia ejercitando y valentía.
Jinetes además, lo más granado,

Te doy doscientos de la gente mía;
Y otros doscientos de ánimo arrogante
En nombre suyo aportará Palante.»
CIV.
Dijo. Enéas sin voz, sin movimiento,
Y Acátes, duda amarga, triste idea
Revuelven en el alma. En tal momento
Dales a cielo abierto Citerea
Clarísima señal. El firmamento
Con subitáneo estruendo centellea,
Y que cruje parece y se derrumba,
Y de tirrena trompa el eco zumba.

CV.
Alzan los ojos: se oye el estallido
Otra vez y otra, y por región serena
Ven en convoy de nubes conducido
Un haz de armas lumbrosas, y que suena
Sienten de, lejos el metal herido.
Pásmanse todos. Mas la voz que truena
Conoce Enéas, y que cumple, entiende,
Venus su alta promesa y le defiende.

CVI.
«No escrutes, noble valedor,» exclama,
«El prodigioso agüero; en mí confía:
Esa voz del Olimpo a mí me llama;
Es fausto anuncio que mi madre envía,
Mi madre, alta deidad. Cuando la llama;
Marcial prendiese, me ofreció daría
Esa señal: su protectora mano
Armas me trae que forjó Vulcano.

CVII.
«¡Y oh qué gran mortandad miro presente
Al malhadado campo Laurentino!
Al polvo, Turno, inclinarás la frente
Y tú cuánto broquel, Tibre divino,
Cuánto yelmo darás en tu corriente,
Y derribado cuerpo al mar vecino!
¡Vengan ahora a desplegar sus haces;
Vengan, y rompan las juradas paces«

CVIII.
Dice; y del alto solio se levanta:
El muerto fuego a Alcídes consagrado
Devoto anima sobre el ara santa;
Al Lar después, la víspera obsequiado
Y a los Penates húmiles la planta
Mueve: Evandro y los Teucros, lado a lado,
Por fuero y religión inmemoriales
Inmolan escogidos recentales.

CIX.
Encamínase luego hacia las naves
El dux troyano a revistar su gente:
Para la dura guerra y trances, graves
Lo más lucido elige y más valiente:
En blando flote y vueltas van suaves
Los otros, a merced de la corriente;
Con éstos enviar al hijo quiso
De sí mismo y su empresa fausto aviso.

CX.
La marcha, al par, terrestre se acelera:
Caballos danse al héroe y su mesnada;
La alfana que a él le traen cubre entera

Piel de león roja de uñas de oro armada,
Ya la exigua ciudad sabe y pondera
Que al Rey tirreno vuela una brigada:
Doblan votos las madres: creces toma
Al susto el riesgo; inmenso Marte asoma.

CXI.
Al hijo estrecha el Rey, su mano asida,
Y «¡Oh! hicierame volver favor celeste
A los pasados años de mi vida,
Cuando eché a tierra lo primera hueste»
Dice en larga llorosa despedida
«Aquí mismo, en el valle de Preneste,
Y los escudos de las rotas filas
Quemé triunfante en levantadas pilas!

CXII.
»A Herilo allí, descomunal guerrero,
Tumbó esta diestra al Tártaro profundo;
De su madre Feronia (¡caso fiero!)
Tres formas recibió viniendo al mundo:
Rey de alma triple y desdoblado acero,
Muerto un tronco, quedábale el segundo
Y otro después. Mas a los golpes míos
Rindió sus armas y agotó sus bríos.

CXIII.
»Fuese así, no a mis brazos te arrancaras;
Buen hijo; ni insultando la frontera
Con mengua mía, tantas vidas caras
Mezencio criminal segado hubiera;
¡Desolada ciudad, no así lloraras!...
Vosotros, ¡oh! de superior esfera
Dioses! ¡gran Jove, reinador supremo!

A vuestro númen recurrir no temo.

CXIV.
»¡Oh! ;del arcade Rey el desconsuelo
Os mueva a compasión, y de un anciano
Padre las preces escuchad! ¡Si el Cielo
Ha de volverme mi Palante sano;
Si él algún día alegrará mi duelo;
Si firme unirle a mí no espero en vano
El término alargad de mi partida.
Trabajos sufriré; quiero la vida!

CXV.
»Mas si un hado cruel fúnebres lazos
A mi esperanza tiende y mi deseo,
Lícito sea fenecer los plazos
De esta mísera vida, hora que aún veo
Incierto lo futuro, y que en mis brazos
Te tengo, hijo, y en verte me recreo,
¡Tú, tan tarde gozado y tan querido!
Nunca nueva fatal hiera mi oído!»

CXVI.
Tal sus adioses últimos plañia
El Rey; y enajenado de sentido,
En brazos sus criados a porfía
Le restituyen al desierto nido.
Y sale la veloz caballería
Por las abiertas puertas con ruido:
En primer línea Enéas va y Acátes;
Otros siguen en pos teucros magnates.

CXVII.
Con rica sobreveste gallardea

Ostentando en sus armas sus blasones
Entre todos Palante: así campea
El lucero que en líquidas regiones
Se baña, cuyo fuego Citerea
Ama sobre el de cien constelaciones,
Cuando su faz divina alza en el cielo
Y rasga de la triste noche el velo.

CXVIII.
Desde el muro las madres aterradas
Ven las nubes de polvo cuál se extienden,
Y siguen con atónitas miradas
Las bandas que con tanto acero esplenden.
Por desechas de zarzas erizadas,
Abreviando camino, armados hienden,
Y en escuadrón que clamoroso cierra
Galopando a compás baten la tierra.

CXIX.
Cabe el helado Ceretano río
Hay un gran bosque; y mucho negro abeto
Que alturas forma en torno, hácele umbrio;
Le consagró tradicional respeto.
Es fama que a Silvano, númen pío,
Apropiaron aquel lugar secreto
Los antiguos Pelasgos, los primeros
Que ocuparon del Lacio los linderos:

CXX.
El sitio al Dios de campos y ganados
Le dedicaron, y un solemne día.
No lejos de estas selvas sus soldados
Tarcon apercibidos guarecía;
Y podíase ya de los collados

Altivos, contemplar en lejanía
La legión que en los llanos acampaba,
Y dónde empieza, ver, y dónde acaba.

CXXI.
Al bosque ameno acuden, que recrea
La fatiga a caballo y caballero.
Venus que a la sazón, radiante Dea,
En voladora nube el don guerrero
Traía al paladín, no bien le otea
Cabe el frío raudal, solo y señero
En un repuesto valle, ante él parece,
Y la hadada armadura así le ofrece:

CXXII.
«Cata, hijo, aquí las armas inmortales
Que sola de mi esposo el arte traza:
Las prometidas armas con las cuales
Arrostrarás de Turno la amenaza
Y el soberbio furor de sus parciales«
Dice, y al hijo Citerea abraza,
Y de una encina al pie, que estaba enfrente,
Deposita el arnes resplandeciente.

CXXIII.
Reconocido el adalid y ufano
Por la honra excelsa y recibida gracia,
El tesoro contempla soberano
Y la vista sobre él gozosa espacia:
Las piezas, ya en el brazo y ya en la mano,
Revuelve, y de mirarlas no se sacia:
La espada incontrastable, la garzota,
El yelmo aterrador que incendios brota.
CXXIV.

Ya en la enorme loriga brilladora,
Recia en el bronce, en el matiz sangrienta
Como nube cerúlea a quien colora
Fogoso el sol, los ojos apacienta;
Ya de las pulcras grevas se enamora,
De electro y oro que al más fino afrenta;
La lanza admira, y el labrado escudo,
Que humano idioma describir no pudo.

CXXV.
Los ítalos orígenes, las glorias
En él grabó de la romana gente,
No desconocedor de las historias
Venideras, el Dios ignipotente:
De Ascanio y su linaje las victorias
Dispuso de uno en otro descendiente,
Y tanta famosísima batalla,
Quien contempla el escudo, en orden halla.

CXXVI.
Allí el antro de Marte se descubre,
De una parida fiera verde alcoba:
Dos risueños rapaces, que el salubre
Sustento solicitan de la loba,
Cuélganse en torno a la materna ubre;
Y ella con mansa lengua los adoba,
Ya a éste volviendo en su común cariño
La robusta cerviz, ya al otro niño.

CXXVII.
Viene tras esto la naciente Roma;
Y las sabinas asaltadas, tales
Aparecen allí como las toma

La ocasión de los juegos Consuales;
Y nueva guerra y súbita, que asoma
De Rómulo a la vez a los parciales,
Y a los Curites y al anciano Tacio,
Pueblo viril de corazón rehacio.

CXXVIII.
Con sus armas, y en pie, y allí cercanos,
Depuestas ya las mutuas amenazas,
Ambos reyes ostentan en las manos
De Jove ante el altar sagradas tazas;
Una cerda que inmolan cual hermanos
Acredita la unión de entrambas razas;
Y de Rómulo brilla recién hecho
Tosco palacio de pajizo techo.

CXXIX.
Luego en diversas direcciones Mecio
De rápida cuadriga por el llano
Arrebatar se mira; -así en desprecio
No tuvieses tu fe, mísero Albano!
Arrastrar al follón (¡castigo recio!)
Manda implacable el vencedor romano;
Y entre zarzas pasando y entre abrojos
Rastro dejan de sangre los despojos.

CXXX.
Tú, Pórsena, a tu vez, por el proscrito
Tarquino instando, la ciudad bloqueas;
Y ya de libertad corren al grito
Espadas a blandir nietos de Enéas:
En el ceño el furor llevas escrito,
Y que amagas advierto, como veas
Que osó el puente hundir Cócles, y que libra

Clelia ya de prisión, trasnada el Tibre.

CXXXI.
En lo alto del escudo está presente
Manlio, guardián de la Tarpeya roca,
Que en defensa del templo, el eminente
Capitolio ocupando, se coloca;
Y vese allí que de la Gala gente
Que a los umbrales en silencio toca,
Volando avisa con clamor sonoro
Argénteo ganso en pórticos de oro.

CXXXII.
Entre matas la hueste avanza artera,
Y ya de aquella deseada altura,
Ya casi entre las sombras se apodera,
Dádiva todo de la noche oscura:
Les luce de oro a par la cabellera,
De oro abunda la gaya vestidura,
Y el blanco cuello, que a la leche iguala,
Ciñe, de oro también, maciza gala;

CXXXIII.
Y llevando ante sí largos escudos,
Blande cada uno doble dardo alpino.
El de Salios danzantes, y desnudos
Lupercos, a este grupo está vecino:
Señálanse los ápices lanudos
Y el ancil sacro que del cielo vino;
Y matronas, que insignias venerandas
Honestas llevan en carrozas blandas.
CXXXIV.
El mundo de las penas, la alta boca
Del Tártaro también la arte divina

Grabó lejos de allí. Tú de una roca
Que amenazando está siempre ruina,
Apareces pendiente, y la ira loca
Temblando de las Furias, Catilina.
Más allá de los justos las mansiones,
A quien dicta Caton sabias lecciones.

CXXXV.
En medio a estas escenas, mar hinchado,
Un pielago de oro se dilata,
Que en vivo movimiento simulado
Copos de espuma albísimos desata:
En circulo nadando dilatado
Tersos delfines de luciente plata
Girando van, y con alzadas colas
Barrer parecen las hirvientes olas.

CXXXVI.
Cautiva en medio al ponto las miradas
De Accio el conflicto, el próximo remate
Incierto aún: en orden las armadas
Con férreas proas van; hierve Leucate:
Sus ítalas legiones arriscadas
Conduce Augusto César al combate;
Yérguese en popa; el Pueblo y el Senado
Tiene, y los Dioses de la Patria, al lado.

CXXXVII.
Yérguese en la alta popa: fuego alienta
Radiante cada sien; su coronilla
La estrella Julia fúlgida susterita.
Agripa, que sus tropas acaudilla,
Enhiesto en otra parte se presenta:

Dioses y vientos le cortejan: brilla
Sobre su frente la rostral corona
Que navales hazañas galardona.

CXXXVIII.
Allí Antonio a su vez bárbara hueste
Manda, con vario militar arreo:
Triunfante la región que la celeste
Aurora ilustra y pielago Eritreo
Ha dejado, y ejércitos del Este
Trae: al Egipcio acompañarle veo,
Y al remoto Bactriano; y (¡mancha odiosa!)
También le sigue forastera esposa.

CXXXIX.
Precipítanse a un tiempo las galeras
Hacia alta mar; y cúbrenla de espuma
Revolviéndola toda, las guerreras
Proras y remos con violencia suma.
Ver bogando las Cícladas creyeras
O montes que, éste a aquél, cayendo, abruma;
¡Tanto estrechan la lid! ¡con mole tanta
Un torreado buque a otro quebranta!

CXL.
Volante hierro y encendida estopa
Caen doquier: la atroz carnicería
En sangre el campo de Neptuno arropa.
Con el egipcio sistro desafía
Cleopatra; y, armados en su popa,
A Anúbis labrador, y a cuantas cría
Feas deidades su país, reserva
Contra Neptuno y Venus y Minerva.

CXLI.
Ella mirar no ha osado todavía
Los dos zagueros áspides. En tanto
Arde Mavorte en medio a la porfía,
Tallado en hierro; y esparciendo espanto
Bajan tras él por la región vacía
Las Furias: corre con rasgado manto
Riendo la Discordia; y hiere al viento
Belona en pos con látigo sangriento.

CXLII.
Apolo Accio, que dudoso mira
El trance, desde lo alto el arco tiende;
A Indo y a Egipcio horror mortal inspira:
El Árabe, el Sabeo fuga emprende;
Todos vuelven espaldas a su ira.
Ni d más la Reina espavorida atiende:
Ya, ya jarcias afloja, da la vela,
Vientos convida, por el golfo vuela.

CLXIII.
Grabó a la triste el Dios ignipotente
Con el Yápiga huyendo, a quien invoca
Entre el estrago, pálida la frente
Al soplo de la muerte que la toca;
Y puso al caudaloso Nilo enfrente,
Que abriendo en su dolor séptupla boca,
A su seno cerúleo y honda cama
Con suelta ropa a los vencidos llama.

CXLIV
Y luego en triple triunfo a los romanos
Muros César avánzase opulento:
Máximos a los Dioses italianos

Santuarios fundar tres veces ciento
En Roma, ofrece, y sus alzadas manos
Expresan el eterno juramento.
Y plazas vense y calles en festivas
Danzas bullir y en jubilosos vivas.

CXLV.
Tiene aras cada templo, y centenares
Reúne de matronas: sacrifica
Reses el sacerdote en los altares.
César, de Febo en la albicante y rica
Entrada, las ofrendas populares
Reconoce, a las puertas las aplica;
Y ante él desfilan las vencidas gentes
En veste, armas y lengua diferentes.

CXLVI.
Allí el Nómade, el Áfrico, a. ligeros
Trajes usado; y Lélegas en fila
Vense, y Carios allí; diestros arqueros
Los Gelones; Eufrátes, más tranquila
Su corriente arrastrando; y los postreros
Morinos; y el que doble cuerno estila,
Reno undoso; y los Dabas renuentes,
Y Aráxes, no enseñado a sufrir puentes.

CLVII.
Tales asuntos el sin par Vulcano
En el escudo figurado había.
De su madre el obsequio soberano
Contempla el paladín, y se extasía
En sus primores; con anhelo vano
Enigma tanto descifrar porfía,
Y de futuros nietos y de Roma

Gloria y poder sobre sus hombros toma.

LIBRO NOVENO.

I.
Mientras Fortuna en el etrusco suelo
En tal manera los sucesos guía,
Hacia el osado Turno desde el cielo
Juno, hija de Saturno, a Iris envía.
En el bosque de un valle que el abuelo
Pilumno consagró, Turno yacía,
Y así empiezala a hablar puesta delante,
Con róseos labios la hija de Taumante:

II.
«Lo que deidad ninguna, por corona
A humano ruego, prometer osara,
Por sus pasos el tiempo te ocasiona,
Turno, y ansa de triunfos te depara:
Sus proyectados muros abandona,
Y flota y compañeros desampara
Enéas, y de Evandro palantino
Al poder y amistad tienta camino.

III.
Y aún más: en las etruscas poblaciones
Penetra, incita la nación tirrena,
Levas hace de rústicos peones.

Corta demoras tú: sazón es buena
Para armar carros, para uncir trotones;
¡Ve, y su campo turbado desordena!»
Dice, y huyendo con parejas alas,
Entre nubes de su arco abre las galas.

IV.
Conocióla el mancebo, tiende iguales
Las manos a la virgen, y en su vuelo
Lejos la sigue con palabras tales:
«Iris, nuncia gentil, joya del cielo!
¿Quién así de los cercos siderales
Envuelta en nubes te redujo al suelo?
¿Qué imprevista estación? ¿qué cambio es éste?
Aléjase la bóveda celeste,

V.
»Y en el éter erráticas estrellas
Contemplo. Ya el belísono mandato
Que con agüero de esplendores sellas,
Quienquier tú fueres, obediente acato.»
Dice, a las aguas se encamina, y de ellas
Toma en las palmas, y a los Dioses grato
Sus nombres invocando muchas veces,
Hinche la esfera de devotas preces.

VI.
Ya las armadas tropas a porfía
Marchando en los abiertos campos veo,
Ufanas con veloz caballería
Y ricas de oro y de vistoso arreo:
Mesapo las primeras haces guía;
Las últimas, los hijos de Tirreo:
En medio alto adalid Turno campea,

Y a todos corpulento señorea.

VII.
Así el Gánges en plácida creciente
En siete brazos silencioso fluye;
Y el Nilo, cuando a, su álveo la corriente,
Conque inunda los campos, restituye,
Así avanza también calmosamente.
Ya la nube de polvo, que circuye
Al ejército, han visto los Troyanos
Negra formarse en los tendidos llanos.

VIII.
Y de frontera alcor así el primero
Gritó Caíco: «¿A quién horror y grima
No pondrá, ciudadanos, ese fiero
Tenebroso turbión que se aproxima?
¡Sús! ¡dardos hay aquí! ¡venga el acero!
¡Y a los muros trepemos, que está encima
El enemigo!» Y con clamor ingente
Cierra las puertas la troyana gente.

IX.
Que Enéas, sabio capitán, el día
Que partió, de apariencias lisonjeras
No fiarse jamás mandado había,
Ni salidas hacer: que las trincheras
Guardasen, dijo, con tenaz porfía.
Sus puestos a ocupar corren ligeras
Las armadas legiones; y es en vano
Que ira en contra, y pudor se den la mano;

X.
En vano, que encendida en ellos arda

La muchedumbre por lanzarse: cuida
De obedecer primero, y densa aguarda
Y firme en huecas torres la avenida.
Turno, en tanto, a su hueste en pasos tarda,
Adelántase audaz, suelta la brida,
Con veinte caballeros de alta cuenta,
E improviso ante el muro se presenta.

XI.
Sobre un cordel de Tracia lozanea
Que blancas manchas luce; cresta roja
Sobre el dorado morrión ondea.
«¿Quién de vosotros, a, mi ejemplo, enoja
Con fiero reto a los contrarios? ¡Ea!»
Dice, y blandiendo un dardo, alto le arroja,
Nuncio marcial, y el potro que sofrena
Con garbosa altivez lanza a la arena.

XII.
Síguenle en clamoroso movimiento...
Mas ¿quién de ellos pensara lo que mira?
El Troyano, en inerte encogimiento,
No igual lid a empeñar armado aspira,
A cobijar su campo sólo atento.
Los muros registrando Turno gira
Furioso en su corcel, y abrir espera,
Por donde entradas no hay, de entrar manera.

XIII.
Cual, llena, asedia un lobo a una, majada
En alta noche; y vientos y aguaceros
Arrostra, y por la cerca tienta entrada;
Balan bajo las madres los corderos;
El ruje, y ya en su presa, aún no tocada,

Ceba sus apetitos carniceros;
Que el hambre acumulada le atormenta
Y arde, áridas sus fauces, sed sangrienta:
XIV.
El Rútulo adalid, de igual manera,
Mirando los reales y los muros
En ímpetu fogoso se exaspera,
Derrítele el dolor los huesos duros:
Penetrara en la plaza si pudiera;
Y piensa cómo a los que ve seguros
Encerrados Troyanos, fuera llame
Y a igual lid en los campos los derrame.

XV.
Con surtas popas la troyana armada
En la orilla contigua a los reales,
Yacía de trincheras resguardada,
Con foso, en derredor, de aguas fluviales.
Abalánzase Turno a la estacada:
A los suyos, que llegan con triunfales
Aplausos, al incendio alienta, excita;
El mismo un inflamado pino agita.

XVI.
De Turno en pos la juventud se arroja,
Que del jefe el ejemplo la espolea;
Los hogares intrépida despoja,
Y ármase cada cual de negra tea:
Con densas nubes sobre llama roja
Ya aquel, ya este tizón arde y humea;
Y al cielo remontándose Vulcano
Las pavesas esparce al aire vano.

XVII.
¡Musa! ¿cuál Dios de la troyana flota
Apartó, dí, la vencedora llama?
La evidencia del hecho está remota,
Mas tradición eterna lo proclama.
Cuando leños del Ida a mar ignota
Enéas iba a confiar, es fama
Que al poderoso Júpiter, su hijo,
La alma Diosa Cibéles así dijo.

XVIII.
«Sé propicio a mi ruego y mi querella,
Ya que el cetro me debes con la vida:
Tuve yo una floresta que descuella
Entre pinares, coronando el Ida;
Muchas ofrendas recibí yo en ella,
Largos años por mí favorecida:
Huecos sagrarios, con la sombra oscuros
De pinos resinosos y arces duros.

XIX.
»Yo he cedido estos árboles de grado
Al dardanio mancebo, de bajeles
Menesteroso. Hoy roedor cuidado
Me aflige: tú le ahuyenta; tú a Cibéles-
Filial premío a sus preces reservado-
Da que sus tablas nunca hundan crueles
Viento ni mar, señuelos ni embestidas;
¡Válgales en mis montes ser nacidas!»

XX.
«¿Qué pretendes,» responde, «madre mía!«
El que mueve los cercos siderales:
«¿A naves, obra de un mortal, cabría

El fuero de las cosas inmortales?
¿Andar seguro por incierta vía
El troyano adalid? ¿Caprichos tales
Habían de alterar leyes del Hado?
¿Tal poder a cuál Dios jamás fue dado?

XXI.
»Concedo, empero, por calmar tus penas,
Que al fin -cuando por líquidos caminos
Hayan a las itálicas arenas
Llegado, y en los campos laurentinos
Puesto a su capitán, de mal ajenas
Su ser mortal las naves de tus pinos
Pierdan, y cada cual se trueque en Dea,
Cual Doto de Nereo o Galatea,

XXII.
»Y esotras que, del mar húmedas Diosas,
Cortan con pecho de marfil liviano
Del pielago las capas espumosas.»
Por las riberas del Estigio hermano
Con torrentes de pez vortiginosas
Juró lo dicho el Númen soberano;
La frente inclina, y del Olimpo ducho,
El Olimpo estremece con su ceño.

XXIII.
Cumplido el plazo por las Parcas fuera,
Llegaba, en fin, el prometido día.
De la flota a apartar la llama fiera
Turno a, la Diosa en su feroz porfia
Constriñe. En esto iluminó la esfera
Nueva luz; nube inmensa Oriente envía,
Cruzar la ven el ámbito sereno

Y, que coros del Ida hinchen su seno.
XXIV.
Y una voz resonó tremenda y clara
Que a Rútulos envuelve y a Troyanos:
«¡Teucros! a defender mi flota cara
Alados no acudais ni armeis las manos;
Cual si los mares a incendiar probara,
Saldrán de Turno los intentos vanos.
Huid, diosas del mar! ¡Cada una horra
Vuestra madre os lo manda -el ponto corral».

XXV.
Y suéltase cada una en tal momento
Del cable que la tuvo prisionera;
Y de proa zabullen, y el asiento
Solicitan del pielago, a manera
De nadantes delfines; y ¡oh portento!
¡Oh pasmo! cuantas vido la ribera
De bronce en, su recinto ancladas proras,
Tantas virgenes surgen bullidoras.

XXVI.
Los Rútulos temblaron: del espanto
Mesapo mismo poseer se deja
Que a sus caballos alborota; en tanto
Que, formando sus ondas ronca queja,
No a, impelerlas se anima el Tibre santo,
Medroso, y de la, mar la planta aleja.
Mas del audace Turno nada alcanza
A abatir la soberbia confianza.

XXVII.
Antes enciende, y entusiasmo inspira

Con su elocuencia: «Este prodigio,» exclama,
«A los Troyanos solamente mira
Infausto. Si es que Júpiter los ama,
Hoy su auxilio a las claras les retira;
Ya sobra nuestro acero y nuestra llama,
¿En el mar qué les queda ni en la tierra?
Sendas de salvación el mar les cierra:

XXVIII.
»Nada esperan allá, y en nuestras manos
Acá la tierra ven; que mil legiones
Itálicas la cubren. Hoy, hoy vanos
Esos presagios son y predicciones
Que orgullosos ostentan los Troyanos;
¡Qué! ¿de Ausonia en las fértiles regiones
Ya no surgieron? Con lo cual sobrado
A Venus diose y a la ley del Hado.

XXIX.
»Yo también tengo mi inmutable sino:
A una gente de esposas robadora
Destruir por la espalda es mi destino!
De los Atridas el dolor, yo ahora
Lo pruebo: ni a Micénas sola avino
Ser de justa venganza ejecutora!...
¿Qué capital castigo una vez basta?...
¿Mas si la ruina la maldad no gasta?

XXX.
»¡Esos golpes mortales de la Suerte
Lección han sido que enseñar podía
Contra toda mujer odios de muerte!
¡Demente obstinación! Ved como fía
En valla y foso, contra golpe fuerte

Breve retardo, la nación que un día,
Aunque obra de Neptuno mal seguros
Vio en llamas perecer sus altos muros!

XXXI.
»¿Quién ahora, elegidos compañeros,
De vosotros, vendrá a meter conmigo
El hacha en esos frágiles maderos?
¿Quién a invadir ese tremente abrigo?
No; ni armas de Vulcano, ni guerreros
Buques mil, contra mísero enemigo
He menester; y porque más se aneguen,
Que todos los Etruscos se les lleguen!

XXXII.
»Ni teman de nosotros, cual del Griego
Que robó el Paladión, cobarde, oscuro,
Cruel asalto, ni que al vientre ciego
De un caballo trepemos; no: les juro
Que en pleno sol y cara a cara, el fuego
En torno llevaremos de su muro;
¡Y así, que con los Dánaos no pelean
Que Héctor diez años entretuvo, vean!

XXXIII.
»Mas la parte mejor pasó del día;
Y porque bien habéis entrado, el resto
Justo es dar al descanso y la alegría,
Y esperad nueva lid con nuevo arresto.»
Así habló Turno; y a Mesapo fia
El dar, enfrente a las salidas, puesto
A vigilantes tropas delanteras,
Y las murallas rodear de hogueras.
XXXIV.

Toca a catorce jefes escogidos
El cerco de la plaza; cien soldados
Atentos a cada uno dan oídos:
Y ya con roja pluma empenachados
Rondan, en oro espléndido ceñidos:
Remúdanse: en la hierba recostados
Encomiéndanse a Baco, Y se solaza
Vaciando cada cual su henchida taza.

XXXV.
Hacen guardia al fulgor de las hogueras,
Y jugando entretienen el desvelo.
Desde lo alto, a la vez, de sus trincheras
Mirando están el ocupado suelo
Los Troyanos; y puertas y barreras
Requieren, no sin tímido recelo;
Y las torres con puentes relacionan,
Y las ceñidas armas no abandonan.

XXXVI.
Mnesteo, y el intrépido Seresto
Dirigen la defensa. Para cuando
Sobreviniese temporal funesto,
Enéas, al partir, a ambos el mando
Encomendó de aquella gente. Puesto
Cada cual, los peligros sorteando,
Con solícito afán a ocupar vuela,
Y hacen todos por turno centinela.

XXXVII.
Niso una puerta a la sazón guardaba,
Niso, el hijo de Hírtaco, guerrero
Terrible, a quien el Ida, cuna brava,

Selvática mansión, por compañero
A Enéas envió, con llena aliaba
Y firme dardo cazador ligero:
Eurídalo con él, gallardo mozo
A quien apenas apuntaba el bozo.

XXXVIII.
Más que Eurídalo hermoso, armas troyanas
Mancebo no vistió; verle enamora:
Fueron en paz y en guerra almas hermanas
Los dos; común deber los junta ahora.
«¡Eurídalo! ¿algún Dios a las humanas
Mentes dará este afán que me devora?»
Niso dice: «¿o su propio terco anhelo
Cada uno juzgará voz del Cielo?

XXXIX.
»A la lid, o a algo grande, arduo, me instiga
Implacable hace rato el pensamiento.
¿Cuál confianza el Rútulo no abriga?
¿Ves? rara luz alumbra el campamento:
Los vence el vino, y ya el sopor los liga,
Ningún rumor se siente o movimiento
En la vasta extensión. Mi interna lucha
Contempla ahora, y lo que pienso escucha:

XL.
»Quieren todos, el Pueblo y el Senado,
Llamar a Enéas, y enviarle quienes
Hagan fiel relación de nuestro estado.
Si me prometen lo que pida, y vienes
Tú en llevarlo (yo quedo asaz pagado
Si glorioso suceso honra mis sienes),
Iré; que al pie de aquel collado, creo,

Hay senda cierta al monte Palanteo.»

XLI.
Quedó atónito Eurílalo con esta
Revelación; y ya con sed de fama
El ánimo encendido, así contesta
Al noble amigo que en su ardor le inflama.
«Niso, tu ingenio a conquistar se arresta
Tanta gloria, ¿y contigo al que te ama
No has de llevar? ¿Y yo sin compañía
Tanto riesgo arrostrar te dejaría?

XLII.
»¡No! a más nobles acciones fui criado
Cuando, naciendo entre el marcial ruido
Y las desgracias de mi Patria, alzado
Me hubo en brazos Oféltes, aguerrido
Varón, mi padre; y luego acá, a tu lado,
A más altos objetos he venido,
Mientras siga por áspero sendero
Al buen Rey mío hasta el confín postrero.

XLIII.
»Hay aquí un alma que la vida en nada
Aprecia ante la gloria. Con mi vida
Yo tu gloria daré por bien comprada.»
Niso a esto replicó: «Jamás temida
Fue por mi en pecho heroico acción menguada;
¡No! así Jove, así el Dios que en mi partida
Haya de ser de mi intención testigo,
A los brazos me vuelva del amigo!
XLIV.
»Mas atiende: si ya fortuna loca,
Desdichada ocasión, deidad esquiva

(Que a casos tantos mi ambición se aboca,
Cual ves), en este lance me derriba;
De ambos, a ti sobrevivir te toca,
Que no a mí, por tus años: sobreviva
Quien mi cuerpo, del campo del combata
Traído, o recobrado por rescate

XLV.
»Mande a la tierra; -ú honras y, vacía;
Me dedique una tumba, si es que fiera
Niega aquello la suerte... ¿Y yo sería
Quien, causando fracaso igual, hiriera
El tierno pecho de una madre pía
Que, excepción entre ancianas, va doquiera
Siguiéndote, garzón, en nuestras huestes,
Y el regio hospicio despreció de Acéstes?»

XLVI.
«Vanas razones en tejer porflas«
Interrumpe el intrépido mancebo:
«Abreviemos el paso; no en mis días
Me apartarás de la intención que llevo.»
Y diciendo, despierta a los vigías,
Que por orden acuden al relevo.
Sigue Eurílalo a Niso; a andar empiezan,
Y al príncipe los pasos enderezan.

XLVII.
Por los campos los otros animales
Ya anegaban en sueño sus cuidados
Y la ingrata memoria de sus males.
Trataban a ese tiempo, congregados,
De la ardua situación los principales

Caudillos y la flor de los soldados:
¿Qué haremos, dicen, en angustia tanta?
¿Quién hacia Enéas moverá la planta?

XLVIII.
En pie están, en mitad del campamento,
Apoyado cada uno en luenga lanza,
Puesto al brazo el escudo. En tal momento
Llegaron, y agitados de esperanza,
Los dos piden audiencia: un pensamiento
Anuncian, que con creces la tardanza
Resarcirá que causen. Acogida
Les da Ascanio, y a Niso a hablar convida.

XLIX.
El cual les dice: «Sin injusto ceño,
Nobles jefes, oíd nuestras razones;
Ni por la edad juzgueis de nuestro empeño.
Yacen los enemigos escuadrones
Entorpecidos del licor y el sueño:
Campo a nuestras astutas intenciones
Propicio) allí se ofrece, do la puerta
Que mira al mar, dos sendas abre incierta.

L.
»Negro vapor al cielo enviando, humea
A largos trechos, moribundo fuego.
Si permitiereis que ensayado sea
Por nuestras manos de fortuna el juego,
Y a la ciudad vayamos Palantea
A buscar nuestro jefe, luego, luego
Terrible con la sangre y los despojos
Le gozarán presente vuestros ojos.

LI.
»Y no temáis que entre el silencio mudo
Andando de la noche, un extravío
Avenga: en estos sitios a menudo
Hemos cazado, y desde valle umbrío
Descubrir la ciudad la vista pudo,
Y explorado tenemos todo el río.»
Calló Niso; y Alétes, noble viejo,
Sabio varón de magistral consejo,

LII.
«Númenes, cuyo brazo patrocina
A Troya!» exclama: «a fe que a los Troyanos
No preparáis una total ruina
Cuando así en años suscitáis tempranos
Ímpetus tales de virtud divina!»
Y a ambos ciñe los hombros, y las manos
Estréchales, y en llanto de alegría
El rostro humedeciendo, proseguía:

LIII.
«Premíos a vuestros méritos iguales,
Mancebos, ¿do hallaré que os galardonen?
Lo primero, los Dioses inmortales
Y las propias conciencias os coronen!
Apreciadores de servicios tales,
Segunda recompensa a fe que os donen,
Enéas hoy, y cuando llegue el día
Ascanio, que olvidaros mal podría.»

LIV.
«Más digo,» Ascanio interrumpiendo exclama;
«Por los Lares de Asáraco, y el fuego
De Vesta inextinguible, y cuantos ama

Grandes Dioses mi casa, Niso, os ruego
Volváis el padre al hijo que lo llama,
Que se cuenta sin él perdido y ciego:
Mis esperanzas y el destino mío
Yo en vuestros pechos sin reserva fío.

LV.
»Venga él, y en gozos trocará lamentos,
Y el hado amansará que nos maltrata.
Dos vasos de abultados ornamentos,
Que é ya ganó en Arisba, obra de plata,
Dos trípodes también, y dos talentos
Grandes de oro, os dará mi mano grata;
Ni añadir una antigua taza olvido
Que recibí de la sidonia Dido

LVI.
»Que si el hado me otorga que conquiste.
El itálico suelo, y se sortea
Espléndido botín, óyeme: ¿viste
El caballo en que Turno gallardea
Y las doradas armas que se viste?
Tuyo el caballo con las amas sea,
Exentos, Niso, del común despojo;
Tuyo el escudo y el penacho rojo.

LVII.
»Que, añadirá mi padre a dones tales
Doce hermosas esclavas, adivino;
Luego, doce cautivos, con marciales
Arreos cada cual; y de Latino,
En fin, los predios rústicos reales.
En cuanto a ti, mancebo peregrino,
A quien mi edad sigue el alcance, lazos

Anudando de amor te doy mis brazos;

LVIII.
»Mi corazón te doy, y te recibo
Desde aquí por perpetuo compañero:
De hoy más, sin ti gozosas no concibo
Glorias, que dividir contigo quiero.
Ya el laurel me corone o ya el olivo,
En todas ocasiones tú el primero
Amigo, a quien el alma nada esconde,
Mío serás,» Eurílalo responde:

LIX.
«Nunca, nunca será que yo desdiga
De este animoso arranque; así la suerte
Amiga se presente... ¡o enemiga!
Mas qué ante todo premío pido, advierte:
Tengo una madre, de la estirpe antiga
De Príamo, a quien no razón tan fuerte,
Ni patrio sol, ni regio hospicio, nada
Hubo que de seguirme la disuada.

LX.
»Yo parto sin hablarla; ella, ¡ay! No sabe
Cuántos riesgos el hijo desafía!
Por la noche y tu diestra! que no cabe
En mí a su llanto resistencia impía;
Venciérame. Consuelo tú suave
Sé, y arrimo, a la pobre madre mía!
Si en ti fincar esta esperanza puedo,
Iré al peligro con mayor denuedo.»

LXI.
Con lágrimas responden de ternura

Los Troyanos presentes. Renovado
El recuerdo del padre, Ascanio apura
Su afecto en él; y el rostro hermoseado
Con llanto, dice: «En esta ardua aventura,
Euríalo, no ternas resultado
Que a tan glorioso acometer no cuadre;
Sí, tu madre también será mi madre.

LXII.
»Llamarase Creusa, y madre fuera
Mía del todo: en cambio es madre, tuya,
No pequeño renombre. Como quiera
Que esta empresa magnánima concluya,
(Jurolo por mi vida, a la manera
Que antes mi padre), o ya te restituya,
O no, próspera suerte, honra no escasa
Siempre daré a tu madre y a tu casa.»

LXIII.
Dice Ascanio llorando, Y desanuda
Del hombro al punto una dorada espada,
No de su vaina de marfil desnuda,
De Licaon cretense obra extremada:
Una, de león despojos, piel velluda
Mnesteo a Niso da: con él colada
Permuta Alétes. De metal cubiertos
Marchan los dos, con hados ¡ay! inciertos.
LXIV.
Los siguen los caudillos principales
Hasta las puertas, jóvenes y ancianos
Con votos y plegarias. Bríos tales
Ascanio ostenta y pensamientos canos
No ya cual de su edad; y mil filiales
Mensajes encomienda: ¡intentos vanos!

Las fugaces palabras recogían
Vientos que a sordas nubes las confían.

LXV.
Salen, pues, y los fosos ya salvados,
Envueltos en la sombra, la carrera
Encaminan a campos malhadados
En que a muchos la muerte antes espera:
Ven rendidos a trechos los soldados
Y los carros en alto en la ribera;
Entre armas, ruedas, bridas, vino y todo
Mudo yace el ejército beodo.

LXVI
Habló el hijo de Hírtaco primero:
«¡Eurílalo! osar mucho importa ahora;
Propicia es la ocasión, y éste el sendero.
Tú, no se alce tal vez mano traidora
A hacernos por la espalda un desafuero,
Ten alerta la vista indagadora;
Que yo dando la tala en torno mío
Por ancha brecha conducirte fío.»

LXVII.
Dice, y hace silencio, y a Ramnete
Que en su alta tienda y cama entapizada
Daba roncos bufidos, arremete
Con brazo firme y con desnuda espada.
Rey a un tiempo y augur, a quien somete
El rey Turno sus dudas, fue; mas nada
Valieron artes al dormido mago
Contra el poder de un invisible amago.

LXVIII.
A tres pajes que entre armas, mezcla ciega,
Yacen, y al escudero y al auriga
De Remo, al pie de sus caballos, llega
Y las flojas cabezas les desliga
A hierro; al amo, en pos, el cuello siega,
Y el tronco deja que abortando siga
Raudales: de cadáveres sembrada
En cálido cruor la tierra nada.

LXIX.
Y a Lamo oprime, a Lámiro, a Serrano,
Mozo éste de gentil fisonomía
Que hasta tarde despierto estuvo, en vano,
Con el mucho jugar; ya en fin dormía
Puesto en brazos de un sueño asaz temprano,
Con el mucho beber. ¡Feliz si al día
Aguardase! si, hurtándose al sosiego,
Igualara la noche con el juego!

LXX.
Como león que, en el furor agudo
De hambre voraz, entre el rebaño vaga
Tierno de carnes y en su espanto mudo,
Que hinche el aprisco, y ya le aferra y traga;
Brama su boca ensangrentada: crudo
Así Niso se ceba: irle a la zaga
Euríalo no quiere, y muertes hace
En la ignorada grey que en torno yace.

LXXI.
Él a Ábaris y a Fado asalto fiero
Y a Herbeso y Reto dio: Reto, que en vela
Todo viéndolo está; medroso empero

Tras una jarra enorme el bulto cela:
En su pecho, al erguirse, entra el acero
Que, sacado, mortal caso revela:
Vierte el triste la vida, y sangre y vino;
Y el nocturno agresor, se abre camino.

LXXII.
Ya al cuartel de Mesapo va, do, espira
Sin pábulo la lumbre: allí la hierba
Paciendo atados los bridones mira.
Niso en breves palabras (pues observa
Cuán lejos va llevándolos la ira
Que matando se enciende y exacerba)
Dijo: «La odiosa luz próxima advierto:
No más sangre; ancha senda hemos abierto«

LXXIII.
Mucha arma allí, mucha maciza plata,
Mucho vaso y riquísimo tapete
Abandonan. Eurílalo, arrebata
Para sí de Mesapo el justo almete,
Que al viento plumas de color desata;
Después que los galones de Ramnete
Y el cinto, que áureos clavos ornamentan,
Alzó: en vano sus hombros los sustentan!
LXXIV.
(De Cédico opulento éstas un día
Galas fueron; el cual al tiburtino
Rémulo como prenda las envía
De alma hospitalidad y afecto fino:
En legado, al morir, éste las fía
Al nieto, y con su muerte, en guerra, vino
A manos de los Rútulos la rica
Herencia, y al más fuerte se adjudica).

LXXV.
Salen ambos del campo, y ya por vía
Segura echan a andar. En tal momento
Respuestas para Turno conducía
Parte de una legión: tres veces ciento
Jinetes son; -atrás la infantería
A marchar se apercibe: -de Laurento
Salieron adelante, y a su frente
Va, con broquel cual los demás, Volcente.

LXXVI.
Llegan ya al campo y muro, cuando aquellos
Bultos miran que a izquierda mano, tienden.
El yelmo de Mesapo da destellos
Que entre el nocturno clarear ofenden
La vista a quien observe: huyes, mas ellos,
Desmemoriado Eurílalo, te venden!
«No equívoca visión mi mente inflama,»
De en medio del tropel Volcente clama.

LXXVII.
Y«¡Alto!» intima: «¿quién sois? decid; ¿de dónde
O a dónde os dirigís? ¿A qué bandera
Adscritos militáis?» Nadie responde:
Uno y otro a los bosques acelera
El paso, y a la noche, que le esconde
Fiado huyendo va. Sin más espera
cierran al bosque entradas y retretes
En alas desplegados los jinetes.

LXXVIII.
Selva de encinas negras y jarales

Tendíase ancha allí, de agrios abrojos
Ceñida, y de espesísimos breñales:
Rara trillada senda ven los ojos
En medio de sus calles naturales.
Eurídalo, a quien pesan sus despojos,
Y los ramos asombran del recinto,
Pierdese en el confuso laberinto.

LXXIX.
Niso huye, huye imprórido, y ya fuera
Ya del alcance de enemiga mano,
El campo atrás dejando en su carrera
Que por Alba después nombróse *Albano:*
(Campo del rey Latino entonces era,
Y en él grandes majadas). ¡Ay! en vano,
Cuando hubo de parar, buscó al ausente
Amigo, y dijo al fin con voz doliente:

LXXX.
«¡Eurídalo infeliz! ¡yo te he dejado!
¿Por dónde, ¡ay triste! he de seguirte ahora),
¿Dónde hallarte?» Y con rumbo retrogrado
Otra vez de la selva engañadora
Intríncase en el seno enmarañado;
Sus propias huellas afligido explora,
Y entre las matas ásperas camina
En que silencio funeral domina.

LXXXI.
Caballos siente, oye el tropel, escucha
De borda perseguidora el alto aullido;
Ni de tiempo medio distancia mucha
Cuando nuevo clamor hiere su oído,
Y a Eurídalo distingue, que relucha

En vano, de contrarios sorprendido:
Turbóle senda ambigua y sombra ingrata;
Y fuerza superior ya le arrebata.

LXXXII.
¿Cómo será que al mísero liberte?
¿Con qué armas defender podrá al amigo?
¿Entre heridas buscando honrosa muerte,
Arrojaráse en medio al enemigo?
¿Qué hará? Blande un astil con brazo fuerte,
Y a la Luna tomando por testigo,
Que alto su carro a la sazón regía,
En voz sumisa esta plegaria envía:

LXXXIII.
«¡Honor de los celestes luminares,
Custodia de los bosques, sacra Luna!
Si a Hírtaco, mi padre, en tus altares
Poner viste en mi nombre ofrenda alguna;
Si, cazador en selvas seculares,
Tu gloria acrecenté con mi fortuna
Tus bóvedas colgando de despojos,
Compasiva a mi afán vuelve los ojos!

LXXXIV.
»¡Oh! dame que ese grupo desordene
Y a este dardo en el aire abre sendero!»
Orando así, con cuantas fuerzas tiene
Arroja el arma. En ímpetu ligero
El asta parte despedida, y viene,
Hendiendo sombras, a Sulmon frontero,
Y rómpese en su espalda, y la madera
Hecha astillas las vísceras lacera.

LXXXV.
Agobiado Sulmon rueda al instante,
Y con hondo estertor, trémulo, frío,
Las entrañas fatiga, agonizante,
Y de encendida sangre vierte un río.
No hay quien no torne a ver, quien no se espante
Niso, entretanto, renovando el brío,
Puesto el brazo a la altura de la oreja,
A asestar otro tiro se apareja.

LXXXVI.
Temblando están del invisible amago
Todos, cuando otra vez dardo estridente
Llega, que ambas las sienes pasa a Tago
Y en su hendido cerebro hincase ardiente.
El causador no indaga del estrago
Llevado de la cólera Volcente,
Ni en quién le cumpla desfogarse mira;
Ciego salta, y bramando estalla en ira:

LXXXVII.
« Tu sangre ha de correr, quienquier que él sea;
Y en ti de entrambos tomaré venganza!«
Así diciendo, el hierro ya menea
Desnudo, y sobre Eurílalo se lanza.
Lleno, a par, de terror, Niso vocea;
Fuera, también, de sí, Niso se avanza:
Más tiempo oculto estar no lo tolera
El duro trance, ni él callar pudiera.

LXXXVIII.
«¡Acá, acá, revolved! ¡yo soy!« les dice;
«¡Contra mi pecho encaminad la espada!
Oh Rútulos! mirad que ese infelice

Nada osó hacer, ni hacer pudiera nada.
Todo yo lo tracé, todo lo hice.
Por los astros lo juro y la morada
Celeste. Fue su culpa, demasiado
A un sin ventura amigo haber amado.»

LXXXIX.
Mientras en vano así Niso clamaba,
Ya la amenazadora punta llega,
Y al costado de Eurílalo se clava
Y el tierno pecho le destroza ciega.
Cae el triste, y la vida se le acaba:
Roja sangre sus blancos miembros riega,
Y, doblándose lánguida,
Sobre los hombros la cerviz hermosa.

XC.
Tal flor purpúrea a quien tronchó el arado
Desfallece a morir; tal la amapola
Sobre su débil vástago doblado
Inclina mustia la gentil corola
Que la lluvia agobió. Desesperado
Niso penetra el escuadrón, y a sola
La persona, entre todos, de Volcente
Solicita su cólera impaciente.

XCI.
Acá y allá, ya aquel, ya este guerrero,
Le resisten y estorban: él no cia,
Antes a todos lados el acero
Fulmíneo revolviendo ábrese vía;
Hasta que al fin al Rútulo, que fiero
Gritando a la sazón la boca abría,
Por ella adentro le escondió la lanza:

Próximo así a morir tomó venganza;

XCII.
Y encima se desploma herido, inerme,
Del muerto amigo a quien unió su historia,
Y en paz allí su último sueño duerme.
¡Oh, felices los dos! si alguna gloria
Puedo yo de mis versos prometerme,
Siglos no eclipsarán vuestra memoria
Mientras sustente inmoble el Capitolio
El prez de Enéas y de Jove el solio!

XCIII.
Vencedores los Rútulos en tanto
Recogido el botín, al campamento
Exánime a Volcente van con llanto
Conduciendo. Menor no es el lamento
Que en los reales cunde, y el espanto,
Cuando a Ramnete ven sin movimiento,
Y tanto noble jefe a quien abruma
Común calamidad: Serrano, Numa.....
XCIV.
Cerca a los que o difuntos o mortales
Están, acude multitud ingente:
Ven de espumosa sangre los raudales
Y tibio aún de mortandad reciente
El campo. Reconocen los marciales
Despojos: de Mesapo allí el luciente
Casco; allí el cinto, recobrado a un muerto,
El rico cinto, de sudor cubierto.

XCV.
El áureo lecho de Titón la Aurora
Tímida deja, entre celajes raya,

Y ya su lumbre que horizontes dora
Secretos descubriendo, el sol explaya
Por el mundo. Con voz animadora
Turno, no sin que él mismo armado vaya,
Cual suele, de los pies a la cabeza,
Al arma a todos a llamar empieza.

XCVI.
A su voz cada jefe sus legiones.
Ferradas, en batalla ordena: ceban
La rabia vomitando maldiciones;
¿Qué más? en astas que en el aire elevan,
De los dos degollados campeones
Los rostros clavan, y, a doquier los muevan.
¡Oh espectáculo! ¡oh bárbaro trofeo,
Síguelos de la plebe el clamoreo.

XCVII.
De sus muros, en tanto, a la siniestra
Los sufridos Troyanos aparecen;
Protegidos del río, a mano diestra,
Sus anchas fosas a la par guarnecen.
¡Ah! de sus altas torres pasan muestra
Al campo, ¡y cuán de veras se entristecen
Viendo (ni cabe engaño) aquellos vultos
Horribles con la sangre y blanco a insultos!

XCVIII.
Alada en la ciudad la fama rueda,
Y a la madre de Eurílalo al oído
Tristes cosas murmura. Ella se queda
Pálida, sin calor y sin sentido:
Va la aguja a los pies, se desenreda
Cayendo de las manos el tejido.

Mesando luego la melena blanca,
Altos gemidos de su pecho arranca;

XCIX.
Y al muro, a la falange delantera
Frenética ella corre, ella no cuida
Que entre armas y varones acelera
El paso, ni el peligro la intimida;
Y de quejas después hinche la esfera:
«¡Que así te miro, ay hijo de mi vida!
Tú, arrimó a mi vejez mísera y triste,
¡Cruel! ¿dejarme en soledad pudiste?

C.
»Pues riesgos ibas a correr tan graves,
¿Cómo no me avisaste la ardua empresa,
Ni oí palabras de tu amor suaves?
¡No que hora en tierra ignota yaces, presa
A los latinos perros y a las aves!
Ni honrar me es dado, Eurílalo, tu huesa;
Que recoger no pude tus despojos,
Tus heridas lavar, cerrar tus ojos.

CI.
Ni la ropa vestirte que de día
Yo y de noche labraba, mis pesares
Consolando en la edad caduca mía.
¡Ay! ¿a dónde seguirte? ¿en qué lugares
Tu destrozado cuerpo quedaría?
¿Y para esto por tierras y por mares
Anduve acompañándote? ¿y es esta
Visión cruel cuanto de ti me resta?

CII.

»¡Rútulos! si tenéis piedad alguna,
Todos aquí asestad; yo la primera
Caiga; ¡matadme!... o tú de mi fortuna
Duélete, ¡Padre de los Dioses! Hiera,
Hiérame un rayo tuyo: esta importuna
Memoria acabe: el Tártaro me espera;
Precipítame allá, pues de otra suerte
No es dado a esta infeliz que halle la muerte!»

CIII.
Lloran todos con ella; y ya al deseo
De combatir, con el común quebranto
Las fuerzas van faltando. Actor e Ideo
A la triste, que enciende duelo tanto,
Acuden, por mandato de Ilioneo,
Y de Yulo, que vierte largo llanto;
Sustentándola en brazos se encaminan
A su hogar, y en el lecho la reclinan.
CIV.
Óyese del clarín el son agudo;
El canoro metal de alarma llena,
Los campos, y ya el aire, en antes mudo,
Con los ecos terríficos resuena,
Formada ya la militar testudo
De Volscos el ejército se ordena,
Y a cubrir apercíbese en batalla
El ancho foso y a arrancar la valla.

CV.
Buscan unos entrada, y por escalas
A trepar se dirigen a la parte
Do las haces parece estar más ralas
Que coronan el muro y baluarte.

Se arman los Teucros a su vez; tan malas
Armas no habrá que no utilice el arte,
En que ya los formó la patria tierra,
De guardar plaza fuerte en larga guerra.

CVI.
Picas vibran, y aún vuelcan ya pedrones
Cuyo peso del Rútulo consiga
Romper los defendidos batallones.
¿Y qué? ¿será que conllevando él siga
Tan rudos golpes sin sufrir lesiones
Bajo la densa concha que lo abriga?
No; ni el número basta. ¿Veis do ileso
Marchando viene el pelotón más grueso?

CVII.
Pues ya a esa parte misma risco horrendo
Los Troyanos arriman, ruedan: postra
Anchamente a los Rútulos cayendo
Y desbarata su ferrada costra.
La muchedumbre audaz retrocediendo,
Tal lluvia en ciego asalto más no arrostra,
Y a los sitiados a ofender aspira
Sólo con flechas que de lejos tira.

CVIII.
Ostentando a su vez, Mezencio insano
Su catadura amenazante y fea,
Viene por otra parte, y en su mano
Etrusco pino tenebroso humea.
Mesapo, prole de Neptuno, ufano
Porque indómitos potros señorea,
El vallado también romper decide
Y escalas ya para los muros pide.

CIX.
¡Oh Calíope! ¡oh Musas celestiales!
¡Inspirad al cantor! Cuántos encierra:
Estragos ese campo funerales,
Decid; a quiénes Turno echó por tierra,
Y otros a otros también, cuáles a cuáles;
Desenrollad el libro de la guerra,
Y mi vista contemple aquellos hombres:
¡Vosotros los sabéis, decid sus nombres!

CX.
Con arduos puentes a asombrosa altura
En oportuno sitio al aire vano
Erguíase una torre. Se conjura
A embestirla el ejército italiano
Con extremado alarde de bravura.
En agolpados grupos el Troyano
Defiéndela con piedras, y a porfía
Por troneras abajo armas envía:

CXI.
Turno osado, primero en los primeros,
Tira una hacha encendida, que se pega
A un lado de la torre: a los maderos,
Acrecentada por el viento, llega
La llama devorante. Los guerreros
Que adentro ven el gran peligro, en ciega
Confusión a salvar corren la vida,
Buscando en vano y de tropel salida.

CXII.
Y en tanto que se agolpan, en su anhelo,
A un punto ajeno al fuego, se derrumba

Súbito por su peso el fuerte: el cielo
Con fragoroso estrépito retumba:
Y vienen, medio exánimes, al suelo,
No sin que la alta mole en pos sucumba,
Transfijos por sus armas los soldados
Y de duras astillas lastimados.

CXIII.
A todos el tremendo golpe acaba,
Salvo a Helénor y a Lico. En años era
Tierno aquél: en secreto, de la esclava
Licimnia, al rey Meonio le naciera;
A la guerra de Troya, aunque le estaba
Vedada, ella envióle. De ligera
Armado, iba inglorioso, con desnudo
Acero, y sin divisa el limpio escudo.

CXIV.
El cual mirando acá, y allá, y doquiera,
Mil haces que le estorban la salida,
Determina morir. Como la fiera
Que de perseguidores circuida
En densa red, contra la opuesta hilera
Se embravece en furiosa arremetida,
Y de un salto sin miedo ni esperanza,
Por cima de los dardos se abalanza;

CXV.
Así Helénor se arroja, y donde advierte
Más densa la erizada tropa, fiero
Entrando por allí corre a la muerte.
Lico mientras, más que él de pies ligero,
A una fuga veloz fía su suerte
Entre tanto enemigo hórrido acero;

Trepa al muro, cubierto de Troyanos,
Y alto asidero busca, amigas manos.

CXVI.
A la carrera Turno con la lanza
Habiéndole seguido, ya cercano
Le mira, ya sobre él victoria alcanza.
«¡Qué! ¿de librarte de mi fuerte mano
Concebiste, demente, la esperanza?»
Dice, y cogiendo al que trepaba en vano,
No sin parte del muro a que se aferra
A síle trae y le derriba en tierra.

CXVII
Con uñas corvas por el vago viento
A blanco cisne, así, o a liebrezuela,
La armígera de Jove al firmamento
Arrebata feroz, y encima vuela;
Y al corderillo así, que anduvo a tiento,
Por quien la baladora madre anhela,
Roba el fiero animal que sirve a Marte.
Ya clama el sitiador por toda parte;

CXVIII.
Corre y los fosos terraplena, y pega
Antorchas a los muros, con desprecio
Del peligro de muerte a que se entrega.
A las puertas terrífico Lucecio
Llamas vibrando amenazante llega.
Venir le mira, y un peñasco recio,
Como roca de monte desprendida,
Lanzó Ilioneo, y él rindió la vida.

CXIX.

Ligro en Ematio, Asila en Corineo
(Hábil uno en lanzar venablo fuerte,
Otro, falaz saeta) atroz deseo
Sacian. Ceneo a Ortigio da la muerte;
Turno derriba al vencedor Geneo,
Y a Itis, a Dioxipo deja inerte,
Y a Prómolo, y a Clonio, y a Sagares,
Y a Ida, que guardaba altos lugares.

CXX.
A Priverno quitó Capis la vida.
Habíale primero rasguñado
Temílas con su lanza. Él, que a la herida
Fue la mano a llevar desacordado
Tira el escudo. En alas conducida
Vino una flecha, y al izquierdo lado
Clava su mano, entra, la entraña hiere
Que aire recibe y da, y el triste muere.

CXXI.
Arcencio, el de figura señalada,
Allí, de ibera púrpura luciente,
Su rico arnes y clámide bordada
Mostraba. (Le envió su padre Arcente
De la selva a la madre consagrada,
Do le criara, a par de la corriente
Del Simeto, que ve en ofrendas rico
El altar propiciable de Palico.)

CXXII.
Así como tan bellas galas mira,
Dardos suelta Mezencio, honda estridente
Toma, y tres veces Ya sacude y gira.
En torno a su cabeza, y al de Arcente

Encaminando la amenaza tira
Bala, forjada ya de plomo ardiente,
Y ambas sienes le pasa, y de la almena
Le hace caer a la tendida arena.

CXXIII.
Entonces dicen que por vez primera
Arco y flechas el príncipe troyano,
Temidas ya de fugitiva fiera,
Usó en guerra homicida; y por su mano
Mató a un fuerte guerrero, de quien era
Rémulo sobrenombre al de Numano,
Y por mujer, de Turno, poco hacía,
A la hermana menor tomado había.
CXXIV.
El cual amenazando horrenda tala
Ya delantero, y del reciente enlace
Haciendo y de sus fuerzas muestra y gala;
Y clama audaz cuanto decir le place:
«¡Oh pobres Frigios, los de suerte mala!
¿Tercer asedio enrojecer no os hace?
¿Y pensáis que os serán reparo fuerte
Frágiles tablas contra instante muerte?

CXXV.
¡Y tal linaje en actitud guerrera
Nuestras esposas pide, o nuestras vidas!
¿Qué Dios os trajo, ¡míseros! qué fiera
Demencia a Italia? Aquí no halláis Atridas
Ni enlabiador Ulíses os espera;
Antes lo habréis con gentes aguerridas
Que su prole, al nacer, al río llevan,
Y de agua y hielo en el rigor la prueban.

CXXVI.
»Juventud es la nuestra que se emplea,
Fatigando los montes, en la caza;
Que en manejar el arco se recrea,
Que en domeñar caballos se solaza.
No hay duro empeñó a que inferior se vea:
Sobria, sufrida, inquebrantable raza,
O con rastro tenaz doma la tierra
O bate muros en abierta guerra.

CXXVII.
»Hierro es en todo tiempo nuestra usanza:
Si movemos la tierra, al buey tardío
Con el cuento aguijamos de la lanza:
Ni gustos muda ni el nativo brío,
Edad proyecta a quebrantar alcanza;
Yelmos dan a las canas atavío:
Mozo y viejo a la par conquistas hacen
Y en vivir de despojos se complacen.

CXXVIII.
»Vosotros, los de ropas en que arde
Con el zafran el múrice de Oriente,
Tenéis por dentro un corazón cobarde:
Es vuestra ocupación ocio indolente,
Voluptuosa danza es vuestro alarde:
Con el frigio tocado ornáis la frente,
De cintas rodeándola y de lazos,
Y en blandos pliegues enredáis los brazos.

CXXIX.
»¡Oh Frigias, más que Frigios! ¡Id! Guarida
Alta el Díndimo os abre: a sus parciales

La flauta berecintia allá convida
Con la usual melodía; ¿y los timbales
No oís de la Deidad que reina en Ida?
Id al báquico estruendo, y las marciales
Luchas dejad a varoniles pechos;
A llevar armas no aleguéis derechos!«

CXXX.
A vueltas de sus fieros y blasones
No en calma Ascanio a tolerar se avino
Del jayan los dicterios y baldones:
Tiende el arco y atrae el nervio equino,
Los brazos en contrarias direcciones
Esforzando; mas, antes que camino
De su mano a la flecha, voladora,
Los ojos alza y reverente ora.

CXXXI
«¡Oh Jove omnipotente! así me ampares
Y premies con el éxito que imploro
Mi empeño audaz; y ofrezco a tus altares
En sacrificio un joven y albo toro
Que ya a las astas de su madre, pares
Yerga las suyas, retocadas de oro,
Que muestre corneando su ardimiento
Y polvo con los pies esparza al viento!

CXXXII.
Oyóle el Padre complacido, y truena
A izquierda mano, despejado el cielo.
Descargándose al punto el arco suena,
Y disparado el homicida telo
De la cuerda tirante se enajena,
El aire rasga en estridente vuelo,

Llega, y traspasa con el hierro insano
Las sienes cavernosas a Numano.

CXXXIII.
«¡Anda, soberbio, y al valor regala
Con burlas que el castigo desafían!
Los pobres Frigios, los de suerte mala,
Esta respuesta a tu arrogancia envían.»
Conciso Ascanio así su furia exhala.
Los Teucros, que admirados le veían,
En aplauso triunfal su nombre elevan
Y al cielo la esperanza en alas llevan.
CXXXIV.
Desde un punto sereno de la esfera
En una nube, sobre el aura pura,
Apolo, el de la hermosa cabellera,
Miraba en ese instante por ventura
El fiero asalto y la defensa fiera,
Y a Yulo vencedor as! conjura:
«,Bien hayas, joven de inmortal destino!
¡Sigue! ¡ése es de los astros el camina!

CXXXV.
»Bien h ayas, nieto ya, y futuro abuelo
De Dioses! Cuanta guerra el hambre enciende»
Trocarse en paz verá dichoso el suelo
Reinando tu familia. A ti no extiende
Troya su hado cruel.» Dice, y del cielo,
Rasgando el aire vibrador, desciende
A Ascanio, y de sus formas se desnuda,
Y el rostro en el del vicio Bútes muda.

CXXXVI.

El cual de¡ noble Anquíses escudero
Y su fiel guardapuertas fuera un día;
Tiempos después lo dio por compañero
A Ascanío Enéas, y por útil guía.
En la blanca cabeza y ceño austero
Apolo, andando, a Bútes contrahacía,
Y en la voz y el color y la apostura,
Y en el bronco sonar de la armadura.

CXXXVII.
Y a Yulo enardecido, «¡Hijo de Enéas!
¡Basta!» dícele el Dios, «basta a tu gloria
Que así a Numano castigado veas
Bajo tu brazo. Esta primer victoria
Apolo te concede, y, que le seas
Émulo ya en el arma venatoria,
No mira, no, con voluntad avíesa.
Mas tú ya en el combate, ¡oh niño! cesa«

CXXXVIII.
Trunco el discurso, y la mortal figura
Deponiendo, a los ojos se evapora
El Dios, raudo cruzando el aura pura.
Descubrióse en la fuga voladora:
Leve han visto los jefes su armadura,
Y aún su aljaba alejarse oyen sonora;
Y obedécenle ya: de la pelea
Apartan al garzón, que la desea;

CXXXIX.
Y al peligro otra vez sus corazones
Presentan. Por los muros va en aumento
El bélico clamor. Fuertes varones
Tienden el arco, o del revuelto amiento

Tiran sus jabalinas y lanzones.
Todo de armas se cubre el campamento.
Huecos yelmos doquier suenan y escudos
Con choques leves y con golpes rudos.

CXL.
Arrecia por momentos la batalla.
Naciendo las Cabrillas, de Occidente
Así también azotadora estalla
La lluvia; con granizo así estridente
Fiero turbión el pielago avasalla
Cuando el Eter, con austros inminente,
Empuja acuosa tempestad, y el trueno
A las cóncavas nubes rompe, el seno.

CXLI.
Pándaro y Bícias, de Alcanor de Ida
Hijos, criados por la agreste Hiera
En la selva de Jove (en tal guarida
Ni arduo abeto ni cumbre hubo altanera
Que a aquellos mozos superior se mida),
La puerta que a guardar el Rey les diera
Abren; y en su gran fuerza ambos seguros,
Retan al enemigo a entrar los muros.

CXLII.
A un lado y a otro armados aparecen
Adentro, a fuer de torres, con cimera
En que altivos plumajes resplandecen.
Tal orillas del Po, o a la ribera
Del Atesis ameno, iguales crecen
Dos encinas de intonsa cabellera,
Y, él pie afirmando en el bañado suelo,
Mueven la vana cresta allá en el cielo.

CXLIII.
Los Rútulos, la entrada al ver patente.
Se lanzan. Cada cual con su cohorte,
Sin más tardar avanzan ya: Quercente,
Y Aquícolo, en las armas y en el porte
Hermoso, y Tmaro, de ánimo vehemente
Y Hemon, alumno del feroz Mayorte:
Estréllanse en su arrojo, y los primero«
Dejan en el umbral vidas y aceros

CXLIV.
Y, siguiendo a sus jefes los soldados,
Ya espaldas vuelven los que atrás venían;
Mas cobra la ira hostil mayores grados,
Y otra vez atacar tal vez porfían. .
Por su parte los Teucros, agolpados
Hacia aquel punto, más y más confían;
Y salen, y alejados de la puerta,
Persiguen al contrario en liza abierta.

CXLV.
El rey Turno que, en otra parte, insano
El espanto y la muerte a muchos lleva,
Oye que encarnizándose el Troyano
A abrir sus puertas orgulloso prueba;
Del asalto emprendido alzando mano,
Con ira que sus ímpetus renueva
Acude, acorre a la patente entrada
Por gemelos gigantes custodiada.

CXLVI.
Y a Antifate ante todos, que gallardo
Ante todos también la planta mueve

(Del alto Sarpedon hijo bastardo
Que le nació de una mujer de Tebe),
De itálico cerezo arroja un dardo
Que en su garganta, hendiendo el aura leve,
Va a, hundirse: ancha la herida brota un río,
Y arde, hincado al pulmón, el hierro impío.

CXLVII.
A Afidno luego, a Mérope, e Erimante
Rinde, y a Bícias, que amenazas para
Rugiente, con mirada centellante;
Contra venablos el arnes le ampara.
Ni azagaya lanzó Turno al gigante;
Con zumbadoras cuerdas le dispara
Falárica mortal cual rayo fiero:
A su empuje el taurino doble cuero,

CXLVIII.
Y aún con dobles escamas de oro fino
La fiel loriga resistir no pudo:
Desmayado el gran cuerpo al suelo vino,
Tembló la tierra y retumbó el escudo.
Con golpe así y estruendo repentino
Yerto pilar que giganteo y mudo
En antes dominara el mar de Bayas,
Cae tal vez en las soberbias playas,

CXLIX.
Y rueda así con ímpetu y ruina
Y en el fondo del pielago se ensena:
Toda se turba la extensión marina
Al impulsó, y resurte negra arena;
Y estremécese Prácida vecina
Desde su asiento, y con espanto truena;

Truena el áspero lecho de Inarime,
Donde a Tifeo Júpiter oprime.

CL.
Entonces Marte armipotente asiste
Y enérgicos estimulos añade
A los Latinos, y de ardor los viste
(A los Troyanos a la vez invade
Con Pavor tenebroso y Fuga triste);
Y ya, porque en sus almas se persuade
El Dios guerrero y a la lid los guía,
Invasores acuden a porfía.

CLI.
Como, postrado el cuerpo y la faz muerta,
Al hermano infeliz Pándaro mira
Y el mal suceso ve, cierra la puerta;
Ella al empuje vigoroso gira:
Con sus hombros anchísimos cubierta
El la tiene por dentro, y en su ira
A muchos de su gente allende el muro
Mezclados deja en el combate duro.

CLII.
A otros, empero, de tropel, consigo
Adentro recibió. ¡Ciego y demente!
Que no ha echado de ver cómo al abrigo
De aquella confusión, entre la gente
El jefe del ejército enemigo
Siguiendo impetuoso la corriente
Penetra, como tigre despiadado
En medio de pacífico ganado.

CLIII.

Entran, pues. Mas de súbito a sus ojos
Brilla extraña visión altos se mecen
Sobre yelmo gentil crestones rojos;
Crujen hórridas armas que estremecen,
Y luz fiero broquel viera a manojos...
Al punto aquel semblante que aborrecen,
Y aquel brazo feroz que temen tanto,
Los Teucros reconocen con espanto.

CLIV.

Pándaro, en el furor a que la muerte
De su mísero hermano le arrebata,
Alzase entonces corpulento y fuerte,
Y «El palacio dotal no ves de Amata,»
Exclama, «ni Ardea es ésta que a tenerte
Abre el recinto de sus muros, grata
A un hijo vencedor. ¡Turno! has entrado
En campo hostil, y ya salir no es dado!»

CLV.

Y Turno, con sonrisa de bonanza:
«Mide, pues, esa diestra con la mía,
Y a Príamo dirás que en mi pujanza
Otro Aquíles topó tu cortesía!»
Con nudos y corteza áspera lanza
Pándaro desembraza; la desvía
Juno en su vuelo: a herir el hierro acierta
Los aires sólo, y se clavó en la puerta.

CLVI.

«No será cual la tuya inobediente
Arma de esta mi diestra manejada,
Ni ella sus golpes eludir consiente,»
Dice Turno; y se empina, alta la espada,

Y en la mitad descarga de la frente
A Pándaro tan recia cuchillada,
Que no paró sin que con ancha herida
Las impubes quijadas le divida.

CLVII.
Cae el jayan; y el suelo en son profundo
Treme, no acostumbrado a golpes tales,
Con sangre y sesos el arnes inmundo
Tiende en tierra, y a par descomunales
Sus miembros, el coloso moribundo;
A hierro en partes dividida iguales
Cuélgale la cabeza a entrambos lados;
Y cuantos miran esto huyen turbados

CLVIII.
Si al vencedor al punto se ocurriera
A sus parciales franquear la entrada,
Rompiendo con su mano la barrera,
Fuera aquella ocasión postrer jornada
A la emprendida lid, y luz postrera
A la raza, de Príamo cuitada;-
Mas de sangre la sed, que sangre huele
De los que huyen en pos loco le impele.

CLIX.
Y a Fáleris, y a Gíges, un jarrete
Habiéndole en la fuga herido, alcanza:
Con picas de éstos a otros acomete;
Juno el fuego le da de su venganza.
Clavó a Fégeo en su escudo, y arremete
Tras de Hális, y hacia aquellos ya se lanza
Que están desde los muros braveando:
Prítanis, y Halio, y Noemon, y Alcrando...

CLX.
¡Tristes! no le aguardaban. Se le aboca
Linceo, empero, entre ellos avisado,
Y contra él, aunque tarde, los convoca:
Turno se le adelanta, en un vallado
Se apoya, el hierro esgrime, y le derroca
De un tajo, con el yelmo destroncado
La segada cabeza. Y luego a Amico,
Postra, en despojos de la selva rico,

CLXI.
Cazador que cual nadie el arte y dolo
De enherbolar saetas conocía.
Mató después a Clicio, hijo de Eolo;
Y a Creteo, a quien fue la compañía
Fiel de las Musas su deleite sólo,
Su ejercicio el laud, la poesía
Su amor. Carros marciales, lides bravas
Siempre, ¡vate infeliz! cantando estabas.

CLXII.
Oyen los jefes que el peligro llama:
Mnesteo y el intrépido Seresto
Allá acuden, y al ver que se derrama
Medrosa turba ante invasor enhiesto
Que aterra la ciudad, Mnesteo exclama:
«¿A do huís, insensatos? Más repuesto
¿Qué otro sitio hallareis ni más seguro?
¿O qué muro buscáis allende el muro?

CLXIII.
»¿Un hombre triunfará de mil Troyanos
Aun en medio de vallas y de aceros?

¿Y él solo entre vosotros, ciudadanos,
Correrá haciendo impune estragos fieros?
¿Y para el Orco segarán sus manos
La flor de nuestros jóvenes guerreros?
¡Qué! ¿Dioses, Patria, Rey nada os merecen,
Ni os inspiran piedad ni os enrojecen?»
CLXIV.
Encorajados con palabras tales
Rehácense, y en densa infantería
Avanzan ya. Con armas desiguales
Pausadamente del combate cia
Turno, y hacia la parte en que fluviales
Ondas besan el muro, se desvía,
Mientras con nuevo ardor y altos clamores
Auméntanse sobre él los ofensores.

CLXV.
Cual león de monteros acosado,
Que los venablos contrapuestos mira
Receloso, y a paso retrogrado
Con miradas sañudas se retira:
El valor en su raza vinculado
Huir no le permite, ni la ira;
Mas por medio de la áspera barrera
Romper no puede, aunque romper quisiera;

CLXVI.
Así Turno también dudoso y lento
Retrocediendo va; mas no desmaya,
Y arde en vivo furor su Pensamiento.
Embestir una vez y aún otra ensaya,
Y una vez y otra su ímpetu violento
Pone a muchos en fuga, a otros a raya;

Pero al fin en su daño se congregan
Cuantos hay en el campo y juntos llegan.

CLXVII.
Ni ya la hija de Saturno osa
Confortar al ahijado en su porfía
Con nuevo aliento; que a Iris vaporosa
Júpiter mismo desde el cielo envía,
Y, encaminados a su regia esposa,
Mensajes no suaves le confía,
Que abandonar a Turno ordenan, caso
Que de los muros él no arredre el paso.

CLXVIII.
Nada el mancebo, pues, con el escudo,
Nada ya con la armada diestra puede;
¡Tanto el asalto arrecia áspero y rudo!
Hace que en torno de sus sienes ruede
Ruido asordante, el incesante, agudo
Repiquete del yelmo: ábrese, y cede
La armadura de bronce a, las pedradas;
Las rojas plumas vuelan arrancadas.

CLXIX.
Contra nube de dardos enemiga
¿Qué hará la copa de un broquel? Circunda
A Turno ya la multitud; le hostiga
Mnesteo con su lanza furibunda:
Mana el sudor copioso en su fatiga;
Raudal como de pez su cuerpo inunda:
Fáltale aire vital; convulso aliento
Al moribundo pecho da tormento.

CLXX.

¡Ved! con todas sus armas de repente,
Como último arranque de su brío,
Arrójase a las aguas. Blandamente
En su rojo regazo el sacro río
Recíbele, y sumido en su corriente,
Sangre, polvo y sudor le lava pío,
Y devuélvele en ondas sosegadas
Hermoso de su gente a las miradas.

LIBRO DÉCIMO.

I.
El palacio de Olimpo omnipotente
Se abre entretanto. El Padre de inmortales
Y Rey supremo de la humana gente
A concilio en las salas siderales
Convoca. El desde allá ve el continente,
Y las huestes del Lacio, y los reales
Troyanos. Altos Númenes asoman,
Y en el amplio cónclave sillas toman.

II.
«¡Celícolas ilustres!» Jove empieza;
«¿Por qué mudais de acuerdo? ¿Por qué insanos
Os dais a pelear con tal crueza?
Yo vedara que Italia a los Troyanos
Resistiese; ¿en qué cóleras tropieza
Mi voluntad? ¿Por qué terrores vanos
Acá el uno, allá el otro a lid se lanza
Y va el hierro a empuñar de la venganza?

III.
»Ya la hora sonará de las batallas
(No el tiempo aceleréis), cuando Cartago
Rompa el Alpe, y de Roma a las murallas
Descargue por la brecha horrendo estrago.
Podréis entonces desbordar sin vallas
Hasta rapaces, triunfos vuestro amago:
Hora enfrenadle, y con semblante amigo
Benditas paces afianzad conmigo.»
IV.
Conciso Jove habló. Menos somera
Fue la espléndida Venus, que en su duelo

Vuelta al Padre razona en tal manera:
«¡Rey y eterno Señor de tierra y cielo,
Divina, Majestad! ¿ni en quién pudiera,
Sino en ti, mi dolor hallar consuelo?
Los Rútulos me insultan: ¡mira, mira
Cómo entre ellos soberbio Turno gira!

V.
»Ya con propicio Marte hinchado llega
Al cerco; audaz le invade: mal seguros
Traban los Teucros áspera refriega
Puertas adentro y en sus propios muros;
Su misma sangre ya los fosos ciega.
Enéas, ¡ay! sus míseros apuros
Ausente ignora. ¿Y contra el duro asedio
Nunca tú, nunca ya darás remedio?

VI.
»Renace Troya, mas con ella nace
Otro ejército hostil como el aqueo;
Ni se alza en pie, sin que, saliendo audace
De Arpos etolia, el hijo de Tideo
Otra vez a sus muros amenace.
No han de cerrarse ya mis llagas, creo;
Armas que a esta hija tuya antes hirieran,
Mortales armas, hoy también me esperan!

VII.
»Si a hurto ya de ti, o a tu despecho,
Fueron a Italia los Troyanos, lleven
La justa pena del culpado fecho;
¡No tus furores, tu justicia prueben!
Mas si camino solamente han hecho.
A do Dioses y Manes a ir los mueven

Una vez y otra vez, ¿quién tus mandados
Torcer intenta y reformar los hados?

VIII.
»¿Quién? ¿Ya no has visto en sicilianos mares
Nuestras naves arder?... ¿No desencierra
Eolo sus alados auxiliares?...
¿Iris no baja con misión de guerra?...
Y hoy, porque aún parte tomen los hogares
Independientes de Plutón, a tierra
Sale Alecto, de allá abortada, y cruza
A Italia, y cual bacante iras azuza!...

IX.
»Del prometido imperio nada alego;
¡Pude esperarle en hora más dichosa!...
¡Venza hoy quien quieras! Mas si en su odio ciego
A mis Teucros negar juró tu esposa
Todo terreno hospicio, esto te ruego
Por Troya hundida y su reliquia humosa,
¡Sálvese Ascanio del feral combate;
Al nieto, ¡oh Padre! tu favor rescate¡

X.
»Torne Enéas al mar, y rumbos déle
Voltaria Suerte en ondas ignoradas.
Mas este niño... verle me conduele;
Yo lo quiero librar de las espadas:
Yo a Citera o a Páfos llevaréle,
O a Idalia y sus pacíficas moradas,
Donde robado al militar ruido
Consuma el tiempo en inglorioso olvido.

XI.

»Y reinen, si te place, hijas de Tiro;
Cartago a, Ausonia oprima en férreo mando;
Y de este infante y su feliz retiro
Nada teman... ¡Mas oh remate infando!
¿A los Teucros para eso en largo giro,
El hierro y fuego asolador burlando,
Que venciesen dejaste mil azares
Por tantas tierras y por tantos mares?

XII.
»¿Y hoy que a Troya restauren en el Lacio
Consientes, porque caiga en nueva guerra?
¡Valiera más que en el yermado espacio
Que de sus padres la ceniza encierra
A alzar tornasen imperial palacio!
Su Janto y Símois, su nativa tierra
Vuélveles, ¡ay! Si a muerte los destinas,
Perezcan de la patria en las ruinas!»

XIII.
Habló a su vez con ímpetu iracundo
La reina Juno: «La, ocasión me obliga
Un silencio a romper largo y profundo,
Y el gran dolor a divulgar que abriga
Secreto el corazón. ¿Quién ya en el mundo,
Di, mortal o inmortal, es el que. instiga
A Enéas a la ofensa? ¿Quién le mueve,
A que al buen rey Latino guerras lleve?
XIV.
«¿Hados a Italia le impelieron? Cierto:
¡Casandra en su furor le abrió la, vía!
Mas si hoy deja su campo, ¿el desacierto
Que en dejarle comete, es culpa mía?
¿Eslo, si da su vida a un soplo incierto,

Y el mando militar a un niño fia?
¿Que así la fe tirrena solicite,
Y quietos pueblos sedicioso agite?

XV.
» Pues si él de propio acuerdo torpe yerra,
¿Hay decir que a su mal Juno le acosa,
Y que Iris baja con misión de guerra?
¡Oh! ¡en el ítalo pueblo indigna cosa
Es llevar llamas con que a Troya encierra
Naciente; indigna en Turno (a quien la Diosa
Venilia madre fue, Pilumno abuelo)
Que en paz ocupe su nativo suelo!

XVI.
«¡Y cosa no ha de ser indigna y fea
En el Troyano, si una tierra extraña
Invadiendo feroz con negra tea
Tala y subyuga en torno la campaña!
No, si el suegro se apropia que desea
Y ajena esposa en el hogar apaña;
Ni ha de ser vergonzoso en frigias tropas
Mentir sus manos paz y armar sus popas!

XVII.
»Tú sí que a Enéas en peligros graves
Aun de las manos de los Griegos puedes
Redimirle, y al cuerpo echarle sabes
De aire y niebla sutil propicias redes;
Tú en Ninfas de la mar truecas sus naves:
¡Y a fuero haciendo estás tantas mercedes,
Y yo a tuerto he de obrar si en lado opuesto
Un corto auxilio a mis parciales presto!

XVIII.
»Ignore Enéas lo que ausente ignora,
Y tú olvídale en Páfos o en Citera,
O en tus grutas de Idalia. No que ahora
En daño suyo, a una nación guerrera
Provocas, y a una raza vencedora!
¿Quién de frigias reliquias acelera
El fin: yo, o el que a los Griegos dando paso,
Causó de Troya misma el gran fracaso?

XIX.
»¿Rompiendo antigua Paz con rapto insano,
Yo a Europa y Asia en militar. porfía
Comprometí? ¿Yo al forzador troyano,
Cuando a Esparta asaltó, serví de guía?
¿Armas y amores ministró mi, mano
Al grande incendio? ¡Entonces te cumplía
Por los tuyos mirar! ¡Al aire entregas
Injustas quejas hoy, hoy tarde llegas!»

XX.
Tal Juno declamaba. Asentimiento
Mostraban las Deidades sordo y vario
Murmurando entre sí; cual suele el viento,
Cuyos soplos el bosque centenario
Erizan en templado movimiento,
Y rondando el hojoso santuario
Crecen luego en rumores murmurantes,
Nuncios de tempestad a navegantes.

XXI.
Habló entonces el Padre omnipotente
El que todo lo rige y lo compasa
Con cetro universal. Profundamente

Enmudece a su voz el alta casa
De los Dioses; el éter eminente
Calla; tiembla la tierra en su ancha basa;
Encogidos los Céfiros no alientan;
Los mares su encrespada pompa asientan.

XXII.
«Atentos escuchadme, y lo que os diga
Tened presente. Pues traer no es dado
Teucros y Ausonios a amistosa liga,.
Ni tregua admite vuestro encono airado;
Ya bogue el uno en esperanza amiga,
Ya fie el otro en su presente estado,
O Rútulo adalid o Teucro sea,
No ha de ser, no, que yo parcial los vea.

XXIII.
»Ora arribado hubiere a extraño, suelo
Por suerte adversa al ítalo, o por vano
Error de patria y seductor señuelo,
A resistir embates el Troyano,
Ni a él redimo ni al otro o gloria o duelo
Lábrele a cada cual su propia mano:
El cetro universal yo a nadie inclino;
Por sí los hados se abrirán camino.»

XXIV.
Por las riberas del Estigio hermano,
Vorágines de negro ardiente lodo,
Juró éldicho el Númen soberano:
La frente inclina, y al moverla, todo
Tiembla el Olimpo. A aquel debate vano
Término dando en tan solemne modo,
Se alzó del áureo solio: a los umbrales

Condúcenle entre sí los inmortales.

XXV.
El asedio estrechando a la muralla
Instan a la sazón por toda parte
Los Rútulos, cuidosos de tomalla
Con llamas vivas y sangriento Marte.
El troyano gentío entre su valía
Vese acosado, y de salir no hay arte:
¡Ay tristes de sus nobles campeones
Que las torres defienden y bastiones!

XXVI.
En ya ralo cordón cubren guerreros
El muro. Ambos Asáracos en vano
Se ofrecen, peleando en los primeros;
Timete Hicetaonio, Timbre anciano,
Y Asio, y Castor. Les fueron compañeros
De Sarpedon el uno y otro hermano,
Claro a par y Temon, a aquella guerra
Venidos desde Licia, noble tierra.

XXVII.
Veis al lirnesio Acmon, que arrastra inerte
Mole, parte de monte no pequeña,
Y, cual su hermano Menesteo, fuerte,
Y cual Clicio su padre, la despeña,
Todo el cuerpo tendiendo. De esta suerte
El agredido en arrojar se empeña
Ya volador astil, ya piedra grande;
Y hachas el agresor y dardos blande.

XXVIII.
Como perla de fúlgido destello

En rojo oro engarzada, cuyo oficio
Es dar adorno ya a la sien, ya al cuello
O bien como con clásico artificio
Embutido marfil esplende bello
En terso boj o terebinto oricio,
Tal Ascanio entre todos resplandece;
Tal descubierta la cabeza ofrece

XXIX.
El digno barragan que Venus ama,
Y hermoso así por su cerviz de nieve
El tendido cabello se derrama,
Que a su frente hilo de oro ciñe leve.
Mnesteo allí también (a quien la fama,
Porque a él de Turno la expulsión se debe,
Ha engrandecido) a la defensa asoma,
Y Cápis, de quien Capua nombre toma.

XXX.
También allí lidiando, los arpones
Lanzaste que homicidas enherbolas
A vista de magnánimas legiones,
Tú, que tu nombre, ¡oh Ismaro! arrebolas
De ilustre origen lidio con blasones,
Hijo de aquel país donde con olas
Doradas el Pactolo se desliza
Y cultivados campos fertiliza.

XXXI.
Así unos y otros, sin ganar terreno,
Recia lid pelearon todo el día.
Y en tanto Enéas a la mar el seno,
Bogándo en medio de la noche, hendía.
Pues él, dejado a Evandro, y al tirreno

Campamento venido, hablado había
Al jefe: nombre y patria le revela;
Lo que ofrece le dice, y lo que anhela;

XXXII.
Y los recursos le describe luego
Que ha asociado Mezencio a su venganza;
Píntale a Turno en sus enojos ciego;
Pondérale cuán poca confianza
Merece humano cálculo; y el ruego
Añade a la razón. A la alianza
Tarcón se inclina, y, sin que instantes pierda.
Sus fuerzas une y ya la marcha acuerda.

XXXIII.
A un extranjero príncipe obediente,
Librada así del veto de los hados,
Entrégase a la mar la etrusca gente,
En los buque! subiendo aderezados.
La real nave de Enéas en la frente
Muestra frigios leónes sojuzgados,
En tanto que en su popa se alza el Ida,
Imagen a expatriados tan querida.
XXXIV.
Allí, en la popa, el ánimo constante
Con pensamientos bélicos fatiga
El grande Enéas. Muévele Palante,
A su izquierda sentado, a que le diga
Ya los astros que rumbo al nauta errante
En noche opaca dan con lumbre amiga,
Ya de su propia vida los azares,
Cuantos corrió por tierras y por mares.

XXXV.

¡Hora, Musas, abridme el Helicona!
¡Inspirad al cantor! Decidme, cuáles
Nobles salieron de la etrusca zona
En auxilio de Enéas; qué navales
Fuerzas ganosas de triunfal corona
Corrieron a los líquidos cristales.
Abrió Másico el rumbo: nao ferrada,
Ante todas su Tigre sobrenada.

XXXVI.
Mil jóvenes reúne su bandera
Que de Clusio vinieron y de Cosas,
Y con aliaba al hombro andan ligera,
Con arco audaz y flechas sanguinosas.
Lanza su nave a par de esta primera,
Con lucido escuadrón de armas vistosas
Abante adusto, y un Apolo de oro
Presta a su popa tutelar decoro.

XXXVII.
Populonia, su patria, con seiscientos
Mancebos le acudió para la guerra,
No de experiencia militar exentos;
Elba, que hierro inagotable encierra,
Isla famosa, le envió trescientos.
Adivino del cielo y de la tierra
A quien tierra ni cielo nada oculta,
Tercer caudillo, Asila, al mar insulta.

XXXVIII.
Él interpreta lo que parla un ave,
Ve lo que abierta entraña significa,
Y de los astros los secretos sabe,
Y presagos relámpagos explica.

En masa hórrida y densa, tras su nave,
Arrastra mozos mil que calan pica:
Ciudad los reclutó que de Elis viene,
Nueva Pisa, y toscano asiento tiene.

XXIX.
Sígueles de hermosura y de esplendores
Vestido Astur; Astur, que va fiado
En su potro y sus armas de colores:
Con voluntad unánime, de grado
Le acompañan trescientos guerreadores
Que su nativa Cérete han dejado,
Y a Gravisca insalubre, y la campaña
Que Pirgo ilustra y la que Minio baña.

XL.
También, Cínira, a ti nombrarte cuido,
¡Oh de Ligures capitán valiente!
Ni a ti, Cupavo, dejaré en olvido,
Que llevas por insignia de tu frente
Un plumaje de cisne, envanecido
Penacho tuyo y de tu electa gente:
Amor fue vuestra culpa; vuestra gloria
Eternizar del padre la memoria.

XLI.
Pues Cisne amó a Faeton, le honró con llanto;
Y entre álamos frondosos, en su duelo,
De las hermanas a la sombra, en tanto
Que daba, dicen, al pesar consuelo
Con la música dulce de su canto,
Vistió de ancianidad el cano hielo,
Blandas plumas tornó, y alzóse en ellas,
Tendiendo en su clamor a las estrellas.

XLII.
El hijo a sus paisanos sigue ahora
Con pequeño cortejo: monta el grande
Centauro, y de los remos avigora
El movimiento, porque el monstruo ande:
El cual representado está en, la prora;
Un asido peñón la arma es que blande,
Sobre el agua amagando lo suspende,
Y ya con larga quilla el ponto hiende.

XLIII.
Ocno también de su natal ribera
Una legión levó para la armada:
Del tusco río y Manto la agorera
Hijo famoso: aquel que a tu morada
Muros y nombre (el de su madre) diera,
¡Oh ciudad en abuelos bien dotada
Que no de una, de triple estirpe vienes,
Y tribus cuatro en cada raza tienes!
XLIV.
Centro es común a tan diversas gentes
Mantua; mas de su fuerza y poderío
En la sangre toscana están las fuentes.
Rencores granjeó Mezencio impío
Allí también: quinientos combatientes
Mincio conduce en vengador navío
Dende el padre Benaco al mar salado,
De verdes espadañas coronado.

XLV.
Marchando va majestuoso y lento
Auléstes; con cien árboles azota
El mar en levantado movimiento,

Y la masa de mármol hierve rota:
Es su nave un Tritón, que corpulento
Con su concha los senos, alborota
Del pielago cerúleo, y el semblante
Cerdoso imita de un jayan nadante.

XLVI.
Tiene el monstruo los miembros desiguales,
Busto viril y vientre de ballena;
Y, hendiendo con el pecho los cristales,
Medio hombre, medio pez, la espuma suena.
En treinta buques con caudillos tales
Así, en fin, el ejército se ordena
Que en pro de Troya por los mares vino
Con pies de bronce en líquido camino.

XLVII.
Desamparó los cielos aquel día;
Ya en alto la alma Febe el hemisferio
En su carro noctívago impelia.
Enéas desvelado, al ministerio
De las velas atiende él mismo, y guía
Firme el timón., En esto, en coro aerio,
Ninfas, que fueron ya sus compañeras,
Mira venir festivas y ligeras.

XLVIII.
Ninfas, de húmidos reinos moradoras
Por superior mandato de Cibéles,
Que de la mar transfiguró en señoras
Tablas que fueron en la mar bajeles.
Juntas bullen, y tantas como proras
Férreas orlaron la ribera: fieles

Reconocen de léjos a su dueño,
Y le cortejan en tropel risueño.

XLIX.
Llegó jovial la que entre todas sabe
Las gracias del decir, Cimodocea;
Con la diestra la popa ase a la nave
Cuyo dorso ella misma señorea,
La izquierda boga en mudo afán suave,
Y nuevas dando a aquel que las desea,
«¿Velas,» le dice, «hijo de Dioses? Vela!
Y sus! con alas desplegadas vuela!

L.
»Troncos fuimos nosotras ya en el Ida,
Naves tuyas después, del Océano
Ninfas hoy. Como aleve a nuestra vida
El Rútulo atentó con fuego insano,
Nuestra divina Madre condolida
Mudónos: cables que anud6 tu mano,
Mal de grado rompimos; y ella Diosas
hizo de las mares espumosas.

LI.
»De ti, Enéas, venimos, en demanda,
Entre muros y fosos, y en aceros
Envuelto Ascanio, arrostra con su banda
Del Latino los ímpetus guerreros.
Ya el sitio ocupan que tu voz les manda
Arcades y toscanos caballeros;
Mas no sin que abocar Turno se apreste
Entre ellos y el real su armada hueste.

LII.

»Animo, pues; y al despuntar temprano
De la próxima luz llama tu gente
Al arma; y el escudo que Vulcano,
Invicto don de diestra ignipotente,
Te dio, con cercos de oro, embraza ufano.
Si tú confías que mi voz no miente,
De Rútulos atroz carnicería
Verá en pilas alzada el nuevo día.»

LIII.
Dice; y como quien sabe el modo, y tasa
La fuerza, da a la popa, al irse, un tiento,
Y la despide, como astil que pasa,
Por hábil mano disparado, al viento:
Todas la imitan; la onda apenas rasa
Alígera la flota. El gran portento
Al punto Enéas vio con mente absorta;
Fausto agüero le juzga, y se conhorta.
LIV.
Y a la celeste bóveda serena
Vuelto, «¡Oh del Ida alma Deidad! »,exclama;
«Madre que honras el Díndimo, y almena
Triunfal te ciñes, y al león que brama
Trajiste a la coyunda que le enfrena!
Ven, ven propicia al pueblo que te llama!»
No dijo más. La Noche en tanto huía;
Y ya de lleno resplandece el día.

LV.
Manda a, su gente el adalid que apronte
Los aceros, que a bélicas señales
Preste el sentido, y al peligro afronte
Fuerzas cobrando a la ocasión iguales.

En pie él mismo en la popa, el horizonte
Domina, y a su vista los reales
Troyanos tiene. Con la izquierda luego
En alto embraza su broquel de fuego.

LVI.
Lo vio el pueblo sitiado, y de los muros
Unánime clamor el aire envía;
Lanzan todas las manos dardos duros,
Creciendo la esperanza en osadía:
Tal grullas de Estrimon nublos oscuros
Cruzan con ruido en la región vacía
De los Austros huyendo, y libres de ellos
Gritan gozosas con acordes cuellos.

LVII.
Oyó la voz que el entusiasmo exhala
Pasmado el sitiador, que tal no espera;
Hasta que, a ver tornando, mira en ala
Las popas arrimarse a la ribera.
Y que en velas envuelto el mar resbala.
Ardele al héroe la gentil cimera,
ígnea lengua en el aire es su garzota,
Y el escudo de oro incendios brota.

LVIII.
Así tal vez en noche vaga y pura
A los mortales pechos amedrenta
Fúnebre desatando allá en la altura
Cometa asolador su crin sangrienta;
Y así también terrífico fulgura
Fogoso Sirio en estación sedienta,
Y de hambre y peste amenazando al suelo
Con su présaga luz contrista el cielo.

LIX.
Turno audaz aún por eso no desmaya,
A los que llegan repeler emprende
Antecogiendo la interpuesta playa,
Y así en su ardor los ánimos enciende:
« ¡Mancebos! de las manos no se os vaya
La ocasión codiciada que os atiende:
En campo abierto, igual a cada parte,
Ya, ya podemos reducir a Marte.

LX.
»Recuerde cada cual lo que a su esposa
Y a su familia debe amenazadas,
Y a ejemplo tome tanta acción famosa
Que honró de sus mayores las espadas.
¡Sus! al agua corramos mientras posa
Inciertas en la arena las pisadas
El invasor: atrevimiento pido;
Asiste la fortuna al atrevido!»

LXI.
Tal dice; y vacilante considera
A quiénes dejará los bloqueados
Muros, con quiénes él a la ribera
Correrá. Por escalas sus soldados
Desde las altas popas echa fuera
Enéas a su vez. Cuál a los vados
A saltar se aventura, donde mira
Que el pielago desmaya y se retira;

LXII.
Cuál por los remos a bajarse afána.
Tarcón la playa explora, y do serena

Entrada observa, que ni espuma cana
Quebrantada murmura, ni el arena
Rehierve allí, mas en creciente plana
Se desliza la mar calmosa y llena,
Súbito a ese lugar proas convierte,
Y exhorta a sus guerreros de esta suerte:

LXIII.
«¡Selecta juventud! sobre esa orilla
Lanzad, lanzad con ímpetu de guerra
El robusto espolón a dividilla!
Batid el remo: en enemiga tierra
Abrase surco nuestra misma quilla!
¡Oh! si el suelo una vez mi mano aferra,
Nada me importa que en el punto mismo
Rompido mi bajel vaya al abismo.»

LXIV.
Dijo; y aquellos que con él navegan
Mueven el remo, y con acordes bríos
Por hender los latinos campos bregan
Impeliendo espumosos los navíos,
Hasta que a descansar las proras llegan,
Sin contraste de escollos ni bajíos,
En lo enjuto. No así, Tarcón, tu popa,
Que en un banco de arena áspero topa.

LXV.
Y allí en el agrio dorso, entre los vados,
Pende, y después de vacilar instantes,
Fatigando las ondas sus costados,
Abierta enajenó los navegantes
Sobre las aguas. Remos destrozados
Les impiden, y escaños fluctuantes,

De los brazos la acción, y retrogradas
Los enredan de pies las oleadas.

LXVI.
Ni a Turno embarazó torpe tardanza;
Toda su hueste arrebatando fiero,
Sobre los Teucros retador se lanza.
Sonó el clarín. Enéas el primero
Contra la agreste muchedumbre avanza,
Y a hijos vence del Lacio (¡fausto agüero!)
A su encuentro, de todos adelante,
Vino Teon, descomunal gigante.

LXVII.
Al cual, del ácerado coselete,
Y túnica con oro retesada,
Enéas las junturas rompe, y mete
Por el costado adentro honda la espada.
Con ella luego a Lícas acomete,
Quien, ya en el claustro maternal salvada,
Infante, ¡oh Febo! te ofrendó su vida;
Fuéle piadoso el hierro, hoy homicida!

LXVIII.
Mató después a Gias corpulento
Y al fornido Ciseo, cuyas clavas
Peones derribaban ciento a ciento;
Ni altos brazos ni hercúleas armas bravas
Les valieron, ni haberte el grande aliento
Heredado, ¡oh Melampo! a ti que andabas
Un tiempo al lado del invicto Alcídes,
Participe en sus suertes y en sus lides.

LXIX.

Veis a Faro, que voces da impotente;
Enéas crudo acero hunde en su boca.
Y tú, Cidon, que el blanco más reciente
Sigues de tu pasión de mozos loca
Siguiendo a Clicio, a quien la faz riente
Temprana edad de blando bello toca,
También a golpes de dardania mano
Allí yacieras con tu ardor vesano;-

LXX.
Mas no; que cuando herirte se promete,
Aquella mano, en ala en torno densa
Los siete hijos de Forco dardos siete
Lanzan, cada uno el suyo, en tu defensa:
En el divino escudo y el almete
Parte rebotan sin causar ofensa;
Parte van a la piel, y entrado habría
El hierro, cuando Venus lo desvía.

LXXI.
Y al fiel Acátes vuelto dijo Enéas:
«¡Oh! dame, dame el arma que solía
Los cuerpos erizar de las aqueas
Postrada s huestes en mi patria un día,
Y a fe que contra Rútulos no veas
Golpe, con ella errar la diestra mía!»
Dice, y a la venganza lisonjero,
Fornida lanza toma al escudero.

LXXII.
Voló el hierro que el héroe desembraza,
Y el escudo a Meon y la loriga
Atraviesa, y su pecho despedaza.
Acudiendo Alcanor con diestra amiga,

Al hermano al caer sostiene, abraza.
Mas su ímpetu furioso no mitiga
El asta, y sanguinosa en su carrera
Pasa el brazo a Alcanor, y aún sale afuera.

LXXIII.
Quedóle al infeliz pendiente y flaca,
Mal atada a los músculos, la mano.
Acude entonces Numitor, y saca
Del lacerado cuerpo del hermano
El venablo de Enéas, con que ataca
A Enéas mismo. Fue su arrojo en vano;
Que sólo a rasguñar un muslo alcanza
Al grande Acátes la sesgada lanza.
LXXIV.
De Cúres con los suyos Clauso vino
Presumido en su edad y lozanía.
Rígida lanza este adalid sabino
Desde lejos a Driopes envía:
Bajo la barba abriendo hondo camino
Entra ella, y vida y voz róbale impía:
Su roltro enmudecido el suelo besa,
Y sangre de, su boca mana espesa.

LXXV.
Sigue Clauso, y en modo vario atierra
Tres Tracios, de la estirpe enaltecida
De Bóreas; y otros tantos que a la guerra
Enviaron el padre de ellos, Ida,
E Ismara su patria. Haleso cierra,
Y cierran los Auruncos enseguida,
Y Mesapo, aquel hijo de Neptuno,
En caballos insigne cual ninguno.

LXXVI.
Cada uno a su adversario al mar cercana
Lanzar intenta con ardiente brío:
Confin de Ausonía aquel humilde llano
Fue cerrado palenque al desafío,
Donde latino ejército y troyano
Disputan de la tierra el señorío:
Y a en pugna cada vez más densa y brava,
Brazo con brazo, pie con pie se traba.

LXXVII.
No de otra suerte en la región vacía
En desapoderado afán los vientos
Alzan tal vez descomunal porfía
Con fuerza igual de opuestos movimientos;
Y ni los nublos ni la mar bravía,
Ni entre sí los contrarios elementos
Ceden: larga es la lid, y en fiel persiste;
Todo, en conflicto universal, resiste.

LXXVIII.
Entre tanto los árcades soldados
Han venido a un lugar donde el terreno
Dejó un crecido arroyo de arrancados
Arboles, y rodadas piedras, lleno:
Soltando los trotones, mal hallados
En tan fragoso sitio a usar del freno,
Si supiesen, a pie combatirían;
Mas principiaron mal, y pronto cian.

LXXIX.
Palante dar les ve la espalda, y luego
Mira al Latino que les va al alcance,

Y con voces ya amargas, ya de ruego
(Postrer recurso en tan difícil trance),
«¡Compañeros!» les dice, «¿un pavor ciego
Será que a fuga ignominiosa os lance?
Por tanto paso en que adquiristeis gloria,
Por tanta, conquistada alta victoria,

LXXX.
»Por nuestro rey Evandro, y la esperanza
Que en vosotros cifró la ambición mía,
Émula de mi padre a la alabanza,
¡Oh! ¡volved caras! Hay que abrirnos vía
Entre enemigos a poder de lanza;
Y donde grupo hostil nos desafía
Más denso, por allí la Patria manda
Que atraviese Palante con su banda!

LXXXI.
»¡No hay Dioses en la lid! somos mortales,
Y es mortal el contrario que os aterra;
Brazos tenemos y ánimos iguales.
O a Troya o a la mar: la mar nos cierra
El paso con sus moles colosales;
Troya nos llama; efugio no hay por tierra:
Amigos, elegid sin más tardanza!»
Dice, y entre el tumulto se abalanza.

LXXXII.
El primero en ponérsele delante
(A quien malaventura su ruina
Aconseja) fue Lago: en el instante
Que un gran guijarro a desraigar se inclina.
Venablo duro voleó Palante,
E híncaselo allí donde la espina

Por medio las costillas demarcaba;
Ya adherido a los huesos, lo desclava.

LXXXIII.
Mientras él a cobrar el arma atiende,
En venganza se arroja y en relevo
Del muerto amigo, Hisbon, y airado emprende
Sobrecoger el árcade mancebo.
Inútil fue su arrojo; le sorprende,
Mal prevenido contra golpe nuevo,
Palante, revolviendo de contado,
Y húndele el hierro en el pulmón hinchado.
LXXXIV.
Y a Estenio, y a Anquemolo, de la gente
De Reto antigua originario, embiste,
El cual de la madrastra osó impudente
Manchar el lecho, y hoy a Turno asiste.
Al filo de su acero juntamente
Caíste tú, Laride, y tú caíste,
Mísero Timbro, en los rutulios llanos:
Hijos de Dauco, idénticos hermanos.

LXXXV.
¡Cuán dulce el confundir los dos gemelos
Fue a sus padres! Con arma hora los pide
Que el suyo le ciñó, Palante; ¡y hélos,
Qué atroz desemejanza los divide!
Pues rodó tu cabeza por los suelos,
¡Oh Timbro! y dueño busca en ti, Laride,
Semiviva tu diestra cercenada,
Y aún los dedos crispando, ase la espada.

LXXXVI.

Sigue Palante, y penetrando el vienta.
Con un fiero lanzón que a Ilo dispara,
Clava a Reteo, que a la fuga atento
Su carro de dos potros alanzara
En medio a éste y aquél. Por un momento
Ilo así, sin pensarlo, el golpe para;
Cayó el otro, y asurcan sus talones
El campo de las rútulas legiones.,

LXXXVII.
Y fue así que Reteo en ese instante
De ti, gran Teutra, y de tu digno hermano
Tires, dábase a huir; que de Palante
Ya entonces el ejemplo no era en vano:
No; que a su voz, a su ímpetu arrogante
El dolor y el pudor se dan la mano
A armar las de los Arcades, que anhelan
Venganza, y de él en torno densos vuelan.

LXXXVIII.
Tal, por diversos puntos, en verano
Pastor cuidoso un bosque incendia, y tales
Con el viento las haces de Vulcano
Vencen los interpuestos matorrales
Y unidas corren sobre el ancho llano:
Él, en alto sentado. los triunfales
Esfuerzos de las llamas y su ira
Con victoriosa complacencia mira.

LXXXIX.
Haleso, de otro lado, en armas fuerte,
Embebido en las suyas se adelanta,
Y a Féres, a Demódoco da muerte,
Y a Ladon. A Estrimonio, que levanta

El brazo, un tajo asesta, y cae inerte
La mano que amagaba a su garganta.
Con piedra hunde a Toante el cráneo, y huesos
Mezclados esparció de sangre y sesos.

XC.
Cuidó en las selvas ocultar temprano
A Haleso, de desgracias agorero
Su padre; mas no bien cerró, ya anciano,
Los blancos ojos al sopor postrero,
Las Parcas, salteando al hijo arcano,
De Evandro le consagran al acero.
Contra él Palante, antes que el dardo libre,
En sumisa oración invoca al Tibre:

XCI.
«¡Padre Tibre! murmura, «porque hiera
Al duro Haleso el corazón, envío
Esta arma voladora: en su carrera
Tú concede fortuna al hierro mío-
Y colgar¿ a una encina en tu ribera
El despojo marcial.» Oyóle el río;
Y Haleso, a punto en que a Imaon guarnece,
El pecho al golpe arcadio inerme ofrece.

XCII.
Al gran fracaso del sin par guerrero
Temiendo que se arredre y desbarate
El ejército, avánzase ligero
Lauso, en la guerra alto poder: su embate
De frente Abante recibió el primero,
Que era el nudo y firmeza del combate;
Y sucumben tras él árcades gentes,
Y sucumben tirrenos combatientes,

XCIII.
Y aún vos, reliquias del rebato griego,
¡Oh Teucros! Ya ambas huestes férreos lazo»
Con caudillos iguales, igual fuego
Traban, y abrevian de la lid los plazos:
Apremian lo s de atrás; el tropel ciego
Menear no permite armas ni brazos;
Y a un punto acorren con vigor pujante
Contrarios entre sí Lauso y Palante.

XCIV.
En edad uno y otro floreciente,
Ambos son en belleza singulares,
Emulos en fortuna, ¡ay! que inclemento
Tornar les veda a los nativos lares;
Mas el Rey del Olimpo no consiente
Que lleguen a medir sus fuerzas pares,
A mayor enemigo reservados
Marchan los dos bajo terribles hados.

XCV.
A Turno su divina hermana exhorta
A que salte, y auxilio a Lauso preste;
Y él, a su voz arrebatado, corta
En carro volador la armada hueste,
Y, a los suyos mirando, dice: «Importa,
Que treguas deis: yo lidiaré; sea éste
Combate singular; Palante es mío.
¡Así viese su padre el desafío!»

XCVI.
Dijo, y campo la turba le franquea
Pasmado oyendo aquel audaz mandato,

Y viendo el pronto obedecer, rodea
Palante a Turno con la vista un rato;
Por su cuerpo gigántico pasea
Los ojos: rabia muda en ceño ingrato
Muestra a distancia: al fin, sin más respeto,
Sale, y contesta del tirano el reto:

XCVII.
«Despojo opimo arrancará, mi espada,
O, con gloria también, daré la vida.
Aún caso y a otro apercibido, nada
Del padre ausente el ánimo intimida.
Modera tu soberbia desbocada!»
Dice, y avanza a do sus fuerzas mida:
El árcade escuadrón tiembla y recela;
En los pechos la sangre el pavor hiela.

XCVIII.
De su carro a la vez Turno se apea,
De dos brutos tirado; y marcha al duelo
En silencio y a pie. Cual león, que otea
En lontananza a un toro audaz que el suelo
Escarbando se apresta a la pelea,
Y a él de su alta guarida acude a vuelo,
Tal fue del adalid la semejanza
En el momento en que a lidiar se avanza.

XCIX.
Ya que Palante a Turno estar advierte
A tiro de asta, él desde luego embiste,
Por si, premiando al más audaz, la suerte
Al menos esforzado fausta asiste;
Y antes al aire inmenso de esta suerte
Oró: «Tú, Aleídes, si de Evandro fuiste

Huésped, y amigo te sentó a su mesa,
¡Oh! dame ayuda en mi arriesgada empresa!

C.
»Haz que Turno me mire a él moribundo
Arrancarle las armas en despojos,
Sangrientas; y al cerrarlos hoy al mundo
Haz que me sufran vencedor sus ojos!»
Oyó Alcídes su voz, y en lo profundo
Del pecho comprimió tristes enojos
Haciendo inútil llanto. Jove al hijo
Estas palabras de consuelo dijo.

CI.
«A cada cual fijado está su día;
De la vida los términos estrechos
Mortal ninguno traspasar podría;
Mas la fama extender con grandes hechos
Es dado a la virtud. ¿Hora sombría
A cuántos no abatió, gloriosos pechos
De sangre diva, al pie de la alta Troya?
Aun mi hijo Sarpedon se hundió en la hoya.

CII.
»Turno mismo a la meta señalada
Ya llega: el hado inevitable gira
Sobre su frente.» Dice, y la mirada
Del campo de los Rútulos retira.
Palante a esta sazón su lanza osada
Con grande esfuerzo a su adversario tira,
Y arranca de la vaina incontinente
La espada, que en su mano arde luciente.

CIII.

Allí el asta fue a dar donde eminente
La armadura protege al hombro, y pudo
Rasguño leve, al fin, al cuerpo ingente
De Turno hacer, después que de su escudo
Las orlas penetró. Calmosamente
Fornido azcón que acaba en hierro agudo
Blandiendo Turno estuvo rato largo,
Y estas voces lanzaba en tono amargo:
CIV.
»Tú ahora probarás si es más certero
Mi dardo, y más que el tuyo penetrante»
Dijo; y aunque de láminas de acero
Cubierto, y férreas planchas, de Palante
El broquel, y aforrado en recio cuero,
Por medio hendió la punta con vibrante
Empuje, y dividiendo la trabada
Loriga, el ancho pecho al triste horada.

CV.
El cual, en vano, arráncase caliente
El hierro de la llaga; sangre y vida
Huyen por una senda juntamente.
Agobiado cayó sobre la herida;
Aquel suelo enemigo con la frente
Ensangrentada hirió, y en su caída
Las armas resonaron. En voz alta
Así clamando Turno encima salta:

CVI.
«ld Árcades; y a Evandro en nombre mío
Diréis que al hijo, en la manera aciaga
Que por su culpa granjeó, le envío.
Que los honores últimos le haga

Permítole, consuelo, ¡ay de él! tardío,
Pues caro siempre el hospedaje paga
De Enéas.» Calla, y con la planta izquierda
Hace al yerto adalid que el polvo muerda.

CVII.
Del rico talabarte le despoja
Al mismo tiempo, el cual ostenta impresos
Cincuenta infaustos tálamos que moja
Sangre de esposos míseros, opresos
Por viles fembras, en mortal congoja
Vuelto el gozo nupcial: fieros sucesos
Que en chapas de oro ayer Clonio esculpiera;
Hoy de ello Turno ufano se apodera!

CVIII.
Mas lay1 alucinada fantasía
Del hombre, que la suerte venidera
No conoce jamás; jamás, el día
De la dicha, sus ímpetus modera!
Tiempo será en que Turno compraría
La vida de Palante si pudiera,
Nunca manos pusiera en él, y a enojos
Este triunfo tendrá y estos despojos!

CIX.
Los Árcades, con gran gemido y llanto,
A Palante sacaron de la arena
Puesto sobre un escudo. ¡Ay triste! ¡cuánto
De gloria al genitor, cuánto de pena
Llevas! Róbate envuelto en alto espanto
El día mismo que en la lid te estrena;
Mas no sin que antes dejes de hombres muertos
Los campos de los Rútulos cubiertos!

CX.
En tanto a Enéas, no el susurro llega,
Sí mensajero cierto del fracaso;
Que es perdida, le dice, la refriega,
Si él no acude. A su voz se lanza, y paso
Se abre a filo de espada; en torno siega
Cabezas, ancho campo deja raso,
Y a Turno, que en su triunfo se encarniza,
Ardiente busca en la revuelta liza.

CXI.
No se apartan un punto de su mente
Palante, Evandro: aquellos fraternales
Banquetes a que huésped fue presente,
Aquellas diestras que estrech6 leales.
Cuatro hijos de Sulmón, cuatro que Ufente
Nutriera, coge vivos, a los cuales
La amada sombra honrando él mismo hiera,
Y su cautiva sangre dé a la hoguera.

CXII.
De lejos lanza airada arroja luego
A Mago, que mañoso el golpe esquiva
Y a sus rodillas con lloroso apego
(Por encima la lanza fugitiva
Pasó vibrando) exhala humilde ruego:
«Deja que a un padre yo, que a un hijo viva;
Hazlo en amor de ese hijo en quien esperas,
Por la sombra del padre a quien veneras!

CXIII.
»Rescate ofrezco: tengo una alta casa,
Y allí de plata, en sótano profundo,

Cincelados talentos, y sin tasa
De oro labrado y sin labrar abundo.
¿O piensas que a tu campo el triunfo pasa
Porque esta alma mezquina huya del mundo?
¿Qué gaje para ti, qué gloria es ésta?»
Enéas irritado le contesta:
CXIV.
«Libre herede tu prole, de oro y plata
Ese caudal que tu palacio encierra;
Turno, muerto Palante, el fuero mata
De los pactos y trueques de la guerra.
Esta es al padre, ésta es al hijo grata
Sentencia.» Dice; con la izquierda aferra
El yelmo, y hasta el puño en la doblada
Cerviz del suplicante hunde la espada.

CXV.
Ved al hijo de Semon que se avecina,
Sacerdote de Febo y de Diana:
Honra sus sienes la ínfula divina,
Y todo él resplandece, de galana
Ropa cubierto y de armadura fina.
Cierra Enéas con él, con furia insana
Le echa a tierra, y sobre él se regocija,
Y con sombra de muerte le cobija.

CXVI.
Recoge en hombros el soberbio arreo
Seresto: a ti, que el campo en sangre bañas,
Alzarle ha, rey Gradivo, por trofeo.
Ya en contra veo a Umbron (que las montañas
De los Marsos dejó), con él ya veo
Restablecer la lid con sus hazañas

A Céculo, hijo ardiente de Vulcano.
A ellos se lanza el adalid troyano.

CXVII.
El cual de un tajo derribado había
A Anxur la izquierda mano y, del escudo
El cerco ponderoso (Anxur, que fía
En cierta frase mágica, y desnudo
Por ella de temor, ya al cielo erguía
El pensamiento, y prometerse pudo
Edad prolija y venerables canas:
¡Todo error grande y esperanzas vanas!);

CXVIII.
Cuando, con armadura refulgente,
De Fauno que en las selvas habitaba
Y la ninfa Driope procedente,
Tarquito arrostra audaz su furia brava:
A éste la cota y el paves ingente
Con su asta misma él de través entraba,
Y la cabeza al que, rogando, aún iba
Mil cosas a decir, hiere y derriba.

CXIX.
Y el caliente cadáver impeliendo,
Con pecho rencoroso dice encima:
«Madre aquí no vendrá, ¡jayan tremendo!
Que tu cuerpo con blanda tierra oprima,
Ni habrás patrio sepulcro. Te encomiendo
A las aves de presa, o a la sima
Te lleven de la mar sus ondas vagas
Y peces gusten tus sangrientas llagas..»

CXX.

Luego a Anteo y a Luca se convierte,
Avanguardia de Turno, al bravo Numa;
Y al hijo de Volcente, aquel Camerte
De faz bermeja, a quien riqueza suma
De tierras entre Ausonios cupo en suerte,
Y reinó en la callada Amicla, abruma;
Caliente ya su acero, en la campaña
Desborda el héroe inatajable saña.

CXXI.
No de otra suerte contra el cielo un día
Cien brazos Egeon y manos ciento
Ejercitaba en dura rebeldía,
Y de sus pechos inflamado aliento
Por las cincuenta bocas despedía,
Y de Jove a los rayos igual cuento
Contrapuso de escudos y de puntas,
Todos crujiendo, y amagando juntas.

CXXII.
Ya é los cuatro caballos se encamina,
Que briosos avanzan, de Nifeo;
Ven que los dientes con furor rechina,
Venle acercarse a paso giganteo,
Y temieron, y en fuga repentina
Dan al carro hacia atrás brusco rodeo:
Quedó en tierra tirado el triste auriga,
Y vuela al mar la alígera cuadriga.

CXXIII.
Al campo en esto, rebosando en ira,
En carro llegan Líger y Lucago
Que alba pareja de caballos tira:
Las riendas rige aquél; haciendo estrago

Este la espada fulminante gira.
No sufrió Enéas el soberbio amago;
Y ya a los dos hermanos firme avanza,
Gigantesco de verse, alta la lanza,

CXXIV.
«Caballos de Diomédes frigia tierra
Aquí no ves hollar, ni aquesta brida
De Aquíles rige el carro: aquí la guerra
Acabará, y acabará tu vida!»
Esto Líger diciendo, ¡cuánto yerra!
Lejos voló su necio hablar. Ni cuida
Enéas con razones contestalle;
Con arma, sí, que de terror le acalle.

CXXV.
A aguijar los trotones, se doblega
Lucago, y en sazón que echa adelante
El pie siniestro, a lid dispuesto, llega
Y la orla baja del broquel brillante,
Y la ingle izquierda luego, el asta ciega
Taládrale. Rodando en el instante
Moribundo se arrastra el infelice;
Y en tono amargo el vencedor le dice:

CXXVI.
«No de enemiga fila espectro vano,
Ni ya de tus bridones tardo el vuelo,
Lucago, te entregó. Saltaste al llano
Sobre las ruedas por tu propio anhelo.».
Dice, y ase del tiro. El triste hermano
Del carro mismo se escurrierra al suelo
Y las inermes palmas extendía,
Y esta plegaria balbuciente envía:

CXXVII.
«Por ti, y aquellos a quien es debido
Tu ser, ¡que con piedad, señor, me veas,
Y esta vida me dejes que te pido!»
Rogando sigue; y replicóle Enéas:
«No así hablabas en antes, fementido;
Ve, y fiel hermano con tu hermano seas!
Y con la espada el pecho vengadora,
Santuario del alma, hondo le explora.

CXXVIII.
Por el campo con ímpetu creciente
El dardanio adalid destrozos tales
Hacía, cual horrísono torrente
o cual negra legión de vendavales
Enfurecido. Y ved que, de repente
Salen, desamparando los reales,
El infantil caudillo y sus soldados
Con dicha a dura extremidad llegados.

CXXIX.
«Amadísima esposa y dulce hermana»
Así Jove entre tanto dice a Juno,
A ella vuelto de grado: «no fue vana
Tu previsión; auxilio da oportuno
Venus sin duda a la nación troyana:
Ni ánimo ellos viril ni ardor alguno
Tienen para la guerra (bien dijiste);
Ni fuerza ni constancia les asiste!»

CXXX.
Sumisa contestó la excelsa Diosa:
«Hermosísimo esposo de mi vida!

¿Por qué haces en esta ánima, medrosa
De tus duros mandatos, nueva herida?
Si aún dieses, cual debieras, a tu esposa
De aquel antiguo amor llena medida,
No me negaras, soberano dueño,
Sacar a Turno del sangriento empeño.

CXXXI.
»Y yo a Dauno su padre le tornara
Incólume... ¡Pues no! ¡ruede en el suelo,
Y en su sangre inocente enmienda cara
Tornen los Teucros! Por tercero abuelo
Cuente en vano a Pilumno; su preclara
Estirpe en vano se remonte al cielo,
¿Qué te importa? y de ofrendas mil en vano
Haya ornado tus pórticos su mano»

CXXXII.
M entonces le dio respuesta breve
El Señor del etéreo alcázar: «¿Plazo
Quieres mayor para el doncel que debe
Caer al fin bajo enemigo brazo?
Si eso, te basta, no será que pruebe
Tu justo anhelo en mí duro rechazo:
Prófugo a Turno saca del combate,
Y que el golpe inminente se dilate.

CXXXIII.
»Y nada más: si a vueltas de tu ruego
Halagas encubierta confianza
De reprimir de la discordia el fuego
Y en los hados hacer total mudanza,
Hasta ese, punto en mi poder no llego,
Y alimentas inútil esperanza.»

Tornó Juno, los ojos hechos fuente,
A hablar, y dijo así con voz doliente:
CXXXIV.
»¡Si lo mismo, Señor, que aún no deparas
En voz expresa, el corazón queriendo
Lo acordase, y la vida aseguraras
Que hoy a Turno perdonas! ¡No que horrendo
Fin le espera inculpable! ¿O a las claras
Yo, de asustada, la verdad no entiendo?
Ojalá que me engañe, y dé tu Alteza
Rumbo mejor a lo que a ser empieza!»

CXXXV.
Dijo, y de lo alto se lanzó del cielo
Moviendo tempestoso torbellino,
Cubierta en torno de nimboso velo
A las haces troyanas y al latino
Campamento encamina recto el vuelo;
Luego, a imagen de Enéas (¡oh divino
Prodigio!), de sutil vapor su mano
Un espectro fabrica hueco y vano.

CXXXVI.
Y de imitado arnes y falso escudo
Reviste a aquel fantasma; de la hadada
Cabeza del Troyano el penachudo
Morrion le finge, y la dardania espada;
Voz vana, acento de intención desnudo
Le da, y remedo de viril pisada;
Cual soñada visión, o aparecida,
Que se alza, dicen, al faltar la vida.

CXXXVII.

Ya el fingido guerrero sale a plaza,
Y acicalado a vista gallardea
De las primeras filas, y amenaza
Al contrario, y le llama a la pelea
Encárasele Turno, y desembraza
Desde lejos la lanza que blandea,
Silbante la fantástica figura
Vuelve la espalda y huye con presura.

CXXXVIII.
Cayó Turno en la red; y a la esperanza
De acabar con Enéas, aire toda,
El alma, lisonjero a la venganza,
Abri6sedienta, de placer beoda.
Y «¿A dónde, Enéas, vas?» grita, y se lanza;
«No, no abandones la ajustada boda!
Tierra que, hendiendo el mar, buscando vienes,
Te la dará mí diestra; aquí la tienes!»

CXXXIX.
Tales clamores, insensato, exhalas
Vibrando el hierro vengador, que envía
Centellas; ¡y no ves que el viento en alas
Tu deseo se lleva y tu alegría!
Echado el puente y puestas las escalas,
Pegada a un alto escollo estar se vía
La nao en que de Clusio el rey Osinio
Llegara allí con militar dominio.

CXL.
A ella la sombra, tímida y ligera,
Corre a ocultarse. No se desconhorta
Turno, demoras vence, de carrera
Los altos puentes salta, al barco aporta.

Mas no bien de la proa se apodera,
Juno invisible ya la amarra corta,
Al lance atenta, y de la orilla suelto
El casco arrastra sobre el mar revuelto.

CXLI.
Ni ya el fantasma de ocultarse trata,
Mas alzándose en forma inconsistente
Oscura nube al aire se dilata.
Y mientras busca a su rival ausente
En medio Enéas de la liza, y mata
A cuantos por do pasa le hacen frente,
Envuelto en impensado torbellino
Ya Turno de alta mar lleva camino.

CXLII.
Ingrato a un beneficio que no entiende
Tornó a mirar, y con doliente grito
Entrambas manos hacia el cielo extiende:
«¡Omnipotente padre! ¿Qué delito
Cometí, que tu saña así se enciende
Y mal tan grande sobre mí concito?
¿Qué es de mí? ¿dónde estoy? ¿Qué fuerza nuqva
A dónde, en fuga, y como quién me lleva?

CXLIII.
»¿Acaso hacia Laurento rumbo sigo?
¿o volver¿ por suerte a mis reales?
¿Y qué dirán aquellos que conmigo
Vinieron a la guerra, y a los cuales
(¿Es verdad?, ¡oh vergüenza!) al enemigo
Abandoné y a horrores funerales?
Ya, ya los veo que dispersos mueren;
¡Ay! ¡sus lamentos mis oídos hieren!

CXLIV.
»¡Abriese, a devorarme, una honda boca
La tierra! o vos, más bien, al ruego mío
Venid, ¡oh vientos! contra dura roca
Arrebatad piadosos mi navío;
Esperanzado en vos Turno os invoca!
¡Allá estrelladme en áspero bajío,
Do Rútulos no lleguen, ni importuna
Fama me siga ni memoria alguna!»

CXLV.
Dice, y en zozobrante afán no sabe
Entre intentos dudosos qué decida:
O si ya, enloquecido por tan grave
Afrenta, el pecho sin piedad divida
Con frenético acero; o de la nave
Se arroje, y a poder de brazos pida
En su bélico ardor la orilla corva
Venciendo el ponto que lidiar le estorba.

CXLVI.
Tres veces. uno y otro pensamiento
Traer a ejecución el triste ensaya,
Y tres veces también su osado intento
La Diosa que le asiste puso a raya,
Condolida; y en blando movimiento
Hace que en brazos resbalando vaya
De hirviente espuma a términos seguros:
Del padre Dauno a los antiguos muros.

CXLVII.
Mezencio a esta sazón, por sugestiones
De Jove, suple del que huyó la falta,
Y con valor sereno las legiones

Teucras invade, a quien el triunfo exalta;
Embisten los tirrenos escuadrones
Al odiado adalid que al campo salta;
Contra él, todos contra él vuelven sus miras
Con densas armas y comunes iras.

CXLVIII.
Mas él, como alto escollo, inmoble, osado,
Que reina sobre el mar, y combatido
Por las ondas y vientos, sin cuidado
Oye de hondas y vientos el bramido,
Así resiste a un lado y a otro lado.
A Hebro Dolicaonio, sin sentido
Echa a tierra, y a Látago derriba,
Y a Palmo en su carrera fugitiva.

CXLIX.
No a estos dos de una suerte; que de roca
Con un pedazo enorme se adelanta
A Látago, y le aplasta rostro y boca;
Mas a Palmo una corva le quebranta,
Y déjale arrastrar, mientras coloca
La ganada armadura, que levanta,
En los hombros a Lauso, y en la frente
El crestón del rendido combatiente.

CL.
Mat6 luego Mezencio al frigio Evante;
Y a Mimante, que a París compañía
Hizo, en edad y en gustos semejante:
Hécuba el hacha que soñado había
Dio a luz la noche misma en que Mimante
A Arnico de Teana le nacía:
Aquel reposa bajo el patrio cielo;

Cae éste oscuro en peregrino suelo.

CLI.
Cual jabalí que en anos se aposenta
Allá en Vésulo, entre alto y alto pino,
O de selvosas cañas se apacienta
Oculto en el pantano Laurentino;
El cual feroz se para, y nadie intenta
De cerca herirle, si a las redes vino
A colmilladas de uno y otro perro;
Los dientes cruje, eriza frente y cerro,

CLII.
Y a todo lado impávido amenaza;
Y a distancia dan voces y se airan
Los monteros en torno, y él rechaza
En sus lomos los chuzos que le tiran:
Contra Mezencio en semejante traza
Los que con justa indignación, le miran,
Muestran, no cuerpo a cuerpo, sus furores,
Sino a trechos, con dardos y clamores.

CLIII.
Vino ganoso de marcial trofeo
De la antigua Corito Acron, de griega
Raza, que por su fuga, su himeneo
Dejó sin consumar. En la refriega
Con ricas plumas y purpúreo arreo
Que su novia le dio, luciente llega.
Mezencio en un tropel aquella roja
Vislumbre vio, y alegre allá se arroja.

CLIV.
Tal, cuando altas majadas importuno

Ha rondado un león con rabia hambrienta,
Si alguna cabra huyente o ciervo alguno
Divisó de engreída cornamenta,
Salta a su presa, y, largo tiempo ayuno,
Abre ancha boca, crespa crin avienta,
Y a las entrañas con ardor se clava,
Y en negra sangre el rostro horrendo lava.

CLV.
Cayó el mísero Acron, y semivivo,
Batiendo con los pies la odiosa tierra,
Roto dardo ensangrienta. Fugitivo
Iba Oródes; pero hecho a franca guerra
Más que él, y menos que él a plan furtivo,
No quiso herirle a salva mano, y cierra
Mezencio pecho a pecho, y le derriba,
Y con el pie y la lanza en él estriba.

CLVI.
Y dice: «¿A Oródes el de insigne fama
Visteis, amigos, en la lid? ¡Pues helo
Bajo mis pies!» Con él la turba clama,
Y el grito de victoria sube al cielo.
Quienquier seas, también, también te llama,»
Repuso el moribundo, «aqueste suelo.
No harás impune de mi muerte alarde,
Ni será, no, que la venganza tarde! »

CLVII.
Mezencio, con sonrisa que señales
De ira disfraza, replicó: «¡Tú muere!
El Señor de mortales e inmortales
Disponga allá de mí como quisiere.»
Pronunciando feroz palabras tales

La lanza arranca, sin que a más espere:
A eterna noche al mísero destierra
El férreo sueño que sus ojos cierra.

CLVIII.
Sacrator sin piedad a Hidaspe trata;
Triunfante a Alcato Cédico acomete;
Rapo a Partenio y a Orses, que recata
Gran fuerza, humilla; a Cronio y a Erícete,
Hijo de Licaori, Mesapo mata:
A aquél tendido en tierra, audaz jinete
Por su bridón indómito arrojado;
A éste pugnando a pie, de a pie soldado.

CLIX.
Ágis de Licia a estos combates vino,
También como peón: con él Valerer
Cierra, y le vence, insigne paladino
De prístinas virtudes heredero.
Salio a Tronio; Neálces, que camino
A flechas alevosas da certero,
A Salio hirió a su vez. Tal iba Marte
Mezclando el campo, igual a cada parte.

CLX.
Todo era estrago y confusión: calan
Vencidos a la par y vencedores,
Y ni los tinos ni los otros cian.
De Jove en los altivos miradores
Pensar duele a los Dioses cuál porfian
Los hombres tan sin fruto en sus furores;
Vetius acá, allá Junó ven la riza;
Pálida Furia en medio se encarniza.

CLXI.
Viene Mezencio amenazante y feo
Gran lanza sacudiendo, como esguaza,
Orion a pie los golfos de Nereo
Con mole descollante, cual de caza
Tornando de los montes giganteo
Añoso fresno empuña a fuer de maza,
Corren sus pies sobre la humilde brota
Y allá entre nubes la cabeza emboza.

CLXII.
Tal va con grandes armas el tirreno;
Y Enéas, que veloz llegar quisiera,
Con los ojos le busca, de ardor lleno,
Allí a lo largo de enemiga hilera:
Firme el otro en su basa ve sereno
Al osado adversario a quien espera;
Mide el tiro a la lanza con la vista,
Y «¡Así esta diestra, que es mi Dios, me asista,

CLXIII.
»Y aqueste hierro que vibrante a Enéas,»
Dice, «en castigo a su insolencia arrojo!
¡Y a fe, Lauso, y a fe que con preseas
Que a ese bandido arrancaré en despojo,
Trofeo vivo de mi triunfo seas!»
Calla, y tira de lejos en su enojo
La silbadora lanza. Ella el escudo
Troyano hiere, mas entrar no pudo;
CLXIV.
Y a distancia en su vuelo rechazada,
Ya de allí al noble Antor, y hondo camino
Le abre entre las costillas y la ijada.
Compañero de Alcídes, de Argos vino

Antor, y a Evandro unido, hizo morada
En ítala ciudad. Hoy ¡triste sino!
Cae de extraviado golpe: al cielo mira,
Y su Argos dulce recordando, espira.

CLXV.
Tocó a Enéas su vez: su lanza vuela,
Y lienzos, bronce triple y triple cuero
Traspasa a la ancha y cóncava rodela
De Mezencio; va a la ingle; pierde empero
Su fuerza allí: brota la sangre: vela
Gozoso él agresor; tira ligero
De la espada, pendiente al muslo, y salta
Sobre el herido, a quien la fuerza falta.

CLXVI.
De dolor y de amor lanzó un gemido
Y dejó por su faz correr el llanto
Lauso, en viendo 4 su padre mal herido.
¡Mancebo memorable! no en mi canto
Callar¿ tu alabanza; ni en olvido
Caerán (si a una virtud de precio tanto
Crédito ha de prestar la edad futura)
Tus nobles hechos y tu muerte dura.

CLXVII.
Perdido ya el vigor, la acción perdida,
Pasos Mezencio daba atrás doliente,
Trayendo en el broquel la asta homicida
Interpusose entonces impaciente
El mancebo, y haciendo que divida
La atención el troyano combatiente,
Entretiene la furia de la daga

Conque éste, alta la diestra, ávido amaga.

CLXVIII.
Así del vencedor el movimiento
Lauso embarga; y con alta gritería
Apóyanle los suyos, mientras lento
El padre resguardado se desvía
Por la pelta del hijo. Armas sin cuento
Sobre Enéas la turba en tanto envía
De lejos; y él, ardiendo en furia nueva,
Firme y guarnido el choque sobrelleva.

CLXIX

¿Quién vio tal vez en recio pedrisquero
Romper las nubes y azotar la tierra?
Huyen los labradores; y el viajero,
Como en alcázar natural, se encierra
En cava umbrosa o sólido aguero
Que algun río le ofrece o agria sierra;
Y aguarda allí para seguir su vía,
Que calme la tormenta y abra el día.

CLXX.
Así de todas partes asaltado
Enéas se recoge y acoraza
Mientras escampa el áspero nublado;
Y a solo Lauso increpa, a él amenaza,
Diciéndole: «¿Do vas, do vas, cuitado?
¿Qué audaz resolución incauta abraza
Tu voluntad? A tanto no eres fuerte;
Tu atolondrado amor corre a la muerte!

CLXXI.

No por eso el mancebo se modera;
¡Y cuál sube de punto y se derrama
Del Troyano el furor! Parca severa
A Lauso no perdona: de su trama
Vital recoge ya la hebra postrera.
¡Demente! él mismo el golpe adverso llama:
Vibrando Enéas el brioso acero
Por medio al infeliz lo esconde entero.

CLXXII.
Pasó el hierro la pelta (asaz ligera
Arma a tanta arrogancia) y la loriga
Que de hilos de oro tierna madre hiciera;
Llenola en sangre; y triste se desliga
El alma, y a otro mundo huye ligera.
Ni pudo Enéas ya como a, enemiga
Aquella faz mirar, faz moribunda
Que extraña palidez baña y circunda.

CLXXIII.
Tan bello ejemplo de filial ternura
Movióle a compasión, tiende la diestra
Y dice a Lauso: «¡Ay joven sin ventura!
¿Ya el pío Enéas qué ha de darte en muestra
De homenaje a virtud tan noble y pura?
Al menos tu ceniza él no secuestra;
¡Oh! si algo valen fúnebres honores
Al lado dormirás de tus mayores!

CLXXIV.
»Lleva esas armas, tu delicia enantes,
Y este consuelo en tu forzosa muerte,
Que caíste, no a manos infamantes,
Del grande Enéas bajo el brazo fuerte!»

Dijo, y a los parciales vacilantes
De tardos riñe, y alza a, Lauso inerte.
¡Mísero Lauso! en sangre mancha aquellos
Que a la usanza aliñó pulcros cabellos.

CLXXV.
Entretanta a la margen tiberina
Fuerzas cobrando el genitor doliente,
Con la linfa restaña cristalina
De la herida cruel la abierta fuente,
Y de un árbol al tronco el cuerpo inclina.
De un ramo más allá se ve pendiente
El yelmo duro, y el arnes pesado
Ocioso está sobre el tapiz del prado.

CLXXVI.
Flor de mozos guerreros le rodea:
Él anhelante, sin vigor que rija
Sus acciones, el cuello que flaquea
Apoya; y cubre el pecho con prolija
Rizada barba. Oír nuevas desea
De Lauso, en Lauso está su mente fija;
Y mensajeros de su afán cuitado
Envía, que le vuelvan a su lado.

CLXXVII.
Mas ya sobre sus armas extendido,
Ingente él mismo y con ingente llaga,
Traen a Lauso, haciendo gran plañido,
Sus soldados. De tanto mal presaga
El alma lejos entendió el gemido;
Y sus canas manchando en polvo, halaga
Mezencio su dolor; las palmas tiende
Al cielo; el hijo entre sus brazos prende.

CLXXVIII.
«¿Tanto el halago de existir convida,»
Dice, «y tanto obró en mí, que al enemigo
Te, entregué en mi lugar, prenda querida?
¡Y yo (¡padre infeliz!) viviendo sigo!
¡El hijo que engendré me da esta vida,
Yo la muerte le doy! Siento y maldigo
El peso horrendo de mi suerte ingrata;
¡Esta sí es honda herida, esto sí mata!

CLXXIX.
»¡Y tu nombre también con mi pecado,
Hijo del alma, yo manché, del trono
De mis padres, por odios arrojado!
¡Así de mis vasallos al encono
Con muertos mil hubiese allá pagado
Mi crimen! ¡No que en mísero abandono
Sobrevivo! ¿Y no dejo todavía
Los hombres y la odiosa luz del día?...

CLXXX.
¡Dejaréla» Y diciendo se levanta
Sobre el enfermo muslo: aunque le impido
Fiero dolor mover la torpe planta,
Animo cobra, y su caballo, pide
Que con bien le sacó de guerra tanta
En él su gloria y su afición reside,
Noble consolador, fiel compañero.
Al afligido bruto habló el guerrero:

CLXXI.
«Hemos vivido a fe tiempo sobrado,
Rebo, yo y tú, si mucho tiempo dura

Cosa alguna mortal o ensangrentado
Hoy el vulto traerás y la armadura
De Enéas, y a mi Lauso harás vengado,
0 si todo camino cierra dura
La desgracia al valor, caerás! Te digo
Que has de vencer o de morir conmigo.

CLXXXII.
»Que tú, digno bridon, nunca a villanos
Yugos el cuello inclinarás; ¿ni cómo
Habrías de admitir amos troyanos?»
Dice, y monta el corcel, que humilla el lomo
A recibirle; se llenó las manos
De agudos dardos, y asentóse a plomo:
Guarnecida de bronce centellea
Su frente; áspera crin encima ondea.

CLXXIII.
Rápido a los contrarios se abalanza;
En el pecho le hierven a porfía
Ímpetus de vergüenza y de venganza,
Y del herido amor la frenesía
Y el probado valor de su pujanza.
Llama a Enéas, y a, lid le desafía,
Con grande voz tres veces. El Troyano
Reconocióle, pues, y exclama ufano.

CLXXXIV.
«¡De los Dioses el Padre así lo quiera!
¡Quiéralo el alto Apolo! -Ya contigo
Soy en batalla.» Hablando en tal manera
Con fatídica lanza a su enemigo
Ocurre, El cual replica: «¡Cruda fiera!
Lo acertó tu crueldad; la luz maldigo;

Mátasme un hijo y la esperanza, ¿y quieres
Después de eso asustarme? ¡Necio eres¡

CLXXXV.
»Amenaza no habrá con que me espantes:
No hay Dios a quien respete: no me inspira
Miedo el morir; vengo a morir; mas antes
Estos dones te traigo.» Dice, y tira
Un dardo, y otro, y otros: incesantes
Lanzándolos, en vasto cerco gira
Volando' en torno al campeón, que al rudo
Asalto opone firme el áureo escudo.

CLXXXVI.
Tres veces dio la vuelta el caballero
Sobre la izquierda, armas lanzando a mano;
Y tres cubierto todo en fino acero,
Movió consigo el adalid troyano
Aquel de hincadas puntas bosque entero:
Desclavar tanta flecha, empeño es vano;
Y Enéas lleva a mal que se dilate,
Urgente ya, tan desigual combate.
CLXXXVII.
Meonra: al fin en presto movimiento,
A do las huecas sienes le divida,
Dispara al bruto de guerrero aliento
Su lanza. El cual, no bien sintió la herida,
Estribando en los pies azota el viento
Con las manos, y sigue en su caída
Al enredado caballero, y rueda
De bruces, y él bajo sus lomos queda.

CLCXXXVIII.
Ambos campos el cielo a grito herido

Encienden. Vuela Enéas, y el acero
Desnudando sobre él, «¿A dónde es ido
Aquel Mezencio,» dice, «antes tan fiero?
¿Qué se ha hecho ese arrojo tan temido?»
Apenas el exánime guerrero
Cobró, volviendo al cielo la mirada,
La luz perdida y la razón turbada,

CLXXXIX.
Y responde: «¡Acerbísimo enemigo!
¿A qué suspendes sobre mi la muerte?
¿Qué me increpas si a nada yo te obligo?
Libre eres de matarme; ni moverte
Con ruegos vine aquí, ni ya contigo
Pactos hizo mi Lauso de esa suerte.
Mas si aún queda piedad para el vencido,
Una sola merced muriendo pido:

CXC.

«¡Da que sea mi cuerpo sepultado!
Vengativas escucho en torno mío
Rugir las olas de mi pueblo airado;
¡Sálvame tú de ese furor impío!
Pueda de un hijo reposar al lado!»
Esto dijo no más, y sin desvío
Entregó ¡a garganta a la honda herida.
Y en sangre envuelta derramó la vida.

LIBRO UNDÉCIMO.

I.
En este medio alzándose la Aurora
Del Océano las regiones deja.
Enéas, aunque el ansia le devora,
Conque a dar sepultura se apareja
A sus aliados, y consigo llora,
Y el dolor de las pérdidas le aqueja;
Sus votos, vencedor, cumple primero,
Con el albor del matinal lucero.

II.
Cúmplelos; y en la cima de, un collado
Hace hincar luego una robusta encina,
Habiéndola de ramas desnudado;
En ella la armadura diamantina
De Mezencio pondrá: trofeo alzado
Al Dios que en guerras triunfador domina.
Ya le acomoda el yelmo, ya la cota,
Por doce partes perforada y rota.

III.
Truncos vuelve sus dardos al guerrero
En efigie, y su cresta ensangrentada?
Préndele a izquierda el gran broquel de acero

A su hombro cuelga de marfil la espada.
Y él, entre los aliados el primero,
A hablarles se alza luego: en apiñada
Y silenciosa turba su persona
Los jefes cercan ya; y así razona.

IV.
«Ya lo difícil acabasteis: llano,
Soldados, lo que falta os adivino.
Ved los despojos del cruel tirano;
Ricas primicias son: ¡en esto vino
Mezencio a dar por obra de mi mano!
Sabed que a la ciudad del rey Latino
Marchad nos cumple. En el marcial intento
Ocupad desde ahora el, pensamiento.

V.
Prevenidos estad, porque llegada
La hora que darán a mi ventura
Los Dioses, de mover el campo, nada
Los ánimos sorprenda, ni a pavura
O a dañosa demora los persuada.
A los muertos en tanto sepultura
Demos: único honor que a ellos alcanza
Del Aqueronte en la profunda estanza.

VI.
»Sí, a egregias almas que este patrio nido
Con su sangre nos dan generadora,
Que últimas honras tributeis os pido,
Palante al patrio pueblo que le llora
Sea en fúnebre pompa conducido:
Virtud no le fálto: funesta un hora
Robóle a nuestro amor, robóle al suelo,

¡Ay? para hundirle en sempiterno duelo!»

VII.
Y llora, y al umbral los pasos guía
Donde Acétes, anciano y fiel guerrero,
De Palante infeliz custodia hacía
Al tendido cadáver. Escudero
El del parrasio Evandro fuera un día,
Y vino en esta vez por compañero
De aquel amado alumno, con auspicios,
Cual antes no lo fueron, impropicios.

VIII.
En torno ostentan en común su duelo
Turba troyana y mustia servidumbre,
Y damas, suelto al aire el rico pelo
En señal de dolor, cual fue costumbre.
Entró Enéas al pórtico, y al cielo
Alza inmenso clamor la muchedumbre;
En gran lamentación hiérense el pecho,
Y suena con el llanto el regio techo.

IX.
Él, viendo de Palante sostenida
La frente, y blanco el rostro a par de muerto,
Y en aquel pecho hermoso la ancha herida
Que ausonia lanza abriera, y sin que acierte
El llanto a contener, «¿Tú aquí sin vida,»
Clama, «amigo infeliz? Cuando la suerta
Más propicia a mis armas sonreía,
¡Ay! de mi lado te arrebata impía!

X.
»No quiso la cruel que el triunfo mío

Vieses, y vencedor entre marciales
Pompas volvieses al solar natio!
No hice a tu padre, no, promesas tales
Cuando, enviándome a excelso poderío,
Al darme en tierno abrazo tristes vales
Me advirtió receloso que lo habría
Con gentes bravas en tenaz porfía

XI.
»¡Y él hora por ventura se complace,
En trocar a esperanzas sus temores,
Y ofrendas en el ara y votos hace,
Mientras damos estériles honores
Al joven que, pues ya sin vida yace,
Nada debe a los Dioses superiores!
¡Por ti, padre infeliz, cuánto me aflijo!
¡Tú el cruel funeral verás de un hijo!

XII.
»¿Y éste es el triunfo ansiado ¿éste el festivo
Regreso? ¿ésta mi fe tan engreida?
Mas no le viste, Evandro, fugitivo
Ni echado de la lid con torpe herida;
Ni por qué preferir tendrás, él vivo,
Acerbo trance, ¡oh padre! a infame vida.
¡Cuánto pierdes en él, Ausonia, y cuánto
Tú, hijo mío!» Así habló vertiendo llanto.

XIII.
Que el mísero cadáver se levante
Ordena; y eligiendo mil guerreros
Entre toda la hueste, de Palante
La fúnebre custodía y postrimeros
Honores les encarga: que delante

Lleguen de Evandro, y tristes mensajeros,
Consuelo den, pequefio a duelo tanto,
Mas a un padre debido en tal quebranto.
XIV.
Otros, en este medio, con presteza
De encina y de madroño acopian rama
Pon que féretro blando se adereza
Hecho de zarzos en flexible trama:
Verde toldo de rústica maleza
Forman después a la funérea cama,
Y los miembros del jóven delicado
Tienden en fin sobre el hojoso estrado,

XV.
Cual flor, por dedo virginal cogida,
De muelle viola o de jacinto tierno,
Que aún formas guarda y esplendor de vida
Falta de jugo y del favor materno.
Dos túnicas Enéas enseguida
Saca, ¡que en leda ostentación de interno
Afecto dio, labradas de su mano,
La excelsa Dido al capitán troyano.

XVI.
Triste él con una y otra (de ambas era
Grana el fondo, que fino oro recama)
Cubrió el cuerpo, y la hermosa cabellera
Velo, que pronto abrasará la llama.
Cautivas armaduras aglomera
Que de Palante son conquista y fama,
Y en larga serie desfilar ordena
Cuantos ganó despojos en la arena.

XVII.
Allí arneses, caballos. Sordo al ruego
Ya las manos atras ligado habia
A los mancebos cuya sangre al fuego
Dará, en obsequio que al finado envía.
Manda a los mismos capitanes luego
Arboles lleven que a la luz del día
El nombre ostente del que fue vencido
Por trofeo, y sus armas por vestido.

XVIII.
Bajo la carga de la edad maltrecho
Acétes miserable en pos se lleva,
Y ora a golpes ofende el flaco pecho,
Ora uñas fieras en su rostro ceba,
O de la tierra sobre el duro lecho
Largo se extiende, y su dolor renueva.
El carro de Palante ya aparece
Que con rútula sangre se enrojece.

XIX.
Y Eton, su buen corcel, a su mesnada
Se avanza, del marcial jaez desnudo,
La faz en gruesas lágrimas bañada,
¡Que tanto en él el sentimiento pudo!
Otros su asta y morrion (cinto y espada
Turno se reservó) llevan, y mudo
El ejército a pie la marcha cierra,
El cuento de las lanzas vuelto a tierra.

XX.
Paróse Enéas, cuando en larga hilera
La pompa funeral pasó adelante,
Y dio en alto gemido su postrera

Despedida al cadáver ya distante:
«La misma de la guerra ley severa
A otros llantos, ¡oh máximo Palante!
Y a nuevo afán nos llama. ¡Salve, amigo,
Por siempre, y para siempre adios te digo.»

XXI.
Calló, y a sus reales se encamina
Tendiendo al alto muro. Allí, entre tanto,
Llegados son de la ciudad latina
Embajadores, que de olivo santo
Con la rama adornados peregrina
Piden tregua, en la cual los que sin llanto
Honroso a fil de espada yacen muertos,
Sean de tierra por piedad cubiertos.

XXII.
Tregua piden y paz con los finados,
Y que armisticio Enéas a varones
Conceda, a quienes diera ya dictados
De huéspedes y suegros. Las razones
El Troyano aprobó de los legados,
Y añade, al otorgar tan justos dones:
«¡Latinos! ¿qué fortuna indigna os cierra
En estos lazos de forzada guerra?

XXIII.
»¿Por qué a nuestra amistad fuisteis esquivos?
Paz para aquellos me pedís que muertos
Han sido en el combate; -aún a los vivos
Quisiera yo otorgarla! A vuestros puertos
No vine con intentos ofensivos,
Mas sumiso al mandato de hados ciertos
Mansion perpétua a establecer. Tampoco

A guerra yo vuestra nación provoco.
XXIV.
»De la hospitalidad faltando al fuero
El rey Latino en Turno armado fía.
Que Turno a estrago tal, solo y señero
Se expusiese, ¿más justo no sería?
Pues quiere echarnos, y a poder de acero
La guerra terminar, aquí debia
Renir conmigo; de los dos viviera
A quién Dios o su brazo se la diera!

XXV.
»Hora los compañeros malhadados
Id a imponer enla funérea pira.»
Dijo. Atónitos callan los legados;
Cada uno, vuelto el rostro, al otro mira.
Dránces, que lustros ya cuenta avanzados,
Que contra el joven Turno odios respira
Y en daño suyo acusaciones vierte
Responde, al fin, por todos de esta suerte:

XXVI.
«¡Oh tú, máximo en lid, rico en blasones!
¿Cómo sabré a los cielos ensalzarte?
¿Cuál te honra más, lo justo en las acciones,
O lo sufrido en el rigor de Marte?
Gratos, príncipe, a ti, de tus razones
A la patria ciudad daremos parte;
Y si a ello la Fortuna abre camino,
Te enlazaremos con el rey Latino.

XXVII.
»Turno otro auxilio busque entonces: juro

Que a cuestas hemos de llevar de grado
Para cimiento del troyano muro,
Piedras que cumplan lo que manda el Hado!»
A estas palabras con murmullo oscuro
Asienten los demás. Quedó pactado,
Que dure, de los muertos en servicio,
Seis días y otros seis el armisticio.

XXVIII.
Viéronse en él mezclarse los soldados;
Y vagando a la par teucro y latino,
Con hachas abatir por los collados
Fresno que herido cruje o yerto pino,
Y los cedros rajar de olor cargados,
Con cuñas, y los robles, de contino,
Y quejigos de agreste cabellera
En plaustros gemebundos sacar fuera.

XXIX.
Entretanto la Fama voladora,
Que ya a Palante vencedor mentia,
De lúgubres alarmas nuncia ahora
En torno a Evandro va, llenando impía
Muros y techos donde Evandro mora.
Los Arcades acorren a porfía
Hacia las puertas, y segun costumbre
Antorchas asen de funérea lumbre.

XXX.
Brilla de luces prolongada hilera
Despartiendo los campos que ilumina.
La frigia turba, en tanto, plañidera
A los muros sus pasos encamina.
Reúnense ambos pueblos; ya la entera

Procesión a los techos se avecina:
Las matronas la ven, y altos lamentos
Por la triste ciudad dan a los vientos

XXXI.
A moderar a Evandro no es bastante
Fuerza humana. Allá vuela, allá se arroja,
Y deteniendo el féretro, a Palante
Postrado abraza, en lágrimas le moja,
Contra el seno le estrecha sollozante.
Cuando hAo apénas la mortal congoja
Dado paso a la voz, gimiendo dice:
«¡Ay hijo de mi alma! ¡ay infelice!

XXXII.
»En vano me ofreciste cautelarte
Del peligro fatal. Yo bien sabía
Cuánto en la guerra a seducir es parte
De la gloria el sabor; con qué energía
En el primer conflicto arrastra Marte.
La juvenil ardiente fantasía!
¡Tristes primicias do, tu edad lozana!
¡Dura preparación de lid cercana!

XXXIII.
»¡Ay! que mis votos y mis preces nada
Me valieron. Y tú, bendita esposa,
No a tan fieros dolores reservada,
¡Cuánto fuiste, muriendo, venturosa
Por modo opuesto, yo de mi jornada
He vencido la senda trabajosa,
De las pruebas triunfé del hado esquivo,
Y ya ¡padre infeliz! me sobrevivo.
XXXIV.

»¡Hubiera yo seguido los reales
Troyanos, y los Rútulos me hubiesen
A dardos abrumado, y pompas tales
A mí, no a mi Palante, aquí trajesen!
Mas aquellos banquetes fraternales,
¡Oh Teucros! no temais que hora me pesen,
En que la diestra os di como aliado;
¡Golpe era aquéste a mi vejez guardado!

XXXV.
»Que si fue tu destino en tan tempranos
Años caer, cayeras a los menos
Muertos antes mil Volscos a tus manos
Guiando al Lacio el paso de tan buenos
Compañeros! Piadoso el Rey troyano,
Nobles Frigios y en masa los Tirrenos
Te han hecho, sí, munificos honores;
Yo mismo no te hiciera otros mayores.

XXXVI.
»Traer les miro en árboles triunfales
Armados cuerpos que humill6 tu acero.
Las fuerzas de la edad fuesen iguales,
Y gran tronco llegaras tú el primero,
Turno! -Mas ¡ay de mí! ¿por qué, mis males
Llorando, os privo del laurel guerrero?
Id ya, y a vuestro Rey en nombre mío
Llevad estas palabras que le envío:

XXXVII.
» Causa eres t ue o viviendo si a,
Muerto alante, en este odioso suelo;
ues nos debes de urno la enemi a

Cabe a a m a él. e ti en mi duelo
de ortuna esta esperanja abri a
Mipecho. ara m a no har consuelo,
umano; mas a un hijo en su honda estan a
¡Vuevas uiero llevar de su ven anja!»

XXXVIII.
Despierta con sus rayos celestiales
El nuevo día, que en oriente raya,
Al usado ejercicio a los mortales.
Ya el padre Enéas, ya en la corva playa
Tarcon ha alzado piras, en las cuales
Vaya el Troyano y el Tirreno vaya
A colocar los muertos de su bando,
Los patrios ritos cada cual guardando.

XXXIX.
Arde la lumbre lúgubre, y oscura
Nube envuelve del cielo las regiones.
Revestidos de espléndida armadura
Tres veces han marchado los peones
En derredor del fuego que fulgura;
Y tres los de a caballo en sus bridones
Lustran la triste funeral hoguera,
Y lanzan de dolor voz lastimera.

XL.
Plañendo de consuno, el largo lloro
Riega el suelo y al par las armas riega:
De las trompetas el clangor sonoro
Y el clamor de la gente al cielo llega.
Quién a las llamas el marcial tesoro
A los Latinos arrancado, entrega:
Finos yelmos, magníficas espadas;

Frenos y ruedas, a encenderse usadas.

XLI.
Otro tal vez a la funérea pira,
Prendas notorias de los que ella abrasa,
Los escudos y aquellas armas tira
Que antes ciñeron con fortuna escasa.
Mucho novillo en cerco arder se mira,
Híspidos cerdos, víctimas sin tasa
Traídas de los campos: hierro fuerte
Las rinde al fuego y las consagra a Muerte,

XLII.
Caros cuerpos por toda la ribera
Vense humear; y nadie se retira
De la que guarda medio extinta hoguera,
En tanto que en silencio húmeda gira
Tachonada de luces la alta esfera.
Y allá también innumerable pira
(Que allá gimen también tristes destinos)
Han alzado en su campo los Latinos.

XLIII.
Y a sus muertos, en parte, acogimiento
Bajo la tierra con piadosas manos
Mullen; otros envían a Laurento,
Llevan otros a predios comarcanos;
Y los dernas sin distinción ni cuento
Hacinados consumen. Ya los llanos
En su vasta extensión lucen doquiera
Con el émulo ardor de tanta hoguera.
XLIV.
Así como ahuyentó con luz serena
Gélidas sombras el tercero día,

Ruedan la alta ceniza, y tibia arena
A los revueltos huesos que envolvia
Encima acopian... Mas oíd cuál suena,
En esta de dolor larga porfía,
La ciudad y su alcázar opulento
Con mayor alarido y movimiento.

XLV.
Madres allí, ternísimas hermanas,
Y huérfanos y viudas la homicida
Guerra maldicen en querellas vanas,
Y la boda de Turno prometida:
Que las armas él solo empuñe insanas,
Que él solo, exclaman, con las armas pida
El imperio de Italia y la corona,
Y los sumos honores que ambiciona!

XLVI.
De las hembras dolientes el dictamen
Fiero apoyando Dránces, acredita
Que a Turno emplaza a singular certámen
El Troyano, y a solo Turno cita.
Parciales hay también que a Turno aclaman,
Ya abogando por él, ya en ronca grita:
Con cien trofeos triunfador le nombra
Voz popular; le da la Reina sombra.

XLVII.
En medio a tan ardientes altercados,
De vuelta de Argiripa floreciente
Veis aquí se presentan los legados
Que allá marcharon; y, con triste frente,
Que tan grandes trabajos empleados

Empeño fueron, dicen, impotente:
Nada han valido con el jefe griego
Dádivas, oro, ni apremiante ruego.

XLVIII.
O a otra alianza, pues, tentar camino
O proponer las paces al Troyano
Será forzoso. El mismo rey Latino
En profunda aflicción cayó. No en vano
Las claras muestras del furor divino,
Y los alzados túmulos del llano
Que recientes se ofrecen a la vista,
Incontrastable anuncian la conquista.

XLIX.
Y así el Rey de su corte a los primeros
Varones, en sus altos penetrales
Cita a solemne junta. Ellos ligeros
Van, llenando avenidas y portales.
Venerable entre tantos consejeros
Por sus canas o insignias imperiales,
Grave en medio: de todos él se asienta;
Ni es ledo aspecto el que su faz ostenta.

L.
Y luego a los legados que, cumplido
El cargo, han vuelto del etolio estado,
Manda que de tan grave cometido
Cuenten punto por punto el resultado.
Cesa ya de las lenguas el ruido,
Y obediente del príncipe al mandado,
«Virnos, conciudadanos, a Diomédes,»
Venulo dice, «y sus argivas sedes.

LI.
»Asperezas vencimos del camino.
Y a término llegando, aquella mano
Tan temida tocamos por quien vino
A tierra un día el gran poder troyano.
Triunfante el Rey, con próspero destino,
En los campos del yápigo Gargano
Echaba de Argiripa, el fundamento,
Ciudad que así nombró del patrio asiento.

LII.
»Así que entrado hubimos, y licencia
Se otorgó, a las palabras, nuestros dones
Ofrecimos, y nombre y procedencia
Declaramos al Griego: las razones
Expusimos después, que a su presencia
Nos llevaron; la guerra que varones
Extranjeros nos mueven. Manso oyónos,
Y habló a su turno en apacibles tonos:

LIII.
«Antigua raza, Ausonios fortunados,
»Que en paz gozáis de la saturnia tierra,.
»¿Qué os instiga, viviendo sosegados,
»A provocar desconocida guerra
»Y en demanda a correr de nuevos hados?
»¡Oh! quién eso pretende, ¡cuánto yerra!
»Nosotros profanámos con el hierro
»A Troya; y ved nuestro ejemplar destierro!

LIV.
»No en las pérdidas sólo que nos cuesta
»El largo sitio, mi escarmiento fundo;
»Ni sólo el frigio Simois me amonesta

»De cadáveres lleno. Andando el mundo
»¿Qué atroz suplicio por sufrir nos resta?
»Doliera al mismo Príamo. Iracundo
»El astro de Minerva, y Cafereo
»Cruel lo sabe, y el peñón Eubeo.

LV.
»A otra zona lanzados, Troya hundida,
»Llegó hasta las Columnas de Proteo
»Peregrinando Menelao Atrida;
»Llegó Ulíses, al antro Ciclopeo.
»¿Recordaré de Pirro la caída,
»Derribado el altar de Idomeneo,
»Y la locrina juventud, ahora
»De las líbicas costas pobladora?

LVI.
»El mismo miceneo Rey, que un día
»De los grandes Aquivos tuvo el mando,
»Fue, entre su mismo penetral, de impía
»Consorte muerto bajo el brazo infando;
»Venció así a quien vencido a Troya habia,
»Villano burlador. Y yo, tornando
»Al patrio hogar, la deseada esposa
»No hube de ver ni a Calidonia hermosa.

LVII.
»¡Iras del cielo! Y aún aquí sombríos
»Me siguen y fatídicos portentos:
»Mudados ya los compañeros míos
»En aves, cruzan los delgados vientos,
»Siguen el curso a los desiertos ríos
»(¡Inaudita expiación! ¡fieros tormentos!)
»Y con fúnebres ecos de gemidos

»Hinchen ¡ay! los escollos maldecidos.

LVIII.
»Temer debí tan espantosos males
»Desde que en liza desigual, insano
»Pude atentar a cuerpos celestiales,
»Y a Venus ofendí la diestra mano
»Con sacrilega herida. Horrores tales
»Finaron ya: con el poder troyano
»Guerra no tengo; ni mi antigua gloria
»Renuevo con placer en la memoria.

LIX.
»Yo, pues, en vuestro intento no conspiro:
»Antes bien, que volvais a Enéas cabe
»Esos presentes que traer os miro
»De la patria. Ya golpe a golpe, en grave
»Conflicto ya, de lejos, tiro a tiro,
»Probé yo mismo el arte con que sabe
»Empinar el broquel; la gran pujanza
»Conque él menea la fulminea lanza.

LX.
»Fiad por tanto en la experiencia mía.
»Si el suelo ideo producido hubiera
»Dos héroes más como él, llegado habría
»A inaquios reinos el Dardanio, y viera
»Grecia en duelo trocada su alegría.
»¿Quién, sino Héctor y Enéas, de guerrera
»Inmensa muchedumbre opuso terco
»Antemural al estrechante cerco?

LXI.
»Ambos hicieron con su fuerte diestra

»Que un año, y otro, y diez, día tras día,
»Retrocediese la victoria nuestra:
»Iguales en esfuerzo y bizarría,
»Este en virtudes superior se muestra.
»¡Oh! paz haced con él, donde ella os ría;
»Y huíd toda ocasion que en lid acabe
»Y con sus armas vuestras armas trabe.»

LXII.
»Esto, ¡oh máximo Rey! en la ardua empresa
Falla el, Griego y responde. » Habló; y creciente
Rumor, pasada la primer sorpresa,
Corre de boca en boca entre la gente,
Como raudal, en natural represa
De rocas detenido, que impaciente
Murmullo forma, y la ribera brama
Con el agua que bulle y se derrama.

LXIII.
Cuando cesó la agitación primera
El anciano monarca abrió su boca,
Y habló de su alto solio en tal manera,
Después que a las Deidades pio invoca:
«Quise yo que en sazón se definiera
Esta causa, ¡oh Latinos! Hoy que toca
Armado el enemigo a nuestras puertas,
Tarde a civil consejo están abiertas.
LXIV.
»En guerra nos hallamos importuna
Con recia, diva gente, que fatiga
No recibió jamás de lucha alguna,
Ni las armas depone, aunque enemiga
Redoble adversos golpes la Fortuna.
Nadie en extraños esperando siga;

Faltónos la alianza del Etolo:
Cada cual en sí mismo espere sólo.

LXV.
»Dicho está, ciudadanos, cuánto sea
Esta esperanza individual mezquina;
¿Mas quién hay que no palpe luego y vea
Que amenazado de fatal ruina
El público edificio tambalea?
A nadie vuestro príncipe acrimina:
Ha hecho el valor cuanto al valor es dado;
Todas sus fuerzas concentró el Estado.

LXVI.
»Qué ocurre ahora a mi indecisa mente
Atended; breve soy; aquesto creo:
Un territorio a par de la corriente
Tusca, de antiguo, cual sabeis, poseo,
Que hasta el confin sicano hacia occidente
Se dilata. A labranza y pastoreo
Dan Rútulos y Auruncos sus collados.
Parte bravíos, parte cultivados.

LXVII.
»Cedamos por la paz a los Troyanos
Esa áspera región, cuan larga yace,
Con los montes piníferos cercanos.
Iguales leyes de concorde enlace
Les daremos, y parte como a hermanos
En el reino. Pues tanto les aplace
Aqueste suelo, de temor seguros
En él se arraiguen y establezcan muros.

LXVIII.
»Mas si han de ir, y él destino lo tolera,
A otras playas, es bien que les labremos,
Veinte cascos de! itálica madera,
O más que alcancen a ocupar: tenemos
Sobrado material en la ribera.
Brazos daré, espolones, jircias, remos,
Y de las naves el equipo todo;
Fijen ellos el número y el modo.

LXIX.
»Además, a su campo cien varones
Vayan, eximios en la gente nuestra,
Que les lleven de paz proposiciones
-El sacro olivo en la inocente diestra
Y por mí sellen pactos. Ricos dones
De oro y marfil conducirán, en muestra
De mi amistad, y silla y trábea, emblema
De esta que ejerzo autoridad suprema,

LXX.
»¡Ea! el remedio decretad que implora
La afligida nación que en vos espera!»
Dránces entonces se alza, a quien devora
Por la gloria de Turno, torticera
Emulación y envidia roedora.
Fuerte en recursos y en palabras era,
No en armas: en consejos, de prudente
Fama gozaba, agitador potente:

LXXI.
Bi en que de padre incógnito, debía
Nobleza ilustre a la materna rama.
Alzóse entonces, pues, y así a porfia

Cargos amontonando iras inflama:
« ¡Benigno Reyl propones, a fe mía,
Cuestión que, a nadie oscura, no reclama
Mi voz. La causa del común fracaso
Todos la saben: mas la dicen paso.

LXXII.
»¡De libertad de hablar, y enfrene el vuelo
A su orgullo, el fatal ductor que hace
Con funestos auspicios -sí, dirélo,
Y siquiera de muerte me amenace!
Tanto prócer caer, y sume en duelo
A la ciudad, mientras con pie fugace
Del enemigo'campo se desvía
Y al asordado cielo desafía!

LXXIII.
»¡Ojalá que esa espléndida embajada,
¡Oh el mejor de los reyes! y esos dones
Muchos y grandes que enviar te agrada,
Con uno solo y principal corones!
No del justo dictámen te disuada
Rebelde encono de émulas pasiones:
Da tu hija en digna boda a agregio yerno,
Y afirma así esta paz con lazo eterno!
LXXIV.
»Vam os a él mismo a suplicarle, empero,
Si tanto miedo embarga a los Latinos,
Que ceda, y deje al Príncipe su fuero
Natural ejercer, y los destinos
Comtemple con piedad de un pueblo entero.
-Tú, sola causa a nuestros males, dínos,
¿Los tristes ciudadanos,de esa, suerte
Arrastrarás de nuevo a horrenda muerte?

LXXV.
»La guerra de salud no da esperanza.
Todos pedimos paz, dánosla luego
Con la prenda inviolable que la afianza!
Soy el primero que a pedirla llego,
Yo, a quien émulo finges; ni hay tardanza
En mí -vesme a tus plantas- para el ruego:
¡Ten piedad de los tuyos, pon la ira,
Y lejos derrotado, te retira!

LXXVI.
»¡Cuánta muerte hemos visto! ¡cuánto estrago!
¿Qué tala en vastos campos no hemos hecho?...
Mas si es que ejerce irresistible halago
La fama en ti, si escondes en el pecho
Tanto valor, y de tu afán en pago
Esperas como dote regio techo
Que no has de renunciar, entonces, ¡ea!
Afronta a tu enemigo en la pelea.

LXXVII.
»Para que el regio enlace Turno ufano
Goce, ¿sólo a nosotros por ventura,
Sin lágrimas ni honores, en el llano
Nos toca sucumbir, caterva oscura?
Tú también, tú también, si no es en vano
Fama heredera de marcial bravura,
Sál luego al campo, y con la frente erguida
Contempla al que a batalla te apellida!»

LXXVIII.
Turno, impaciente ya, lanzó un gemido,

Y voces tales de lo más profundo
Del pecho arranca, en cólera encendido:
«Tú el primero en llegar, tú el más facundo
En los consejos, Dránces, siempre has sido.
Brazos pida la patria, ardor fecundo
Jamás el labio vocinglero sellas.
¡Palabras! ¿y a qué el aula henchir con ellas?

LXXIX.
»Pomposas a volar las das'seguro
Mientras sangre los fosos aún no llena
Y aún para al agresor trabado muro.
Por tanto en tu oración, cual sueles, truena,
Trátame, oh Dránces, de guerrero oscuro,
Ya que tú de cadáveres la arena
Cubrir supiste, y por tu diestra veo
Alzado acá y allá tanto trofeo.

LXXX.
»Gala hacer de valor te es dado en guerra
Ni habrás por enemigos de afánarte
Yendo a buscarlos en remota tierra;
Cercándonos están por toda parte.
¡A ellos, pues, a ellos! ¡cierra, cierra!
¿Qué aguardas?... ¿O los ímpetus de Marte
Tú jamás de, otra suerte los conoces
Que en tu gárrula lengua y pies veloces!

LXXXI.
»¡ o derrotado! ¿Quién de derrotado
Me acusará, vil monstruo, cuando vea
Que el Tibre por mi diestra acrecentado
Con la troyana sangre rojo ondea;
Que Evandro con su casa y con su estocio

Sacudido de asiento bambolea,
Y que en fuga los árcades guerreros
Arrojan en el campo los aceros?

LXXXII.
»No, no tal me probaron en su día
Pándaro y Bícias, con su gran pujanza,
Y otros mil cuyas almas a porfía
Hundió mi diestra en la tartárea estanzo
Cuando ejército hostil me circuia!
¡La uerra de salud no da esperan a!
Al régulo dardanio, a tus parciales
Ve, agorero, a cantar presagios tales!

LXXXIII.
»¡Alienta en tu alarmante clamoreo
A gente no una vez vencida, y pisa
Las esperanzas de la nuestran. Veo
Que huyendo ya con azorada prisa
Los Mirmidones van, y el de Tideo
(¡Tanto alcanzas!) y Aquíles de Larisa,
Y vuelve su corriente espavorido
De las ondas adriáticas Anfido!

LXXXIV.
»Luego, que amenazante le intimidé
Simula, y es el miedo de la muerte
De que astuto se ostenta poseído,
Nueva ponzoña que en sus tiros vierte.
Jamás en mi diestra, fementido.
-Escucha en paz; no has, no, poe qué moverte-
Esa alma vil te arrancará del pecho
Donde su nido y su morada ha hecho!

LXXXV.
»A ti y a las consultas que propones,
Ahora, oh Padre, la atención convierto.
Si nada de tus fieles campeones
Aguardas ya, si la esperanza ha muerto,
Si nunca la Fortuna a dar sus dones
Volvió, cuando en la guerra el desconcierta
Pudo una vez señorear las almas,
Tendamos luego las inertes palmas,

LXXXVI.
»E imploremos la paz; -aunque ¡ah! si hubiera
Algun resto en nosotros todavía
De la virtud antigua!... ¡yo dijera
Entre todos egregio en bizarría,
Y en la coronación de su carrera
Feliz, al que dejó la luz del día
De una vez, por no ver tamaña afrenta,
Mordiendo el polvo de la lid sangrienta!

LXXVII.
»Mas si hay recursos, si hay a lid dispuesta
Intacta juventud; si pueblo tanto,
Tanta ciudad itálica nos presta
Oportuno favor; si sangre y llanto
A los Trovanos su victoria cuesta,
Y asolación igual, igual espanto
Allá domina, ¿ante el umbral primero
Rendiremos cobardes el acero?

LXXXVIII.
» ¡Temblar de miembros, cuando a u n no ha sonado,
La retadora trompa! En su porfía
Vuelve las cosas a mejor estado

El tiempo, huyendo un día y otro día.
¿Fortuna qué de veces no ha sentado
En firme basa al que burlara impía)
Ni a extremo caso hemos llegado; sólo
El auxilio nos falta del Etolo:

LXXXIX.
»Nobles jefes diputan los vecinos:
Ved al fausto Tolumnio en los primeros,
Ved a Mesapo. Triunfos no mezquinos
Ganará, sí, la flor de los guerreros
Del Lacio y de los campos laurentinos!
Acaudilla también sus caballeros,
Honor, Camila, de la volsca gente,
Acorazados de metal luciente.

XC.
»Mas ya que a lid me citan decisiva
Los Teucros, si esto agrada, y tanto impido
La pública salud, no así huye esquiva
La victoria de mí, que tal partido
No abrace ante tan grata perspectiva.
Sí; con Enéas sin temor me mido:
Cual otro Aquíles venga si le place,
Y armas como hechas por Vulcano, embrace!

XCI.
»Ya lo he jurado, y con placer me inmolo
(Que a mis mayores en virtud no cedo)
A vos y al Rey mi suegro. *A urno solo*
Empla a Enéas Pues admito ledo
El singular combate. ¿Permitiólo
El Cielo por castigo? No haya miedo
Que Dránces lo padezca; -¿en nuestra gloria?

Coger no espere el lauro de victoria! »

XCII.
De esta suerte en recíproca porfía
Altercan sobre el arduo tema, cuando
Ved que Enéas su ejército movía.
Corre el palacio, y va terror sembrando
Por la ciudad con alta vocería
Un mensajero: Que el troyano bando
Ha dejado la márgen tiberina;
Que la tirrena hueste al par camina;

XCIII.
Que vienen en ecncorde movimiento
Cubriendo las campiñas dilatadas.
Los ánimos se turban al momento:
Renuevan, con imperio estimuladas,
Las populares iras su ardimiento;
Frenéticos bramando, a las espadas
Los jovenes se arrojan; los ancianos
Quejas murmuran entre lloros vanos.
XCIV.
La grita de la gente hiere al cielo
Creciendo acá y allá varía y confusa,
Como en los bosques al posar el vuelo
Clamar el coro de las aves usa
Entre el hojoso y apiñado velo;
0 como en el pecífero Padusa
Miles de cisnes que le habitan, suenan
En roncas voces, y el canal atruenan.

XCV.
De la ocasión asiendo que los hados
Le dan, «;Bien, ciudadanos!» Turno grita:

«Consejo celebrad, y haced sentados
Las alabanzas deja paz bendita,
Mientras sobre nosotros descuidados
El taimado invasor se precipita!»
Puertas afucia de la regia estanza,
Sin esperar a más, raudo se lanza.

XCVI.
«Haz que el volsco escuadrón se ordene ufano
De sus señas en pos, Voluso, y gula
Tú a los Rútulos,» dice;-«y en el llano
Desplegad la veloz caballería,
Oh Mesapo, y tú, Córas, con tu hermano.
Avenidas y torres a porfía
Defiendan otros; y conmigo ande
Armado el resto a do mi voz lo mande.»

XC.
Correr se ve la población entera
A la muralla. Al mismo Rey ancian,
Obliga el triste lance a que ciñera
Aquel consejo, comenzado en vano,
Y sus grandes debates. Que no hubiera
Llamado en tiempo al adalid troyano
Al reino, y reditándole por yerno,
Mucho se culpa con lenguaje iriterno.

XCVIII.
Quiénes ante las puertas cavan fosas,
Quiénes mueven estacas, y acarrean
Piedras a empuje. A lides sanguinosos
Instrumentos horrísonos vocean.
Y ya, en vario cordon, madres y esposas,
Y niños de tropel, largo rodean

El muro. A todos en aqueste día
Lláma el último trance y agonía.

CXIX.
Hacia el templo de Pálas, entretanto,
Que entre sacros alcázares descuella,
Se encamina la Reina: haciendo llanto
Numerosas matronas van con ella
Sus dones a ofrecer al Númen santo:
Marcha a su lado la real doncella,
Que inocente causó tantos enojos,
Y no levanta los hermosos ojos.

C.
Inciensan, en subiendo a los umbrales,
El templo, y el dolor que el pecho encierra
Exhalan, de allí mismo en voces tales:
«¡Arbitra omnipotente de la guerra!
¡Mira, oh vírgen Tritonia, a nuestro males!
Al Frigio salteador derriba en tierra,
Quiebra en su mano tu la arma homicida,
Y ante esas puertas él la arena mida!»

CI.
Turno airado a su vez se arma a batalla:
Con escamas de bronce a maravilla
Cubierta, viste la rutulia malla;
De áureas grevas ornó la pantorrilla
(La sien aún no ha cuidado resguardalla);
Ciñóse espada, y todo es oro, y brilla
Bajando airoso del alcázar alto
A anticiparse al enemigo asalto;

CII.

Cual, rotos los ronzales, sin que nada
Se oponga en campo abierto a su albedrío,
Vuela el corcel al pasto y la yeguada
Huyendo del pesebre; o hacia el río
En que los miembros re frescarle agrada,
Erguida la cerviz, con ágil brío,
Bufando va, y en ondas sobre el cuello
Le juega, y por los brazos, el cabello.

CIII.
Acompañada de la volsca gente
Camila al paladino se atraviesa
Al paso, y ya en las puertas, reverenta
A tierra salta la gentil princesa:
Dóciles a su ejemplo, incontinente
Se apean los demas con fácil priesa;
Y a hablar ella principia de esta suertc:
«Turno, si un pecho que se siente fuerte.
CIV.
»Si un ánimo resuelto confianza
Poner puede en sus fuerzas, yo de lleng
Contrastar del Troyano la pujanza
Prometo, y sola arrostraré al Tirreno.
Deja que vaya a ejecutar venganza
Mi diestra, y de peligros fausto estreno
Haga esta vez en el combate duro;
Y tú con los de a pie guarnece el muro»

CV.
«¡Ornamento de Italia! ¡denodada
Virgen!» Turno a su vez exclama puesta
En la fiera doncella la mirada:
«¿Qué gracias dignas, qu¿ cortés respuesta

Podré dar, a tu mérito adecuada?
Mas ya que a todo riesgo estás dispuesta,
Obremos de consuno. Enéas -sélo
Por espías, y es voz que toma vuelo-

CVI.
»Ese Enéas malvado, en la llanura
Gente a caballo, armada a la ligera,
Mandó a escaramuzar; mas él la altura
Solitaria del monte en tanto espera
Vencer, y a la ciudad llegar procura.
Yo en los senos del bosque una certera
Emboscada pondréle, con soldados
El sendero asedíando a entrambos lados,

CVII.
»Tú al Tirreno, reuniendo tus pendones
-Ve, y el fuerte Mesapo allá te siga,
Te sigan los latinos escuadrones
Y las bandas del Tibur: la fatiga
Partiremos del mando.» Con razones
Tales como éstas a Mesapo instiga
También, y a sus aliados capitanes;
Y marcha él mismo a coronar sus planes.

CVIII.
Hay del bosque en las vueltas, y al que tienda
Celada allí, promete buen suceso,
Un valle a quien con sombra apremia horrenda
De un lado y otro matorral espeso:
Conduce al valle una delgada senda,
Angosta boca y peligroso acceso,
Y le domina incógnita y secreta
En la cima del monte una meseta.

CIX.
De alcázar sirve aquesta y de guarida
Para bélico asalto, o darlo quieras
A derecha y a izquierda una salida
Inopinada1aciendo, o ya prefieras
Rodar guijarros de la cumbre erguida.
Turno a aquellas regiónes traicioneras
Por caminos que él sabe, vuela, y presto
Metiéndose en la selva toma puesto.

CX.
En tanto con la faz bañada en lloro,
Allá en la altura la hija de Latona
A Opis veloce, ninfa de su coro,
Interesa en su afán, y así razona:
«¡Doncella! de mis armas el tesoro
Ciñe en vano Camila, y se abandona
A una guerra cruel Camila, aquella
Que amo ante todas en mi corte bella!

CXI.
»Ni afecto es nuevo el que Diana abriga
Y así a dulzura singular la mueve.
A su hija tierna de Priverno antiga
Sacó, huyendo el furor de airada plebe.
El tirano Metabo: amor le obliga
A que por medio del tropel la lleve
Consigo; y alterando de Casmila,
Su madre, el nombre, la llamó Camila.

CXII.
»El destronado Rey por compañera
En su destierro la llevó consigo:

Conduciéndola en brazos va doquiera;
Con ella de agrios montes sin abrigo
Las yertas cimas prófugo supera.
Le estrecha en torno armado el enemigo:
Recorriendo los Volseos la campaña
Por víctima le buscan de su saña.

CXIII.
»He aquí que en medio de su fuga un dio
A la margen llegó del Amaseno:
El agua rebosaba; tanta había
Caído en recia lluvia. El turbio seno
Quiso a nado pasar; mas, ¡ay! temía
Por su carga preciosa: de afán lleno
Todo a un tiempo lo piensa, y de repente
Osado arbitrio avasalló su mente.

CXIV.
»Iba empuñando, a la guerrera usanza,
Con nudos, y de sólida firmeza
Que el humo examinó, disforme lanza:
De silvestre alcornoque en la corteza
Metió a la niña, al medio la afianza
Del asta, y para el vuelo la adereza:
Blande en mano robusta el arma al viento,
Y esta plegaria eleva al firmamento:

CXV.
«¡Oh de los bosques, tú, frecuentadora,
Alma virgen Latonia! esta hija mía
»Consagro a tu servicio desde ahora:
»Ella a dudosas auras hoy se fía
»Perseguida y volando huye y te implora:
»Tuya es, lleva tus armas; tú la guía,

»Sálvala tú!» Y aquí con gran pujanza
Doblando el brazo despidió la lanza.

CXVI.
»Suenan las ondas, y la pobre infante
Pasa sobre la rápida corriente
No en vano asida al asta rechinante.
Metabo, que ya encima el tropel siente,
Arrójase a las aguas, y triunfante,
A un césped que vistió grama riente
(¡Gran merced de la Diosa, alta fortuna!)
Arranca el dardo con la intacta cuna.

CXVII.
»Vaga, y ni aldea ni ciudad le asila;
Ni sufriera favor su índole brava:
Al modo rudo que el pastor estila,
Solitario en los montes habitaba;
Y con feral sustento a su Camila
En madrigueras hórridas criaba:
Allí en sus tiernos labios, de bravia
Yegua las ubres exprimir solía.

CXVIII.
»Y aún los pasos primeros no ha pisado
Con vacilante pie la tierna niña,
Sin que a sus palmas él dardo aguzado
De, y al hombro carcaj y arco le ciña;
No, sin que en vez del manto y del tocado
De oro que el lujo cortesano aliña,
Desde la coronilla le suspenda
Sobre la espalda, piel de tigre horrenda.

CXIX.
»¡Y qué era ver la bella cazadora
Venablos inipeler con breve mano,
O en torno de las sienes zumbadora
El honda sacudir, y al cisne cano
O ya la grulla derribar que mora
Orillas de Estrimon! En vano, en vano
Cien tirrenas matronas para nuera
Quisieron detenerla en su carrera.

CXX.
»Contenta con el culto de Mana,
Ni de las armas la atención desvía,
Ni la virginidad jamás profana

A cuyo eterno amor su gloria fía.
Oh! ¡quién me diera que en contienda insana
No hubiese ella de entrar en este día
Con los Troyanos, y, a mi pecho cara,
Con vosotras aquí me acompañara!

CXXI.
Mas pues su acerba suerte se acelera,
¡Ea! cruzando la región vacía
Tú al latino país baja ligera,
Ve al campo donde lid se enciende impía
Bajo auspicios infaustos, y quienquiera
Sea el que ofenda de la ninfa mía
Las carnes sacras, ítalo o Troyano,
Pague el hecho a mis armas y a tu mano.

CXXII.
»Recíbelas al punto, y de esta aljaba
Saca la flecha vengadora. A vuelo
Yo el cuerpo de la triste en nube cava,
Antes que le despojen, volverélo
A la tierra que de hija tal se alaba,
Y tumba le daré.» Dijo; y del cielo
Opis se lanza en negro torbellino
Y estruendosa en el aire abre camino.

CXXIII.
He aquí a los muros el unido bando
De etruscos y troyanos caballeros
En ordenadas haces va marchando:
Huellan el campo indómitos y fieros
Sacudiendo las bridas y bufando
Los sofrenados brutos. ¡Cuál de aceros
Erizados los llanos se estremecen,

Y en puntas mil y mil arder parecen!

CXXIV.
Mesapo, en esto, enfrente a los Troyanos
Asoma con los rápidos, Latinos,
Y el ala de Camila, y los hermanos
Que mandan la legión de Tiburtinos:
Van apretando en recoaidas manos
Largas lanzas, Y blanden dardos finos:
Acércanse, el furor que espiran crece,
Y el bramar de los potros se enardece.

CXXV.
Cuando uno y otro ejército venido
Hubo a tiro de dardo, ambos se paran
De ambas partes en súbito alarido
Prorumpen, y al encuentro se preparan:
Cada uno a su corcel de ardor henchido
Anima con la voz; todos disparan
Arrojadizas armas a porfía
Cual densa nieve, y se oscurece el día

CXXVI.
Ante todos, Tirreno y el ardido
Acónteo uno para otro van derecho,
Lanza en ristre, y en hórrido estampida
Estréllanse los dos. Pecho con pecho
Este y aquel caballo en choque herido
Se despedazan. Rueda a largo trecho
Acónteo, de violenta sacudida,
Y exhala al viento la infelice vida.
CXXVII.
Tal piedra que arrojó mural tormento
Cae, así el rayo que estallando asuela.

Turbáronse las haces al momento:
Echá cada Latino su rodela
A la espalda, y, cambiando el movimiento.
El bando urbano hacia sus muros vuela:
Como caudillo principal, Asílas
En pos impele las troyanas filas.

CXXVIII.
Y ya llegaban a las puertas, cuando
Véis que a la carga los Latinos gritan,
De los brutos volviendo el cuello blando:
A su turno los otros ejercitan
I.a fuga, y vuelan rienda suelta dando.
Dos veces los Toscanos precipitan
Contra el muro a los rútulos guerreros,
Dos, cubriendo la espalda, huyen ligeros.

CXXIX.
Lo mismo en el vaiven de la marea
El ponto, ora se avanza a la campaña,
Altos escollos espumoso albea,
Apartadas arenas crespo baña;
Ora retrocediendo rauda ondea,
Y riscos, que rodó su hirviente saña
Torna a sorber bajando, y se repliega,
Y las húmedas playas desanega.

CXXX.
Mas así que principian el tercero
Encuentro, cada cual toma adversario,
Y entra en calcada pugna el campo entero:
Entonces fue el gemir, confuso y vario,
Los que mueren; y arnes y caballero

Nadar entre el estrago sanguinario
Confundidos; y a par de los varones
Semiánimes sucumben los bridones.

CXXXI.
Arrecia el batallar duro y ardiente.
Orsíloco del miedo se aconseja
De combatir con Rémulo de frente,
Y tirando al trotón, bajo la oreja
Híncale un dardo. Empínase impaciente
Con el acerbo hierro que le aqueja,
Y de uno y otro brazo el aire azota
Furioso el animal, y al dueño bota.

CXXXII.
Mata a Yólas Catilo; a Herminio mata,
Alma grande armas graves, cuerpo ingente;
Desnudos cuello y hombros, se desata
Undoso encima el oro de su frente:
Golpes su cuerpo de esquivar no trata:
¡Tanto a la ofensa espacio da patente!
Temblando en su ancha espalda el asta hundida
Doblóle, de dolor, la larga herida.

CXXXIII.
Sangre acá y acullá negra se vierte,
Nada el acero talador perdona,
Y todos entre golpes van la muerte
Buscando, que gloriosa los corona.
En medio a tanto horror, activa y fuerte
Ufánase Camila, de Amazona,
La de aliaba gentil, la que desnudo
Presenta un pecho en el combate rudo.

CXXXIV.
Y ya esparza la virgen animosa
Tantos astiles con que el aire llena,
Ya el hacha de dos filos poderosa
Esgrima, siempre a su hombro el arco suena,
El arco de oro y armas de la Diosa.
Ella, aún huyendo en la tendida arena,
Vuelto el arco descárgale a deshora,
Hiriendo atras con flecha, voladora.

CXXXV.
Dan a la semidiosa compañía
Flor de Italia y su corte, la doncella
Larina, y Tula, y la que en liza impía
La ferrada segur, hiriendo, amella,
Tarpeya audaz; a quienes ella habia
Para formar su comitiva bella
Elegido por damas auxiliares,
Fuese en paz, fuese en bélicos azares.

CXXXVI.
Tal se ostenta, ya bata el Termodonte
Helado, ya el peligro en la pelea
Con armas vistosísimas afronte,
La tracia hueste de Amazonas; sea
Que a Hipólita circunden, o que monte
En su carro triunfal Pentesilea;
La tropa femenil saltando agita
Lunadas peltas, y en tumulto grita.
CXXXVII.
¿A quién, oh virgen de marcial talante,
Primero acometiste, a quién postrero?
¿Cuántos tu diestra derribó triunfante?-
Fue Euneo, hijo de Clícío, a quien, primero,

Largo abeto en el pecho por delante
Ella hundió. Cae el mísero guerrero,
Muerde el polvo, y muriendo, en sangre propia
Revuélcase, vertida en larga copia.

CXXXVIII.
Luego a Líris embiste y a Pagaso
Aquél, mientras la brida asir pretender
Con su troton cayendo; estotro, al paso
Que acude, y al caido amigo tiende
La inerme diestra, en súbito fracaso
Ruedan: sobre ambos a la par desciende
Golpe rnortal. Camila con su lanza
A Amastro, hijo de Hipota, en pos alcanza.

CXXXIX.
Tendiendo todo el cuerpo, amaga, estrecha
A Harpálico enseguida y a Terco,
Y a Cromo y Demofonte. Cuanta flecha
Ella envía, obediente a su deseo
Mata un Frigio, ya a izquierda, ya a derecha.
Allá lejos en tanto a Órnito veo
En su caballo yápigo de caza
Moverse, armado en desusada traza.

CXL.
Cubre sus anchos hombros recio cuero
De novillo: encajadas las ingentes
Fauces de un lobo, nuevo aspecto y fiero,
Con las quijadas y albicantes dientes,
Dan a su rostro. Un esparón grosero
Menea. Entre los otros combatientes
Revuélvese, y a todos su cabeza

Sobra, abultada de animal fiereza.

CXLI.
Cogió ella al cazador, ni afán le cuesta
En hueste desbandada. «¡Y qué, Tirreno!
¿Piensas,» dice, «que aquí cazar te es fiesta
Monstruos, cual de las selvas en el seno?
Tiempo es que de armas de mujer respuesta
Lleven tus voces. Ni de gloria ajeno
Vas a la sombra de tu padre: dila
Que a manos sucumbiste de Camila.

CXLII.
Habló así, mal contenta su venganza
Con traspasarle el pecho. Y luego humilla,
Troyanos ambos de feroz pujanza,
A Orsíloco y a Bútes. Donde brilla
La tez del cuello, que a cubrir no alcanza
Pendiente a izquierda del broquel la orilla,
Entre el yelmo y loriga del jinete,
Allí a Bute, en su fuga, el hierro mete.

CXLIII.
Busca ambicioso en circular corrida
Orsíloco, a su vez, a la guerrera:
Sigue ella al mismo de quien es seguida,
En órbita menor huyendo artera;
Y descarga sobre él, volviendo erguida,
Hacha tremenda: ruegos él reitera;
Golpes ella, y las armas parte y huesos;
Cubren la hendida faz calientes sesos.

CXLIV.
A parar cerca de ella entonces vino,

Y espantado suspéndese, el guerrero
Hijo de Auno, habitante de Apenino,
Que entre Ligures ya no fue el postrero
Mientras sus fraudes protegió el destino.
Ve que huir no le es dado el trance fiero,
Y ve también que de apartar no hay traza
A la Reina cruel que le amenaza.

CXLV.
Arbitrios a idear comienza astuto,
Y dice: «Quien te aplaude, ¡oh cuánto yerra!
No tú, mujer, mas tu arrogante bruto
Autor es de tu gloria. Ven; mas cierra
El camino a la fuga: a pie disputo
Con las armas el campo: ambos a tierra
Saltemos, y veamos, frente a frente,
Si esa gárrula fama triunfa o miente!»

CXLVI.
Sintió del pundonor punzada aguda
Camila; da el caballo a una escudera,
E igualando las armas, con desnuda
Espada, y parma sin divisa, espera.
El mancebo del exito no duda
De su artificio, y huye: de ligera
Riendas ha vuelto, y con la espuela dura
Al veloz alazan volando apura.

CXLVII.
«¡Falso figur! en vano el triunfo cantas,
De las perfidias que aprendiste! en vano
Soberbio esperas que artimañas tantas
A tu padre falaz te vuelvan sano!»
Dijo la virgen; con aladas,plantas

Pasa, cual rayo, al fugitivo, y mano,
Delante del caballo que volaba,
Al freno pone, y del jinete traba.

CXLVIII.
Y allí en la sangre de él venganza, toma,
Con la facilidad con que en el cielo,
Desde alto pico abalanzado, asoma,
Ave sagrada, el gavilán, y a vuelo
Alcance da a la timida paloma
Sobre las nubes: cae la sangre al suelo,
Mientras él las rapantes uñas ceba,
Y las plumas que, arranca, el viento lleva.

CXLIX.
No con ojos en tanto indiferentes,
Sentado en alto en el Olimpo, mira
Trabados en la lid los combatientes
El Padre universal; ya nueva ira
Mueve a Tarcon, que en ímpetus furentes
Arde, a caballo entre el estrago gira,
Y viéndolas cejar, habla a sus bandas
En voces ora fieras y ora blandas.

CL.
Por suj nombres ya a aquél, ya a éste apellida,
Y el desigual combate restablece.
«¡Tirrenos sin pudor! ¿qué os intimida?
¿Nunca será que a demostrarse empiece
Nuestro viejo furor? Que de vencida
Os lleve una mujer ¿no os enrojece?
Sí para huir vinistéis, compafieros,
¿A qué empuñar inútiles aceros?

CLI.
»No así de Venus combatir os cuesta
En la nocturna lid. ¡Cuán de otro modo,
Saltáis de Baco en la ruidosa fiesta
Al son de corva flauta! ¡Id -si ese es todo
Vuestro placer, si vuestra gloria es ésta
Rondad las mesas del festin beodo,
Mientras bien el augur os pronostica,
Y os llama al alto bosque la hostia rica! »

CLII.
Dijo así, y a morir con gloria atento,
Pica el caballo, en el tropel se lanza,
Y a Venulo arremete turbulento:
Con poderosa diestra le afianza,
Y, arrancando al jinete de su asiento,
Abrázale ante sí con gran pujanza.
Vuela. Gritos de asombro el aire híenden,
Y allá, todos allá la vista tienden.

CLIII.
Vuela, armado llevándose un guerrero,
Flamígero Tarcon por la llanura;
Y tróncale la lanza, y va ligero
Resquicios requiriendo a la armadura
Por do llegue de muerte al prisionero.
Mas éste rebelándose procura
Apartar de su cuello la amenaza,
Fuerza opone y la fuerza hostil rechaza.

CLIV.
Como al dragón que se arrastraba en tierra
Fiera arrebata un águila rojiza,
Y vuela en alto, y con los pies le aferra,

Y las sangrientas garras encarniza;
Llagado el monstruo se retuerce, y cierra
Las nudíferas roscas, y se eriza
Con rígidas escamas, y su boca
Silba, y erguido a su opresor provoca;

CLV.
El ave en tanto de afligir no cesa
Con corvo pico a la hidra reluchante,
Y el aire con las alas bate ilesa:
Arrancando con ímpetu triunfante
Del tiburtino campo, así su presa
El tirreno Tarcon lleva delante.
Movidos de su ejemplo y suerte buena
Tornan los Lidios a la ardiente arena.

CLVI.
Arrunte, a quien por suyo el hado sella,
Ganándola de mano, hábil espía
Con dardo a punto a la veloz doncella,
Y busca al golpe fiero fácil vía.
Si furiosa enemigos atropella
En medio de la bélica porfía,
Él vuelve allá solícitas miradas
Y le sigue callando las pisadas;
CLVII.
Y si es que ella a su campo victoriosa,
Torna el paso, tras recias embestidas,
El entonces allá con insidiosa
Mano convierte las ligeras bridas.
En su mañera ronda no reposa,
Las entradas tentando y las salidas
En largo giro, y con secreto gozo
Blande el asta certera el cauto mozo.

CLVIII.
En tal sazón en medio a los tropeles
Con frigias armas luce rico y fiero
Cloreo, consagrado ya a Cibeles,
En bridon espumoso caballero:
En oro entretejidas cubren pieles,
Emplumadas de láminas de acero,
Su caballo; y él mismo se engalana
Con los esmaltes de extranjera grana.

CLIX.
Cretenses flechas lanza cuando tiende
El arco licio: al hombro el arco de oro
Tiémblale al vate, y de oro el casco esplende;
Su clámide amarilla, y el sonoro
Undívago ropaje anuda y prende
En áurea joya; bárbaro tesoro
Muslo y pierna guarnece, y de la aguja
La arte sutil su túnica dibuja.

CLX.
Tras éste corre, pues, la virgen, ora
Colgar quiera sus armas por trofeo
Al templo, o ya vestir, de cazadora,
Cautivo el oro del vistoso arreo.
Mujeril impaciencia la devora,
Y en manos, infeliz! de su deseo,
En la confusa lid con alma y ojos
Tras esa presa va y esos despojos.

CLXI.
Arrunte, la ocasión llegada al dolo,

El dardo aparejado, oró ferviente:
«¡Oh tú, a quien los Hirpinos como a solo
Dios del Soracte protector, la frente
Humildes inclinamos, almo Apolo!
Tú en cuyo honor cien pinos luz viviente
En piras dan; y a cuya sombra santa
Ascuas hollamos con syura planta!

CLXII.
»¡Númen de alto poder! préstame oído:
Matar a esa, mujer, que es nuestra afrenta,
Concede a nuestras armas. Nada pido
Del triunfo para mi: ni tengo cuenta
Con los despojos¡ ni del prez me cuido;
Mi nombre de otros hechos se alimenta.
¡Ella caiga, ella muera, más no anhelo;
Y vuelva, yo, inglorioso al patrio suelob

CLXIII.
Parte oyó, y a la alada ventolina
Parte de la plegaria Febo entrega:
Que con muerte el mancebo repentina
Postre a la virgen arrojada y ciega,
A eso la oreja y voluntad inclina:
Que d su alta patria torne, eso le niega
Al suplicante, y este dulce voto
La borrasca le alzó, robóle el Noto.

CLXIV.
Silba el dardo en el viento. En ese instanto
Todos los Volscos con espanto mudo
Fijan de su señora en el semblante
Ojos y mente. Ella saber no pudo
De viento, silbo, ni asta amenazante,

¡Ay! hasta que llegó bajo el desnudo
Izquierdo pecho a hincarse el hierro aleve,
Y la virgínea sangre entrando bebe.

CLXV.
A recibir acuden a porfía
A la Reina temblando sus doncellas.
Con mezcla de terror y de alegría
Se hurta, ante todos, a la vista de ellas
Arrunte desalado: ya no ansía
Astuto perseguir ajenas huellas;
Sin que de más que de escapar se acuerdo,
En medio del tum ulto huye y se pierde

CXLVI.
Así aquel lobo que en el campo deja
A un gran novillo, o al pastor, sin vida,
Cobarde al punto del lugar se aleja,
El alcance temiendo, en presta huída;
La conciencia del hecho audaz le aqueja;
Medrosa bajo el vientre recogida
Vuelve la cola, y sin mirar por dónde
Enmaranada selva entra y se esconde.
CLXVII.
Entre tanto la virgen moribunda
Arranca con la diestra el dardo hundido;
¡En vano! entre los huesos con profunda
Llaga se ceba el hierro encrudecido.
Sombra de muerte su mirada inunda,
Fáltale ya la sangre y el sentido,
Y la color que tuvo purpurina
Desaparece de su faz divina.

CLXVIII.
Ser llegada sintió su hora postrera,
Y d Acca se vuelve, de su corte dama,
En leales afectos la primera,
En cuya fe su corazón derrama.
«¡Acca!» dice, «imi dulce compañera!
Ya se acabó de mí vivir la llama,
A esta llaga no esperes que resista;
¡Toda es en torno oscuridad mi vista!

CLXIX.
»Ve, y dí a Turno mi anhelo postrimero:
Que ocupe mi lugar, y a los Troyanos
De la ciudad repela.-¡Adiós! ¡yo muero!»
Calla, y huyen las riendas de sus manos;
Fría ya, desmayado el cuerpo entero,
Sucumbe renunciando a esfuerzos vanos,
Y el blando cuello y la sagrada frente
Reposa alfin la virgen falleciente.

CLXX.
Al reino de las sombras con gemido
Huyó el, alma indignada. En tal momento
Se alza del campo unísono alarido
Las estrellas a herir del firmamento.
Al caer la heroína, más reñido
Empéñase el combate. Ciento a ciento
Embisten a una vez con altas voces
Teucros, Tirrenos, Arcades veloces.

CLXXI.
De la Diosa trinistra. vigilarilo,
Impávida testigo de la liza
Sentada en alto monte allá distante

ópis mirando está la horrenda riza.
Mas viendo en el tropel vociferante
La sentenciada Ninfa que agoniza,
Su conmovido pecho no consiente
Moderación, y clarna en voz doliente:

CLXXII.
«¡Pobrecita de ti! porque contraste
Hacer quisiste a la nación troyana,
¡Oh, en qué modo cruel tu error pagaste!
¡Cuán cara te costó la guerra insana!
¡En vano desde niña fiel honraste
En solitarias grutas a Díana!
¡En vano por las selvas dando asombro
Nuestro arco y flechas suspendiste al hombro!

CLXXII.
»Consuélate; no a muerte desastrosa
A ti tu Reina abandonar pudiera;
De gente en gente sonarás famosa,
Y la mancha de inulta no te espera:
Gloria y venganza te dará la Diosa,
Gloria y pronta venganza; ¡oh, sí! quienquiera
Que haya sido el autor de tu desgracia,
Yo vengo al campo a castigarsu audacia!»

CLXXIV.
La tumba de Derceno, de Laurento
Antiguo rey del monte al pie se empina
En que Ópis vigilaba, monumento
De amontonada tierra, que una encina
Con sombra amiga cubre. En un momento
Su vuelo gentilísimo declina
Agil la Diosa allá, y en lo alto puesta

A Arrunte busca con mirada presta.

CLXXV.
Con su marcial espléndido atavío
Marchar le ha visto, en vanagloria hinchado;
Y «¿A dónde, a dónde vas con tal desvío?
Revuelve,» dice; « ¡aquí te llama el hado!
Matador de Camila, yo te fío
Que llevarás el galardón ganado;
A ti, también a ti se ha dado en suerte
De armas divinas recibir la muerte!»

CLXXVI
Y habiendo del carcaj, que de oro es hecho,
Sacado una saeta alada, apunta
No sin ira la Ninfa, a largo trecho
Tendiendo el arco, hasta que comba y junta
Entre sí los extremos ante el pecho,
Y, ambas manos en línea igual, la punta
Tocando está del hierro con la izquierda,
Y el seno con la diestra y con la cuerda.

CLXXVII.
El disparado arpon que rasga viento
Sintió Arrunte, y a par del establo,
En sus carnes el hierro entrar violento.
No alcanzó de los suyos sino olvido,
Que en medio de revuelto campamento
Lanzar le dejan el postrer gemido
Sobre el polvo ignorado. Alzando el vuelo
Ópis veloz restituyóse al cielo.

CLXXVIII.
De Camila la banda a triste huida

Se entrega: ya los Rútulos turbados,
Ya Atina, el valeroso, ha vuelto brida.
Sin jefes, sin enseñas los soldados
Al muro corren a buscar guarida,
A escape por los Teucros acosados,
De muerte perseguidos. No hay quien mueva
Armas en contra ni a esperar se atreva.

CLXXIX.
Aliento, sólo para echar, les queda,
Al hombro el arco laxo: el suelo duro
Baten los cascos voladores: rueda
Del campo a la ciudad turbión oscuro.
Las matronas la infausta polvareda
Ven, rompiéndose el pecho, desde el muro,
Agudo sube el femenil lamento
Las estrellas a herir del firmamento.

CLXXX.
Aquellos mismos que patente entrada
Hallan, yendo adelante, no por eso
Evitan de la turba encarnizada
Que envuelta en el tropel los sigue, el peso.
Tal hubo a quien alcance dio la espada
Ya en el umbral, a donde llegaba ileso,
Y en la patria ciudad, recién llagado,
Va a morir de su hogar en el sagrado.

CXXXI.
Mas de la plaza al ver los guardadores
Que amigos y enemigos junto llegan,
Puertas danse a cerrar, y a los clamores
No osan ceder de los que ansiosos ruegan.
Nacieron del terror ciegos furores:

Estos, armas en mano, el paso niegan;
Con las suyas abrirlo aquéllos quieren,
Y en choque horrendo asaz matan y mueren.

CLXXXII.
Los exclusos, que en vano buscan senda
(Espectáculo fiero a los llorosos
Padres), o urgidos de presión tremenda
Caen despeñados en los hondos fosos,
0 contra la muralla a toda rienda
Arrójanse a estrellarse impetuosos,
Y los ferrados postes acomete
La ciega masa con furor de ariete.

CLXXXIII.
Desde el muro matronas y doncellas
Negras púas y recios leños tiran,
Si aceros faltan, y a seguir las huellas
De la Amazona intrépidas aspiran.
Puro amor de la Patria tanto en ellas
Hace, que sólo a defenderla miran
Tendiendo el cuerpo, y cada cual espero
Morir en el empeño la primera.

CLXXXIV.

En este medio allá en los escondidos
Senos del bosque a Turno desconcierta
Nueva cruel que lleva a sus oídos
Acca en gran turbación: -Camila, muerta:
Los Volscos, destrozados, destruidos:
Del enemigo la victoria, cierta;
Suyo el abandonado campamento:
El terror a las puertas de Laurento.

CLXXXV.
El mancebo al instante ardiendo en ira
(No sin que a ello en su daño le persuada
La voluntad de Jove) se retira
Del agrio bosque y pérfida celada.
A tiempo que él de nuevo a sus pies mira
Dilatarse los llanos, la evacuada
Montaña Enéas penetró, la altura
Supera, y sale de la selva oscura.

CLXXXVI.
Raudo uno y otro a la ciudad camina;
No muchos pasos entre sí distantes
Y en orden van. La hueste laurentina
Y de polvo los campos humeantes
Delante Enéas ve: que él se avecina
Turno advierte a su vez; de los infantes
Ha sentido el concorde movimiento
Y de los potros el fogoso aliento.

CLXXXVII.
Y al combate principio allí se diera,
Si, a par que el hemisferio desampara,
No ya el rosado Febo en la onda ibera
Sus cansados cabellos recreara.
Abriendo de la noche la carrera
Fallece el día, y sin su lumbre clara
Deja a entrambos ejércitos, los cuales
Cercando el muro asientan sus reales.

LIBRO DUODÉCIMO.

I.
Turno, como a las haces de Laurento
Bajo impropicio Marte debeladas
Perder contemple el primitivo aliento,
Y que en torno solícitas miradas
De su palabra audaz al cumplimiento
Le empeñan, mudamente en él clavadas.
Implacable de suyo se enardece
Y con sus iras su arrogancia crece.

II.
Corno león que en la africana arena,
Si le han herido cazadores, arde
En rabia, que su roto pecho llena
Por grados; y ya, en fin, con fiero alarde
Armas mueve; sacude la melena
Sobre el fornido cuello, y el cobarde
Dardo rompiendo que llevó prendido,
Da con labio sangriento un gran rugido:

III.
No de otra suerte el fuego de venganza
En el alma de Turno se acrecienta.
Va luego a hablar al Rey, sin que templanza

Sufra en el tono su pasión violenta:
«¡Señor!» dícele, «en Turno no hay tardanza,
Ni hay por qué de lo dicho se arrepienta
El vil Dardanio o lo pactado altere;
Soy con él en batalla, si esto quiere.

IV.
»Tú en la forma ritual el desafío
Propón con esta ley, augusto anciano:
O ha de lanzar al Tártaro sombrío
A ese prófugo de Asia aquesta mano,
Y sentado contemple el campo mío,
Que por la honra común mi ardor no es vano;
O él a todos en mí vencidos vea,
Suya Lavinia con el triunfo sea.»

V.
Latino respondió palabras tales
Con grave y reposado continente:
  Lo mismo que entre todos sobresales,
Mancebo audaz de corazón valiente,
Por tus feroces ímpetus marciales,
Más que todos me cumple ser prudente
Y es bien que todo yo lo pese y mida,
Consejos oiga y en sazón decida.

VI.
»Villas ganadas por tu esfuerzo tienes,
Y tienes de tu padre el real palacio;
Latino, como Dauno, abunda en bienes
Y en liberal afecto. Hay en el Lacio
Otras beldades de virgíneas sienes,
Nobles también. Perdona si me espacio
En ideas amargas: lo que siento

Te diré sin disfraz; estáme atento:

VII.
»A antiguos pretendientes la hija mía
No he debido otorgar; a tal partido
Hombres y Dioses oponerse vía.
Vencido de mi amor a ti, vencido
Fui del deudo, y del llanto y frenesía
De la regia consorte: al recibido
Yerno quito su bien, todos los lazos
Rompo, y de impía guerra echóme en brazos.

VIII.
»De entonces cuántas bélicas faenas
Me envuelven, sabes, Turno; ¿y qué no hallas,
Tú mismo, tú el que más, de ímprobas penas?
Perdimos en el campo dos batallas;
Las esperanzas de la Patria apenas
Guarecemos ahora entre murallas:
Aun cálido con sangre el Tibre ondea
Aun de osamentas la llanura albea.

IX.
»¡Ay! ¿a qué instable acuerdos tomo y mudo?
¿Qué demencia me impele y me desvía?
¿Por qué la guerra a suspender no acudo
De una vez, vivo tú, si, muerto, habría
De atar con ellos amistoso nudo?
¡Ser no puede mi suerte tan impía
Que, porque mi hija y sociedad me pides,
A exponerte me fuerce a horrendas lides!

X.
»Los consanguíneos Rútulos ¿qué hubieran

De decir? ¿qué la Italia toda?... Mira
Los altibajos que al que lidia, esperan!...
¿Piedad tu viejo padre no te inspira
Si pesares su término aceleran?
¡En Ardea, ausente tú, por ti suspira!
Habló. Turno a razones no se inclina;
Es estimulo al mal la medicina.

XI.
Insiste en sus propósitos; y luego
Que pudo desatar la voz, turbado
De aquel furor inexorable y ciego,
«¡Monarca venerable! ese cuidado
Que tomas», dice, «por mi bien, te ruego
Te dignes por mi bien echarle a un lado.
¡Permite que aún a costa de mi vida,
Conquiste yo la gloria apetecida!

XII.
»Sí, que no es tan inválido mi acero,
Ni golpes da mi diestra tan en vago:
¡También hienden mis armas cuando hiero,
Y allí brota la sangre donde llago!
No acudirá esta vez tan de ligero
Diva madre a librarle del amago;
Seránle contra mí defensa flaca
Femíneos velos entre nube opaca!»

XIII.
La Reina, en tanto, a quien temblar hacía
Aquel nuevo combate, a Turno ardiente,
Su electo yerno, detener porfía;
Y ya entre sí mortal despecho siente:
¡Óyeme! dice, «¡tú, esperanza mía,

Consuelo solo a mi vejez doliente!
Columna del Estado gloriosa;
Mi casa entera en tu favor reposa.
XIV.
»¡Oh Turno! por mi bien y mi decoro,
Si algún respeto y atención me debes,
Te ruego, y por las lágrimas que lloro,
Que con los Teucros tu valor no pruebes;
¡Es la única merced de ti que imploro!
Mío será cualquiera fin que lleves;
Pues yerno a Enéas no veré cautiva:
¡No pienses ¡ah! que yo te sobreviva! »

XV.
Oye a su madre, Y lágrimas derrama
Lavinia, y harto dice su mejilla;
Vivo rubor la baña de la llama
Que en los huesos empieza a consumilla:
Marfil semeja el rostro de la dama
Que en múrice sangriento tinto brilla,
Ó albo lirio a quien da profusa rosa,
Con él mezclada, su color fogosa.

XVI.
Turbado, en la beldad que le enamora
Ha fijado los ojos el guerrero,
Y arde más por lidiar. «¿Y a qué, señora»
Conciso dice a Amata, «el triste agüero
Me ofreces de tus lágrimas, ahora
Que de Marte me arrojo al lance fiero?
¡Cesa, te ruego! A Turno, madre pía,
Parar no es dado de su muerte el día.

XVII.
»Y tú al frigio tirano, Idmon, ve y lleva,
Mal que le suene, este mensaje: «Luego
Que haya asomado al mundo Aurora nueva
Sobre sus ruedas de matiz de fuego,
Contra el mío su ejército él no mueva,
Guarden Teucros y Rútulos sosiego:
Sea con nuestra sangre disputada
Lavinia, en ese campo, espada a espada! »

XVIII.
Dice, y va a su mansión. ¡Con qué alegría,
Pidiendo sus caballos, ve que atentos
Bufan ante é1 con noble bizarría!
Blancos cual nieve, rápidos cual vientos
A Pilumno ofrendólos Oritía.
Aurigas les cortejan: los contentos
Pechos la palma en hueco son golpea,
Y el crin les peina que revuelto ondea.

XIX.
Ensáyase a los hombros la coraza,
Toda de oro erizada y de blanquizo
Oricalco; el escudo fino embraza;
Prende la espada y el creston rojizo:
Espada aquella de divina traza
Que el Dios del fuego por sus manos hizo,
Candente la templó en la estigia ola,
Y al padre Dauno él mismo reservóla.

XX.
En medio al edificio puesto había
La recta lanza contra gran coluna:
Arrebátala airado -arma que un día

Ganó al aurunco Actor su alta fortuna-.
Y en furibunda voz: «,Ven, lanza mía,
Nunca sorda a mis votos! Oportuna
Ocasión es llegada: Actor el grande
Ya te supo blandir; Turno hoy te blande!

XXI.
»¡Ven!.(dice, y fulminante la menea)
«¡OhI dáme que a ese Frigio afeminado
Bajo tus botes confundido vea;
Que la tersa loriga, mal su grado,
Rota, arrancada, destrozada sea,
Y el cabello gentil todo empolvado
Que unge en mirra y con hierro ardiente riza!»
Turno así delirando se encarniza.

XXII.
Y ya al rostro el incendio que le agita
Brota, y siniestro en su mirar chispea.
Así también sus armas ejercita
El toro que se ensaya a la pelea;
Terríficos mugidos da, se irrita
Contra el tronco de un árbol, y en idea,
Hiriendo al aire, a su contrario llama,
Y el escarbado polvo desparrama.

XXIII.
No menos fiero Enéas por su lado
Anímase a la lid, la lid anhela,
De las maternas armas rodeado.
Admite el reto, apláudele. Revela
A sus amigos el querer del hado,
Y al afligido Ascanio así consuela.
Nobles envía que a Latino lleven

Leal respuesta y el concierto aprueben.

XXIV.
Apenas con el rayo rubicundo
Las crestas de los montes se teñían
(A la hora en que, del piélago profundo
Los caballos del Sol saliendo, envían
Por las altas narices luz al mundo),
Y Rútulos y Teucros ya acudían
Campo a medir, ante la gran muralla,
Donde se dé la singular batalla.

XXV.
Unos, de grama, en medio del arena,
A los Dioses comunes ponen aras;
Otro, el limo vestido, y de verbena
Orlado, fuego trae y linfas claras.
El ejército ausonio a puerta plena
Sale, con picas uniforme; y raras
Y varias armas a su vez mostrando,
Viene el troyano y el tirreno bando.

XXVI.
¿Quién lid recia y de muertos altas pilas
No augurara de aquel marcial arreo?
Pasar volando en medio de las filas
A los insignes capitanes veo
Radiantes de oro y grana: el fuerte Asílas,
Nieto ilustre de Asáraco Mnesteo,
Y Mesapo, aquel hijo de Neptuno,
Domador de caballos cual ninguno.

XXVII.
Cada cual a su sitio vuelve, y mudos,

A una seña obedientes, en el suelo
Hincan lanzas y arriman los escudos.
Las madres ya, con zozobrante anhelo,
Y los ancianos, de vigor desnudos,
Y plebe inerme, a presenciar el duelo
Agólpanse a los techos y a las yertas
Torres, ú ocupan las altivas puertas.

XXVIII.
Juno en tanto, de vivo afán llevada,
Se ha posado en la cima del Albano
Monte sin nombre a la sazón, pues nada
Al sitio daba gloria; -y sobre el llano
Solícita dirige la mirada,
Registra el horizonte, y el troyano
Ejército a la vez y el laurentino
Contempla, y la ciudad del rey Latino.

XXIX.
Tornóse a hablar la Diosa de repente
A la hermana de Turno: semidea
Que, puesta de aguas dulces a la frente,
Tal vez en limpio estanque se recrea,
Tal en sonora despeñada fuente:
El alto Rey que el éter señorea
Su virginal honor robado había,
Y premióla con esta primacía.

XXX.
«¡Ninfa, honor de las ondas cristalinas,
Carísima ante todas a mi pecho!»
(Juno la dice) «a ti entre las Latinas
Que Júpiter infiel subió a, mi lecho
Sola amé y elegí, y en las divinas

Mansiones a ocupar te di derecho
Glorioso asiento. Oye tu mal ahora,
Yuturna, en el afán que me devora.

XXXI.
»¡Oh! ¡no me inculpes! Por do ví camino
De la Suerte y las Parcas mal cerrado
A la esperanza del poder latino,
Por allí a Turno y tu ciudad de grado
Siempre auxilié. Con inferior destino
Hoy al caro adalid miro abocado
A horrendo lance, y acercarse siento
¡Ay! de las Parcas el fatal momento!

XXXII.
»No sufren, no, mis ojos esa lucha
Ni esa paz. Tú el favor que darse pueda
(Caso es urgente, y pide audacia mucha)
Corre a dársele a Turno: acaso ceda
La adversa suerte.» Atónita la escucha
Yuturna, y llanto por su rostro rueda;
Tres, cuatro veces en herir se agrada
El seno hermoso con la diestra airada.

XXXIII.
«No es tiempo» (insiste la saturnia Diosa)
«De llorar. A tu hermano Y¿ y liberta,
Si hay medio, de la muerte que le acosa;-
O provoca un conflicto, y desconcierta
El pacto celebrado: ¡elige y osa!
Te doy mi autoridad.» Fuese, ¿ incierta
Ha dejado a la Ninfa y confundida,
Con aquella en el alma triste herida.
XXXIVI

Salen los Reyes ya. Con mole ingente
Viene Latino de su campo; tiran
Cuatro brutos su carro, y de su frente
Doce áureos rayos en redor se miran,
Del Sol su abuelo emblema refulgente.
Turno va en ruedas que arrastradas giran
De dos caballos blancos, y su diestra
Dos dardos de ancha hoja en alto muestra.

XXXV.
De acá, origen de Roma, el Rey troyano
Marcha, y con armas célicas fulgura
Y con sideréo escudo. Al par galano
Avanza Ascanio, en quien feliz se augura
Otra esperanza del poder romano.
El sacerdote en alba vestidura
Un lechón y una intonsa corderilla
Conduce al ara donde el fuego brilla.

XXXVI.
Vuelven los ojos hacia el sol naciente,
La mola esparcen, con el hierro siegan
En la testa a la víctima presente
Breves mechones que a la llama entregan,
Y las tazas alzando juntamente
Con el sacro licor las aras riegan.
Empuña Enéas el desnudo acero,
Y así sus preces pronunció el primero:

XXXVII.
¡Sol! ¡de mi juramento sé testigo!
¡Y tú, a donde el hado al fin me da que aporto
Después de afanes tantos, suelo amigo!

¡Y oh Rey omnipotente y real consorte,
Alma hija de Saturno, ya conmigo
Menos severa, oídme! !Y tú, Mavorte,
Que sobre el haz de la anchurosa tierra
Haces rodar el carro de la guerra!

XXXVIII.
»¡También las sacras fuentes y los ríos,
Y cuanto númen sobre el aire impere
Y en la cerúlea mar, me escuchen píos!
Marcharán, si de Turno el triunfo fuere,
De Evandro a la ciudad Yulo y los míos;
El vencedor del campo, se apodere,
Ni terna que a este reino los Troyanos
Vuelvan infieles con armadas manos.

XXXIX.
»Mas si a mí el triunfo Marte da -lo espero,
Y ¡oh! confirmen los Dioses mi esperanza
No haré que humille, mísero pechero,
El ítalo, al Troyano su pujanza,
Ni optaré el cetro soberano. Quiero
Que, invictos ambos pueblos, de alianza
Nudos estrechen que perpetuos duren,
E iguales leyes como hermanos juren.

XL.
»Yo los ritos daré, daré el divino
Culto; su alto poder conserve entero
Y el derecho de guerra el rey Latino;
Muro a mí los Troyanos duradero,
Que por Lavinia se dirá Lavino,
Alzarán.» Así Enéas el primero
Habló; luego Latino, la mirada

Vuelta al cielo, y la diestra levantada:

XLI.
«También, ¡oh Enéas! por el Éter puro.
Y por la Tierra y líquido Océano,
Y por los hijos de Latona juro;
A ambos invoco, y al bifronte Jano:
Por las Deidades del Averno oscuro
Y el santuario de Plutón tirano;
Y oiga mi voz el Padre omnipotente
Que pactos sella con su rayo ardiente!

XLII.
»Toco el ara, y el almo fuego alzado
En medio de los dos, testigo sea:
¡Oh! cualquiera que fuere nuestro estados
No llegue día en que romper se vea
Esta paz en Italia, este tratado!
Que anegue el orbe fuerza gigantea
Y al Tártaro derribe el firmamento
¡No hará volver atrás mi juramento!

XLIII.
» Como este cetro la palabra mía:
Falto del jugo vegetal materno,
Segado en brazos y melena umbría,
Ya verdor no dará frondoso y tierno:
Hierro al bosque arrancóle árbol un día;
El arte en bronce le embutió, y eterno
Emblema de los reyes de mi casa,
De mano en mano incorruptible pasa»
XLIV.
Tal dice, y muestra al par en las reales
Manos el cetro venerado. Sellan

Ambos sus votos con razones tales
En medio de los próceres. Degüellan
Ante el fuego después los animales
Sagrados, palpitantes los desuellan,
Y encima de las aras las calientes
Entrañas ponen en colmadas fuentes.

XLV.
Tiempo ha ya que las rútulas legiones
Del iniciado pacto auguran males;
Un secreto pavor sus corazones
Ocupa, y más cuando a los dos rivales
Próximos ven, y de ambos campeones
Consideran las fuerzas desiguales.
El modo infausto como Turno avanza
Crece la popular desconfianza.

XLVI.
Mudo y a lento paso comparece
A doblar ante el ara la rodilla;
Su juvenil figura palidece,
Baja la vista, mustia la mejilla.
Ve la Ninfa. al hermano, y ve cuál crece
En sordas voces la naciente hablilla,
Turbados pechos vacilar advierte;
Y entre ellos, disfrazada de Camerte-

XLVII.
Era éste un lidiador que gala hacía
De su antigua nobleza, y cuya espada
De su padre a la clara nombradía
En el ardor de bélica jornada
Correspondió con noble bizarría

Entre ellos, de Camerte disfrazada,
Yuturna, pues, astuta el pie desliza,
Y rumores sembrando el fuego atiza:

XLVIII.
«¿Que al invasor se oponga, no es vergüenza,
Rútulos, sola un alma? ¿o de él, insanos,
Tembláis que en fuerza o multitud nos venza?
Ved: Arcades, y Teucros y Toscanos,
Hueste a Turno fatal: allí comienza,
Y allí acaba; están todos: si a las manos
Con dos nuestros solo uno de ellos viene,
No temo que su número se llene.

XLIX.
»Subirá de los Númenes al lado
Él, que ahora a sus aras reverente
Se ofrenda; en alas de la fama alzado
Cobrará vida en boca de la gente;
Mientras nosotros, pueblo vil, sentado
A mirarle con ojo indiferente,
Quedaremos sin patria: el tiempo acerba
Y justa servidumbre nos reclama!»

L.
Así exalta las almas. Por instantes
Se agrandan, vueltas dando, los rumores.
No son los Laurentinos cual en antes;
Aun los mismos Latinos, que de horrores
El término esperaban anhelantes,
Abren súbito el pecho a los furores,
De Turno el caso indigno les conduele,
Y arden ya porque el pacto se cancele.

LI.
Atenta a la ocasión que la convida, -
Vuturna entonces da en el alto cielo
Gran señal que los ánimos decida
Y engañe de los ítalos el celo.
Esforzaba en la atmósfera encendida
Tras ribereños pájaros el vuelo
La roja ave de Júpiter, y puso
En triste fuga al escuadrón confuso.

LII.
A las olas de súbito se cala,
De un cisne hermoso aferra, y por el viento
Con ímpetu feroz remonta el ala.
Los ítalos la observan; y ¡oh portento!
Clamor acorde el bando aéreo exhala,
Y en densa nube ¿ inverso movimiento
Persigue a la cruel de quien huía;
Bajo sus plumas se oscurece el día.

LIII.
Tanto la han acosado, y tal le pesa
Su nueva mole al águila, que al río
Floja la garra al fin suelta la presa,
Y piérdese en el ámbito vacío.
En júbilo Trocando la sorpresa
Los ítalos, y en alto vocerío
Rompiendo, la simbólica apariencia
Saludan, y a las manos dan licencia.

LIV.
Tolumnio el adivino habló el primero:
«¡Oh! lo que tanto ansié cúmplese ahora
Me dan los Dioses favorable agüero.

A mi ejemplo, a mi voz, sin más demora
Requerid, desgraciados, el acero
Contra ese advenedizo que os azara.
Que con tímidas aves os iguala
Y vuestras costas ominoso tala!

LV.
»A salvar nuestro Rey de uñas feroces
Venid, las filas estrechad: yo os fío
Que fugitivo el robador, veloces
Las alas soltará de su navío
A perderse en los mares.» Tales voces
Lanza el augur, y con resuelto brío
Corre adelante, y una lanza tira
A los contrarios que a su alcance mira

LVI.
Inevitable el asta huye y rechina;
Suena inmenso clamor; tumultuosa
Agitación los órdenes domina
De bancos, y en los ánimos rebosa.
Nueve hijos, de belleza peregrina,
Que al árcade Gilipo etrusca esposa
Dio, fiel cuanto fecunda, hizo el Destino
Que estuviesen enfrente al adivino.

LVII.
A uno de ellos, gallardo a maravilla,
Y vestido de fúlgida armadura,
Por medio al vientre, donde usado brilla
Tahalí cuyos cabos asegura
En la parte central dentada hebilla,
Por allí a traspasarle se apresura
El crudo hierro, y sus costillas hienden,

Y en el rojo arenal yerto le tiende.

LVIII.
Enciéndese mortal resentimiento
En los hermanos: arma arrojadiza
Uno toma, otro espada empuña; a tiento
La animosa legión corre a la liza.
Vuela en contra la hueste de Laurento
Va en pro, con armas que el blasón matiza,
El Arcade, y con él, ardiendo en saña,
Teucro y Etrusco inundan la campaña.

LIX.
Así a todos aguija un mismo anhelo,
El de reñir: a despojar se atreven
Las aras: se oscurece todo el cielo
Con los dardos innúmeros que llueven.
En tanto los ministros, en su duelo,
Vasos, sacros hogares 1ejos mueven;
Huye, en viendo deshechos los tratados,
Latino con sus Dioses ultrajados.

LX.
Aquél engancha un tiro, mientras éste
Monta de un salto en su bridón guerrero,
No sin que el hierro centellante apreste.
Romper ansiando el pacto, a caballero
Mesapo va contra el tirreno Auleste,
Rey él mismo y, de insignias regias fiero,
Quien en las aras, al ciar, tropieza,
Y hunde entre ellas, rodando, hombro y cabeza.

LXI.
Encima el agresor se precipita,

Y enhiesto, en su corcel, lanzón horrendo
Sobre el postrado príncipe ejercita;
Rogaba en vano el infeliz gimiendo,
«¡Cayó, y ante el altar!» Mesapo grita;
«Gran víctima a los Númenes ofrendo!»
Caliente aún, los ítalos en torno
Quitan al cuerpo noble el rico adorno.

LXII.
Corinco un tizon tomó del ara,
Y como Ebuso herirle amenazase,
Fulminóle las llamas en la cara:
Arde y luce la luenga barba, y dase
Ingrata a oler. Mas él aquí no para,
Y al que ofuscó, por los cabellos ase,
Y, poniéndole encima la rodilla,
Su flanco hiere con atroz cuchilla.

LXIII.
A Also, el pastor, por entre armada gente
En las primeras filas daba caza
Podalirio; mas vuélvese el huyente
Súbito, y al que al hombro le amenaza,
Con su hacha frente y barba de un fendiente
Parte, y riégale en sangre la coraza.
A eterna noche al mísero destierra
El 1rreo sueño que sus ojos cierra.

LXIV.
Enéas, la cabeza descubierta,
Tendiendo inerme está la diestra pía,
Y «¿A dónde, a dónde vais? ¿qué¿ os desconcierta?»
Exclama en voces que a su gente envía.
«¡Oh, enfrenad esas iras! Firme y cierta

Está mi voluntad: la lid es mía,
Nada romper podrá las condiciones:
No, no al temor rindáis los corazones!

LXV.
»Dejadme, y esta mano valedero
Hará el sellado pacto. Sacros ritos
A Turno deben a mi solo acero.»
En medio a estas razones y altos gritos,
He aquí silbando en ímpetu ligero,
En la nube de hierros infinitos
Que al impasible paladín respeta,
A herirle vino alígera saeta.

LXVI.
¿Qué fuerza la condujo? ¿de cuál mano
Partió? ¿Qué acaso, o númen escondido
Di6 tal gloria a los Rútulos? Arcano.
Hondo fue. No se holgó de haber herido
Mortal ninguno al capitán troyano.
Mas cuando a Enéas alejarse vido
Y advirtió de sus nobles la mudanza,
Turno abre el pecho a férvida esperanza,

LXVII.
Y los trotones pide y las tremendas
Armas; de un salto sobre el carro, altivo
Monta, impaciente por regir las riendas.
Vuela: ya a éste, ya a esotro, semivivo
Vuelca, a la Muerte acumulando ofrendas;
O arroja sobre el bando fugitivo
Lanzones que arrebata, o atropella
Filas, y en curso abrumador las huella.

LXVIII.
Cual cerca al Hebro helado, con sangriento
Ardor bate su escudo en son de guerra
Marte, sus potros de encendido aliento
Lanzando al llano desde la alta sierra;
Delante corren del alado viento,
Gime bajo sus pies la tracia tierra,
Cien formas de Terror, de Insidía y Saña
Cortejo son que en torno le acompaña:

LXIX.
Así el Rútulo impele sus caballos
Todos cubiertos de sudor que humea;
Y a hombres sin fin, después de derriballos,
Con ímpetu furial en la pelea,
Concúlcalos cruel: los duros callos
Sangre desparcen que la crin gotea,
Y en ruidoso tropel, por donde pasan,
Con sangre el polvo de la lid amasan.

LXX.
Rindió de cerca a Folo y a Tamiro,
A Esténelo dio muerte, aunque lejano;
También a Glauco de distante tiro
Mata, ya Lade al par, de Glauco hermano:
Formó a estos dos para la lid, ya en giro
De carro volador, ya mano a mano
En el palenque, con igual pericia,
Su padre Imbraso en la materna Licia.

LXXI.
Mézclase en otra parte en la porra
Eumédes, prole de Dolon, preclara
En guerra: el nombre del abuelo había

Tomado; en alma y brazos se equipara
Al padre -aquél que ya, como de espía
Al campo griego a entrar se aventurara,
Los caballos del hijo de Peleo
Pidi6 en premio; otro dióle el de Tideo!

LXXII.
Seguía, al aire libre, en campo abierto.
Turno a Eumédes, con leve dardo: enfrena
Su carro, salta, llega; semimuerto
Al fugitivo halló sobre la arena:
El pie al cuello le pone; al puño yerto
Le arranca hoja luciente, y se la ensena,
Tiñéndola hasta el pomo, en la garganta.
Y fiero así sobre él victoria canta:

LXXIII.
«¡Troyano! el suelo hesperio que sangriento
Tu planta holló, mejor ya mides, creo:
Esta es mi paga al que a lidiar me tienta;
Estos los muros que te alzó el deseo.»
Sus dardos luego a Asbute, a Dare avienta,
A Tersíloco, Síbaris, Cloreo,
Y a Timete, a quien potro asombradizo
Cerviz abajo descender le hizo.

LXXIV.
Cual bate ronco Bóreas el Egeo,
Y la mar, a sus soplos paralela
Rueda a la playa en levantado ondeo;
Alta nube en el aire huyendo vuela:
Tal densas haces arrolladas veo
Doquier que sus bridones Turno impela;
Envuélvele su propio movimiento,

Y sus plumas agita hendido el viento.

LXXV.
Tanto alarde de bárbara pujanza
Fegeo no sufrió: con mano loca
Los fieros brutos a atajar se avanza
Del freno asiendo en la espumante boca.
Arrástranle indomables; ancha lanza
Su cuerpo, aunque sedienta, apenas toca
Bajo la triple malla, por do hiende
A salvo, mientras él del yugo pende.

LXXVI.
Mirando a su adversario, en vano embraza
Su escudo, en vano por socorro grita
Esgrimiendo la daga; le amenaza
El eje y rueda que veloz se agita.
Cayó. Por entre el yelmo y la coraza
Turno, que ya sobre él se precipita,
De un tajo la cabeza le cercena,
Y tronco informe déjale en la arena.

LXXVII.
En tanto que con ímpetus furiales
Corriendo la campaña Turno hacía
En carro vencedor destrozos tales,
Bañado de la sangre que vertía
Van a Enéas llevando a sus reales
Fiel Acate y Mnesteo; compañía
Le da Ascanío, y él mismo en su asta larga
Cada segundo paso el cuerpo carga.

LXXVIII.
Roto el cabo, la punta que le hiere

El héroe trata de arrancar; se irrita
Su impaciencia; algún medio, aquel que fuero
Brevísimo entre todos, solicita:
Que abra los bordes de la llaga quiere
Ancha espada, y los senos que visita
Hondo el hierro, descubra; tal su ruego,
Y que a lidiar le restituyan luego.

LXXIX.
He aquí venido había a su presencia
Yápix, hijo de Yaso, aquel que Febo
Señaló con gloriosa preferencia:
Sí, que a él, estando aún tierno mancebo,
Comunicó sus dones y alta ciencia
El Dios, llevado de amoroso cebo;
De los agüeros enseñóle el arte,
Y en su cítara y arco diole parte.

LXXX.
Mas él, que al caro padre desahuciado
Sólo pensaba en prolongar la vida,
De sanitarias plantas el callado
Estudio cultivó por escondida
Senda. En su lanza Enéas apoyado
Está, y a sordas brama, y de crecida
Juventud que le cerca, el vago espanto
Contempla inmóvil y del hijo el llanto.

LXXXI.
Remángase la veste él buen anciano
Al uso de Peon; y con discreta
En balde aplica y diligente mano
Hierbas divinas de virtud secreta;
El encarnado hierro tienta en vano;

Con tenaza mordaz tal vez lo aprieta.
¡Ah! no da el almo Apolo traza alguna,
Ni encamina el conato la Fortuna.

LXXXII.
Y ya el pavor invade el campamento,
Espantosa amenaza se aproxima,
En polvo se condensa el firmamento,
Tropel de caballeros se oye encima;
Y mil dardos y mil cruzando el viento
Van doquiera a caer, y ponen grima
Al par de combatientes y de heridos
Voces de rabia y de dolor gemidos.

LXXXIII.
Venus, en tanto, del afán movida
Que el corazón materno le atormenta
Díctamo coge en el cretense Ida-
Hierba que allí lozana se presenta,
De pubescentes hojas revestida;
Flores la cubren de color sangrienta
Y pace de ella la silvestre cabra
Si cruda flecha su espinazo labra.

LXXXIV.
La raíz salutífera recata
Encubierta la Diosa en nube umbría,
Llega, y en modo oculto el agua trata
Que en limpísimos vasos puesta, hervía;
Virtud comunicándola, desata
El díctamo, y el zumo de ambrosía
Que las fuerzas vivífico recrea,
Esparce, y odorante panacea.

LXXXV.
Con esta linfa Yápix, que no sabe
La merced de la Diosa recibida,
Lava la llaga: al punto, pues, el grave
Dolor huye del cuerpo; en la honda herida
Restáñase la sangre; ya suave
Tras la mano la flecha no traída
Saliendo va; y el adalid doliente
Todas sus fuerzas reintegrarse siente.

LXXXVI.
«¡Armadle, armadle, que lidiar desea!»
Ante todos así Yápix inflama
El turbado concurso a la pelea.
«Y tú, ilustre caudillo, » luego exclama,
«No pienses que este triunfo humano sea;
Mi Í arte, mi diestra nada obró: te llama
Fuerza más alta, voluntad divina
Que a mayores objetos te destina!»
LXXXVII.
Mas él héroe tardanzas no consiente:
De acá y de allá. a la pierna sobrelaza
Las grebas de oro, él mismo; ase impaciente
De la fulmínea lanza, la coraza
Viste, toma el broquel resplandeciente;
Y las armas tendiendo en torno, abraza
Y fugaz por el yelmo besa al hijo:
«De mi firme virtud, tesón prolijo,

LXXXVIII.
»Quiero que aprendas; de dichosa suerte
Otros» le dice, «te darán lecciones.
Hora vuelo en la lid a protegerte,
Voy a guiarte a sus preciados dones:

Cuando llegues a edad adulta y fuerte
Recoge mis gloriosas tradiciones,
Y de ellas memorioso, Ascanio mío,
Sigue a Enéas tu Padre, a Héctor tu tío!»

LXXXIX.
Dicho esto, por las puertas dilatadas
Blandiendo el asta enorme, giganteo
Arrójase adelante: sus pisadas
Mnesteo sigue, síguelas Anteo.
He aquí de los reales a oleadas
Toda la turba desbordarse veo;
En ciego polvo el ámbito se cierra,
Y herida de los píes treme la tierra.

XC.
Turno en esta, sazón desde, un. frontero
Alcor aquella nube ha visto; véla
El escuadrón de Ausonios;, el, guerroro,
Ímpetu encogen, el pavor los hiela.
Fue entre todos Yuturna quien primero,
Oyó el ruido, y lo entiende, y se hurta, y vuela
Medrosa. Arrastra, el, capitán, troyano.
Su negra hueste en el abierto llano.

XCI.
Cual, turbando los aires repentina,
Tempestad, a la tierra nimbo aciago,
Por medio de los, mares se encamina;
A mieses y arboredos ¡cuánto estrago
Traerá! ¡cómo la plebe campesina
Tiembla de lejos el tremendo amago!
A anunciarlo en las, playas, adelante
Los vientos van con soplo resonante.

XCII.
Tal aparece el adalid reteo;
A defenderse la, asustada gente
Fórmase densa en ángulos. Timbreo
Al fuerte Osíris da mortal, fendiente:
Derriba a Arcecio en el tropel Mnesteo,
Acátes a Epulon, Gías a Ufente;
Y cae allá Tolumnio, el agorero,
Que el dardo impío disparó primero.

XCIII.
Un grito de terror álzase al cielo,
Y a su turno los Rútulos aviva
Fuga se dan en polvoroso vuelo.
Enéas a la turba fugitiva
Muerte no da, ni aún contrapuesto telo
O pecho firme su ímpetu cautiva;
Entre la nube que la vista ofusca
A Turno, solo anhela, a Turno busca.

XCIV.
Ve Yuturna el peligro, y atosiga
Su viril corazón fiera congoja:
Muda a Metisco va, de Turno auriga,
Le arranca, y lejos del timón le arroja;
Puesta ella en su lugar, el tiro instiga,
Y ondea a su placer la rienda floja:
En la voz, en las armas y el semblante
Osténtase a Metisco semejante.

XCV.
Cual acude, al, castillo de opulento
Señor, y excelsos atrios la traviesa

Negruzca golondrina ronda, el viento
Hiriendo ufana con versátil priesa;
Partículas recoge de alimento
A gárrulos polluelos dulce presa;
Ya visita los pórticos vacíos,
Ya en torno trisca de los lagos fríos:

XCVI.
Así volando la marcial doncella
Alanza entre enemiga muchedumbre
Los caballos, y todo lo atropella
De su carro veloz la pesadumbre:
Ora en esta región, ora en aquélla,
Muestra al hermano entre fulmínea lumbre;
Mas asir la ocasión jamás le deja,
Y siempre volteando huye y le aleja.
XCVII.
No menos diligente las pisadas
En largo giro el héroe le rastrea,
Y en medio de las huestes destrozadas
Con grande voz le llama a la pelea.
Cuantas veces le hallaron sus miradas
Y los halados potros ya en idea
Alcanzaba, volando en pos, la ruta
Tantas torció también la Ninfa astuta.

XCVIII.
¡Mísero en golfo de agitados vientos
Fluctúa en balde; hacia contrarios lados
Le arrastran diferentes sentimientos.
Contra él, en ese tiempo, reservados,
Mesapo, listo siempre en movimientos,
Llevaba en la siniestra dos ferrados
Astiles: con certera puntería

Uno de ellos blandiendo, allá lo envía.

XCIX.
Hincando una rodilla, con su escudo
Enéas guarecióse: el asta empero
Rehilando sobre el casco penachudo
Voló las altas alas del plumero.
Tener su indignación él más no pudo,
Salteado otra vez tan contra fuero,
Al sentir que en revuelta fugitiva
El carro volador su encuentro esquiva.

C.
Y el altar que violaron por testigo
Tomando de su fe desobligada,
A Júpiter juró; y al enemigo
Se precipita ya, con ciega espada
A ejercitar sobre él común castigo.
Con favorable Marte ha entrado, y nada
Perdona, y hace mortandad horrenda;
¡Ay! que da a sus furores larga rienda!

CI.
¿Cuál Dios ahora inspirará mi canto?
¿Quién me dará que recordar emprenda
Tantos destrozos, y caudillo tanto
Sacrificado en una y otra senda
Por Enéas y Turno?... ¡Jove santo!
¿Y plugo que a tan áspera contienda
Concurriesen naciones que algún día
Para siempre la paz unir debía?

CII.

Al Rútulo Sucron, al pase hallado
(Fue esta pugna, aunque breve, la primera
Que en sitio a combatir determinado
Paró a los Teucros en su audaz carrera),
La espada Enéas envasóle a un lado,
Y allí por do la muerte es más ligera,
Bien las costillas y del pecho pudo
Pasar las tramas el acero crudo.

CIII.
En tanto a dos hermanos guerreadores
Ambos a pie (pues uno del trotero
Cayera), inmola Turno a sus furores:
A Amico, que venía hacia él primero,
Con larga lanza recibió; Diores
Espiró en pos al filo de su acero.
Al carro ambos segados vultos cuelga,
Y en llevarlos manando sangre, huelga.

CIV.
De un golpe Enéas a la Muerte envía
A Tánais y a Talan y al gran Cetego,
Y a Onite, el de habitual melancolía,
Hirió después, en su ira siempre ciego;
Hijo era de Equion y Peridía.
Turno otros dos hermanos postra luego,
Que de Licia vinieron, noble tierra,
Y de apolíneos campos a la guerra.

CV.
Rindió también u, árcade Menédes:
En vano el infelice, odiando a Marte,
Al pecífero Lerna a echar sus redes
Tranquilo acostumbróse: tal: su arte;

Allí, su pobre choza; en las mercedes
De los grandes jamás tocóle parte;
Mientras su padre, en ya provectos años,
Cultivaba alquilados aledaños.

CVI.
Como invaden de puntos diferentes
La árida selva y lauros restallantes
Voraces llamas; o cual dos torrentes
Que hacen destrozos entre sí distantes,
Y al mar desde las cumbres eminentes
Arrebatan sus hondas espumantes,
Así Enéas y Turno el campo talan
Que corren, y en estragos lo señalan.
CVII.
Ya la interna pasión los espolea;
Ya estallan sus invictos corazones;
¡Con toda el alma a la mortal pelea
Vuelan ya! -De las glorias y blasones
De sus antepasados alardea
En medio de las fieros escuadrones
Murrano: su ducal genealogía
Por los latinos Reyes descendía.

CVIII.
Vióle Enéas; su furia vengativa
Comunica a un pedron que enorme alanza
Y de cabeza al mísero derriba:
En las riendas envuelto so la lanza
Del carro, ya le aplasta fugitiva
La rueda; puesto el dueño en olvidanza,
Por cima sus indómitos caballos
Baten veloces los sonoros callos.

CIX.
Hilo feroz, verboso, amenazante
Entrara en lid: a su aureada frente
Poniéndosele Turno por delante
Asesta un dardo, que al cerebro, ardiente
Clavóse, bajo el yelmo relumbrante.
Caíste y tú, Creteo, el más valiente
De los Grayos; de Turno a libertarte
Tu diestra poderosa no fue parte.

CX.
Ni a ti tus propios Dioses al Troyano
Te supieron hurtar, Cupenco. ¡Ay triste!
Puesto el pecho a sus golpes, es en vano
El broquel acerado que le asiste.
Y tú también al laurentino llano,
Eolo ilustre, a sucumbir viniste;
También debían estos arenales '
Tus espaldas medir descomunales!

CXI.
Tú del triunfante Aquíles, tú del peso
De la argiva falange tan temida,
Luchando cual leal, saliste ileso;
¡Y aquí estaba la meta de tu vida!
Gran palacio tuviste allá en Lirneso,
Gran palacio gozaste bajo el Ida;
¡Y ya te reservaba tu destino
Un sepulcro en el campo laurentino!

CXII.
Latinos y dardanios campeones,
Mnesteo y el intrépido Seresto,

Y domador Mesapo de bridones,
Y Asílas, siempre en la refriega enhiesto,
Y las etruscas y árcades legiones,
Ya todos a encontrarse, en vuelo presto
Corren: batalla universal, suprema,
Se libra; cada cual su esfuerzo extrema,

CXIII.
No hay reposo, no hay vado: el choque dura
Igual de cada parte. En tal momento
A sugerir a Enéas: se apresura
Su hermosísima madre un pensamiento:
Que a los muros acorra, le conjura,
Que lleve su escuadrón sobre Laurento
De improviso, y con golpes repentinos
Ponga espanto mortal en los Latinos.

CXIV.
Después que sobre el campo en giro vario
Él ha echado solícita ojeada
Acá y allá buscando a su contrario,
Convierte a la ciudad fija mirada:
Inmune y en sosiego solitario
En presencia de lid tan ensañada,
La observa; y en imagen, de repente,
Mayor combate enardeció su mente.

CXV.
A Mnesteo al instante y a Sergesto,
Con quienes parte de la hueste el mando
Convoca, y al intrépido Seresto:
Ocupa una eminencia; de su bando,
Al verle, en torno de ella acude el resto:
Densos, picas y escudos no soltando,

Todos esperan que los labios abra,
Y oyóse así de lo alto su palabra:

CXVI.
«¡No haya, mi voluntad impedimento!
Aunque de pronto concebida empresa
Menos listos no os halle; a Jove cuento
De nuestra parte. Hoy mismo, hoy mismo, si ésa
Militar madriguera y regio asiento,
Que es nuestra la victoria no confiesa,
No admite el freno y rinde vasallaje,
Haré en su seno asolador ultraje;

CXVII.
»Hundiré en polvo el más altivo techo
Envuelto en llamas! ¿Quién vendrá por justo
Que el tornar, ya vencido, a campo estrecho,
Espere yo que a Turno venga en gusto?
No: ¡cumpla la ciudad el pacto hecho!
Nefando monumento, centro adusto
De la guerra ella ha sido: ¡sús! con teas
Lo que debe pidamos!» Habló Enéas.

CXVIII.
Ya, formándase en cúneo a la batalla,
Animosa la tropa se encamina.
Escalas de improviso en la muralla
Se ven, y el fuego la cabeza empina.
Quién a las puertas acudiendo, acalla
A los guardias con muerte repentina;
Quién, armas empuñando, trepa: al cielo
Tejen mil dardos tenebroso velo.

CXIX.

He aquí entre los primeros, extendiendo
La diestra Enéas a la faz del muro,
Increpa al re y Latino con tremendo
Clamor. Que vez. segunda al trance duro
Le compelen los ítalos, rompiendo
La nueva ley, y en su furor perjuro
Se revuelven contra él como enemigos,
Grita, y toma a los Dioses por testigos.

CXX.
Discordes entre sí los ciudadanos,
Unos las puertas franquear querrían
Y de paz recibir a los Troyanos,
Y al muro al mismo Rey llevar porfían;
Otros empero con armadas manos
Al sitiador bizarros desafían.
Así tal vez en cavernosa piedra
Silvestre enjambre se guarece y medra;

CXXI.
Y así el pastor por despojarlo, llena
De humo amargo el recinto, y las turbadas
Hijas de la recóndita colmena
Discurren por las céricas moradas:
Rumor confuso por la roca suena,
Bramando aguzan iras enconadas;
El sofocante olor penetra, y sube
Suelta en ondas al aire la hosca nube.

CXXII.
En tanto a los sitiados sobrevino
Calamidad que alto estupor derrama
Y el resto extingue del valor latino.
Vio la Reina que al muro se encarama,

Trayendo, el agresor, triunfal camino,
Vio el acero a las puertas, vio la llama;
Ni Rútulos allí, ni allí la hueste
De Turno, que el asalto contrareste:

CXXIII.
Dando al joven por muerto la mezquina.
Sola causa del mal, única rea
Proclámase; y gimiendo desatina
Enajenada en su doliente idea;
Desgárrase la veste purpurina,
Lúgubre frenesí la aguijonea,
A yerta viga ató ominoso nudo,
Y fue aquello un morir fiero y sañudo,

CXXIV.
Hiere a las damas la nefasta nueva:
Mesándose Lavinia los floridos
Cabellos, las airadas manos ceba
En la s róseas mejillas: con gemidos
Responde su cortejo; el eco lleva
Por las amplias mansiones los plañidos;
Y ya por la ciudad su vuelo explaya
El rumor, y los ánimos desmaya.

CXXV.
En polvo, vil la blanca cabellera
Mancha, rasga su veste el Rey anciano,
Vaga sin rumbo, y viendo desespera
De una infeliz, consorte. el fin insano
Y la ruina de un pueblo! Que no hubiera
Llamado en tiempo al adalid troyano
Al reino, acreditándole por yerno,
Mucho se culpa con lenguaje interno.

CXXVI.
Turno batallador allá, en lejano
Límite en tanto, cada vez; más lento,
Menos y menos cada vez ufano
Del de sus potros decadente aliento.
A pocos, aún dispersos en el llano,
Ensaya perseguir. El vago viento
Ya hacia aquella, región lleva a oleadas
Extraño son de voces apagadas.

CXXVII.
Aguzando el mancebo los oídos
Fatídico clamor distinto siente,
Oye de la ciudad los alaridos,
«¡Ay de mí! ¿Qué gran duelo está presente
A los muros? ¿Qué fúnebres sonidos
De tan diverso punto la corriente,
Del aire arrastra?» Dice, y de la brida
Tira atónito, y para la corrida.

CXXVIII.
Sagaz la Ninfa que usurpó el semblante
Del auriga Metisco, y los trotones
Y carro y riendas guía, en ese instante
Al hermano anticípase, y razones,
Tales vierte: «Sigamos adelante,
¡Oh Turno! y a enemigo no perdones;
¡Adelante sigamos! La Victoria
Abrió esta senda y nos anuncia gloria,

CXXIX.
»Los muros defender, a otros compete.
¿Y tú, cuando a los Ítalos Enéas

En reñido conflicto compromete,
Contra los Teucros tu poder no empleas?
¡Animo! a los que, restan acomete,
Y a fe que ni, inferior salir te veas
En número, ni en lauros menos rica
La diestra ostentarás» Turno replica:

CXXX.
«¡Oh! ¡tu influjo en mi bien jamás reposa?
Sentílo ya en el campo, hermana mía,
Del punto en que el tratado poderosa
Fuiste a romper usando de artería;
Y ahora mismo vanamente, oh Diosa,
Encubres tu beldad. Mas ¿quién te envía
Quién, dime, de la sedes celestiales
Tanto mal al palpar y horrores tales?

CXXXI.
»¿Mirar querrás los míseros despojos
De tu hermano?... ¿Y qué espero? ¿Cuál reparo
Me ofrece la fortuna? Por mis ojos
Vi a Murrano caer: otro más caro
Amigo no me queda: oí sus flojos
Acentos, tarde ya, pedirme amparo;
Yo la he visto ¡ay dolor! rendir la vida,
Ingente él mismo y bajo ingente herida.

CXXXII.
»Por no mirar nuestro baldon inulto
Presa en miembros y en armas cayó Ufente,
¿Y hora entregados a feroz tumulto
Nuestros hogares sufriré paciente?
¡Ah! ¡nos faltaba este postrero insulto¡
¿Y a la furia de Dránces maldiciente

No podré contestar con mis hazañas?
¿Espaldas volveré? ¿Y estas campañas

CXXXIII.
»Contemplarán a Turno fugitivo?
¡Qué! ¿el morir es odioso a tanto grado?
Si de supernos Dioses no recibo
Ni piedad ni justicia, con agrado
Mi ruego, ¡oh Manes! acoged votivo:
No indigno de altos padres, consagrado
Mi espíritu desciende a vuestro límen,
Puro, si, puro de afrentoso crimen!»

CXXXIV.
No bien en estas voces prorumpiera
Cuando venir vio a Sáces, ve su boca
Que reciente flechazo dilacera:
Su espumante bridon, que apenas toca
El campo hostil, lo rompe hilera a hilera;
Mas él desaforado a Turno invoca:
«¡Turno, última esperanza en nuestros males,
Habe ya compasión de tus parciales!

CXXXV.
» Rayos a los alcázares fulmina
Enéas con su ejército, y amaga
Al poder de los ítalos ruina
Sobre los techos el incendio vaga.
En ti pone sus ojos la latina
Gente, a ti vuelve su clamor. Qué hago
No sabe el Rey, y en su ánima medita
Cuál yerno adopte, qué alianza admita.

CXXXVI.

»A la Reina, por ti tan decidida,
Acaso extremo sus terrores mueven;
¡Ay! ¡por su mano se quitó la vida!
Bajo las puertas a arrostrar se atreven
Sólo Atina y Mesapo la embestida.
De un lado y otro los contrarios llueven.
Tantas puntas esgrime la enemiga
Hueste, que miés ferrada el campo espiga.

CXXXVII.
»¡Y a este tiempo en el más remoto prado
Turno su carro vagaroso guía! »...
Guardó torvo silencio el increpado,
Y en el pecho le hierven a porfía,
Con tantos contratiempos, alterado,
Ya del herido amor la frenesía,
Ya el probad o valor de su pujanza,
Fuego de pundonor, voz de venganza.

CXXXVIII.
Así que a los destellos renacientes
De la razón, la nube se retira
Que le envolvió en horrenda noche ardientes
Los globos de sus ojos rueda, y mira
Con demudada faz los eminentes
Muros desde su carro. En roja espira
Ve el fuego que tablajes señorea
Y al cielo enderezado libre ondea.

CXXXIX.
Turno mismo, de sólida madera,
Con altos puentes guarnecida, alzara
Trabada torre; de ella se apodera
Aquel voraz turbión. «¡Hermana cara!

¿Ves, ves,» clama el cuitado, «que doquiera
El hado nos arrolla? Me pesara
Que en cerrarme insistieses el camino
Que un Dios señala y mi cruel destino!
CXL.
»¡Allá! ¡no más tardanzas! ¡Mano a mano
Lucharé con Enéas! ¡Con la muerte
Cuanto hay de acerbo a padecer me allano!
¡Trocar déjame en gloria este ocio inerte,
Y arder, mientras aliente, en fuego insano!,»
Dice, y salta veloz del carro, y fuerte
Entre hombres y armas por el campo embiste,
A Yuturna dejando muda y triste.

CXLI.
Cual rueda enorme montaraz fragmento,
Ya recia lluvia o huracán lo bata,
0 sea ya que el no sentido y lento
Trabajar de los años lo desata;
Impetuosa desde su alto asiento
Al abismo la mole se arrebata,
Y en los saltos que da desmesurados
Arboles vuelca y hombres y ganados:

CXLII.
Turno, echándose así del carro afuera,
Rompe los escuadrones, los divide,
Y por entre ellos en veloz carrera
De la magna ciudad los muros pide.
Allá en sangre empapado ve doquiera
El suelo, y ve que el aire todo estride
Con dardos borrascoso. Hizo señales
Su mano, y él lanzó clamores tales:

CXLIII.
«¡Paso, oh Rútulos, dad al paladino!
¡Y vos cesad en la marcial porfía,
Valientes del ejército latino!
Dejadme el campo; la aventura es mía.
Por vosotros lidiar es mi destino;
Mi ánima sola por el pueblo expía
El sellado concierto.» La amenaza
Todos paran al punto, y danle plaza.

CXLIV.
Aun bien Enéas de sentir no acaba
Aquel nombre de Turno, se apareja
Al singular combate, toda traba
Rompe impaciente, y de las obras ceja
Del fiero asalto que a los muros daba
Déjalos ya, las altas torres deja,
Y desciende saltando de alegría,
Truenan sus armas y el espanto cría.

CXLV.
Cual Atos o cual Érice aparece,
o del padre Apenino a semejanza,
Que sus tersas encinas estremece,
Y de la nívea cúspide que lanza
A la región del rayo, se envanece.
Movidos de tan súbita mudanza
Allá Rútulos miran y Troyanos
Y todos a una vez los Italianos.

CXLVI.
Los que ocupaban el adarve enhiesto
Como aquellos que al pie de la muralla

Batían, de sus hombros han depuesto
Las armas, y uno y otro campo calla.
Latino mismo en asombrado gesto
Mira que al fin a singular batalla
Fortísimos concurren, de regiones
Van diversas, aquellos dos varones.

CXLVII.
Corriendo ellos al campo que la guerra
Suspensa abre a sus ímpetus, distantes
Arr6janse las lanzas; luego cierra
Uno y otro adalid, con los sonantes
Escudos de metal. Gime la tierra;
Golpes dan y redoblan las tajantes
Espadas; y de un lado y de otro, a una
Asisten el esfuerzo y la fortuna.

CXLVIII.
Como en el vasto Sila o gran Taburno,
Marchando a combatir dos toros fieros,
Aquél a éste, éste a aquél hiere a su turno;
Retíranse medrosos los vaqueros;,
El rebaño contempla taciturno;
Cuál se alce de los dos con regios fueros
Sobre el hato en los campos y en la sierras,
No saben pensativas las becerras;

CXLIX.
Ellos, en tanto, con vigor tremendo
Cuernos traban y heridas menudean,
Sus cuellos y sus brazos envolviendo
Los arroyos de sangre que chorrean;
Repite el ancho bosque el sordo estruendo
Chocando los broqueles tal pelean

El troyano y el daunio combatiente;
E hinche los aires el fragor creciente.

CL.
Dos balanzas en fiel Júpiter tiene,
Y de ambos héroes los diversos hados
Poniendo, aguarda a ver a quién condene
El lance extremo, y cuál de aquellos lados
Con peso agobiador la Muerte llene.
Sin temer de su ardor los resultados,
Turno entonces alzó su espada larga,
Todo el cuerpo esforzando, y la descarga.

CLI.
Irguiéndose ambos campos a la hora
Prorumpen en confusa vocería.
Quebróse en medio al golpe la traidora
Hoja, y abandonado Turno había
Finado allí, si a fuga voladora
No acude. Más ligero se desvía
Que alado viento, cuando el cabo asido
Desconoció, y su diestra inerme vido.

CLII.
Fama es que ya, cuando de pronto uncidos
Los caballos, a lid montó ligero,
Tomó, en su afán turbados los sentidos,
El de su auriga, y no el paterno acero:
A los Teucros, con él, despavoridos
Pudo acosar gran tiempo; ahora, empero
Hierro mortal, cual hielo quebradizo,
Dando en armas divinas, se deshizo.

CLIII.

Brillan los trozos en la roja arena.
Él entretanto huye y se retira
A otra parte del campo; le enajena,
El terror, y en inciertas vueltas gira:
Denso cordón que su esperanza enfrena
Formar donde quiera, a los Troyanos mira;
Allá el paso le impide ancho pantano,
Acá el cerco mural limita el llano.

CLIV.
Enéas el alcance no descuida,
Y aunque a tiempos retarda dolorosa
Sus rodillas aún la fresca herida,
Al que temblando va férvido acosa
Pie con pie. Tal hallarse sin salida
Suele un ciervo infeliz; corriente undosa
Acá le ataja, allá le pone miedo
De plumas de color pérfido ruedo;

CLV.
Y así umbrino ventor pieza levanta,
En pos labrando en rápida carrera;
Hace y deshace el triste, a quien espanta
El rojo valladar, la alta ribera,
Círculos mil con voladora planta:
Insta el fiero sabueso; se dijera
Que con los dientes vencedor le toca,
Y aún muerde en vago su burlada boca.

CLVI.
Alz6óse en esto un gran clamor, que llega
Confuso al cielo, y de él retumba herida
La laguna, cuan ancha el campo anega
Rabioso Turno, sin templar la huida,

A los Rútulos clama, nombra, ruega
Que la espada le traigan conocida.
Enéas, a su vez, muerte inminente
A aquel intima que mediar intente;

CLVII.
Y a todos aterrando los conmina
Con asolar los muros; y aunque herido,
No desiste: corriendo a la contina
Cinco órbitas agota en un sentido,
Cinco en opuesta dirección camina,
Que no es, a, fe, lo en lid comprometido
Circense premio ni trivial presea,
Por la sangre de Turno se pelea!

CLVIII.
Viejo acebuche allí se alzaba un día
Con sus amargas hojas: el marino
El firme leño venerar solía,
Que a Fauno estaba dedicado; y vino
Muchas veces en él su ofrenda pía
A colocar, y, al Númen laurentino
Cumpliendo el voto, a la sagrada copa
Náufrago suspendió la húmida ropa.

CLIX.
Este árbol divinal sin miramiento,
Por despejar el campo al desafío,
Cortaron los Troyanos de su asiento.
En la raíz fibrosa que el vacío
Sitio guardaba, atravesando el viento
Cae y se enclava con pujante brío
El asta del Dardanio. Echó él su lanza,
Ya que a hacer presa por sus pies no alcanza.

CLX.
Y el tiro a segundar corre, y porfia
La punta en desasir que honda se aferra.,
Entonces Turno esta plegaria envía
Ante el peligro que su mente aterra:
«¡Duélete, oh Fauno, de la suerte mía,
Y tú esa arma retén, óptima Tierra,
Si fiel siempre os rendí el antiguo culto
Que el Troyano abatió con fiero insulto!»

CLXI.
Fácil el Númen al favor se inclina.
Pugnó Enéas gran pieza, y fuerza o traza
Util no halló; que la raíz divina
El hierro aprieta cual mordaz tenaza.
Mientras él en vencerla insta y se obstina,
Otra vez de Metisco se disfraza
La daunia Diosa, y al hermano llega,
Y el acero vulcánico le entrega.

CLXII.
Ardiendo Venus de que a tales grados
Llegase de la Ninfa la osadía,
Acude, y de los senos intrincados
La pica destrabó que aún resistía.
En sus armas y fuerzas reintegrados,
Uno en su espada, el otro en su asta fía,
Y a la lid anhelosa y furibunda
Avánzanse arrogantes vez segunda.

CLXIII.
Ved al Rey del Olimpo omnipotente
Cómo habla en tanto a Juno, que atendía

Sentada en una nube refulgente
Al singular combate: «¡Esposa mía!
¿Que haya fin esta guerra, no consiente
Tu pecho? ¿Ya qué falta? Al cielo un día
Se alzará Enéas como ser divino
Que debe a las estrellas el Destino.

CLXIV.
»Harto lo sabes, ¿y aún tu mente espera?
¿Y ahí en gélidas nubes aún te agrada
Nuevos planes trazar? ¿Justo es que hiera
A un cuerpo sacro arma mortal? ¿que espada
Recobre Turno, y fuerza extraña adquiera
Ya a punto de rendirse? A tanto osada
Sin ti una débil Ninfa ser no puede.
Tu error conoce, y a mis ruegos cede!

CLXV.
»Llegamos ya al final. En mar, en tierra
A les Troyanos agitar pudiste,
Te fue dado mover infanda guerra,
Y alta casa afligir, y en duelo triste
Envolver regia boda. El paso hoy cierra
Mi mano a nuevas cóleras;-desiste!»
Esto Júpiter dijo; reverente
Juno así respondió, baja la frente:

CLXVI.
«¡Ah! bien conozco, real esposo mío,
Tu augusta voluntad: a ella me entrego,
Y de Turno y del suelo me desvío.
Sin eso, no en cruel desasosiego
Aquí me hallaras en el éter frío
Sufriendo solitaria: armada en fuego,

En medio del combate, las hileras
Del enemigo provocar me vieras!

CLXVII.
»Yo a Yuturna, es verdad, di aliento y mano
Para salvar a Turno de inminente
Golpe; no ya para que el arco insano
Tendiese. Te lo juro por la fuente
Inaplacable del Estigio hermano
(Rito, único entre todos, que imponente
A los Dioses obliga). Y ahora cejo,
Y fatigada asaz las guerras dejo.

CLXVIII.
»Mas yo una gracia (el hado no la veda)
Que de los tuyos Y el poder latino
Redunde, en majestad, pedirte pueda;
Hacer sólidas paces el Destino
Y alegres bodas colebrar conceda,
Yo desde ahora a su querer me inclino;
Muéstrese, empero, el natural del Lacio
Su viejo nombre en mantener, rehacio.

CLXIX.
»No ellos Teucros se llamen ni Troyanos,
Ni de vestido muden ni de idioma:
Viva el Lacio; haya príncipes albanos,
Nada por siglos su poder carcoma;
Y derive de pechos italianos
Virtud pujante la futura Roma.
Muerta es Troya; su nombre aborrecido
Yazga con ella en perdurable olvido!»

CLXX.

Sonriendo el Autor de hombres y cosas,
«De Jove hermana y de Saturno hija
Te ostentas» dice, «cuando aún no reposas,
Y dentro el pecho en ansiedad prolija,
Esas iras revuelves procelosas!
Cálmalas, ya. Ni mudo afán te aflija,
Ni me torne a asestar tristes querellas
Tu dulce boca, ejercitada en ellas.

CLXXI.
»¡Oh, sí, que te daré cuanto has pedido;
Yo todo tuyo soy, Sus tradiciones,
Su popular lenguaje y su apellido
Conservarán de Ausonia los varones:
El vencedor uniéndose al vencido
Refundiráse en él. Yo instituciones
Sacras, yo ritos les daré divinos:
Una el habla será; todos, Latinos!

CLXXII.
»Formarán ambas razas de consuno
Un pueblo que a mortales y a inmortales
Susperará en virtud; y pueblo alguno
Te dará cultos a su culto iguales.»
Sus pensamientos serenando Juno
La frente inclina ante razones tales;
De los aéreos ámbitos se aleja
Al mismo tiempo, y el nublado, deja.

CLXXIII.
Así aquella acordanza concluida,
Su mente sabia el Padre soberano
Vuelve a otro. punto, y a Yuturna cuida
Apartar de las lides del hermano.

Hay dos plagas que Diras apellida
La Fama: a entrambas ya, por modo arcano,
De sí Noche abismosa lanzó fuera,
Aun tiempo, al par que a. la infernal Megera.

CLXXIV.
De iguales serpentíferas espiras
La madre arm6las, y de fuertes alas,
Conque aparecen las gemelas Diras
Del Dios tremendo ante las regias salas
Prestas mueven, ministras de sus iras,
Miedo a las gentes, si a ciudades malas
El amenaza desolar con guerra,
O peste y mortandad manda a la tierra.

CLXXV.
Jove a una de ellas desde lo alto envía
Porque lleve a Yuturna infausto agüero.
Voló la Furia, y la región vacía
En torbellino atravesó ligero.
Cual flecha, armada de ponzoña impía,
Que el Parto o el Cidon de arco certero
Ha tirado, y, silbando, la interpuesta
Nube traspasa, incógnita y funesta;

CLXXVI.
Tal rápido a la tierra se abalanza
Aquel aborto de la Noche oscura.
Y así que a ambos ejércitos alcanza
A divisar, abrevia su figura,
Y del pájaro toma la semblanza
Que en cementerio o solitaria altura
En la noche callada aciago asiste
Turbando el aire con su canto triste.

CLXXVII.
Tiende a Turno, de forma tan provista,
El ominoso vuelo y se alborota
Pasando y repasando ante su vista,
Y con las alas el broquel le azota.
Terror secreto al mísero contrista
Y de los miembros el vigor le embota;
El cabello erizado se levanta,
Anúdase la voz en su garganta.

CLXXVIII.
Luego que hubo Yuturna, en el sonido
Y en el batir fatídico del ala,
De éjos a la Euménide sentido,
De hermosas crenchas la esparcida gala
Rasga, hiérese el pecho dolorido,
Y el rostro ofende, y su dolor exhala
En voces tales: «¡Ay! en vano, en vano
Ya ayudarte querré, mísero hermano!

CLXXIX.
»¡Cruel fuerzanme a ser! De hoy más, ¿qué espero?
Y qué! ¿de prolongar, Turno, tus días
Arbitrio no me queda? ¿Aqueste agüero
Deshacer no podrán las fuerzas mías?...
Cesad, cesad en vuestro azote fiero;
Ese vuelo, ese grito, aves sombrías,
Harto conozco y me atormentan harto!
Ya os obedezco, y de la lid me aparto.

CLXXX.
»Sí, que en vosotras el imperio siento
Del magnánimo Jove! ¿El precio es ése

De mi virginidad? ¿Qué a mi contento
Presta eterno vivir? ¡Nunca él hubiese
De la ley del común fenecimiento
Exentado mi ser! Mortal yo fuese,
Fin diera a mi penar, y huyendo haría
A la fraterna sombra compañía!

CLXXXI.
«‚Héme ahora inmortal! ¡Oh hermano mío!
¿Qué habrá sin ti que enojos no me sea?
¿Y dónde mi doliente desvarío
Abismo tan profundo cual desea
Que me trague hallará, y en el umbrío
Reino sepulte a esta infelice dea?»
Dice, y llora, y cubierta un glauco velo,
En hondas linfas escondió su duelo.

CLXXXII.
Enéas entretanto con la grande
Arbórea lanza a su contrario acosa;
Hace el hierro brillar mientras la blande,
Y habla; en su voz la indignación rebosa:
«¡Qué! ¿y será que tu planta se desmande
Turno, a nueva tardanza vergonzosa?
Con bravas armas ya, no en triste huida,
Brazo a brazo el combate se decida!...
CLXXXIII.
»¡Ve, toma formas mil! Cuantos el arte,
Cuantos recursos la pujanza encierra,
Ensaya: vuela al cielo a refugiarte,
O en los cóncavos senos de la tierra»
Sacude la cabeza, y «No, no es parte
Tu ira a aterrarme, ¡oh bárbaro! me aterra‚»,
Turno dice, la cólera divina;

Júpiter, sí, que labra mi ruina.»

CLXXXIV.
Más no dijo; y rodando la mirada
Sobre el campo, una piedra vido ingente,
Ingente, antigua piedra, colocada
Porque allí señalase permanente
La linde de dos predios disputada.
Cargaran peso tan difícilmente,
Tendiendo fuertes cuellos a porfía,
Doce hombres de los que hoy la, tierra cría.

CLXXXV.
Arrebata el pedron con mano presta
Turno, y con él, cuanto en sus fuerzas cabe,
Empínase, y veloz corre, y lo asesta.
Turbado el héroe, que acudió no sabe,
Ni que asi6 del peñasco, ni que enhiesta
Mueve' su mano aquella mole grave;
¡Ay de él a sus rodillas falta brío,
Cuaja su sangre de la muerte el frío.

CLXXXVI.
Arrojado del brazo prepotente,
Rodando el risco en la región vacía,
No completó su giro, inobediente
Al recibido impulso que lo guía.
Y cual finge terrores el durmiente
En el regazo de la noche umbría,
Por lánguido sopor ligado, y sueña
Que ansiosa, fuga en alargar se empeña,

CLXXXVII.
Y siente en sus conatos que desmaya,

Del antiguo vigor privado, y yerta
La lengua en vano desatar ensaya,
Y voz ni grito a producir acierta;
Por dondequiera, así, que Turno vaya
A entrar brioso en la que senda abierta
Ha imaginado, allí la Diosa dura
El éxito a estorbarle se apresura.

CLXXXVIII.
Ya naufraga en angustias su esperanza.
Ha tornado a los Rútulos la vista
Y a la ciudad; mas la apremiante lanza
El pie le ataja, el ánimo le atrista:
Ni con qué traza escape se le alcanza,
Ni por cuál modo al enemigo embista;
Rastrea en torno, y su ojeada es vana,
Que ni el carro aparece ni la hermana.

CLXXXIX.
Dudar ve a Turno, y su asta fulminante
Vibra Enéas, propicio punto cata
Con los ojos, y arrójala distante,
Y entero en ella su poder desata.
No con ímpetu suele semejante
Piedra que de ballesta se arrebata
Terrífica zumbar; ni así, encendido,
Estalla el rayo en hórrido estampido.

CXC.
Fiero estrago llevando, el hierro crudo
Vuela a guisa de negro torbellino,
Y por lo bajo rompe del escudo
Hasta el séptimo cerco diamantino,
Y el halda abriendo a la loriga, pudo

Crujiente en medio al muslo hacer camino,
Al fiero golpe, que de acción le priva,
Turno enorme de hinojos se derriba.

CXCI.
Alzándose, en doliente vocería
Los Rútulos prorumpen; gime el viento,
Y tiembla en torno el monte, y a porfía
Vuelven los altos bosques el lamento.
El, hincado, la diestra dirigía
Y miradas de humilde sentimiento
A Enéas: «He mi suerte merecido,
Y nada,» exclama, «para mí te pido.

CXCII.
»¡Venciste! todo en mí te pertenece;
Me han visto los Ausonios prosternado
Tender las palmas. Si piedad merece
Un padre (fuélo Anquíses) desdichado,
La ancianidad de Dauno compadece,
Y vivo, o muerto, cual te venga en grado,
Este hijo tu piedad le restituya.
¡Oh! cese tu rencor; ¡Lavinia es tuya»
CXCIII.
Paróse armado el héroe encrudecido,
Y revolviendo los ardientes ojos
La diestra reprimió: ya del rendido
El discurso amansaba sus enojos,
Cuando el infausto talabarte vido
De Palante asomar, ricos despojos
Que echó sobre sus hombros Turno ufano,
Muerto el mancebo, y con sangrienta mano.

CXCIV.

Han resaltado las que el cinto lleva
Lucientes inequívocas labores.
Conforme Enéas las miradas ceba
En aquel monumento de dolores
Insanables, la cólera renueva,
Y clama así, terrible en sus furores:
«¿Con tan queridas prendas te atavías,
Y escapar de mis manos presumías?

CXCV.
»Palante es quien te hiere; oí, Palante
Quien te inmola, y se venga en tu culpada
Sangre!» Dice, y al pecho que delante
Tiene, encamina la fulmínea espada
Enardecido. Turno en ese instante
A manos siente de la muerte helada
Sus miembros desatarse, y gemebundo
Su espíritu indignado huye al profundo.

IN